

SECRETOS Y

MENTIRAS

LA HISTORIA DE VICTORIA LEGAN



DANIEL MENDOZA

Índice

T.L,

[Día uno](#) [Día dos](#) [Día tres](#) [Día cuatro](#) [Día cinco](#) [Toda la verdad](#)

El comienzo

«Odio el frío, joder. Lo odio con toda mi puta alma. Y para colmo, sigue nevando en este jodido pueblo», piensa la sombra que surca las frías calles de Coldtown.

Han pasado dos semanas desde que el frío diciembre ha comenzado a adentrarse como afiladas cuchillas en los cuerpos de los vecinos de este pueblo. Se espera uno de los años más fríos en este perdido municipio al norte de Montana, rodeado de inmensas montañas, pobladas por innumerables árboles. En este remoto y gélido lugar, los inviernos duran más de lo deseado por cualquier habitante de la zona.

En menos de una hora el sol empezará a alborear las colinas cercanas del pueblo para despertar el día. La persona que se oculta en las sombras deambula por las calles de Coldtown, con una pequeña mochila a sus espaldas, caminando con cuidado por las aceras nevadas, dejando de lado los peligrosos adoquines helados y golpeada por las crueles ventiscas del norte. Sorteando los resbaladizos cimientos de la carretera, crea sombras mientras pasa por debajo de las farolas de la calle Hicken. Llega a una enorme plaza, en el centro del pueblo. Las luces de Navidad están ya colocadas. Alféizares y tejados inclinados permanecen ateridos, adornados con numerosas bombillas blancas cuyas luces devuelven claridad a casi todos los rincones de las calles. Y eso es de lo que este personaje rehúye. De la claridad. La luz. Prefiere seguir en la oscuridad.

Poco a poco va adentrándose en las sombras, esquiva cualquier rastro de luz o resplandor, se esconde entre los coches serpenteando de nuevo el frío hielo. En el centro de la plaza, ya en completa oscuridad, hay un enorme pino, que oculta su color verde con una gruesa capa de nieve. El día de Navidad se llenará de regalos para que los niños del pueblo los recojan, como es tradición en Coldtown. «Para que sus hipócritas padres regalen felicidad a sus hijos. Felicidad que han robado a otros habitantes durante tantos años», piensa.

Aún es de madrugada. La estrella que da la bienvenida a un nuevo día no ha hecho su aparición, y nadie de los casi quinientos habitantes que hay en el pueblo camina por las calles. Nadie excepto la sombra que, con sumo cuidado, se acerca a la puerta del ayuntamiento. Paulatinamente. Mirando de reojo, observando y cerciorándose de que no es observado, de que nadie advierte su

presencia. Es muy arriesgado, pero tiene que hacerlo. Nadie en su sano juicio hubiese hecho lo mismo. No en aquel pueblo, donde nada es lo que parece y todo el mundo tiene secretos inconfesables por los cuales mataría para poder llevárselos a la tumba.

Ha llegado a la alcaldía. Una pequeña puerta de rejas da paso a la entrada principal, donde una cristalera expone los actos y fiestas previstas para esas fechas. De cuclillas, abre la pequeña mochila que lleva a sus espaldas para sacar unos documentos. Los ha plastificado, para resguardarlos de la helada que está cayendo. Mira de nuevo a su alrededor, de reojo, receloso incluso de su sombra. No se puede fiar de nadie. «No en ese puto pueblo», se recuerda. Lleva puesta ropa deportiva, una sudadera con capucha que tapa casi por completo su rostro y un enorme abrigo grisáceo que le protege del gélido invierno que tiene que soportar. Coge el primer documento, lo lee con atención. Lo vuelve a leer maldiciendo su inseguridad. Mira de nuevo a su alrededor, maldiciendo ahora su miedo. Los gemelos se le están agarrotando por el frío. Las piernas le duelen por estar de cuclillas mientras revisa los documentos. Después de leerlo otra vez, se ha levantado y ha colocado el cartel en la puerta del ayuntamiento. Saca unos documentos más. Los comprueba uno a uno y los deja en el suelo de la entrada a la alcaldía.

Camina lentamente hacia la calle Leade, agazapado detrás de montones de nieve, refugio accidental de vehículos. Ahí suelta más documentos. Pasa por delante de las casas de algunos vecinos, los cuales aún duermen plácidamente y no esperan la noticia con la que a la mañana siguiente se despertarán, y suelta aleatoriamente varios más. Algunos los pone en los coches, apartando la espesa nieve y sujetándolos con los limpiaparabrisas. Otros simplemente los deja caer. No nota ya los dedos de las manos, tampoco los de los pies. El frío se ha adueñado de su inquieto cuerpo, como el mal se ha adueñado de los de los demás. Camina hacia un restaurante del municipio, repartiendo varios documentos agachado tal y como lo ha hecho todo el tiempo. La espalda le duele, muchísimo, las piernas igual, no suele moverse tanto, pero ya queda poco. Los reparte por distintas zonas del pueblo, dejándolos caer en la fría nieve.

Sigue su camino hasta la serrería, al sudeste de Coldtown, y pasa por el bar que hay cerca de esta. Ese bar. Ese bar que tantas conspiraciones de poder ha albergado, tantas muertes inocentes ha escondido, tantos secretos y mentiras ha guardado. Se ha agachado un poco más, justo antes de dejar los últimos documentos que llevaba se percata de que ya hay vida en el pueblo. Los primeros camiones que se dirigen a la serrería están llegando. El rugido del primer Scania se acerca cada vez más, alumbrándole con aquellos enormes ojos a lo lejos. Por aquella zona no hay coches ni zonas oscuras donde esconderse. El enorme camión con el frontal blanco está a punto de sacarle del anonimato, sale corriendo y se esconde detrás de un contenedor de basura, un poco más cerca de la serrería. Observa como el camionero ha bajado de la cabina, se ha encendido un cigarro y ha empezado a desperezarse. Se mantiene a salvo detrás de ese contenedor, en su oscuridad, hasta que el camionero ha acabado de estirar las piernas y ha subido de nuevo a su camión, esperando que la serrería abra pronto sus puertas.

Entonces aprovecha. Camina rápidamente subiendo por la calle Berdan, con cuidado de no resbalar y partirse una pierna en aquellas gélidas aceras. El sol empieza a clarear mientras se pierde por las calles del pueblo, volviendo a su rutina diaria. Ha empezado el día en Coldtown. El sol empieza a asomarse al fondo de la fortaleza de montañas y pinos que protege a los habitantes del pueblo. O que, mirándolo de otra manera, protege a los demás de los habitantes del pueblo.

Día uno

1. Chad Black

Coldtown, diciembre de 2015

Sonó el despertador. Chad golpeó el maldito aparato con el puño, como hacía diariamente cuando Claire soltaba un gruñido. Había llegado a las dos de la mañana y le parecía increíble que ya fuesen las seis. Había dormido sólo unas tres horas y se sentía cansado. Muy cansado. Hoy le tocaba a él abrir el Stop para servir los desayunos a los trabajadores de la serrería Wall y a los camioneros que recogían la madera que salía de allí.

Le dio un beso a su esposa Claire, se levantó de la cama y se dirigió al lavabo. Allí empezó a mear, mientras estirando un poco la cabeza para atrás se miraba en el espejo. Las tres horas y poco que había dormido le habían sentado fatal, pero él aún se veía bien. Se lavó la cara, los dientes, tiró de la cisterna y limpió con papel higiénico cuatro gotas que estaban repartidas por la taza del váter. Salió del cuarto de baño y con una patada acercó las braguitas de Claire, que seguían tiradas en la alfombra, al lado de la mesita de noche. Anoche follaron en el suelo de la habitación. La mayoría de la ropa interior de los dos estaba repartida por todo el cuarto. Ese desorden le excitaba y más aún si, desde allí, podía ver a Claire, que asomaba parte de su desnudo trasero a través de las arrugadas sábanas grises.

Fue al vestidor y cogió unos vaqueros, una camisa blanca y el abrigo. Se colocó los pantalones y se puso los zapatos. Bajó a la cocina, sin hacer mucho ruido, respetando el descanso del otro, cosa que pocas veces lograba, aun sabiendo qué parte de esos escalones no debía pisar. Encendió la cafetera eléctrica y se hizo unas tostadas. Mientras se terminaba de peinar en el aseo del piso inferior, la tostadora le avisó de que su desayuno estaba listo. Se echó el café en una taza del Stop que guardaba en la repisa encima del microondas y se sentó en la encimera. Mordía las tostadas con la vista perdida, esperando que poco a poco la caféina le hiciese efecto en su agotado organismo.

El reloj dio las seis y media, se puso el abrigo y salió directo hacia el bar. Había menos de doscientos metros desde su casa hasta el Stop, pero en ese corto trayecto el frío ya le había calado fuertemente en el cuerpo. Abrió rápidamente las puertas del bar y encendió de inmediato la

calefacción, en los inviernos de aquel pueblo quien no tuviese calefacción en su casa o local estaba perdido.

Chad encendió las luces, la cafetera, preparó la freidora, sacó unos platos y barrió un poco el suelo del bar, durante ese tiempo ya habían entrado dos oficiales de la serrería y un camionero que se dirigía a Canadá. Los tres venían desde lejos, en sus caras se apreciaban largas horas de viaje, de café en los posavasos de los camiones, de serpenteos por las oscuras y frías carreteras que separan Coldtown de la civilización.

—Buenos días, chicos. ¿Lo mismo de siempre? —dijo Chad a los oficiales, intentando disimular un bostezo mientras les servía dos tazas de café.

—Sí, Chad. Gracias —dijo uno de los hombres, el más robusto. El otro ni siquiera contestó mientras seguía leyendo el periódico.

Chad empezó a freír unos huevos y puso beicon en la plancha mientras el camionero le pedía que pusiera un poco más para él.

—Oye, chico —dijo el camionero.

—Dime —contestó Chad sin girarse mientras manejaba la plancha.

—¿Qué pasa en la plaza? Hay un ajeteo enorme. He pasado por allí y hay mucha gente, demasiada para esta época del año y para este pueblo —dijo el camionero mientras bebía un sorbo de café y soltaba una carcajada.

—Pues no sé. —Chad se dio la vuelta y apartó los huevos y el beicon para los tres clientes que había en ese momento en el Stop—. Supongo que estarán preparando alguna actividad navideña. Algún almuerzo o algo parecido...

—No creo. Creo que están todos en la plaza, todos menos tú. —El camionero soltó una carcajada aún más grande mientras el café le resbalaba por la boca y se mezclaba con el aceite de los huevos y el beicon—. No sé cómo no os aburrís en este puto pueblo alejado de la mano de Dios.

—Oye, vigila lo que dices —le dijo uno de los oficiales de la serrería al camionero, que ni los miró y se levantó para dirigirse al baño.

Chad se quedó mirando como caminaba hacia los servicios mientras se limpiaba las manos con un trapo que tenía en la cintura. Ese puto imbécil, gordo seboso, se había reído de Coldtown. Esa mierda de camionero se merecía que le echara un buen escupitajo en su café en cuanto llegase al baño a mirarse su estúpida cara. Pero no lo haría. Ya se lo había prometido varias veces a Claire.

Chad había conocido a Claire poco después de llegar a Coldtown, cuando trabajaba en el otro bar del pueblo, el Hillary's. Él tenía veintiséis años por aquel entonces, y Claire unos diez años más. Ella se enamoró completamente de Chad, o simplemente se lo quería tirar. Él, por aquel entonces, estaba con la dueña de su anterior trabajo, Hillary James.

La relación de Chad y Hillary acabó por completo cuando ella encontró a su novio con la polla metida en la boca de Claire en un callejón detrás del bar. Él dijo que podía explicarlo y que no quería hacerlo. Hillary no sabía si él estaba meando y la zorra de Claire se la había metido en la boca. Si estaba con los pantalones bajados, se había tropezado y Claire, que casualmente pasaba por allí, estaba de rodillas con la boca abierta; o que simplemente Chad era lo suficientemente gilipollas para creer que esa situación era sumamente inocente y justificable.

Pensase lo que pensase Hillary, y hubiese pasado lo que hubiese pasado, rompió con Chad esa misma noche por razones que al chico se le escapaban. Se casó con Claire poco después de

haberse conocido y montaron el Stop. Sólo había dos bares en Coldtown, y la creación de ese nuevo negocio había hecho mucho daño a Hillary. Daño que se había convertido en rencor.

El gordo y seboso camionero llegó, se sentó de nuevo en su taburete y siguió comiéndose cual gorrino su desayuno.

—Oídme, tíos, creo que os debo una disculpa. Creo que me he pasado un poco hablando de vuestro pueblo. —Y ahí se quedó todo. Les debía una disculpa, pero no se disculpó. Ninguno de los allí presentes movió un músculo para contestar al foráneo. Chad vertió un poco más de café en su taza, pensando en lo bien que le habría sentado escupir y hacer gárgaras con su bebida.

Poco a poco fueron entrando más clientes que el camarero conocía ya desde hacía tres años. Eran las ocho menos diez y, como siempre, Henry Wall llegó con prisas y le pidió un café a Chad.

—Vamos, chico, que no tengo todo el día —dijo este mientras se sentaba en el taburete cerca de la puerta.

—Buenos días a usted también, señor Wall. Tenga, lo de todos los días. Acompáñelo con las prisas que siempre me lleva usted.

—Gracias, Chad —dijo Henry soltando una carcajada—. Para ganar dinero hay que trabajar y cuanto más mejor.

—Pues creo yo que debería tomarse las cosas más tranquilamente. O por lo menos levantarse antes para no ir siempre con esas prisas —dijo Chad mientras dejaba de servirle el café—. A su edad no es bueno ir tan rápido por la vida.

—Muchacho, aunque casi te triplique la edad, aún podría tumbarte en el suelo y darte de hostias hasta que me suplicaras clemencia.

—Pero no queremos ver eso, ¿verdad, Henry?

—No, que tengo prisa —dijo Henry mientras pagaba con una sonrisa y se dirigía a la puerta—. Nos vemos después.

Henry Wall desayunaba todos los días en el Stop antes de ir a trabajar. Almorzaba en el Stop. Cenaba en el Stop. Le faltaba dormir en el bar. Por suerte, su casa estaba a escasos veinte metros de allí, aunque no la pisase demasiado.

Aquel hombre daba trabajo a más de cincuenta personas en el pueblo. Era el dueño de la serrería que había en la parte sur de Coldtown, cerca del lago. Todo el mundo lo consideraba una persona simpática y amable, todos tenían muy buena relación con él. Todos menos su hijo y su exmujer, que vivían en la parte norte del pueblo.

El ritmo de trabajo había bajado, siempre lo hacía a partir de las once de la mañana. Chad aprovechó para limpiar los lavabos y llamó a Claire para que le trajese un par de cosas que hacían falta en el bar.

—¿Sigues dormida?

—Sí. Ahora mismo estoy hablando en sueños.

—Muy graciosa. Necesito que te pases por el supermercado y traigas un par de cosas. —Chad escuchó el timbre de la puerta mientras hablaba con Claire.

—Chad, llaman a la puerta. Envíame un mensaje con lo que necesites. Ahora te lo llevaré. Te quiero.

—De acuerdo. Y yo.

Chad colgó y empezó a escribirle un mensaje a Claire. «Kétchup, mostaza, pimienta. Sal. Beicon. Friegasuelos». Guardó su móvil en el bolsillo y cogió de nuevo el cepillo para seguir

limpiando. Se acercó a la enorme cristalera que daba a la calle que conectaba directamente con la serrería Wall y se asomó desempañando los cristales con el trapo que guardaba en su cintura. Estaba empezando a nevar. Ya de buena mañana los copos de nieve caían densamente fuera del Stop. No había dado tiempo a que la helada desapareciese de encima de los pinos que rodeaban aquel lago, del techo de la serrería, de las vallas que separaban la carretera del bosque; una nueva y copiosa nevada estaba comenzando a devorar las ánimas de Coldtown. Pero la nevada no era el mayor problema para el pueblo ese día. La nieve, el frío, los cielos grises, sólo aderezarían la crispación de Coldtown.

2. La historia de Victoria Legan

Miami, agosto de 2011

Aún estaba dolorida. Amaratada y triste. Con la espalda empapada por el sudor floridano, con la cabeza entre las rodillas y agazapada en una esquina. Harta de insultos, reproches, golpes y vejaciones, rezaba todos los días para que el hombre que dormía a su lado no despertase. No despertase después de su borrachera.

Se levantó, poco a poco, haciendo temblar sus delgadas piernas y tambaleando su estrecha cadera se dirigió al baño. Abrió el grifo, dejando correr unos segundos el agua para no notar más calor en su cuerpo. Inundó sus manos en ella y se las llevó después al rostro, levantando la cabeza y viéndose reflejada en el espejo. Su tez seguía estando bronceada por el sol de Florida, sus rasgos sanamente marcados y su pelo negro recogido desordenadamente en una cola contrarrestaban con el rímel corrido por las lágrimas, por la angustia, por los problemas y por el dolor de todos los golpes. Eso debía acabar. Esa no era la vida que ella deseaba. Por muy bien que viviesen, por mucho dinero que tuviesen para gastar en lo que quisieran, esa no era la vida con la que siempre había soñado. Era él o ella. No había cabida en ese mundo para los dos. No podía esperar más.

Los ronquidos ebrios sonaban desde la habitación. Victoria se dirigió hacia allí, dispuesta a todo, sin miedo a nada. Edward descansaba en aquella cama, con un charco de sudor a su alrededor, roncando como un animal. Por el cuarto sonaba el zumbido del ventilador moviendo el cálido aire de la habitación de un lado a otro. Se acercó sigilosamente, como un leopardo acechando a su presa. Ella sabía que él dormía, que dormía profundamente, como hacía siempre después de emborracharse, ocupando todo el lecho, con las piernas apoderándose de todo el territorio y con la espalda llena de sudor. Se acercó un poco más y olió el agrio aliento de su pareja, olió el ebrio hálito de su enemigo. Ese que le hacía la vida imposible y día tras día nublabla el ardiente cielo de su querida Florida. Se había quedado dormido aún con la jeringuilla clavada en la vena, con un hematoma considerable en el brazo, como muchas veces hacía cuando se sobrepasaba con la bebida. Vio el cielo abierto. Esa era la tan ansiada oportunidad que necesitaba. Sacó de su chaqueta una bolsa con heroína, vació una considerable cantidad en el peso

que había en la mesita de noche. El marcador digital mostraba que había ochenta y tres miligramos encima de él. Ochenta y tres miligramos de caballo que colapsarían su sistema nervioso, paralizándolo y destruyéndolo por sobredosis en un santiamén. Recogió el polvo y lo puso en una cuchara; después, lo mezcló con unas gotas de agua e hirvió la mezcla con un mechero. Cuando estuvo lista retiró con sumo cuidado la jeringuilla del brazo de Edward, que gruñó. Victoria se sobresaltó y su corazón empezó a latir con rapidez. Sin embargo, al gruñido le siguió un grave y largo ronquido que hizo que ella retomara la calma. Retiró toda la dosis de golpe, llenando por completo la jeringuilla y se acercó de nuevo, cuidadosamente, al brazo de Edward. Allí, veía una diana, unas venas resquebrajadas e insanamente dañadas. Unas venas con muchas historias tristes que contar. Sin pensárselo dos veces, insertó la aguja en una de ellas, la más abultada, la más dañada por la heroína en décadas de adicción. Aquella que había sido la mejor aliada del caballo pardo. Aquella por cuya sangre cabalgaba la heroína cómodamente. Edward volvió a gruñir, pero volvió a roncar de nuevo, y fue cuando Victoria aprovechó para inyectar todo el líquido marrón, toda la heroína, en esa vena. Edward se levantó de golpe, con los ojos abiertos como platos, e inhalando todo el aire que podía. La escena era dantesca. Edward sentado en la cama, con la espalda totalmente recta y mirando fijamente a los ojos de Victoria, que miraba asustada a su pareja.

—Victoria —dijo Edward justo antes de caer rendido.

Cayó en rotundo de nuevo, dormido y exhausto sobre la cama. Yacía inerte, sin alma, galopando lejos a lomos del caballo pardo que se había llevado su vida. Victoria, en cambio, se sentía eufórica, llena de vida, era como si hubiese aspirado la última bocanada de Edward, como si toda su fuerza y juventud hubiese sido recibida por su alma. Se sentó junto al cuerpo inerte de su pareja. Sonriendo. Feliz. Celebrando el fin de sus desdichas; el final de ese camino lleno de piedras llamadas problemas.

Se levantó de pronto, volcó el resto de heroína en una nueva cuchara, cambió parte de la jeringuilla y dejó un nuevo mechero encima de la mesita de noche. Eso sí, teniendo cuidado de no dejar ninguna huella reciente en todos esos objetos. Utilizó unos guantes de látex y los desechó junto a la jeringuilla, el mechero y la otra cucharilla en una bolsa de plástico.

Anduvo por el pasillo, directa al teléfono que tenían allí, cerca de la cocina. Pensó si debía esperar o llamar ya a una ambulancia y concluyó que le tomaría el pulso a su pareja para cerciorarse de que había muerto y, después, llamaría a los sanitarios. Corrió de nuevo hacia la habitación, le tomó el pulso a Edward y lo abofeteó un par de veces. Nada. Estaba muerto. Lo volvió a abofetear, más fuerte, más golpes, mucho más fuertes. Más golpes vengativos cobrándole todas las palizas que había recibido en los últimos años, mientras una risa macabra rebotaba en cada esquina de la habitación. Victoria paró de golpe, miró a los ojos abiertos como platos de su pareja y le susurró al oído:

—Que te jodan, hijo de puta.

Salió de la habitación, triunfante y pletórica. Llegó al pasillo y agarró el teléfono:

—¿Urgencias...? —Victoria cambió la risa por el llanto—, creo que... creo que mi novio ha muerto.

3. Claire Black

Coldtown, diciembre de 2015

El teléfono móvil empezó a sonar mientras Claire se levantaba lentamente de la cama. ¿Dónde coño estaba ese maldito aparato? Adormilada, se dejó llevar por el sonido y logró localizarlo. El bolso. Encima de la cómoda. Debajo de su sujetador de encaje rojo, ese que tanto le gustaba a su marido. Lo retiró y lo abrió para coger el móvil y contestar.

—¿Sigues dormida?

—Sí. Ahora mismo estoy hablando en sueños —logró decir Claire entre bostezos.

—Muy graciosa. Necesito que te pases por el supermercado y traigas un par de cosas —dijo Chad mientras el timbre de la puerta empezaba a sonar.

—Chad, llaman a la puerta. Envíame un mensaje con lo que necesites. Ahora te lo llevaré. Te quiero.

—De acuerdo. Y yo.

Claire soltó el móvil encima de las sábanas arrugadas. Buscó su ropa interior. Al menos las bragas. Las encontró cerca del pie de la cama, se las colocó rápidamente y se puso la bata. Bajó las escaleras avisando a su visitante que iba directa para allá. Se asomó a la mirilla. Era Carol.

—Carol. Buenos días.

—Tenemos que hablar —dijo esta entrando en la casa sin ni siquiera dejar que Claire se apartase. Esta la miró sorprendida.

—¿Qué te pasa, Carol? Pareces nerviosa.

—¿Dónde está Chad?

—En el bar, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? Me estás asustando, Carol.

—Como para no estarlo, Claire. ¿Es que no te has enterado de lo de las notas?

—Pues... la verdad es que no. ¿Qué notas?

—Han... han puesto un anuncio en la puerta del ayuntamiento. Mira. —Carol enseñó una foto hecha con su móvil. La mano le temblaba y la foto estaba desenfocada.

—¿Qué es lo que pone?

—Mierda, Claire, es que, es que no se ve. Estaba muy nerviosa. Pone... pone que a partir de mañana en Coldtown saldrán a la luz cada día diversos y oscuros secretos de sus habitantes.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Carol?

—Sí, Claire. Van a saber lo que hice. ¡Dios mío! De verdad. ¿Qué voy a hacer?

—Cálmate, Carol. A ver. Escúchame. Necesito que te calmes. Necesito que nadie sospeche nada. ¿De acuerdo?

—Sí... De acuerdo —contestó una trémula y casi histérica Carol.

Claire subió a su habitación. Se quitó la bata y quedó desnuda ante el espejo. Sólo con sus bragas. Se miró y se dijo a sí misma que todo iba a salir bien. Se puso el sujetador. Una camiseta roja de algodón, se colocó los pantalones y el abrigo negro que le regaló Chad en las Navidades del año pasado. Recogió un poco la habitación y volvió a la planta inferior, donde Carol se estaba mordiendo las uñas con el trasero apoyado en la encimera de la cocina.

—Voy a preparar un café, Carol. ¿Quieres uno?

—Sí. Gracias.

Vació el café que Chad había preparado hacía unas horas, llenó el depósito de agua y añadió el café molido en el aparato. Pulsó el botón de encendido y esperó allí, mirando a Carol, que parecía que empezaba a devorarse a ella misma empezando por sus manos.

—Claire, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer con qué?

—¡Con esto! ¡Con la publicidad que hay repartida por todo el pueblo!

Claire sirvió un poco de café para Carol e hizo lo mismo en su taza. Se quedó pensativa. Sacó su móvil y echó un ojo al mensaje de su marido.

—Vale, Carol. Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a ir a la plaza camino al supermercado, tengo que comprar algunas cosas para el bar.

—Aquello está lleno de gente, está casi todo el pueblo allí.

—Bueno, pues seremos unos pocos más. Después tú te irás a la ferretería y yo me iré para el bar. ¿De acuerdo? Tendremos un día rutinario. Ya hablaremos más tarde. Primero quiero saber qué es lo que pasa realmente.

—Vale.

Claire y Carol salieron de la casa. Eran las once y poco y la nieve empezaba a caer copo a copo en Coldtown. Se montaron en sus respectivos coches y se dirigieron a la plaza del pueblo. Allí, aparcaron cerca la una de la otra y Claire miró a Carol, mostrándole su confianza y seguridad para que su amiga se calmara.

Carol Crowley era una persona algo problemática. Tenía un temperamento especial. Era capaz de sonreírte mientras te hablaba de cómo te iba a arrancar la cabeza con una pala. Trabajaba en la ferretería que su suegro le dejó a su marido, William Crowley. Tenían un hijo, Joseph, de quince años, que iba a la escuela de Coldtown. Carol siempre se quejaba por todo y daba rienda a su agresividad contra el pobre William, quejándose constantemente de que el negocio no iba bien y no daba lo suficientes beneficios, aun siendo el único establecimiento del pueblo donde podías comprar por ejemplo desde bombillas, hasta espejos, pasando por peines y perfumes. William siempre decía que ella quería más y más, que nunca se conformaba con poco, y le hacía entender que, si el negocio no iba lo suficientemente bien, cosa que era totalmente incierta, era porque ella trataba fatal a toda la clientela. Por eso en la ferretería, dando la cara, siempre estaba el pobre

William, aguantando los varapalos que los clientes le soltaban de vez en cuando por culpa de su mujer.

Carol y Claire se acercaron a la puerta del ayuntamiento, los lunes por la mañana no abrían, ya que la administrativa tenía otro trabajo fuera del pueblo y el lunes no podía acudir a trabajar. El poco movimiento que había en el pueblo y el poco flujo de llamadas que el ayuntamiento recibía hicieron posible que el alcalde, Bill McGill, aceptase que la administrativa no acudiese a trabajar la primera mañana de la semana. Eso y que Susanne, la chica de administración, era su sobrina, claro está.

Haciéndose paso a través de la multitud de personas que allí se concentraban, llegaron por fin a la vidriera donde estaba expuesto el cartel. En él, un anuncio pegado con cinta adhesiva al cristal mostraba el siguiente mensaje.

Estimados vecinos:

Dándome cuenta yo de los actos crueles, las mentiras, las estafas y las falsedades que muchos de los habitantes de este pueblo intentan esconder, me veo en la obligación de informar a la población que, a partir de mañana, el pueblo entero de Coldtown se enterará de muchos de los innumerables secretos que algunos de vosotros escondéis para salvaguardar vuestra imagen. Siento desde lo más profundo de mi alma que todo esto salga a la luz. Pero creo que es necesario que todos estemos enterados de lo que ha pasado, pasa y pasará en esta localidad.

—¿Qué coño...?

—Te lo dije, Claire —dijo Carol al oído de su amiga—. Te lo dije, hay papeles repartidos por todo el pueblo. —Carol hizo la intención de arrancar el cartel que había pegado en la vidriera.

—¿¡Qué haces!?! —Claire la apartó de un manotazo y miró hacia los lados—. ¿Tienes algo que esconder para tener que arrancar esto de aquí? —Carol se la quedó mirando mientras Claire miraba hacia los lados—. Yo no, Carol. Yo no. ¿Y tú?

—Tampoco, Claire. Tampoco tengo nada que esconder.

—Vámonos. Tengo que ir al supermercado.

—Yo voy para la ferretería. Después te llamo.

Las dos amigas se dieron un beso y se montaron en sus respectivos coches. Claire sacó su móvil y llamó a Chad. Los tonos sonaban a través del manos libres integrado del todoterreno.

—Hola, cariño.

—Buenos días. Ya era hora de que te levantas, ¿no? —dijo Chad soltando una risa pícaro que su mujer escuchó.

—Es mi día de descanso, cariño. Voy a ir a comprar. ¿Se te olvida algo? Vamos, piensa, que siempre te pasa lo mismo.

—No, sólo eso. ¿Quién llamaba a la puerta de casa cuando te llamé?

—Nadie, cariño. Se habían equivocado.

4. Amanda Hoffman

Coldtown, diciembre de 2015

Felicidades por tu vigésimo quinto cumpleaños, cariño.

Te quiero. J.E.

Un pósito pegado justo debajo de una foto encima de la mesita de noche despertó la sonrisa de Amanda. «Menos mal que ha puesto sus iniciales», pensaba allí, con la cabeza recostada aún de lado en la almohada. El viento del noreste golpeaba con fuerza la ventana de su habitación, por donde veía que al parecer, dentro de poco, iba a caer una de esas copiosas nevadas invernales.

Amanda se levantó de la cama y pulsó unos botones en el termostato dándole más potencia a la calefacción. Fue directa al baño, se sentó en la taza del váter y empezó a mirar el móvil. Revisaba sus redes sociales recibiendo toda clase de felicitaciones, de amigos, familiares y conocidos de la universidad. Hoy recibiría muchas, pero la más importante, la que hacía cuatro años que no recibía, tampoco iba a llegar esta vez.

Se levantó y se lavó la cara y los dientes. Se puso unos vaqueros grises desgastados, una camiseta de Los Ramones, que cubrió echándose un jersey ancho de lana, y se puso unas grandes botas de montaña. Se colocó los piercings de los que se deshacía por la noche para poder dormir más cómoda, cogió un abrigo y se dirigió a la cocina. Caminaba por el pequeño y frío pasillo notando como poco a poco el calor iba incrementándose hasta que llegó a la cocina, no antes de abrir la puerta agarrando el gélido pomo de su puerta. Allí, en la pequeña mesa en el centro de la cocina, se encontró un ramo de rosas blancas. Amanda sonrió. Con delicadeza cogió el ramo y leyó la dedicatoria. «Ojalá siempre te vea plácidamente dormida los días de tu cumpleaños. Ojalá siempre sea yo quien te despierte con una sonrisa». A Amanda se le escapó una lágrima, esos pequeños y, todo hay que decirlo, escasos detalles que tenía su pareja hacía que todo lo que había pasado anteriormente valiese la pena.

Se preparó un par de tostadas con crema de cacahuete y exprimió un par de naranjas de las que le mandaba su madre costosamente desde Florida. Sacó su móvil y se sentó en la mesa de la cocina. Mientras mordía la tostada y desbloqueaba el teléfono este empezó a sonar.

—Me has despertado.

—No seas mentirosa. Felicidades, cariño.

—Muchas gracias, cielo. Creo que con el mensaje en Facebook es la cuarta vez que me felicitas hoy.

—¿Te han gustado las rosas?

—Me han encantado. Como todo lo que haces.

—No todo... No mientas.

—Es cierto. —Amanda se echó a reír—. ¿Estás ya en la universidad?

—Sí. He llegado hace un rato, le he entregado mi parte del trabajo a Thomas. Voy ya para casa. ¿Salimos a cenar esta noche?

—Me parece estupendo.

—Bien, después hablamos. Te quiero, Amanda.

—Y yo, mi vida.

Amanda estudiaba Derecho en la Midline University, al igual que su pareja, una universidad pública en el pueblo vecino. Era su cuarto año de carrera y se pagaba a duras penas las clases trabajando en la ferretería de los Crowley por las tardes. Ese día no tenía clases. Era día de fiesta en Clydeview y nada estaba abierto en la ciudad.

Pensó que como autorregalo de cumpleaños podía ir a comprarse una nueva televisión, ya que la antigua de tubo que tenían en el salón fallaba cada día más. Carol Crowley le dejaba pagarla poco a poco, se la descontaría del sueldo mensual.

Salió a las frías calles de Coldtown. Como supuso al momento de despertarse y oír el rugido del viento golpear en la ventana, la nieve estaba haciendo presencia sin dejar que la del día anterior se retirase. La mañana era gris. La calle estaba vacía. Enfrente de su casa, los árboles desnudos cerca del lago daban una imagen realmente deprimente, nada que ver con el clima que tenía en Florida años atrás.

No quiso pensar eso. Se montó en su Ford F100 de los años ochenta, encendió el motor y se tapó prácticamente toda la cara mientras la calefacción del coche se ponía en marcha y poco a poco empezó a entrar en calor. Dio marcha atrás y se dirigió a la ferretería Crowley.

Conducía por la calle Hicken cuando se percató de que ese día, con ese frío glacial típico de Coldtown, había más personas en la plaza del pueblo. Aparcó el coche cerca del Hillary's y entró rápidamente a comprar tabaco.

—Hola, Hillary.

—Hola, guapa.

—Dame un Marlboro, por favor —dijo Amanda mientras le entregaba una gran cantidad de monedas a Hillary—. ¿Qué es lo que pasa ahí afuera?

—¿No te has enterado? —dijo Hillary—. Cotilleos, hija, cotilleos. —Hillary le entregó el paquete de tabaco y una copia de las notas que alguien había dejado en la puerta del ayuntamiento—. Toma, ¿tienes algún secreto? —dijo soltando una risa malvada.

—Yo pocos, Hillary —dijo Amanda mientras se encendía un cigarro y pedía un café a la dueña—. Mi vida es bastante aburrida.

Amanda empezó a leer el panfleto que le había entregado Hillary mientras daba caladas a su cigarro y tomaba café para entrar en calor. Como le había contado a Hillary, la vida de Amanda no era muy divertida. Desde que llegó a Coldtown años atrás, no había hecho otra cosa que trabajar y

estudiar. Apenas salía de casa, y la única diversión que tenía era comprar cerveza y pedir pizza mientras veía programas en esa antigua televisión.

—Creo que es lo más interesante que ha pasado en el pueblo desde que estoy aquí viviendo.

—Bueno, recuerda que también tuvimos un robo hace unos años —dijo Hillary con una mirada enigmática.

—Es cierto. El robo y esto es lo único que ha pasado en este pueblo en la última, ¿década?

Las dos se echaron a reír.

—Cierto.

—Bueno, te dejo. Voy a ir a ver a la loca de Carol.

—¿No te da miedo trabajar para una psicópata? ¿Te hace descuartizar cuerpos? —Hillary soltó una carcajada.

—No, sólo me deja mirar. Después de cuatro años aún me tiene de becaria, la muy puta.

—Amanda acompañó a Hillary con una sonrisa.

—Ten cuidado, quizá tenga a alguien enterrado en el sótano.

—Pues mira, si se descubre saldríamos en las noticias. —Las dos rieron de nuevo.

—Oye, Amanda. ¿No te gustaría cambiar de trabajo? Me haría falta una chica mona por aquí. Y ya que Jennifer trabaja en el Stop, les doy un poco por el culo al cabrón de Chad y a la zorra de Claire.

—Creo que me causaría bastantes problemas, Hillary, pero muchas gracias. Lo tendré en cuenta si a la loca de mi jefa la encierran por golpear de nuevo a un cliente.

—Lo que veas, ya lo sabes.

Amanda se despidió de Hillary, entró en su coche y repitió el mismo ritual de siempre. Se tapó la cara con la bufanda y encendió la calefacción de su coche justo después de arrancar su vehículo. Se dirigió a la ferretería Crowley, que estaba a escasos doscientos metros pero que, a esa hora y con ese frío invernal que parecía hacerla caminar en contra del aguzado viento siberiano, se convertían en kilómetros. Aparcó justo delante del local, aunque hoy en la tienda no había absolutamente nadie, no como todos los días anteriores, en los que el local siempre estaba lleno de gente comprando pan, leche, arroz y otros productos primarios. Entró y se encontró allí a William Crowley, dueño de la ferretería y esposo de Carol, que estaba anudando unas cuerdas de escalada.

—Buenos días, William.

—Buenos días, Amanda. Hoy te has quedado dormida, ¿eh?

—William, te pedí el día libre, hoy es mi cumpleaños.

—¡Vaya! Es cierto, discúlpame —dijo William mientras se acercaba a Amanda y le daba dos besos—. Felicidades, cariño, estoy un poco despistado hoy.

—¿Qué te pasa?

—Es Carol. Tiene uno de esos días, ya sabes. Desde esta mañana está en el almacén llorando.

—¿Le has preguntado?

—He abierto la puerta y desde lejos me ha tirado una cubeta al grito de que me largase. Casi me da en la cara.

—Vaya.

—Ya se le pasará. Oye, acabo de recordar, vienes por la televisión, ¿cierto?

—Sí, William.

—La tengo en el almacén. ¿Quieres ir a buscarla?

—No te atreves a bajar, ¿verdad?

—La verdad es que preferiría que fueses tú.

—Está bien, William. Yo bajo.

Amanda se acercó a la trastienda, sorteando como podía las cajas de brocas helicoidales, los gatos de taller... Saltando por encima de un montón de herramientas para chapistas y carroceros, giró para la izquierda y bajó por la escalera que daba a la puerta del almacén, serpenteando antes de llegar motores de persianas, gomas para topes de las puertas, grifos para lavabos y una caja de sábanas ajustables que tuvo que apartar para poder abrir la puerta.

Con cautela, entró en el almacén. Sentada encima de una pila de caja de frutas vacía estaba Carol, llorando mientras ordenaba una caja de clavos.

—Buenos días, Carol.

—Hola —dijo esta mientras se secaba las lágrimas—. Felicidades, no se me olvida.

—Muchas gracias, Carol. ¿Qué te pasa?

—Nada, Amanda, no te preocupes. Estoy en uno de esos días en los que sería mejor no levantarse de la cama.

—¿De verdad? ¿Quieres que me quede a trabajar y te vas?

—Para nada. ¿A qué vienes? ¿Te ha mandado el inútil de mi marido?

—No, Carol. Vengo por la televisión, me dijo William que la tenía aquí abajo.

—Ah, sí, está en la segunda balda de aquella estantería —dijo Carol señalando a la derecha.

—Vale. —Amanda se acercó a la estantería, y cogió el paquete que contenía la televisión. A duras penas se dirigió hacia las escaleras—. Adiós, Carol, mañana nos vemos —dijo esta mientras caminaba mirando para atrás. Carol se giró para despedirse, cuando Amanda pisó una caja de roscas de fontanería que le hizo tropezar y la televisión se le escapó de las manos mientras que ella caía al suelo de espaldas, cogiendo con un hábil reflejo el paquete antes de que tocara el suelo.

—Vaya, qué reflejos. El gilipollas de mi marido hubiera partido ya la televisión en dos. ¿Estás bien, Amanda?

—Sí —dijo ella levantándose del suelo—. Mañana ordenaré esto.

—Lo iba a hacer yo hoy, pero no he podido.

—No pasa nada —dijo Amanda pensando que nunca le daba tiempo y siempre se lo tenía que comer ella—. Mañana lo haré yo.

Amanda subió las escaleras y se dirigió a la salida de la ferretería. Despidiéndose de William casi sin mirar abrió la puerta y se agachó para dejar la televisión en el suelo, justo en el momento en el que el padre Meyer apareció a su lado.

—Amanda, deja que te ayude.

—Muchas gracias, padre —dijo ella entregándole la televisión y abriendo la puerta del copiloto. El padre Meyer metió la enorme caja dentro del vehículo y después cerró la puerta.

—Bonita tele, Amanda.

—Es mi autorregalo de cumpleaños.

—¡Oh! Muchas felicidades, cielo.

—Gracias. ¿Va a la iglesia?

—Sí, me dirijo hacia allá. Vengo ahora mismo del aeropuerto. Acabo de llegar, hace una hora, de un viaje al Perú —dijo el padre Meyer mientras le enseñaba el resguardo del billete de avión—. Llevo demasiadas horas despierto.

—¡Precioso Perú! Yo estuve con mis padres hace unos... unos cinco años.

—La zona en la que he estado no era tan bonita. He estado de ayuda humanitaria en la ciudad de Pisco, donde hace unos meses hubo un grave terremoto. Realmente el panorama era devastador.

—Sí, lo vi en las noticias.

—Sí, un desastre. Bueno, me tengo que ir. Llego tarde a mi trabajo —dijo el padre Meyer con una sonrisa—. Disfruta de tu día, Amanda.

—Gracias, padre.

Amanda subió al coche mientras que el padre Meyer avanzaba torpemente por aquella resbaladiza acera. La chica encendió el motor del coche y, como siempre, activó la rueda de la calefacción hasta el máximo. Esperando que el coche empezara a calentarse, observó como al padre Meyer, acompañado de su inseparable bastón, se le acercaba Bill McGill, alcalde de Coldtown. Sacándola de su concentración, y dándose cuenta de que la temperatura del vehículo había subido considerablemente, el teléfono de Amanda sonó mientras ella bajaba la potencia de la calefacción.

—Dime, cariño.

—Ya estoy en casa, me he venido antes. ¿Me ducho y vamos a almorzar por ahí? ¿O prefieres esta noche?

—Me gusta la idea de almorzar, así estamos más descansadas para mañana y la vuelta a la rutina.

—De acuerdo, Amanda, nos vemos en media hora, te quiero.

—Y yo a ti, guapa.

Amanda permaneció sonriente mirando aún la ruedecilla de la calefacción, esperando alegremente llegar a casa y ver a su preciosa novia, Jennifer.

5. La historia de Victoria Legan

Miami, agosto de 2011

Los sanitarios tardaron en llegar y, durante ese tiempo que pasaba, Victoria disfrutaba dando paseos por su casa, fumando cigarro tras cigarro y observando alegre, apoyada en la puerta de la habitación, el cuerpo de Edward, imaginando una vida sin él. Cuando llegó la ambulancia, nada pudieron hacer por él. Se fueron de su casa con su cuerpo en una bolsa de plástico y dejando a una novia destrozada.

Pocas horas pasaron hasta que el inspector Johnson llamó a la puerta de Victoria. Era un caluroso día de mediados de agosto, uno de esos días en los que el sol cae con furia en las espaldas de los floridianos. Una suave y cálida brisa mecía los rizados cabellos del inspector Johnson, que caminaba pensativo por North Miami, llegando a la calle 124. Subió un par de escalones y llamó. Victoria abrió la puerta. Era la primera vez que se veían, pero ninguno de los dos quería que fuese la última.

—Buenas tardes, ¿la señorita Victoria Legan? Inspector Carl Johnson, homicidios. ¿Tiene un momento para hablar?

Victoria dejó pasar al inspector, que entró en su casa con pasos fuertes y seguros. Ella observó las anchas espaldas del agente. El fuerte cuello, los rizos de su cabello. Olía el aroma a hombre que Johnson desprendía a su paso. Lo observó entrar al salón y darse la vuelta hacia ella, con su traje a medida, lo vio clavar sus ojos grises en su rostro. Él se quedó mirándola un instante. Lucía un vestido blanco de flores; a contraluz se veía su esbelta figura, sus firmes pechos. Se quedó un rato observando sus enormes ojos verdes, clavados en los ojos grises de él, hasta que ella se recogió un mechón de pelo que le caía en la cara, seduciéndolo al instante y rompiendo aquel momento mágico, sin querer hacerlo.

—¿En qué puedo ayudarle, agente...?

—Inspector Johnson, Carl Johnson. Homicidios. Vengo a hacerle unas preguntas acerca de su novio.

—Ya hablé con sus compañeros.

—Sí, ya lo sé —dijo Johnson, que tuvo que apartar la mirada de los hipnóticos ojos verdes de aquella chica, desviándola hacia el salón, mientras ella se acercaba al inspector, haciéndole llegar su perfume—. ¿Podemos? —dijo Johnson señalando el sofá.

Victoria afirmó con la mirada y cerró la puerta de su casa mientras el inspector se sentaba en el sofá. Victoria se dirigió hacia allí.

—Cuénteme.

—Bien. Voy a ser sincero, Victoria, ¿puedo tutearle? —Victoria afirmó de nuevo con la cabeza, sin hablar, mientras pensaba en cómo disfrutaría de ese hombre en ese mismo instante encima de la mesa del salón—. Tenemos mucha información acerca de su novio. Creemos que su pareja era la mano derecha del Loco, un peligroso narcotraficante de Miami.

Victoria calló durante un instante, y al ver que el inspector no proseguía contestó.

—No sé de qué me está hablando, inspector.

—De acuerdo. Sé que será reacia a contarnos lo que sepa, pero llevamos mucho tiempo investigando al Loco y apenas hemos logrado obtener información sobre su banda criminal. Son muy cautelosos, y un sí de su boca nos ayudaría a tachar un nombre de su lista.

—Pues táchelo. Si están tan seguros táchenlo.

—Victoria, la organización criminal del Loco ha sido una de las más complejas de la historia en Miami. No tenemos siquiera una foto de él, tampoco una de su mano derecha. Tenemos documentación gráfica y sonora de muchos de sus trabajadores, pero no de ellos dos. Para nosotros sería de gran ayuda que nos contase algo.

—Lo siento, inspector —dijo Victoria mientras cruzaba sus piernas por encima de la rodilla dejando al descubierto gran parte de su muslo derecho. Johnson se quedó mirándolo, casi sin darse cuenta. Victoria chasqueó los dedos y la mirada de Johnson se posó ruborizada sobre los ojos de la chica. Ella sonreía, una sonrisa pícaro. Sabiendo en ese instante que el inspector deseaba lo mismo que ella—. Lo siento, pero no tengo nada que contarle.

—Está bien. Sé que quiere salvaguardar la imagen de su difunta pareja. —Victoria rio por dentro—. Pero si sabe algo, si recuerda a su novio nombrar alguna vez al Loco, por favor, comuníquemelo —dijo Johnson sacando una tarjeta del bolsillo de su camisa.

—Si me acuerdo de algo, ¿podría contárselo en otro lugar? —dijo Victoria con una leve sonrisa.

Johnson sonrió mientras se levantaba del sofá. ¿Aquella chica que acababa de perder a su novio estaba flirteando con él?

—Claro. Nos podemos ver en comisaría —dijo Johnson saliendo del salón al mismo tiempo que a Victoria le desaparecía su estúpida sonrisa de quinceañera del rostro—. Que pase un buen día, señorita.

Victoria se quedó pensativa durante unos largos minutos, con la cara de decepción y fumando sin parar cigarro tras cigarro. «Consigo siempre lo que quiero», se dijo a sí misma, «y me voy a tirar al que estaba investigando a Edward».

Dos semanas después a Victoria no le quedaba dinero ahorrado. Desde que Edward había dejado de traer dinero a casa había estado tirando del que mantenían guardado en los recovecos de la casa. Johnson le había llamado casi cada dos días. Y no eran llamadas oficiales. El inspector le preguntaba que qué tal iba todo, y ella sabía que no era sólo eso. Cuando se conocieron, Victoria supo que no se llevó la impresión de una novia destrozada por la muerte de

su pareja, así que Johnson había caído en sus redes. Quería follársela. No había más. Las llamadas duraban minutos silenciosos, como susurros y alientos cargados de deseos en los que el inspector se veía dentro de una guerra interna. Quería follarse a la novia de un difunto narcotraficante, y moralmente no podía. Pero la atracción que este sentía por Victoria era mucho más fuerte que cualquier carga moral que sintiese después.

Victoria repasaba cualquier esquina de su casa, mirando si había algún fajo de billetes perdido por los rincones. Desistió después de dos o tres horas dando vueltas, empapada en sudor y cansada por el agobiante calor floridano. Decidió dar un paso más, hacer algo que nunca había hecho. Caminó hacia su habitación y retiró la chirriante mesita de noche de al lado de su cama. Levantó una losa de parqué y sacó de allí un cuaderno y una pistola. Era hora de saldar cuentas. Era hora de dar la cara.

6. Padre Meyer

Diciembre de 2015

El padre Meyer caminaba hacia su casa, dentro de la iglesia de Coldtown, ayudándose de su bastón. En la calle Eill, cuando pasaba por delante de la ferretería Crowley, Bill McGill, alcalde del pueblo, lo paró de inmediato.

—Padre.

—Buenos días, Bill. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien, padre. Quería hablar con usted.

—¿Ahora? —Meyer pensó que quizá debería asearse un poco antes de atender a las peticiones de los parroquianos, pero, notando la crispante preocupación que el rostro del alcalde emanaba, dudó un instante.

—Sí, por favor.

—De acuerdo, Bill, voy para la iglesia. Deja que me cambie, ya que vengo de viaje, y estoy contigo en diez minutos.

—De acuerdo, padre. Estaré allí en diez minutos.

El padre Meyer y Bill McGill se separaron. El cura siguió su camino hacia la iglesia, pasando por delante de la ferretería Crowley y la panadería de la señora Elle. El olor a pan recién hecho le encantaba, la nostalgia inundaba su cuerpo. Le entristecía, recordaba sus años de juventud, cuando ayudaba a sus padres en la panadería familiar, lejos, en el tiempo y la distancia, de ese frío pueblo. En parte le alegraba también; la nostalgia le recordaba que venía de un hogar feliz, de una buena familia. Cuando pasó por delante de la plaza del pueblo una decena de personas se le aproximó exigiéndole soluciones sobre algo de lo que no conocía la respuesta. Un gentío gritaba y vociferaba numerosas palabras y frases concadenadas cuya estructura Meyer no lograba comprender. En medio del alboroto ocasionado por los vecinos de Coldtown, Meyer levantó la mano, apoyó todo el peso de su cuerpo en su bastón y subió un poco la voz para hacerse oír.

—¡Silencio, por favor! —gritó el padre Meyer mientras caminaba cojeando lentamente entre medio de la multitud, mientras los numerosos brazos de los ciudadanos trataban de ayudarlo—. No

sé realmente lo que está pasando. A ver, Salma, habla tú y dime qué pasa —dijo Meyer señalando a una mujer de unos cuarenta y tantos años que estaba dentro de todo ese tumulto de gente.

—Padre, esta mañana han aparecido unos documentos en la puerta del ayuntamiento —dijo entregándole una copia al cura, que él leyó con atención—. Nadie sabe quién los ha puesto. Ha sido el cartero el que nos ha informado esta mañana temprano, cuando los ha visto. —La gente empezó de nuevo a vociferar, culpaban a Charles Lowie, el cartero de Coldtown. Ese viejo cascarrabias al que nadie podía ver en el pueblo. Ese irascible mensajero del cual contaban que leía la correspondencia de todos ciudadanos a base de vapor de agua y bajalenguas—. Como puede ver en estos documentos, se indica que mañana el pueblo se enterará de muchos secretos de sus habitantes; mentiras, falsedades y estafas de este nuestro pueblo, padre. Nosotros queremos enterarnos ya de lo que está sucediendo, porque si este pueblo no es seguro, ahora mismo cojo a mis hijos y me marcho lejos de aquí —concluyó Salma justo cuando Selma tomaba la palabra.

—¡Queremos saber qué está pasando! ¿Qué secretos tiene este pueblo? ¿Estamos en peligro?

—A ver, esperen —dijo Meyer mientras el gentío empezaba a vociferar insultos hacia alguno de los habitantes del pueblo—. Primero, acabo de llegar de viaje —dijo Meyer, enseñando su nueva adquisición en la colección de billetes de avión—, y es la primera noticia que tengo sobre esto. Segundo, creo que deberíais hablar esto con Benedict Mills, que para eso es el sheriff del pueblo, o con Bill McGill. Y tercero, atenderé a cualquier persona que se presente en la iglesia, pero ahora realmente tengo que volver a mis labores, como ustedes comprenderán.

—Benedict no está en la comisaría, y sus muchachos nos han echado de allí. Con Bill hemos intentado hablar, pero ha dicho que tenía muchas cosas que hacer y que esto no era tan importante.

—Pero si Bill... —Meyer ya sabía de lo que quería hablar Bill McGill y el porqué de tanta prisa—. Vale, de acuerdo. Intentaré contactar con ellos y les diré que hablen con vosotros. ¿De acuerdo? ¿Alguna cosa más? ¿No? Muchas gracias.

El padre prosiguió su camino hacia la que ahora mismo era su iglesia. Hace dos años, al antiguo cura de Coldtown, Frederick Linsten, se lo encontraron muerto en la cama. Su corazón falló después de muchos ataques. Meyer, que se llevaba muy bien con el obispo de Montana, Jean Paul Sheenan, pidió que le trasladasen del condado de Fergus a un sitio más tranquilo para poder estudiar y así seguir los pasos de su colega Sheenan, a lo que este aceptó con alegría y le dijo que lo llevaría al sitio más tranquilo de toda Montana. Coldtown era un pueblo muy pequeño, por ese mismo hecho el padre Meyer sólo venía un par de días a la semana. Y así fue. A sus cuarenta y siete años Meyer estaba tranquilamente preparándose para ser obispo. Hasta ese día.

El padre Meyer siguió su camino dejando atrás a parte de la excitada y temerosa población de Coldtown. Llegó a la calle Shepard, donde estaba ubicada la pequeña iglesia del pueblo. El templo estaba compuesto por tres naves y una capilla lateral a lo largo de toda la planta. En la parte central estaba situado el coro y el órgano. Un poco más a la izquierda se hallaba el minúsculo aposento del padre Meyer, que disponía de una cama individual, un pequeño escritorio de madera de roble, del siglo XVIII, que era propiedad del anterior cura de Coldtown, y una pequeña nevera acompañada de un microondas, un pequeño hornillo, un grifo y un armario. Meyer se acercó a este último, abrió la puerta y sacó un tarro de café molido. Tras esto, sacó del fondo del armario una cafetera a la que echó agua y el café. Encendió el fogón y la puso a calentar. La puerta que daba al cuarto de baño del aposento se situaba justo al lado del armario. Meyer se desvistió y entró en el baño. Abrió el agua de la ducha y, cuando ya se encontraba en la

temperatura idónea, empezó a asearse. El agua caía como la lluvia sobre su maltrecho cuerpo, dejando salir todo el sudor y la piel muerta bajo sus pies. Los cuatro minutos de ducha se le hicieron cortos cuando empezó a escuchar la cafetera silbar con fuerza al otro lado de la puerta. Rápidamente se secó y, con la toalla en la cintura, salió hacia la estancia principal para apagar el fuego que calentaba la cafetera. Se sentó en la pequeña cama y se vistió. Cuando estaba abrochándose los botones de la camisa, la puerta de su aposento empezó a ser golpeada.

—¿Quién es?

—Soy Bill, abra, padre. Abra, por favor.

Meyer terminó de vestirse y se acercó a la puerta. Dio media vuelta justo antes de llegar a esta, para mirarse en el espejo del baño y percatarse de que no llevaba puesto aún su alzacuellos. Siempre se olvidaba de su alzacuellos. Se dirigió al armario y cogió de un pequeño cajón, justo debajo de sus sotanas, el sobrecuello, que se colocó torpemente mientras caminaba de nuevo hacia la puerta.

—Buenos días de nuevo, Bill.

—Hola, padre.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti y qué es eso que parece que te preocupa tanto? —Meyer recordó en este instante la muchedumbre angustiada en la plaza del pueblo.

—Verá, padre, esta mañana han aparecido unos documentos, en la plaza del pueblo, donde...

—Estoy enterado de eso, Bill, me lo han contado en la plaza —interrumpió Meyer.

—Estoy realmente preocupado, padre. Esta localidad siempre ha sido muy tranquila, y que yo sepa no tiene que haber nada que rompa esa paz, pero la gente no se lo ha tomado así. Se están alterando demasiado, hoy me han parado muchas veces y casi no me han dejado hacer mi trabajo.

—Bill, tranquilo. ¿Sabes quién ha podido dejar esos documentos?

—No, padre. Por eso he venido aquí. Quería saber, si por casualidad, usted se había enterado de algo en las confesiones, o si...

—Bill —Meyer interrumpió nuevamente al alcalde—. No pretenderás que rompa el sigilo sacramental de una confesión, ¿verdad?

—No, padre, pero no sé... Puede que sepa algo, ¿no ha oído algo extraño últimamente?

—Bill, no. Rotundamente no. No pienso acariciar la excomunión por una simple broma de algún crío —dijo mientras se acercaba a la cafetera y se echaba un poco de café. Ofreció una taza a Bill, que rechazó cortésmente con la mano.

—De acuerdo, padre. Pero puede darnos alguna pista, sin identificar a la persona, que nos ayude a mí y a Benedict a paralizar todo esto antes de que ocurra.

—No, Bill. Puedes estar tranquilo. No he oído nada raro en los dos años que llevo trabajando en Coldtown —contestó Meyer con una sonrisa—. Ahora, ¿crees que esto es tan importante como para que te preocupes tanto? ¿Por qué no esperamos a mañana y vemos qué pone en esos documentos? Si los hay... claro está.

—No puedo esperar, padre. Muchas gracias. —Bill se levantó y fue hacia la puerta para abrirla, cuando Meyer alzó un poco más la voz.

—Bill, ¿hay algo que quieras contarme? —dijo el cura de pie, sujetando la taza de café con las manos mientras miraba al alcalde.

—No. Nos vemos, padre. Muchas gracias de nuevo.

Bill cerró la puerta y dejó al padre bastante intranquilo. El alcalde siempre se había ocupado de sus funciones con excelente calma y nada le había preocupado tanto. ¿Qué podía estar pasando por la cabeza de Bill? ¿Qué era lo que le preocupaba? ¿Temía Bill que esas notas inculpasen a alguien del pueblo? Meyer sabía que no podía romper el sigilo sacramental, pero es que tampoco hacía falta. La vida en Coldtown era muy tranquila, y nunca pasaba nada fuera de lo común. Por ahora.

7. Bill McGill

Diciembre de 2015

Intentó pasar por detrás de los árboles que rodeaban la plaza, caminando lentamente y disimulando, haciendo como que hablaba distraído por teléfono. No le sirvió de mucho su camuflaje cuando, al girar por aquellas callejuelas de adoquines helados, se topó con el joven Eric que, cobijado en un enorme paraguas negro, vestido con ropa de trabajo y rostro de desesperación, retuvo a Bill.

—Dime ahora mismo qué está pasando.

—Aquí no. Ahora no podemos hablar, Eric. He quedado con David.

—No me moveré del ayuntamiento hasta saber qué pasa.

—No es muy buena idea que muestres tanto temor, Eric.

—¿Qué esperas que haga?

—Que te tranquilices.

—¿Que me tranquilice? Hoy no he ido a trabajar siquiera. Le he dicho a los chicos de la obra que estaba enfermo. Llevo desde esta mañana aquí esperándote, y no me voy a ir hasta que me des una explicación.

—Sé lo mismo que tú, Eric. Si quieres acompáñame a mi despacho, allí tiene que estar David. Hablaremos con él.

—De acuerdo.

Los dos caminaron los escasos cuarenta metros que les separaban de la puerta de la alcaldía, no sin antes de que un par de vecinos los parasen para preguntar por lo mismo. Bill se disculpó diciendo que lo sentía y que tenía una reunión importante a la que debía acudir, y que por la tarde hablaría con todos ellos para intentar aclarar qué estaba pasando. Los vecinos no se lo tomaron bien y recriminaron la actitud del alcalde ante lo que estaba pasando aquella mañana en Coldtown. Llegaron a la puerta del ayuntamiento y entraron. Eric, con la ropa llena de cemento y unas sucias botas de trabajo que chorreaban, dejó el paraguas en el paragüero mientras Bill cerraba la puerta de la alcaldía desde dentro. El local era pequeño, pero de dos plantas. Caminaban por encima de un suelo de granito blanco y dejaban atrás la entrada del ayuntamiento.

A su izquierda estaba la recepción, que en ese instante estaba desocupada. En el centro de la antesala había un tapiz con el escudo de Coldtown, este daba paso a la escalera que unía el zaguán con el piso superior, donde se encontraba la oficina del alcalde. Los dos subieron las escaleras hasta llegar a un segundo piso con un pequeño pasillo a lo largo que llegaba a una puerta en la que había un cartel que mostraba el nombre de Bill McGill.

Entraron y se sentaron. Bill lo hizo en su sillón, mientras Eric lo hacía en una butaca que había en el lateral de aquella pequeña estancia, justo debajo de la bandera de los Estados Unidos. Ambos permanecieron callados durante unos segundos, incluso minutos, mientras miraban al vacío preocupados por algo. Al final uno de ellos empezó la conversación.

—Eric, no tienes por qué preocuparte.

—Claro que tengo que preocuparme.

—No tiene que pasar nada si nos comportamos de forma correcta.

—No me hables de comportarnos de una forma correcta después de lo que hicimos.

—¿Hicimos? Yo no recuerdo haber hecho nada.

Eric se quedó mirando a Bill desde la butaca. Le hubiese encantado reventarle el cráneo con el pisapapeles con forma de cerezo que tenía en la mesa.

—En este pueblo todos somos culpables. Y lo sabes, Bill. No vayas ahora de santo.

En ese momento el teléfono de Bill sonó con fuerza aumentando la tirantez que había en aquel momento en la estancia. Este se metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil.

—Es David —dijo sin mirar a Eric mientras aceptaba la llamada—. Ahora bajo —comentó, y se levantó de su silla dirigiéndose a la puerta—. Voy a abrir a David, está en la puerta —concluyó el alcalde mientras iba de camino a las escaleras. Eric se iba a levantar de la silla, pero cesó en su intento al contemplar la palma de la mano del alcalde rogándole paciencia.

Las bajó de dos en dos, rápidamente, deseando ver a su amigo David, ese que siempre sabía lo que había que hacer en cada momento. Llegó de nuevo al recibidor y sacó las llaves de su bolsillo, introdujo la correcta en la cerradura y abrió la puerta. David casi ni saludó a su colega, entró y dejó a Bill cerrando mientras le preguntaba:

—¿Qué coño está pasando?

—Supongo que ya lo sabes.

—Sé lo que dicen en el pueblo.

—Como nosotros —dijo Bill señalando arriba y comentándole a David que Eric esperaba impaciente en su despacho.

—Me cago en la puta. ¿No está trabajando? —David continuó su susurro.

—Se ve que no ha ido hoy, está muy nervioso.

—Está bien, subamos a ver qué podemos hacer con todo esto.

Bill y David subieron las escaleras que le acercaban al despacho del alcalde temiendo que Eric pudiese estar más nervioso de lo habitual y armar un escándalo como siempre solía hacer.

—Hola, Eric —dijo David con tono amable.

—Sé que no estás tan tranquilo, David, es imposible que no estés preocupado por lo que está pasando. ¡Es imposible, joder!

—¿Qué crees que está pasando, Eric? —contestó David.

—Quiero las cosas claras. Aquí alguien de nosotros ha hablado. Y juro, que como me entere de quién ha sido lo rajaré como a un cerdo en San Martín.

—Aquí nadie ha hablado nada, Eric —contestó Bill.

—Vosotros estáis muy tranquilos, claro. A vosotros no os va a pasar nada. Tú, Bill —dijo mirando al alcalde—, estás a salvo aquí rodeado de tus cuatro paredes, gobernando este maldito pueblo. Pero ya verás cuando todo esto empiece a desmoronarse... ¿Y tú, David? —comentó ahora mirando al director del banco—. Sentado todo el día en tu oficina en el banco sin tener ningún puto problema. Por no hablar de Benedict, el puto capo de la mafia de Coldtown. Maldito sea el día en el que le ofrecieron ser el sheriff del pueblo. Si lo sé, seguro que no me apunto a las celebraciones con putas y coca gratis.

Bill y David se miraron entre ellos, percatándose de que la cosa se estaba poniendo un poco más tensa cada segundo, mientras que Eric se acercaba a la puerta apartando a los otros dos con los brazos. Antes de llegar, se giró y casi gritando y con un tono de enojo se dirigió a Bill y a David.

—Os voy a decir una cosa, chicos. Voy a esperar a mañana, espero que todo esto sea una pantomima, porque si algo de lo que pasó sale a la luz, no voy a ser yo el único que pague por esto.

Eric abrió la puerta del despacho y salió dando un portazo, mientras que Bill se dirigía al asiento del mismo. Los dos soltaron aliviados la tensión mediante un largo suspiro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bill.

—Esperar.

—¿Y si mañana pasa algo y Eric se va de la lengua?

—Si se va de la lengua será lo último que haga.

8. La historia de Victoria Legan

Miami, septiembre de 2011

Ya había recaudado más de ciento sesenta mil dólares. Ciento sesenta mil dólares que el imbécil de Edward no había podido recuperar. Por lo visto, era mucho más hombre golpeando a mujeres que a los de su propio sexo. Victoria, pistola en bolso, repasaba ya los últimos nombres de su cuaderno, esos que aún no estaban tachados por un bolígrafo rojo. Caminaba elegantemente por las calles del centro comercial Lincoln Road vestida con un traje de Armani gris de dos mil dólares. Sobre su cabeza, un sombrero Fedora que la protegía de los violentos rayos de sol floridano. Repasaba disimuladamente las notas de su cuaderno. Había decidido como prioridad recuperar las grandes cantidades de dinero antes que las pequeñas. Pero ella tenía que tenerlo todo controlado, y no quería dejar ni un dólar perdido en las calles. Había organizado toda la recaudación metódicamente, empezando por un punto de Miami y acabando en la otra punta de Florida. Había llegado el momento de moverse de Miami para seguir recaudando en otras ciudades. Metió el cuaderno en el bolso, notando aún el calor del cañón de su pistola. Pidió un taxi en el momento en que el teléfono empezó a sonar.

—¿Sí?

—Victoria, soy Carl.

—Hola, Carl, ¿qué tal estás?

—Bien, te llamaba por lo mismo. ¿Cómo sigues?

Victoria sonrió mientras se montaba en el taxi y le comentaba la dirección de su casa.

—Carl, te voy a decir una cosa que parece que no quieres captar. —El detective se estremeció sentado en el sillón de su despacho—. No estoy mal por la muerte de mi novio. Era un hijo de puta borracho y maltratador, y si no moría por sobredosis moriría de un disparo algún día. —El taxista miraba por el retrovisor a aquella elegante señorita blasfemando por teléfono—. Y otra cosa te voy a decir, para ser inspector de policía parece que no tienes los suficientes huevos de pedirme salir a tomar algo. O, simplemente, vayamos al grano, a echarme un polvo encima de la mesa de la cocina, así, que viendo tus inseguridades y tu falta de cojones, te lo diré yo. Voy a Jacksonville a

visitar a unos parientes. Estaré fuera una semana. Cuando vuelva te llamaré y aparecerás en mi casa con una botella de vino en menos de media hora. Estés donde estés. ¿Está claro?

Carl Johnson estaba anonadado en su despacho e intentaba acomodarse en su sillón mientras que una pequeña sonrisa iba apareciendo en su rostro y una leve erección, en sus pantalones. Dios, cómo le ponía esa mujer.

—Claro como el agua, señorita Victoria.

Victoria colgó y sonrió. El taxista miraba aún por el espejo retrovisor.

—¿Algún problema, caballero?

El conductor puso la vista en la carretera mientras esperaba las órdenes de Victoria. Al llegar, aparcó en la acera de la calle 124.

—Espere aquí diez minutos —dijo Victoria dejando un billete de cincuenta dólares en las rodillas del taxista y deslizando su mano por las mismas.

Victoria caminaba triunfante por el pequeño jardín de su casa. Se dirigió a su habitación y puso los fajos de dólares y la pistola debajo del parqué. Hizo una pequeña maleta y se fue hacia el armario. Se quitó el traje de Armani y se puso un ceñido vestido negro que le marcaba cada una de sus pocas pero magníficas curvas. Se puso las gafas de sol y salió de nuevo a la calle.

—Al aeropuerto internacional de Miami, por favor.

Victoria viajaba en clase turista, a pesar de tener más dinero que cualquiera de sus compañeros de viaje, ella no podía aparentar nada. Era una joven que había perdido a su novio recientemente e iba a pasar con su familia unas semanas de luto.

Llegó al aeropuerto internacional de Jacksonville a las cinco de la tarde, después de una hora y cuarto de turbulencias por los aires. No iba a tardar más de dos días en recaudar el dinero que tenía que recoger allí, así que se puso manos a la obra y fue directa donde el Loco tenía un camello repartiendo en aquella zona.

Pidió de nuevo un taxi y se dirigió al Lynch's Irish Pub. Un pub irlandés que estaba en la 514, en Jacksonville Beach. Se sentó en el bar y pidió un Martini. Allí, sentado en una silla, con la mesa repleta de botellas de cerveza vacías estaba Roger discutiendo con una joven y muy guapa pelirroja. Debido a la música en directo que había en el pub no lograba escuchar nada de la conversación, pero por lo que se notaba en sus rostros no era un debate agradable.

No había hablado más de dos veces con Roger, pero Edward lo conocía muy bien. Siempre había cumplido con sus plazos, con sus trabajos, pero últimamente no lo había hecho. Debía una considerable cantidad de dinero y eso Victoria no lo podía permitir. Roger se levantó de la silla y agarró por las orejas a la chica pelirroja, la cara de la chica mostraba el rostro del temor. Victoria leyó de los labios de Roger algo así como «eres una puta». Maldito hijo de puta, borracho y maltratador. Él la soltó y le dio un trago a su cerveza, se volvió a sentar, tambaleándose, y tiró las botellas vacías que había en la mesa al suelo. El camarero empezó a discutir con él, Roger cogió una de esas botellas y la partió en la mesa, amenazándole con el cristal roto. La chica se acercó a él intentándole calmar y se lo llevó fuera. Victoria se acercó rápidamente a Roger y le tocó el hombro.

—¿Podemos hablar un momento?

—¿Quién coño eres tú?! —dijo Roger, apoyando el peso de su cuerpo en la chica.

—A solas.

Roger se quedó mirando a aquella chica morena, que lo miraba de una forma totalmente apacible pero imperativa. Roger miró a la chica y le dijo que le esperase fuera, ella no quería, pero Roger insistió amablemente, a lo que la joven hizo caso.

—¿Eres...? —intentó preguntar Roger, pero Victoria no le dejó contestar.

—Cállate, Roger. Debes 32.000 dólares. ¿Qué te ha pasado?

—Lo siento, de verdad. Lo tendrás en breve. Toma —dijo Roger sacando de su cartera un billete de veinte dólares. Victoria golpeó la mano de Roger, dejando caer el billete en el suelo del bar.

—¿¡Pero qué coño!/? ¿Te estás quedando conmigo? —dijo Victoria mirando hacia los lados—. ¿Me quieres dar un adelanto de veinte putos dólares?

—Perdón, lo siento —dijo Roger, con las lágrimas saltadas—. Tendrás el dinero en breve. De verdad, estoy pasando una mala racha.

—Mira, Roger, hay dos cosas que no soporto en esta vida. Los mentirosos y los maltratadores. Así que vamos a hacer una cosa. Primero, voy a ser magnánima contigo, mañana me vas a traer veinte mil dólares y pasado los otro doce mil que me debes.

—¿Y segundo?

Victoria se acercó a Roger, le sacaba dos cabezas, pero ella se colocó cerca de su pecho, notando la entrecortada y temerosa respiración de aquel hombre y susurrándole al oído.

—Si vuelves a tocar a una mujer, te arranco las pelotas y te las hago comer antes de que te mueras desangrado. ¿Ha quedado claro?

—Sí... Muy claro.

Roger salió del bar tocándose los testículos, comprobando que aún estaban allí.

Victoria se acabó su Martini después de hablar con Roger y se dirigió al Hampton Inn Jacksonville. Entró al hotel y pidió una habitación, ordenó que subieran su maleta allí y preguntó por el bar del hotel. Caminó por la moqueta y se sentó en la barra del bar. Pidió otro Martini, sacó su móvil y marcó un número de teléfono mientras daba un tranquilo trago a su Martini.

—Hola, cariño. Estoy en Jacksonville un par de días, ¿puedes venir? —Victoria oía incrédula lo que le decía su interlocutor—. Sé que son seis horas de viaje en avión, yo misma lo he hecho cientos de veces. No. No. No me vengas con historias. No. Va, te perdonaré la deuda. No. No. No me lo vas a pagar, siempre dices lo mismo. No. Venga. Mira. Déjame hablar. ¿Que te calles, joder! Mira, mañana por la noche, a las nueve, tienes que estar en el Hampton Inn, habitación 306. Si no estoy me esperas. No. No, no y no. A ver, ¿me has escuchado? ¿Quieres que vaya yo allí? No, ¿verdad? Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Y me vas a traer lo que me debes. Por imbécil. Mañana a las nueve aquí. ¿Ha quedado claro? ¿Cómo? ¿Te he preguntado si te ha quedado claro? Así me gusta.

Victoria guardó el teléfono en el bolso y sacó un cigarrillo. Se lo encendió mientras el camarero la miraba detrás de la barra del bar.

—Aquí no se puede fumar, señorita.

—¿Que no? Mira. —Y le dio una gran calada a su cigarro, soltando después el denso humo y envolviéndole la cara.

Victoria se dirigió, con su delicada elegancia, por todos los suburbios de Jacksonville. Había recaudado ya una gran cantidad de dinero, pero aún le quedaban asuntos pendientes al norte del estado floridano.

A la mañana siguiente esperó y esperó en el Irish Pub, todos los borrachos que veía cuando salía de vez en cuando a la calle a fumar se le antojaban. Quería acabar con todos ellos, malditos alcohólicos maltratadores. Siguió esperando, Martini tras Martini, con sus tragos amargos y sus aceitunas flotando en ellos. No tuvo noticias de Roger, nada le hizo suponer que apareciera a esas horas de la noche en aquel pub. Salió de allí, hizo un par de llamadas y dio con su domicilio. Pidió un taxi y en quince minutos estaba en la puerta de su casa. Allí le abrió la misma chica con la que había discutido la noche anterior, otra muchacha lloraba desconsolada a su lado:

—Buenos días. ¿Está Roger en casa? —dijo Victoria.

—No, ya no —dijo la chica pelirroja—, Roger ha muerto esta noche.

A Victoria eso le sentó mal. Muy mal, como si por un instante le hubiesen retirado una gran fortuna. Eso era realmente lo que había pasado.

—Soy Jennifer, la novia de Amanda —dijo la chica, señalando a su novia, que seguía llorando—. ¿Quién es usted?

—Eso no importa —dijo Victoria observando dentro de la habitación—. ¿Estáis solas en casa?

—Sí —dijo Jennifer entre asustada y sorprendida mientras Amanda se acercaba a la puerta.

—Está bien. Antes de nada, quiero daros el pésame por la muerte de Roger. No he entrado con muy buen pie. Lo siento mucho, de verdad, pero yo tengo que seguir con mis negocios.

—¿Negocios? —dijo Amanda mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

—Tu padre me debía 32.000 dólares y yo tengo que recuperarlos.

Las caras de las dos chicas cambiaron al instante, dejando a un lado la pena y trayendo a sí la frustración y la duda.

—Usted es la mujer que habló anoche con Roger —dijo Jennifer.

—Sí, pero eso no importa. Me da igual lo que tengáis que hacer, pero me he pateado toda Florida para venir a recuperar lo que es mío. Lo siento, chicas, vais a madurar sabiendo que las deudas se heredan. Necesito mañana mis 32.000 dólares. Cuando yo digo algo lo digo muy en serio. Y siempre se cumple. Conozco a vuestra familia; al menos a tu madre, Amanda. Así que, si intentáis hacer algo con la policía, no lo pasaréis muy bien. ¿Ha quedado claro?

Las chicas se miraron asustadas, y Jennifer agarró los famélicos y tristes dedos de Amanda.

—Os he preguntado algo.

—No podemos tener 32.000 dólares de aquí a mañana.

—Eso me da igual. Lo tenéis que tener. ¿Queda claro?

—Sí —dijo Jennifer mientras Victoria salía fuera de su casa y se perdía por las calurosas y téticas noches de Jacksonville.

9. Benedict Mills

Diciembre de 2015

El poco sol que alumbraba tímidamente Coldtown había desaparecido hacía horas mientras el sheriff Mills revisaba uno de los documentos que había repartido por todo el pueblo. Había ordenado a sus chicos que retiraran todos los que quedaban aún repartidos por las calles, y ellos se los habían traído y dejado en una caja encima de la mesa de su despacho. Scott había ido a verle después de que terminaran las clases en Coldtown. Curioseaba también los documentos revisándolos una y otra vez para ver si podía encontrar alguna pista de la persona que los había dejado. Como a su padre, siempre le había gustado el trabajo de investigación, siempre quiso ser un buen detective. Se pasaba las tardes leyendo a Agatha Christie y soñando ser como Hércules Poirot para dismantelar cada uno de los casos en los que estaba inmerso. Benedict le había dicho que se fuese a casa, eran ya casi las ocho de la tarde y tenía que cenar y acostarse.

—Ve a casa, Scott. Ya es tarde.

—Pero, papá, tengo que ayudarte a encontrar al culpable. ¡Tenemos que encontrarlo! Es muy importante que demos con esa persona.

Benedict miró a su hijo cariñosamente.

—No es necesario, hijo. Quizá solo sea una broma.

—Una broma que te tiene realmente preocupado.

—Soy el sheriff de Coldtown, Scott. Si hay algo que amenace la integridad de mi pueblo, me preocupa. Pero preocuparse es ocuparse de algo antes de que suceda y, como podemos ver en estos documentos, aquí no hay ninguna amenaza real ni nada que pueda dañar al pueblo.

—Pero, papá...

—¿Quieres que te acerque a casa?

—No, gracias. Tengo la bicicleta ahí fuera. Te quiero, papá.

—Y yo, hijo. Dile a tu madre que no me espere para cenar.

¡Y tanto que le preocupaba! Muchísimo. Pero no quería asustar a nadie, a ningún vecino de su localidad, mucho menos a su hijo. Habían sido muchos los ciudadanos que habían llegado a la comisaría a pedir explicación de lo que estaba sucediendo, y él, claro ejemplo de la serenidad,

los había despachado amablemente con una sonrisa en la boca, diciéndoles que no había nada de que preocuparse, en absoluto.

Esperaría a mañana, por la mañana, a ver si en realidad aquello era serio, o era simplemente una broma de mal gusto. Para alguno de los vecinos, de muy mal gusto.

Dejó los papeles encima de la mesa. Con una organización milimétrica colocó una pluma en el lado derecho de los documentos, guardó el abrecartas en la esquina inferior izquierda del primer cajón de la mesa y lo cerró con cuidado. Puso la silla en su sitio y se dirigió a la puerta.

—Jimmy, hoy te toca guardia a ti. ¿Verdad?

—Sí, jefe.

—¿Oscar viene ahora para vigilar lo de los documentos?

—Sí, señor. Viene a las diez. También se lo he comentado a Richard, para que se repartan por el pueblo.

—Bien pensado. Que vayan andando. Yo también vendré mañana temprano. Sobre las cuatro o cinco. Espero que esto sea una broma y no tengamos más problemas como el de hoy. Me voy a casa.

—Está bien.

—Buenas noches.

—Buenas noches, jefe.

Benedict salió por la puerta de la comisaría, esperó unos segundos y se abrochó el abrigo. Le gustaba sentir el frío de la noche en su cuerpo unos instantes después de tener un día tan ajetreado y tan estresante como el de hoy, donde el ambiente estaba tan cargado que se hacía incluso difícil respirar con normalidad dentro de la comisaría. Sacó del bolsillo que tenía cerca del pecho un paquete de tabaco y se encendió un cigarro, manteniendo durante segundos el humo dentro de sus pulmones y dejándolo escapar lentamente por la nariz antes de meterse en su coche. Se dirigía al Stop, esa noche necesitaba una cerveza, o dos, o tres o cuatro para despejar la mente para el día siguiente, que seguramente sería un poco más duro que el de hoy. Lo que tenía seguro es que no iba a volver a casa. La noche era tranquila, no había nadie en la calle, a no ser que el de los documentos, o la de los documentos, cosa que Benedict no descartaba, estuviese ya por ahí. El sheriff había ordenado a sus chicos que no pensasen siquiera que esa persona pudiese ser un hombre o una mujer, y que nombraran al sujeto como Equis. No quería preocuparlos. Él sabía bien los secretos que Coldtown escondía, quién mejor que él para saberlos. Sabía que tanto una mujer como un hombre podían estar detrás de esos documentos, sabía perfectamente el daño que estos podían causar a la población.

Benedict aparcó cerca de la entrada del Stop. Cerró el coche, señalándolo con el brazo y pulsando el botón del mando, justo cuando cogía el pomo de la puerta del bar. Notó el calor de la calefacción con sólo entrar en el local; un golpe de aire cálido le sacudió el rostro mientras se quitaba su abrigo y lo dejaba encima de la barra del bar.

El Stop siempre era oscuro. Sólo unos pocos farolillos repartidos por toda la barra alumbraban tenuemente aquel ambiente cargado de humedad, humo y sentimientos rotos. El olor a alcohol se entremezclaba con el aroma a frustración, a negocios ilícitos y a amenazas. Se fijó en los clientes. Estaba Eric Wall, que lo miraba con una mezcla de temor y enfado desde el fondo de la barra. Amanda y Jennifer, sonrientes, tomaban unas copas y se les veía algo achispadas. En una mesa cerca de la de Amanda y Jennifer estaba Henry Wall, padre de Eric, con la misma cara de cabrón

que de costumbre. Chad le vio venir de lejos, lo apuntó con la mano a modo de revólver y disparó. Dejó unos vasos que estaba fregando y se dirigió a la nevera para sacarle una cerveza al sheriff.

—¿Qué tal ha ido el día, sheriff? —preguntó el camarero entregándole la cerveza a Benedict.

—Imagínate, Chad. Un día realmente extraño, ¿no crees?

—Aquí igual, Benedict, ni te imaginas la de veces que he tenido que decir que no sabía lo que pasaba en el pueblo.

—Al menos no has tenido que aguantar la presión a la que me ha sometido todo Coldtown, Chad.

—También es cierto, sheriff. Y bueno, ¿alguna cosa que deba saber para poder informar mañana a la clientela?

Benedict se bebió rápidamente la cerveza y mirando a Chad le propuso:

—Sí. Que tienes la cerveza más fría de Coldtown.

—Gracias, sheriff —dijo Chad mientras sonreía y le servía otra.

Eran ya las dos de la mañana, Benedict seguía en el Stop. También Henry Wall, que seguía con la mirada perdida fumando cigarro tras cigarro. Benedict se levantó de la mesa y le comentó a Chad, que estaba sentado detrás de la barra jugando con el móvil, que le pusiese las dos últimas cervezas, y se dirigió a la mesa donde bebía Henry Wall.

—La serrería abre pronto mañana. Bueno, mejor dicho, hoy —dijo Benedict.

—Y el pueblo está en peligro y tú estás bebiendo cervezas en un bar —dijo Henry sin levantar la mirada de la mesa.

Era un anciano simpático, para los que no trataban con él. Dueño de la serrería de Coldtown, daba trabajo a más de cincuenta personas. Tenía los dedos como un muestrario de chorizos, y una panza enorme y redonda que hacía mover la mesa del Stop cada vez que inspiraba. La cerveza que agarraba con su mano derecha parecía un llavero en comparación a su enorme cabeza.

—¿Qué pasa, Henry?

—No sé, dímelo tú. Deberías estar investigando quién cojones está repartiendo esos documentos.

—Tengo a mis chicos trabajando en ello. A un tipo como tú no debería importarle esto.

Henry levantó la mirada de la mesa y lo miró desafiante.

—Benedict, haz lo que tengas que hacer. Pero hazlo. Porque si no... —Chad se acercó a la mesa. En sus manos traía dos cervezas, las cuales dejó al lado de los clientes. Henry se levantó y dejó unos dólares encima de la mesa, Chad los cogió y comentó que ya estaba todo pagado. Henry miró a Chad y esperó a que el camarero se fuese—. Porque si no, estás bien jodido.

Henry se dio media vuelta y emprendió su camino hacia la puerta cuando Benedict se levantó de la mesa y lo agarró fuertemente por el brazo.

—Ni se te ocurra amenazarme de nuevo, Henry. Aquí todos sabemos quién tiene la culpa, y yo no soy.

—Tú estás tan implicado en esto como todos nosotros, Benedict.

—Tú ya sabes quién tiene realmente la culpa. Deberíamos hacer algo para arreglarlo.

—¿Ahora? —dijo Henry soltándose del fuerte brazo de Benedict—. ¿Ahora quieres arreglarlo? ¿Ahora que estamos todos implicados? Yo no soy un puto chivato. Lo que tienes que hacer es averiguar quién coño está detrás de esos documentos y traérmelo.

—No volveré a caer más en eso, Henry. No te voy a llevar a nadie más, ya hay suficiente sangre en nuestras manos.

—Pues tú sabrás qué quieres hacer: seguir siendo el puto amo de este maldito pueblo o pasarte toda tu vida entre rejas. Eres atractivo, serías una bonita moneda de cambio allí. —Henry se giró de nuevo y salió por la puerta.

La cerveza estaba intacta. Benedict se bebió la suya y después la de Henry. Se quedó pensando unos momentos sobre qué debía hacer. No podía volver a la comisaría después de ingerir tal cantidad de alcohol, tampoco le apetecía volver con su mujer a casa. Hacía años que no le tocaba. Hacía años que no follaban. Cada vez que entraba en esa puta casa se le venía el mundo abajo. Maldita sea. Maldecía febrilmente aquella noche de Navidad.

Día dos

10. Equis

Diciembre de 2015

Se ha levantado temprano. Si a las cuatro de la mañana ya se puede considerar temprano. Sabe que con el revuelo que había causado su reparto anterior, esta nueva distribución de documentos va a ser mucho más difícil. Lo primero que ha pensado ha sido a quién acusar. Tiene demasiada información, y para que todo salga bien debe repartirla racionalmente. Pensándolo correctamente y adelantándose a los resultados. Ha decidido empezar por las chicas. Esas pobres diablitas a las que nadie quiere en el pueblo, no por su culpa, si no por el simple hecho de que Coldtown las ve distintas a todos los demás. Ni la sociedad ni la jodida iglesia las aceptan.

Repasa la nota antes de salir, esta es mucho más corta, así que ha utilizado un tipo un papel más pequeño para la impresión. Su tamaño —de catorce con ocho centímetros de largo por veintiún centímetros de ancho— es suficiente para el corto mensaje que tiene que mostrarle al pueblo. Ha optado por una tipografía con remates monoespaciada, Courier New ha sido de nuevo la elegida. Queda muy formal y arcaico, como las letras que se usaban a mediados del siglo XX en las máquinas de escribir.

Antes de salir repasa con ímpetu que cada pequeño folio esté bien plastificado. Ha sido buena idea hacerlo; la nieve haría que el papel se mojase y deteriorase por lo que el mensaje no sería recibido, y que llegue a sus destinatarios es lo más importante. Con la plastificación, el papel quedaría a salvo del frío y la nota llegaría a todos los lugares del pueblo.

Está todo listo cuando se ha asomado por la ventana. Ha parado de nevar hace un par de horas, ve los pocos coches que hay en la calle. Mete los documentos en la maleta y se pone de nuevo la sudadera con la capucha, ocultando el rostro para que no se le reconozca. Se dirige a la puerta, y echa una pequeña ojeada a la carretera. No hay nadie. Bien. Sale por la puerta de casa, la cierra silenciosamente y empieza a andar por la calle. Nota como el frío y el viento le abofetean cruelmente el rostro. La piel se le está empezando a tesar, lo está sintiendo, así que se sube la bufanda y ya casi no se le ve el rostro.

Está observando; no quiere que nadie le vea, sería un gran problema, se metería en grandes líos, por eso ha decidido vestir con ropa deportiva de nuevo. Si alguien le ve podría ponerse los

cascos del iPod y empezar a correr, no está prohibido que la gente haga deporte a las cuatro de la mañana, ¿verdad?

Analiza los principales problemas del reparto mientras se esconde y huye de la poca claridad que hay en el pueblo a estas horas de la madrugada. Los mayores implicados, los que más miedo tienen, los que no han podido dormir esta noche (si su plan ha empezado a funcionar) seguramente estén despiertos, algunos fuera en la calle, esperando descubrir algo extraño. Ahora mismo tiene miedo. Cree que debería haber dejado el reparto para otro día. Hoy todos estarán esperando a que alguien esté repartiendo las notas. «Joder. Mierda. Mierda. ¡Mierda! ¿Por qué no he caído en eso?», piensa. Ahora todo el pueblo tiene que estar alerta. Los nervios y las preocupaciones por que todo salga bien le han causado una mala jugada logrando que olvide lo más importante. La gente no quiere que ningún secreto sea desvelado, por eso harán todo lo posible por evitarlo. Se va a dar la vuelta, sólo ha caminado cincuenta metros, no le ha podido ver nadie, y menos por esta zona, no ha caído en eso, no había pensado en que hoy estaría todo el mundo estudiando cada centímetro del pueblo. En cada oscuro rincón. Se va, sí. Se ha dado la vuelta, pero de repente una luz de lo que parece ser un coche le ha cegado por completo. Sale corriendo, dirección al centro del pueblo. No se puede meter en casa. Corre deprisa, el suelo no está del todo húmedo, no cree que vaya a resbalarse, además, la suela antideslizante de sus deportivas hará que eso no suceda. Piensa. Mientras, la ansiedad recorre su cuerpo. Las luces le siguen alumbrando, y van desapareciendo para luego iluminar de nuevo el camino mientras pasa junto a los vehículos aparcados en la carretera. La sombra que proyecta va por delante y le gustaría adelantarla, pero el vehículo le persigue acechándole desde cerca. Coge la primera calle y sube por la calle Cleir, no hay nadie. Se agazapa al lado de un vehículo, mientras que su perseguidor cruza esa misma calle y no sube. Ahora su cuerpo está más tranquilo. La ansiedad empieza a desvanecerse. «Creo que voy a dejar aquí algunas notas, en los vehículos que hay en la calle Cleir, uno sí y uno no, las aseguraré con los limpiaparabrisas», reflexiona. Corre rápido, pero con precaución, por esa calle y deja algunos papeles en la esquina. Se dirige ahora por la derecha, por la calle Heinrich Mann y se apresura rápidamente para llegar al centro del pueblo, mientras por el camino va dejando algunas notas, que caen en el suelo y en los portales de las casas. Descansa. Le cuesta respirar a causa del frío y de la carrera que acaba de hacer. Cada inhalación entra, como cuchillas heladas, por las fosas nasales que rasgan su garganta desde dentro. Está de nuevo de cuclillas cerca de una cabina telefónica, respirando con dificultad y pensando en cómo va a llegar al centro de la plaza. De nuevo, otras luces, o las mismas luces, de un vehículo aparecen al final de la calle. Sigue en la sombra, para que nadie le vea. El coche recorre la calle Heinrich Mann lentamente hasta que llega casi a donde se encuentra el anónimo personaje. Tiene la ventanilla algo abierta y se ve una suave humareda saliendo de dentro del vehículo. Se ha parado. Mierda. Se intenta esconder un poco más, la cabina telefónica es totalmente opaca y eso ayuda bastante. El conductor del coche se ha bajado, no puede reconocerlo. Lo ve caminar envuelto en una ventisca, gris como el cielo de la mañana, hacia un coche. Se ha agachado, Equis se ha asomado un poco más, está demasiado lejos y no ve muy bien en la oscuridad. Ni en la claridad, para qué va a engañarse. Tiene una de las notas en la mano. Bien. Buen trabajo, ya alguien ha leído el texto. Se está dirigiendo de nuevo a la puerta del coche, anda de una manera peculiar. Parece que ha estado bebiendo. Se ha montado en el coche y ha salido casi derrapando de allí.

Reanuda su camino, cerciorándose de que el coche ya no está en la carretera. Ha seguido por esa misma calle, le quedan unos cincuenta documentos y los ha repartido por la calle Hicken, como hizo ayer. Acaba de llegar a la plaza y se ha escondido detrás de unos setos, donde ha dejado algunas notas más. Se ha parado un rato detrás de un banco de la plaza y ha observado, ha mirado los coches, no había nadie dentro y en un instante ha corrido hacia la puerta del ayuntamiento y ha dejado allí algunas notas más, cuando ha visto el coche de Óscar, el ayudante del sheriff, aparcando cerca del ayuntamiento. Mierda. Se ha escondido otra vez detrás de un vehículo. Óscar ha bajado del coche y se ha encendido un cigarro, está mirando la plaza, no se ha dado cuenta de que hay repartidos documentos por toda ella. Se está desperezando, y sigue fumando. «No se va a ir de ahí, tengo que pensar bien», se dice. Pero es que no puede hacerlo con claridad. Óscar sigue apoyado en el coche, aún no se ha percatado de que decenas de notas están repartidas por la plaza. «Puedo despistarlo, voy a intentar algo», se dice. Ha cogido una piedra del jardín que envuelve el ayuntamiento y la ha lanzado con fuerza hacia el coche más cercano al de Óscar. Ha dado en el cristal, no lo ha roto, pero el ruido ha alertado al policía. Él se ha girado, ha dejado caer su cigarrillo y se ha movido rápidamente hacia el otro coche. «Es hora de correr, puedo salir por detrás del ayuntamiento por la calle Crowl, seguir por Woodlands y desde allí correr hasta mi casa lo antes posible. Tengo que hacerlo, en cuanto Óscar se aleje lo suficiente tengo que empezar a correr», piensa.

El ayudante del sheriff ya se encuentra lo bastante alejado como para que Equis pueda tener alguna oportunidad de escapar. Eso hace. Corre, salta los adoquines helados y cae en un camino de piedras decorativas de jardín, va tan rápido que estas salen disparadas detrás, las escucha caer en la acera, chocar contra los coches, escucha a Óscar gritarle, le está pidiendo que pare, pero no lo hace. No se molesta ni en ponerse los cascos del iPod y disimular que está haciendo algo de ejercicio. Fue mala idea salir hoy. Muy mala idea. Óscar ha cerrado el coche y ha salido en su busca. Aunque es un chico joven, no tiene un buen físico y no le costará mucho librarse de él.

Ha llegado a la calle Crowl y se ha escondido dentro del portal de la ferretería Crowley, donde está esperando a que pase de largo. Sigue en la sombra, es imposible que cuando llegue Óscar a esta calle y corriendo como viene, se pare y lo descubra todo. No lo hará, Óscar quiere atrapar al autor de las notas. Quiere ser el puto héroe que tanto le hace falta a Coldtown. Quiere llevarse el respeto y los halagos de sus vecinos.

Se oyen sus botas pisando con fuerza pero sin prisa por la entrada de la calle Crowl. Está empezando a nevar de nuevo. «Ojalá se caiga y quede inconsciente durante un tiempo, no siempre, claro está, él no tiene la culpa de nada de lo que está sucediendo», piensa en su escondrijo. Óscar ha parado un momento. Se le escucha respirar con dificultad. Se ve su sombra acercándose tenebrosamente. De nuevo, ha aminorado la marcha, y Equis lo ve, ve su sombra dibujada en la misma acera en la que se esconde. Se agazapa un poco más dentro del portal de la ferretería Crowley. Si pasa tan despacio se percatará, notará el calor de un cuerpo contrastando con el frío de esta calle. «Ya me han cogido. Segurísimo. ¿Qué debo hacer?», se lamenta. Cada vez escucha más cerca a Óscar, las botas pisan el firme y helado suelo de la calle Crowl. «No ha sido buena idea salir a repartir hoy. Si salgo de esta, mañana no repartiré. Seguro que no. Esperaré unos días y volveré a hacerlo», reflexiona.

Óscar llega a su lado. A unos escasos tres metros. Le está diciendo que salga. Que no le pasará nada, pero que deje de correr. Mira hacia su alrededor, buscando una salida, una escapatoria y

visualiza una especie de papelera. Está vacía, pero pesa bastante. No tiene mucha fuerza, pero cree que podría tirarla lejos y despistarlo una vez más. Entonces podría empujarle fuertemente entre esos dos coches y salir corriendo de ese lugar. «Creo que sí, así lo perdería y podría volver a casa. He de ser rápido, no puedo fallar», se anima. Ha cogido la papelera como ha podido, ya está aquí. Un sentimiento de supervivencia recorre su cuerpo de los pies a la cabeza. No sabe por qué lo ha hecho, pero en cuanto ha visto que la sombra que Óscar se reflejaba por completo en el pavimento de la calle ha esperado un instante a ver algo de su figura, ha levantado la papelera y le ha golpeado con todas sus pocas fuerzas en la cara. Creía que le iba a costar más, pero lo ha hecho con tanta energía que Óscar ha caído rotundo hacia atrás. Su cuerpo yace en la fría y helada calle. Los copos de nieve ahora son más densos y caen en su rostro manchado de sangre. Le ha dado un buen golpe. Pero aún respira, le ha tomado las pulsaciones y se ha tranquilizado bastante, aunque por su cuerpo aún recorre una euforia inmensa que le hace pensar rápido y que su instinto de supervivencia se incrementa. Ha mirado el interior de su mochila, quedan unas diez notas. Las ha tirado al aire, guardando una de ellas que ha metido dentro del bolsillo del chaquetón de Óscar. No sabe realmente por qué lo ha hecho, son los nervios, la euforia quizá. Mira el reloj y ve que son casi las cinco de la madrugada, ha salido corriendo. No quería estar más fuera. Necesita el calor y la protección de su casa. Ahí donde nadie puede encontrarle y donde guarda los más oscuros secretos de este maldito pueblo.

11. La historia de Victoria Legan

Florida, septiembre de 2011

Eran las nueve de la noche cuando Victoria llegaba a la habitación 306 de su hotel. En la puerta, mirando el móvil, le esperaba un hombre, vestido con un ralo traje azul, una descuidada camisa blanca y corbata gris. Miró para el lado y vio a Victoria mientras se echaba un mechón de su engominado pelo de nuevo para atrás.

—Creí que no vendrías —dijo Victoria pasando la tarjeta de la habitación por el mecanismo de apertura.

—Sabías que iba a venir —dijo el hombre acercándose a su cuello e intentando besarla cuando ella le rechazó y entró en la habitación sonriente.

—Claro que lo sabía. Siempre se hace lo que yo diga.

El rostro del hombre dejó a un lado su cara de sensualidad para que apareciera la de lívido apaleada por los delgados puños de aquella joven. Entraron en la habitación en silencio y cerraron suavemente la puerta. Victoria dejó el bolso en la silla de la cómoda y el hombre dejó caer su maletín. Acto seguido, empezó a desabrocharse los pantalones, se desanudó la corbata y se quitó la chaqueta. Victoria se paró delante de él y lo miró fijamente. Aquella mirada tenía poderes sobre él. El hombre paró de desvestirse al instante, mientras los ojos verdes de la chica se posaban intensamente en los de él.

—¿Te he dicho que te quites la ropa?

—No, Victoria.

—No, ¿qué?

—No, mi ama.

—Desnúdate, después ya sabes qué tienes que hacer.

—Sí, mi ama.

El hombre se desvistió lentamente. Mientras tanto, Victoria se sentó en la silla, justo en frente de él, se subió su vestido hasta las caderas y encendió un cigarro.

—Mírame mientras lo haces.

El hombre no contestó. Ella lo miró desafiante.

—Sí, mi ama.

El hombre miraba fijamente el desnudo y rasurado sexo de Victoria mientras se bajaba por último los calzoncillos, dejando ver su erección.

Victoria se levantó de la silla y se quitó el vestido, mostrando su perfecto cuerpo a los ojos ardientes de deseo de aquel hombre. Se acercó a él y le dio una patada en la parte de atrás de su rodilla izquierda que lo hizo caer al suelo, casi sin tiempo de apoyar las manos en él para no partirse los dientes en la moqueta. El hombre se puso de cuclillas, apoyándose con las manos.

—Ponte de rodillas —dijo Victoria, haciendo que aquel hombre obedeciera sus órdenes. Quitó del pantalón del arrodillado el cinturón y empezó a pasárselo por el cuello—. ¿Me has traído lo que me debes?

—Sí. Claro.

Victoria tensó el cuero del cinturón, golpeando después el trasero del hombre.

—Sí, ¿qué?

—Sí, mi ama —dijo gimiendo el hombre. Victoria tensó el cinturón y golpeó de nuevo el trasero del sumiso.

—Siempre se hace lo que yo quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, mi ama.

—Ve a la cama y ponte esto en los ojos.

Victoria entregó una venda al hombre que obedeció y se tapó la vista. Caminó lentamente, le escocían las nalgas por los golpes recibidos y se tumbó en la cama mientras Victoria iba hacia su maleta. Sacó una bolsa de cocaína y volcó un poco de polvo en una bandeja. Hizo un tubo con un billete de cien dólares y colocó la bandeja en la cama.

—Ponte a cuatro patas —ordenó Victoria mientras sacaba su teléfono móvil y empezaba a grabar en vídeo esa escena—. Aspira.

El hombre acató las órdenes y esnifó la droga a cuatro patas.

—¿Quién soy?

—Eres mi ama.

—¿Y tú quién eres?

—Soy tu esclavo.

—¿Mi esclavo qué?

—Soy tu esclavo, mi ama —dijo el hombre mientras aspiraba de nuevo la droga y echaba su cabeza hacia atrás, tapándose el orificio nasal, y haciendo que el polvo blanco llegase directamente a su cerebro. Victoria guardó su teléfono, ya tenía suficiente. El hombre seguía de rodillas, esperando las órdenes de su ama. Victoria se acercó a él y le abofeteó en la cara, haciendo que la venda se le soltase de los ojos.

Cogió la venda y amarró las manos del hombre en el cabecero de la cama, después se sentó desnuda en su abdomen. El hombre la miraba excitado, rozando su erecto glante en las nalgas de Victoria. Sus niveles de excitación eran máximos, las humedades de Victoria resbalaban por todo el abdomen del hombre, que estaba ya totalmente maniatado, sin escapatoria, en el cabezal de la cama. Ella se introdujo el firme miembro que se deslizó fácilmente dentro de su sexo. Cabalgó, saltó y se frotó intensamente, movida por la lujuria y el poder. Eran dos almas en una, dos deseos satisfechos. El del obedecer y el de que la obedezcan. Concluyeron los dos al mismo instante, soltando un gemido al unísono que se escuchó por todo el pasillo de la tercera planta del hotel.

Victoria se retiró, suavemente, aún con los temblores de su orgasmo moviéndole las caderas. No hubo un beso romántico final, ni siquiera el contacto de pecho con pecho, con los redobles desbocados de sus corazones sonando al mismo tiempo. Se puso al lado de la cama, desnuda y desafiante ante su esclavo, lo miró fijamente a los ojos:

—Ahora dame esos 20.000 dólares y lárgate de aquí echando leches.

Él obedeció. Se levantó de la cama y fue directo a su maletín. Sacó unos fajos de dinero de él y se los entregó a Victoria. Esta, aún desnuda, contaba y comprobaba cada uno de los billetes. Lo miró con desprecio y desaprobación. Él sabía qué iba a decirle, y su cuerpo empezó a estremecerse:

—Victoria, es lo único que he...

—¿Te he dicho que puedas hablar?

—No, mi ama.

—Vienes aquí, me follas, me mientes, te esnifas mi droga y ¿después me dices que no has podido conseguir ni la mitad de lo que me debes?

—Lo siento, Victoria, de verdad que lo siento, si supieras lo...

—¡Cállate! ¡Y lárgate de aquí ya! —dijo Victoria señalándole la puerta y dándole puñetazos y patadas en el trasero, el cual aún estaba amoratado.

Lo sacó de la habitación, desnudo y avergonzado, mientras ella se quedaba de espaldas a la puerta, riendo y escuchando como se vestía en el pasillo.

12. Benedict Mills

Diciembre de 2015

Se empezaba a ver el amanecer por detrás de las montañas de Coldtown cuando el sheriff Mills llegaba de nuevo a la comisaría con todas las notas que había encontrado por el pueblo. Su mujer no le había siquiera llamado, no le había sorprendido que Benedict no hubiese aparecido esa noche por casa. Su matrimonio estaba quebrándose dese hacía dos años y el mínimo roce acababa en una enorme discusión que hacía temblar los cimientos de su casa en la calle Main.

Los suaves pero abundantes copos de nieve seguían cayendo mientras Benedict entraba en su guarida. Su cueva. Su santuario. Su refugio antibombas.

—¿Cómo estás?

—Mejor —dijo Óscar, que mantenía la cabeza para atrás tapándose la hemorragia de la nariz con un pañuelo—. Me ha dado un buen golpe, ¿es normal que aún me siga sangrando? —preguntó Óscar dolorido.

—Puede. Voy a por un café, ¿quieres uno?

—Sí, por favor.

—Ahora vuelvo y hablamos de lo que ha sucedido.

—De acuerdo, jefe.

Benedict caminó hacia la máquina de café. Ese sucio, amargo, aguado y caliente café que tanto necesitaba después de una dura jornada de cervezas, vueltas por el pueblo y polvo colombiano recorriendo su cerebro para aguantar la guardia. Pulsó la tecla del café solo hasta que la máquina empezó a derramar el líquido dentro del vaso de plástico. Cuando terminó, lo cogió y se lo llevó a la boca. De un trago lo acabó, quemándose por dentro y acentuando la amargura que la cocaína le había dejado esa noche en el paladar. Volvió a poner el vaso en la máquina y marcó de nuevo repetidamente el botón del café solo. Después, retiró el vaso y puso otro para Óscar. Se metió un par de sobres de azúcar en el bolsillo y se acercó a ver a su golpeado y avergonzado ayudante.

—No sé cómo ha podido pasar, jefe.

—No te preocupes, lo importante es que estás bien —dijo Benedict mientras le entregaba el vaso a Óscar y este se incorporaba lentamente en su asiento. El sheriff se sentó encima de la mesa,

apoyándose con los pies cruzados en el suelo—. Cuéntame, ¿cómo pasó?

—Pues lo que le he comentado, jefe. —Óscar daba un trago largo al vaso de café, miraba el reloj que pasaba media hora de las siete—. Yo estaba vigilando cerca del ayuntamiento, había dado unas vueltas, pasando por las calles Hicken, Main, dos veces por Woodlans, también por Heinrich Mann, y volví de nuevo al ayuntamiento. Salí del coche para estirar un poco las piernas y me encendí un cigarro. No sé qué pasó. Escuché un golpe cerca del coche, me giré y después escuché mucho ruido, como pedradas golpeando algo metálico. Me giré de nuevo y lo vi. Iba vestido de negro.

—¿Vestido o vestida? —preguntó Benedict.

—No estoy seguro, jefe. La verdad es que era una persona algo enclenque. Una figura muy delgada. Los pantalones eran de deporte, al igual que la sudadera con capucha. Pero la parte de abajo le quedaba holgada, y no supe distinguir si era un hombre o una mujer. —Oscar agachó la cabeza, arrepentido—. Pero tenía la espalda estrecha. Puede que fuese una mujer. O un hombre delgado. No lo sé. Lo siento, jefe.

—Tranquilo. —Benedict dio un trago a su café, y movió la mano indicándole a Óscar que siguiese contando la historia—. ¿Qué pasó más?

—Salí corriendo tras él. O ella. Corría bastante, la verdad, y me sacó una gran ventaja. Cuando llegué a la esquina de la calle Crowl me paré. No podía más con mi cuerpo —dijo Óscar avergonzado—. El frío me había golpeado con fuerza después de salir del coche con la calefacción y la garganta me quemaba tanto que apenas podía respirar. Por eso paré y me recompuse. Después decidí seguir adelante, más cauteloso, realmente no sabía por dónde andaba ese tío. Bueno, perdón. Realmente no sabía dónde estaba esa persona.

—Equis.

—Eso, Equis. Le dije que parara, que dejase de correr y que no le pasaría nada si cesaba en su carrera. De lo que pasó más adelante no me acuerdo, sólo cuando me desperté y le vi a usted de rodillas a mi lado abofeteándome la cara para que me recompusiera.

—De acuerdo, Óscar. Creo que será mejor que descanses hoy. Aún te sangra la nariz —dijo Benedict acercándole unos pañuelos que tenía encima de su escritorio—. Ve a casa, te cambiaré la guardia con Adam.

—No es necesario, jefe. Me encuentro bien.

—¿Estás seguro?

—Sí. Gracias de nuevo.

—Está bien. Entonces vamos a ir a ver a Amanda y a Jennifer.

—Bien.

Benedict se dirigió a su despacho. Había ordenado que recogiesen todas las notas que Equis había repartido por Coldtown. Había puesto a Óscar, su ayudante, a Bryan, a Lidia y a Patrick a que buscasen todo lo que había repartido por la población, y estos habían hecho un buen trabajo. Se habían apresurado a revisar cada portal de las casas, cada limpiaparabrisas, cada rincón del pueblo, para asegurarse, con suerte, de que la información que hubiese repartido Equis no llegase a ningún habitante de Coldtown. Había una nota en el bolsillo de Óscar, eso es lo que más le preocupaba. No desconfiaba de Óscar y de la historia del golpe, pero le extrañaba. Igualmente, Óscar había llegado a Coldtown hacía unos meses, y no podía saber nada de lo que pasó aquella fatídica noche en las fiestas de Navidad. Óscar no sabía nada que pudiese inculparles.

Sus chicos habían recogido bastantes documentos, pero Benedict sabía que seguramente había algunos por ahí sueltos, algunos documentos que no quería que saliesen a la luz. No le había gustado nada la nota dirigida a las chicas, y sabía que podían correr bastante peligro si el pueblo las leía.

Se dirigió a la mesa de su oficina. Repasó de nuevo la nota que Equis había repartido, en ella no ponía en buen lugar a Jennifer, la chica de Amanda, y sabía que tenía que ir a verlas ya. Fue directo a la puerta de la comisaría y se quedó esperando en la puerta a que Óscar estuviese listo para ir a hablar con las chicas. «Óscar, te mataré si nos jodes», pensaba Benedict mientras su ayudante se apresuraba a coger sus cosas, se puso el abrigo y caminó hacia la puerta. Salieron y los dos se montaron en el coche de Benedict.

—Vamos allá, jefe —dijo Óscar con una sonrisa.

Benedict arrancó el coche y se dispuso a dar una pequeña vuelta de camino a casa de Amanda y Jennifer. Quería ver si alguien en el pueblo había visto alguna nota. Todo parecía tranquilo. Ya había movimiento en el pueblo. Los ancianos paseaban temprano por las calles como de costumbre. Las mujeres iban a comprar fruta y verdura a los puestos que ponían algunos días en Coldtown. Los niños se dirigían al colegio y los padres ya hacía tiempo que habían ido a trabajar. Pasando lentamente y vigilando todos los rincones del pueblo alguien se apresuraba a llegar al coche de Benedict.

—Benedict —dijo Eric golpeando la ventana del vehículo del sheriff.

—Buenos días, Eric. ¿No has ido a trabajar hoy?

—¿Podemos hablar? —preguntó Eric.

—Ahora mismo no puedo, Eric —dijo Benedict intentando hacerle comprender que no podía hablar con él mientras estuviese Óscar allí.

—En privado. Es importante.

Benedict le comentó a Óscar que siguiese dando una vuelta por el pueblo y que le recogiese aquí dentro de unos minutos. Este salió del coche y dio la vuelta por la parte delantera para sentarse en el asiento del piloto.

—Doy una pequeña vuelta y vuelvo —dijo Óscar, algo sorprendido, mientras miraba a Eric, que mantenía la cabeza gacha esperando a que se fuese.

—¿Qué coño te pasa, Eric? —preguntó Benedict golpeando el pecho del joven de forma amenazante mientras el coche patrulla salía de allí.

—Dímelo tú a mí —contestó Eric quitándose las manos del sheriff de encima—, ¿qué está pasando con tantas notitas?

—¿Has visto alguna hoy?

—¡Claro! ¡Están por todo el pueblo!

—Mierda —dijo Benedict. «Sabía que algunas se me escaparían», pensó seguidamente.

—¿Qué pasa con las lesbianas? ¿Qué tienen que ver con nosotros?

—Mira, Eric, lo de que todo esto tiene que ver con nosotros es cosa tuya, en ningún momento se te ha nombrado, ni a ti ni a David. Ni a mí ni a Bill. Ni a tu padre ni a Carol ni a nadie.

—Ya, pero...

—Ya, pero nada. Debes estar tranquilo; si no, empezarán a sospechar.

—Sí. Creo que debo hacerlo. Al menos hasta que digan algo que nos incumba.

—Es que no sabes si van a decir algo que nos incumba.

—De acuerdo. —Eric se tranquilizó más con la charla de Benedict—. Me voy a trabajar, ayer no fui y ya me han llamado la atención. ¿Vas a hablar con las chicas?

—Déjame hacer mi trabajo, Eric. Haz tú el tuyo.

El coche del sheriff paró justo al lado de ellos, Benedict se dirigió al asiento del copiloto y con una sonrisa se dirigió a Eric.

—Nos vemos, Eric, no te preocupes por ese perro, iré a hablar con tus vecinos.

Eric no contestó, el coche arrancó de nuevo y Benedict observó por el espejo retrovisor como su ansioso amigo se les quedaba mirando mientras ellos se alejaban.

—¿Qué quería ese loco?

—Nada, el perro de los Clyde no les deja dormir.

Óscar asintió con la cabeza, mirando dudoso a Benedict.

—Cuéntame, jefe. Sabes que es mi primer «interrogatorio». —Óscar hizo el gesto de las comillas al aire con la mano derecha mientras manejaba el vehículo con la izquierda—. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Simplemente preguntar. Yo preguntaré, tú estarás de oyente. Les enseñaremos la nota, si es que aún no las han visto, y las escucharemos. No tenemos pruebas, no sabemos si esto es mentira. No sabemos nada, a ver si con sus palabras podemos sacar algunas deducciones a nuestro favor y acercarnos más a Equis. Óscar, este interrogatorio no es lo que dijéramos, muy legal...

—¿Por qué dice eso, jefe?

—Porque a ver, aún no ha pasado nada, sólo son unas notas. Pero tú sabes que lo único que quiero es que el pueblo esté tranquilo.

—Sí, jefe.

Benedict asintió con la cabeza mientras llegaban a la calle Main.

—Y, jefe, ¿por qué no hemos dado parte a los superiores?

—¿Parte de qué?

—Parte de esto que está pasando. Deberíamos informar a los altos cargos. Comentarles lo que está pasando, ¿no?

—No, Óscar.

—Pero deberíamos hacerlo, ¿por qué no?

—¡Porque no! ¡Hostias! ¡Esto es una jodida broma y ya está! ¡Cállate y conduce! —Benedict le gritó a Óscar, que recibía la saliva del sheriff en la parte derecha del rostro.

—Está bien, jefe. Lo siento.

El vehículo pasaba por la calle Main, viró a la izquierda por Chewil y bajó aquella avenida hasta el parque Boornhowt. Allí, los árboles se movían vigorosamente mientras una espesa nieve cubría sus ramas. La temperatura había caído y el coche del sheriff vagaba lentamente arrastrando el peso de la conciencia. El peso del pasado que Benedict llevaba a sus espaldas. Sentado en ese vehículo, por una vez de copiloto, pensaba en lo realmente importante. ¿Qué sabía Equis? ¿Era una estratagema? ¿Un engaño? ¿Estaba poniendo a prueba a todo este maldito pueblo? Los actos de Benedict nunca habían sido de lo más bondadosos, pero todo lo que había hecho era para proteger la unidad de Coldtown. Aquí sólo había habido un pequeño robo, ni mucho menos secuestros. En este pueblo no había asesinatos, ni ataques en la oscuridad de las calles. Era un pueblo decente. La gente vivía feliz. Una sola persona no podía romper la integridad del pueblo. Una integridad labrada desde hacía años, un pueblo con sus más y sus menos, sí, pero siempre

tranquilo. Donde las familias podían pasear por las calles las noches de verano y tomar batidos en las mesas de la terraza del Hillary's. Donde en invierno el cruel frío que atacaba a la población se desvanecía con los cánticos navideños que se formaban en la plaza del pueblo. Toda esa tensión debía acabar. Hace dos días Coldtown seguía siendo el pueblo idílico donde todas las familias eran felices y vivían sus vidas sin preocuparse demasiado. Los problemas pasados eran irremediables, lo sabía, y también sabía que algún día saldrían a la luz. Y eso estaba ocurriendo ahora, no puedes enterrar la mierda. En este pueblo las lluvias y las nevadas se repiten tantas veces al año que al final la tierra se ablanda y sacan todo a la luz.

El coche seguía su curso hasta llegar casa de Amanda y Jennifer. Óscar paró el vehículo y Benedict bajó deprisa, tiró el cigarro al suelo y lo estrujó contra el húmedo suelo de la calle Lein. Su compañero siguió sus pasos y agradeció salir de ese vehículo y cambiar el rancio olor a cerrado y a humo de tabaco y ser golpeado en el rostro por el frío viento del norte. Se dirigieron sosegadamente hacia la puerta del número diez de la calle Lein y llamaron al portal. Unos diez segundos después Amanda abrió la puerta. Un cálido golpe de aire envolvió a los dos policías y dentro de la casa apareció la imagen de una joven que vestía un pantalón de pijama de terciopelo, con un pequeño dibujo de un ratón en el centro del pecho acompañado por diversas pelusas alrededor. Tenía el rostro cansado, acompañado de unas pequeñas ojeras que no afeaban su hermoso rostro. Benedict sabía que las copas de anoche se habían demorado más de la cuenta. De ahí sus pequeñas manchas alrededor de sus párpados inferiores.

—Buenos días, Amanda.

—Buenos días, sheriff. Óscar.

—Buenos días, Amanda —dijo el ayudante.

—¿Qué les trae por aquí?

—¿Está Jennifer en casa?

—Sí. Está en la ducha. ¿Qué pasa? ¿Queréis pasar?

—Sí, por favor —dijo Benedict abriéndose paso por al lado de Amanda y dejando a su ayudante atrás, que hizo un gesto con la cabeza y siguió el camino del sheriff hasta llegar al salón.

La habitación estaba pobremente decorada. Una pequeña alfombra de lana blanca sostenía una diminuta mesa gris donde descansaban aún algunas latas de cervezas y una botella de vino a medias de la noche anterior. Enfrente, una televisión de plasma; estaba situada encima de una angosta mesa de color gris y parecía que el mínimo movimiento iba a hacer que cayese al suelo. Las ventanas del salón daban paso a una suave luz que iluminaba una estrecha pero alta librería llena de relatos de terror y misterio. Justo al lado de esta, un sofá de tres plazas descansaba en el suelo y se protegía con una manta de algodón de color verde. Benedict escuchó el crujir de los escalones de madera y echó un vistazo fuera del salón. Los pasos cautos y serenos de Jennifer bajaban hasta la habitación. Vestía unos vaqueros grises desgastados y una camiseta ancha de color negro con unos adornos rojos. Se secaba el cabello con una toalla marrón mientras descendía por los escalones, con las manos en la toalla que se enredaba en su largo cabello rojizo. La mirada de Jennifer se posó en Benedict, su semblante cambió al ver allí a los dos oficiales de policía.

—¿Qué pasa aquí?

—Buenos días, Jennifer.

—Buenos días, Benedict —dijo ella retirándose la toalla y acercándose al peine que había en el pequeño cuarto de baño de la planta inferior.

—Queríamos hacerte unas preguntas.

—¿Ha pasado algo? —dijo ahora Amanda, que preocupada sugería a los oficiales de policía que tomasen asiento en el sofá. Ellos hicieron caso y se sentaron en él—. ¿Queréis café?

—Sí, gracias —dijo Óscar, mientras que Benedict asentía con la cabeza. Amanda salió hacia la cocina y volvió casi al instante con una jarra de café y cuatro tazas mal colocadas sobre sus pequeñas manos.

—Gracias, Amanda.

—Y bien, ¿ha pasado algo?

—No, Jennifer —contestó Benedict saboreando lentamente aquel café. Un buen café. No de esa puta máquina que tanto odiaba y tanto necesitaba—. Tranquilas. No ha pasado nada. No aún. ¿Habéis salido de casa ya esta mañana?

—No, aún no hemos salido. Yo ahora me iré a la universidad y Amanda hará lo mismo dentro de unas horas.

—Supongo que estáis al corriente de lo que pasó ayer con las notas que había repartidas por el pueblo.

—Claro, en un pueblo tan pequeño se entera una de todo lo que pase —dijo Amanda con una leve sonrisa.

—Pues bien, como no habéis leído lo que hoy han repartido y, por lo que veo, no os han venido a decir nada, supongo que el trabajo que hemos realizado con la localización y destrucción de todos los documentos no ha salido tan mal como esperaba. —Benedict sacó del interior de su chaqueta una nota plastificada y la dejó caer en la mesa mientras Amanda recogía las latas de cerveza y la botella de vino—. Pues aquí tenéis lo que, por mala suerte, se ha repartido hoy.

Una pequeña nota caía en la diminuta mesa del salón. Amanda se acercó lentamente apartando los restos de una noche de desenfreno con las manos, leyó la nota y miró con espanto a Jennifer, que dejaba caer el peine en el suelo mientras se acercaba a coger el papel.

—No sé qué demonios significa esto.

—Nosotros tampoco. Será mejor que nos acompañes a Óscar y a mí a comisaría. Deberíamos tener unas palabras. Si esta nota es leída por los demás habitantes de Coldtown puedes estar en más problemas de los que ya estás.

—Tengo... tengo que... tengo que ir a la universidad. Mañana tengo un examen, y...

—No, Jennifer. Hoy no vas a poder ir a la universidad.

—¿Estoy arrestada? —dijo Jennifer mirando la nota que aún mantenía en las manos con una sonrisa nerviosa—. Amanda, esto... esto no es cierto. Y lo sabes. —Amanda se alejó lentamente hasta colocarse detrás de los policías—. Amanda, por favor. Sabes que no es verdad. ¿Estoy arrestada, Benedict?

—No. No lo estás, pero facilitaría mucho las cosas si nos acompañases a comisaría.

—De acuerdo. Iré. Soy inocente. Yo no he hecho nada. ¡No he hecho nada, Amanda!

Amanda seguía en silencio viendo de lejos la nota que había dejado Jennifer encima de la mesa. Su chica cogió el abrigo y se dirigió a la puerta, acompañada por Benedict, mientras Óscar hacía de centinela en la puerta del coche.

—Tranquila, Amanda. Te mantendremos informada —dijo Benedict mientras recogía la nota de la mesa y daba media vuelta dejando a la chica ensimismada en el portal de la vivienda, viendo como su amada estaba sentada en el asiento trasero del coche del sheriff y sin saber si lo que había escrito en esa nota era cierto o no.

El trayecto había sido corto, únicamente interrumpido por el constante sermón de Jennifer declarándose inocente cada veinte metros. Habían llegado a la comisaría y Óscar la había acompañado a la sala de interrogatorios. Una pequeña estancia, oscura como una noche de lluvia, donde las paredes eran de madera y la humedad se hacía notar en cada esquina. Una enorme mesa de pino castaño descansaba en el centro de aquella sala, donde un par de sillas acompañaban al escritorio. Jennifer se sentó en una de ellas, esperando con ansias la llegada de Benedict y la consecuente interrogación. La puerta sonó de repente, un leve chirrido acompañado de una suave brisa fresca proveniente de la calle inundó la sala. Benedict sacó de su bolsillo de nuevo la nota y se sentó en la silla que había enfrente de la chica.

—Yo no he hecho nada.

Benedict no decía palabra alguna. Miraba la nota mientras sus delgados dedos repasaban cada milímetro de esta.

—De verdad, Benedict, tienes que creerme. No sé quién ha escrito eso, pero ha mentido.

—¿Cuánto hace que vives en Coldtown?

—Casi tres años.

—¿Y cuántos problemas has tenido aquí?

—Ninguno, ¿por qué?

—Jennifer, las preguntas las hago yo. Por favor, límitate a contestar.

Jennifer agachó la cabeza.

—¿Sabes cuántos problemas he tenido yo desde que soy sheriff en Coldtown?

—No, no lo sé.

—Ninguno, Jennifer. Ni un solo problema en mis primeros diez años de oficial de policía y ninguno en los dos siguientes como sheriff de Coldtown.

—Me alegro.

—Yo no, Jennifer. ¿No te parece que este pueblo es muy aburrido? —Benedict soltó una carcajada que Jennifer asimiló asombrada—. Es un puto muermo. No pasa nunca nada. Me paso el día entero dando vueltas por el pueblo o jugando al puto solitario. Esto me gusta, Jennifer. Algo de acción no viene mal, ¿verdad? —Jennifer seguía asombrada. No esperaba esa reacción.

—Bueno, algo de vida le puede dar al pueblo. —La chica sonrió.

—¡Una puta mierda, Jennifer! ¡No quiero acción en Coldtown! ¡Aquí no ha pasado nada porque yo así lo he querido!

Jennifer agachó la cabeza asustada y comenzó a llorar.

—De verdad, Benedict, no sé nada de esa nota. No sé quién la ha escrito. Y te aseguro que yo no he matado a nadie.

—Eso lo veremos. Tranquila, que lo veremos.

—Benedict, me conoces desde hace casi tres años. Cuidé de Scott, conozco a tu mujer. He estado en tu casa...

—¿Me estás amenazando? —Benedict le preguntó a Jennifer con un tono sarcástico sin retirar la mirada de la nota.

—No, para nada, Benedict. De verdad, no, no. Sólo quiero que sepas que yo no soy capaz de hacer eso, no soy capaz de matar a nadie.

—¿Lo has intentado alguna vez?

—Joder, Benedict. Tienes que creerme. Es una puta nota. No sé por qué mi nombre viene escrito ahí, pero es mentira, de verdad.

Benedict puso la nota encima de la mesa y suavemente la deslizó con el dedo índice hacia Jennifer.

—Léela.

—Ya la he leído.

—Léemela.

—¿No necesito un abogado?

—No. Para nada. No estás detenida. Ya te lo he dicho antes. Puedes irte cuando quieras. ¿Quieres irte?

—Quiero solucionar esto, Benedict. Hasta esta mañana era muy feliz, y la puta nota esta me ha jodido el día.

—Léemela.

Jennifer cogió lentamente la nota y se la acercó a las rodillas, la dejó ahí, reposando, esperando que por arte de magia las letras que había ahí escritas se esfumasen y los caracteres de la misma cambiasen de alguna forma, dejando escrito el nombre de otra persona, o borrándose por completo y que esta maldita pesadilla volviera a la más profunda oscuridad. Pero esto no pasó, y aunque Jennifer lo deseara con todas sus fuerzas, la nota seguía dirigiéndose a ella, mirándola desde sus rodillas esperando a ser leída en voz alta.

—Léemela, por favor, Jennifer.

—De acuerdo.

Jennifer reunió el valor necesario para poder articular las palabras que desde que llegaron Benedict y Óscar a su casa y le enseñaron la nota rondaban por su cabeza. No quería hacerlo. El simple hecho de pensar que de su boca saldrían esas malditas palabras le hacía sentir mal, muy mal.

Estimados vecinos:

La misiva de hoy será mucho más concisa.

En el pueblo hay una criminal.

Su nombre es Jennifer Evans. Ella fue la asesina del padre de Amanda Hoffman.

Las palabras que Jennifer sacó al mundo exterior causaron en ella un desasosiego completo. Cada palabra que soltaba era como si la zarza que le salía desde lo más profundo del estómago le fuese arañando la garganta y desangrándole por dentro. Jennifer no dijo nada más. Se quedó silente con la nota aún en las rodillas y esperando a que Benedict hablara. Este, en cambio, hizo lo mismo que Jennifer. La observaba inalterable con los ojos puestos en la mirada caída de la chica. Ella levantó la vista, miró directamente a los ojos grises y penetrantes de Benedict, le daban pavor. Siempre lo hacían. Ella sabía que esos ojos escondían más secretos de los que ella misma tenía.

—Jennifer, ¿cómo murió el padre de Amanda?

—Huimos de Florida. —Benedict afinaba su atención y observaba las palabras de la chica mientras apuntaba en un bloc de notas; ella arrastraba lentamente las palabras—. El padre de Amanda no aceptaba que estuviese con una chica. No aceptaba que su pequeña hubiese «salido rara», como él decía. Amanda vivía con él desde que su madre lo abandonó por otra persona. Él había cambiado mucho desde entonces; bebía muchísimo y era muy inestable. Aunque antes era igual, pero desde la separación empeoró bastante. Amanda se quedó para acabar sus estudios y así no perder un año de carrera, y también para acompañar a su padre en su mala racha. Debía mucho dinero, era un ludópata adicto a la cocaína y a los excesos que desfasaba demasiado, más de una vez habíamos tenido que ir Amanda y yo a recogerlo, tirado en un bar, o golpeado por la seguridad de algún salón de juegos o por el novio de alguna chica a la que había molestado. Nos queríamos marchar. Queríamos huir de aquel sitio lo antes posible, pero el padre de Amanda nos amenazaba, cada vez que se lo hacíamos saber, con matarse. Era sumamente inestable, desde hacía años la madre de Amanda le había jurado y perjurado que se marcharía de allí si no cambiaba. Si no dejaba de beber y de tomar drogas. Si no dejaba de amenazar a toda la familia cuando estaba ebrio. Si no dejaba de gastarse el dinero en mujeres fáciles. Él no lo hizo, ese puto imbécil seguía malgastando el dinero, apenas llegaban a fin de mes. Amanda tenía que trabajar por las noches y llegaba demasiado cansada como para atender en clase. La madre de Amanda se marchó de allí. Le pidió a mi chica que se fuese con ella lejos de su padre, pero ella tenía demasiado miedo de dejar a su padre solo, por eso aguantó un poco más. —Jennifer inhaló hondo, poco después exhaló. Las palabras cada vez salían más fáciles. Y la zarza que le arañaba la garganta ya no le hacía tanto daño—. Un día, llamaron temprano a casa, como habéis hecho vosotros esta mañana. La policía le comentó a Amanda que habían encontrado a su padre muerto en una carretera a las afueras de Jacksonville. Las investigaciones duraron un tiempo, hasta que la policía descubrió que había estado de putas, ya que tenía marcas en sus partes. Supusieron que el proxeneta de la chica se daría cuenta de lo que había pasado y fue en busca de él. Y le quitó la vida. Supongo que así era como tenía que acabar. Cuando cerraron el caso, después de interminables semanas de interrogatorios y esperas, Amanda y yo nos fuimos de Florida. Necesitábamos huir lo más lejos posible del calor del sur de Estados Unidos para intentar seguir con nuestras vidas y con nuestros estudios. —Benedict había notado cierto cambio en el rostro de Jennifer, ahora más sosegado, y se percató de que las palabras le salían ahora sin dificultad—. Y llegamos aquí. Ya está. No hay más.

—¿No hay nada más?

—No, Benedict. No.

—¿Sabes? Hay algo que no me cuadra.

—¿El qué?

—Has comenzado diciendo que huisteis de Florida.

—Claro. No queríamos estar allí. A Amanda todo le recordaba a su padre.

—Sí, pero después has seguido diciendo que al padre de Amanda no le gustaba su condición sexual. Has dicho que era algo que rechazaba.

—¿Y qué tiene que ver esto?

—No sé, dímelo tú. ¿Qué tiene que ver que el padre de Amanda no aceptara la homosexualidad de su hija con su propia muerte? ¿Por qué no os marchasteis con la madre de Amanda?

Jennifer se quedó pensativa, mirando fijamente a los ojos verdes del Sheriff.

—Después has dicho que suponías que era como debía acabar. Y antes has recriminado la actuación del padre de Amanda, llamándolo imbécil, ¿o no es así? Puto imbécil, mejor dicho.

—Ya, pero ...

—¿Se te ha olvidado decirme algo?

—No, Benedict. Nada.

—¿Sabes quién fue el asesino del padre de Amanda, Jennifer?

—Yo, no... No lo sé...

—¿Sabes, Jennifer? Puedo tenerte aquí encerrada bastantes horas. Es totalmente legal.

—¿Pero por qué?

—Porque creo que sabes quién mató al padre de tu novia.

—¿Y por qué crees que lo sé?

—Porque creo que fuiste tú.

—¡Venga ya, Benedict! ¡Eso no es cierto!

—Has empezado diciendo que al padre de Amanda no le gustaba la orientación sexual de su hija. Seguidamente has comentado que huisteis de Florida. Después le has insultado, y lo que más me asombra es que os vinieseis a esta parte de Estados Unidos, tan alejada de la calurosa y soleada Florida. Esto es el lugar más frío y alejado del país.

Jennifer cerró los ojos. Ya no podía mirar a los de Benedict. Agachó la cabeza y se echó a llorar.

—¿Qué pasa, Jennifer?

—Yo... yo no quise hacerlo, Benedict.

«Vaya tía más tonta», pensó Benedict. Tan fácil como robarle un caramelo a un niño. O una confesión a una niña.

—Esto lleva atormentándome años, yo no quería, no quería hacerlo. Fue culpa de él.

—Cuéntame qué pasó, Jennifer.

—Amanda... —Jennifer se secó las lágrimas que resbalaban por sus pómulos con la manga de la cazadora—. Amanda me pidió que hablase con él, se me daba bien hablar con las personas. Siempre se me ha dado bien. Quedé una tarde que Amanda tenía un examen para tomar café con él. Nos encontramos en el Lynch's Irish Pub, en la 514, entre la cuarta y la quinta avenida. Yo... —Jennifer seguía lloriqueando y Benedict le acercó unos pañuelos desechables de papel—. Yo me pedí un café. Gracias —dijo al coger los pañuelillos—. Él ya estaba allí, tenía la mesa casi llena de botellas de cervezas vacías, supuse que llevaba más de dos horas en aquel bar. Empecé a hablarle de lo mucho que quería a su hija, de lo feliz que me hacía y de lo bien que nos lo pasábamos las dos. Él negaba con la cabeza sin levantar la mirada de la mesa. Negaba con la cabeza con la convicción de que nada de eso estaba bien y de que éramos unas desviadas. Él solo repetía eso: «Estáis mal de la cabeza». Yo le respondí: «Pero, Roger, tienes que comprenderlo. Esto es así, y nos harías más felices si lo asumieras de una vez». Él sólo me decía que yo era escoria, que le había comido la cabeza a su hija. Que le daba asco, que era inhumano y que la gente como yo no debería existir.

Benedict observaba a Jennifer con atención, pero no dijo nada, estaba dispuesto a escuchar toda la historia sin interrumpir a la chica.

—Le dije: «Mira, Roger. Estoy haciendo lo posible desde hace dos años para que asumas que a tu hija le gustan las mujeres, que tu hija está enamorada de mí y que eso va a seguir siendo así.

Quieras o no quieras». Él respondió que no iba a cambiar su forma de pensar sólo diciéndole cuatro palabras. Que era una puta golfa, y que le había lavado el cerebro a su princesa. Cuando le dije que no iba a permitir que me hablara así, se levantó de su asiento, me agarró por las orejas y me miró a la cara a escasos diez centímetros. —La cara de Jennifer mostraba el rostro del temor, del pavor que había vivido cada vez que Roger se ponía violento en casa—. «Eres una puta, Jennifer. Y quiero que te marches de aquí. No quiero volver a verte por mi casa, y mucho menos cerca de Amanda», me dijo. Él nos quería, Benedict. De verdad que nos quería, pero es que cuando bebía o se drogaba perdía la cabeza. No era la misma persona, era como si un demonio se hubiese adueñado de su cuerpo.

»Yo empecé a llorar. Él me soltó y le dio un trago largo a su cerveza, se volvió a sentar y tiró al suelo las botellas vacías que había en la mesa. El camarero empezó a discutir con él. Roger partió una de esas botellas que habían caído al suelo de la mesa del restaurante y amenazó al barman con ella. Yo le supliqué que se calmara, y le pedí que saliésemos a la calle. Antes de salir discutió también con una mujer, seguramente le diría algo y ella le cantó las cuarenta... Yo quería a ese hombre, no tuve nunca un padre, y aunque él no se comportase como tal, lo veía como el padre que nunca había tenido. Salí del pub con él, antes de que el camarero, que nos sacaba dos cabezas a los dos, arremetiese y le pegase otra de esas palizas. En el coche, antes de que entrásemos me pidió perdón, yo le dije que no pasaba nada, pero que tenía que cambiar su forma de ver las cosas y aceptar de una vez por todas que a su princesa no le gustaban los príncipes. Se ofreció a llevarme a casa, yo lo rechacé un par de veces pero él empezó a llorar. Lloriqueaba diciendo lo mucho que sentía su forma de actuar, y que iba a empezar a entender todo eso. Acepté, con miedo e inseguridad, que me acercase a casa. Condujo todo el camino en silencio. Yo vivía en las afueras de Jacksonville, en la avenida Stuart, y pasamos por los caminos solitarios y secos cuando el sol empezaba a caer al fondo de aquella carretera. Él seguía callado, hasta que paró el coche en aquella cuneta, donde la noche empezaba a oscurecer las rocas del camino. Empezó a insultarme. «Pedazo de puta» fue lo mejorcito que me dijo aquel día, me deseaba la muerte. Cerró el coche con los pestillos de seguridad mientras maldecía el día en que llegué por primera vez a su casa de la mano de Amanda y le comentamos que éramos lesbianas. Yo le pedía, por favor, que me dejase salir. Que me estaba asustando mucho. Sus insultos golpeaban mi cara y mientras hablaba me escupía palabras malsonantes y saliva que llegaban velozmente a mi rostro. Se acercó a mí, lentamente, su cara era lo más parecido a un cuadro abstracto. Sus facciones estaban demacradas y sus ojos inyectados de sangre. Me agarró por el pelo, yo empecé a gritar, pero en aquella carretera alejada de la población nadie me podía escuchar. Él me llevó a su pecho, con fuerza agarraba mi cabeza mientras yo gritaba y él me pedía que me callase. Se metió la mano izquierda en su ropa interior y... —Jennifer calló. No podía seguir recordando eso.

—Por favor, Jennifer, sigue —dijo Benedict.

—Se empezó a tocar. Me seguía apretando la cabeza con sus brazos contra su pecho, y se seguía tocando. Se sacó la mano del pantalón y se empezó a bajar la bragueta y a desabrochar el botón. Se sacó el pene. Era asqueroso. Ahí estaba mucho más segura de mi condición sexual. —Jennifer sonrió, aunque las lágrimas seguían cayendo por su rostro—. Empujó mi cabeza hasta su miembro, quería que... quería que se la chupase, él empujaba mi cabeza hacia su pene. Hasta que mis fuerzas no pudieron hacer más y mi cabeza bajó hasta allí. Oía a rancio. Y a humedad. Él me estiraba del pelo mientras su pene rozaba mi pómulo izquierdo. Yo no sabía qué hacer. Sólo

pensaba en cómo cojones salir de aquel coche. No me lo pensé dos veces. Abrí la boca y mordí con fuerza su ingle. Él chillaba de dolor. Un grito escandaloso que sonó hueco dentro del vehículo. Me soltó y se llevó las manos a sus partes, y yo pulsé rápidamente el botón del seguro de las puertas en su lado del vehículo. Conseguí escapar, pero él salió del coche también y me persiguió unos metros por la carretera. Corrí deprisa, pero él también, hasta que se lanzó encima de mí y los dos caímos en la cuneta, forcejeando mientras rodábamos zanja abajo. Hubo un momento en que dejó de agarrarme con fuerza mientras yo intentaba resistirme inútilmente. Al final de unas cuantas vueltas cuneta abajo paramos de rodar, yo caí un poco más lejos de la carretera y Roger quedó a escasos metros. Yacía boca arriba, con los ojos cerrados. Supuse que se había desmayado. O no sé. Algo parecido. Pero esa suposición se desvaneció cuando observé un charco de sangre y una roca manchada de un líquido oscuro y espeso cerca de él. Yo lo observé atentamente y llamé a una ambulancia. Después me asusté y hui de allí, me fui a casa. De esto no he hablado nunca con nadie.

—¿Se golpeó con una roca? —preguntó Benedict.

—Sí.

—¿Varias veces?

—No. Supongo que se dio una vez, y con esa bastó.

—Mientes.

—¿Cómo?

—Mira, Jennifer, si me cuentas lo que realmente pasó después de que forcejearais cuneta abajo, te aseguro que mis compañeros te cuidarán bien.

—No sé de qué coño me estás hablando.

—He hecho mis deberes, Jennifer. Cuando vi la nota esta noche investigué un poco y llamé a la comisaría de Jacksonville. Roger Hoffman fue golpeado varias veces con un objeto contundente, una piedra. Deberías haber pensado bien la historia antes de contármela.

Jennifer volvió a llorar de nuevo. Esta vez con mucha más fuerza, sus llantos llenaban la oscura y húmeda habitación.

—Lo odiaba. Había hecho que pasásemos los peores años de nuestras vidas. Las había convertido en un infierno. —Jennifer se secaba de nuevo los ojos lacrimosos—. Cuando me acerqué y me agaché a ver si respiraba, me agarró por el cuello. No sé si fue instinto. Defensa. O venganza. Cogí una piedra que había allí cerca y le golpeé fuertemente en la cabeza. Hasta que dejó de agarrarme. No hay más.

—Jennifer, sabes que esto es una confesión de asesinato, ¿verdad?

—Sí, lo sé, sheriff.

—Bien, tengo que informar, y desde ahora mismo estás detenida a la espera de juicio, ¿lo sabes también?

—Sí. Pero no lo vas a hacer.

—¿Cómo dices?

—No soy una asesina, me estaba defendiendo.

—Eso lo tiene que decidir el juez, Jennifer. Por eso tengo que informar. —Benedict se levantó y se dirigió a la puerta.

—No lo vas a hacer. —Benedict cogió el pomo de la puerta y se giró.

—¿Por qué, Jennifer?

—Porque al igual que tú, no quiero que nadie se entere de mi pasado.

—¿Me estás amenazando?

—Esta vez creo que sí, Benedict. Si yo caigo, todos caemos.

Benedict se quedó mudo. Por primera vez temía a alguien de ese pueblo. No puede ser. ¿Había sido Jennifer la que había repartido las notas? No podía ser, no se iba a culpar ella misma. Pero ¿y si todo eso era la parte de un maquiavélico plan para sacar los secretos del pueblo? No. Ella no podía saber nada de eso. Apretó los puños y maldijo nuevamente aquella noche, como había estado haciendo cada día los últimos dos años.

13. La historia de Victoria Legan

Florida, septiembre de 2011

Al día siguiente le pidió al conductor del taxi que le dejase en la calle 124. Iba a comprobar si las chicas habían hecho su trabajo. Estuvo golpeando la puerta de la casa del padre de Amanda intensamente, y cada vez que lo hacía le dolía más, y la rabia le hacía que golpeará más fuerte, y más dolor, y más rabia. Hasta que el dolor y el calor de la palma de su mano le hizo comprender que estaba montando un escándalo. Se acercó a la casa de al lado y llamó con su colorada mano a la puerta:

—Buenos días —dijo una señora mayor al encontrarse a Victoria en la puerta.

—Buenos días, señora —dijo Victoria, que puso su cara más triste. Unas grandes gafas de sol cubrían sus ojos y una pámela oscura su cabeza—, he venido a ver a mi sobrina Amanda para darle el pésame, pero no están en su casa y no me coge el teléfono, ¿sabe dónde ha podido ir?

—¿Es usted su tía? No le conozco. ¿Cómo se llama? Mi nombre es Margareth, pero en el barrio me llaman Maggie.

—Encantada. Soy una tía lejana. No nos vemos mucho.

—Pero yo conozco a toda su familia, somos vecinos de toda la vida. Perdón, ¿cuál ha dicho que es su nombre?

—No se lo he dicho, señora. Mi nombre es... Lina. Vivo en Brasil. Por eso no me conoce.

—Fíjate tú. Yo estaba segurísima de conocer a todos los Hoffman. El otro día hablando con Abigail, ¿la conoce? Es la de la tienda de frutos secos.

—No señora, no sé quién es. Ya le he dicho que no soy de aquí.

—Ah, es cierto. Pues no tiene usted acento brasileño. Conozco a una mujer brasileña que vive un poco más abajo, en esta misma calle. ¿La conoce? Bueno, a lo que íbamos. Yo voy a lo de Abigail a por pasas que, entre tú y yo, ando algo estreñida últimamente, y vi en un programa que eran buenas para eso, ya sabe, para ir al baño a hacer eso... Ahora mismo no recuerdo de quién era el programa...

—Señora...

—¡Ah, sí! ¡Las mañanas con Thomas! ¿Lo ha visto alguna vez?

—Señora, por favor, podría...

—No lo ha visto —interrumpió la anciana a Victoria, que desesperada estaba a punto de golpear a aquella mujer—. ¿De qué le estaba hablando?

—Me iba a decir usted dónde ha ido mi sobrina.

—Ah, es cierto. Me ha dicho que se iba lejos un tiempo. Al norte, Montana, creo. —Victoria abrió los ojos perpleja. No se lo podía creer—. Me ha contado que quería cambiar de aires. Este calor le recordaba a su padre y quería olvidar esa tragedia. Porque es una gran tragedia, ¿verdad, Rita? —A Victoria ni se le pasó por la cabeza decirle que ese no era el nombre que le había dicho. Ya tenía suficiente. Habían huido a Montana, lejos de la calurosa Jacksonville, con suerte las encontraría. Tenía sus contactos agarrados por los huevos—. Y Montana, ¡con el frío que hace! Pobrecitas... Qué tragedia. ¡Ay, Dios! Se me ha olvidado darle el pésame, Mila. Venga. Deme un abrazo. —Aquella mujer agarró a Victoria con sus rechonchos brazos, estrujándole la cara en sus enormes senos—. Ya está mi niña, ya está. Ya pasó.

—Está bien, gracias por todo, Margareth.

—Puedes llamarme Maggie.

—Maggie, seguiré intentando contactar con ella. Que le vaya bien.

—Y a ti, Mirta. Cuídate. Y come, que estás muy delgada.

«Maldita vieja», pensó Victoria mientras se quitaba decenas de pelos de gato del vestido.

Al día siguiente estaba montada en el avión con destino a Miami. La tripulación avisó que en breve despejarían y que los pasajeros debían apagar todos los aparatos electrónicos. Victoria aprovechó el último instante y sacó su teléfono móvil, buscó el vídeo de aquel hombre sumiso y lo adjuntó en un mensaje: «Los atrasos se pagan caros, ahora me debes 30.000 dólares».

Apagó su móvil y lo guardó en el pequeño bolso negro de Gucci. Durante el camino miraba largo rato por la ventanilla del avión. Estaban a punto de atravesar las nubes y veía como caía una lluvia fría y triste, ella ya echaba de menos el clima de Miami.

—¿Sabes por qué las ventanas de los aviones son redondas? —dijo un joven que se sentaba al lado de Victoria, sacándola de su ensimismamiento. Ella lo miró, como quien mira a un succulento bistec después de una semana a dieta. «Es guapo, jodidamente guapo», pensó. A los pocos segundos de verlo supo que lo quería. Quería ese nuevo trofeo. Quería ser su ama. Y ella siempre obtenía lo que quería.

—No, ¿por qué? —dijo con una mirada y una sonrisita que enamorarían a cualquiera.

—Pues verás —dijo el joven, acercándose un poco más a Victoria—, las hacen redondas y verticales para que las presiones se distribuyan mejor, evitando la fatiga de los materiales, así no tienden a abrir grietas y provocar que el avión estalle.

—Interesante —dijo Victoria, mientras se levantaba las gafas de sol, colocándoselas por encima de la cabeza. El joven se quedó mirándola, sus ojos verdes se clavaron en él, cegándole, con la misma luz que deslumbra al que sale de un túnel y el sol le golpea de repente.

—¿Y sabes qué es lo peor?

—Sorpréndeme.

—Que antes las ventanas, lamentablemente, no eran así. De esto se dieron cuenta después de una serie de accidentes.

—De los errores se aprende.

—Mucha gente perdió la vida.

—Sí, pero gracias a ellos, ahora tenemos un transporte rápido y seguro. Y además con Martinis. La frialdad de Victoria sorprendió al joven que tendió la mano que empezó a temblar y sudar cuando la fría y firme, a la vez que escuálida, mano de Victoria la agarró.

—Chad. Chad Black.

—Victoria Legan. ¿No te gustan los aviones, verdad, Chad Black?

—Me pongo algo nervioso al despegar y al aterrizar.

—Ya lo veo, ya —dijo Victoria, sabiendo lo bien que podía utilizar su miedo para su propio beneficio—. ¿A qué vas a Miami, Chad Black?

—Tengo familia allí, ¿y tú?

—Vivo allí.

—¡Vaya! Por eso tienes ese moreno tan tropical. Qué suerte. Yo en cambio vivo en la puta y remota Montana. Fíjate lo perdido que está mi pueblo que tengo que coger tres trenes, dos autobuses, un avión, hacer trasbordo en Jacksonville y después coger otro avión hasta Miami.

—Vaya. Debes querer mucho a tu familia para hacerte eso. ¿Cómo se llama ese pueblo perdido?

—Es un pequeño pueblo perdido entre las montañas, se llama Coldtown, no creo que lo conozcas.

Victoria no se lo podía creer, su viaje a Jacksonville había estado repleto de coincidencias, y todas llevaban a Montana. Todas la guiaban al norte de Estados Unidos, al lado radicalmente opuesto de la soleada Florida.

—No lo conozco, Chad Black.

—No lo conoce nadie.

—¿Y a qué te dedicas en ese pequeño pueblo, Chad Black?

—Tengo un bar. La verdad es que sólo hay uno allí, así que nos va bien.

—¿Nos? —preguntó Victoria cuando las luces de seguridad del avión se apagaban y ella llamaba al personal del avión, insistiendo repetidamente pulsando el botón.

—Sí —dijo Chad—. El bar lo regentamos mi mujer y yo.

Me encanta. Pensó Victoria. Otro hándicap más. Un trofeo algo más difícil de conseguir.

—Así que estás casado —dijo Victoria, haciéndole notar a Chad algo de resignación en sus palabras.

—Sí, bueno... —titubeó Chad—. Estamos ahí, ahí...

—¿Problemas? —preguntó, sabiendo que ya tenía a Chad entre sus piernas.

—Más que menos, pero no me apetece hablar de eso.

La azafata del avión pasó por los asientos de los dos para tomar nota:

—Buenos días, ¿qué quieren tomar?

—Dos Martinis —dijo Victoria.

—Yo prefiero una cerveza —contestó Chad, mirando tímidamente a su acompañante—. No creo que me vaya a sentar muy bien un Martini a estas horas de la mañana.

—De acuerdo. Dos Martinis y una cerveza —dijo finalmente Victoria a la azafata.

Chad rio. Cada vez le gustaba más aquella misteriosa chica morena, tan segura de sí misma, y con aquellos hipnóticos ojos verdes.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas Victoria?

—¿Yo? A vivir la vida, Chad Black.

Hablaron durante la hora y algo que separaba Jacksonville de Miami. Dialogaron acerca de las diferencias de temperaturas, de la crisis, de los problemas sentimentales de Chad, los cuales supo Victoria que eran una mera treta para acostarse con ella debido a las incontables contradicciones en que incurría. Hablaron como si fuesen dos viejos amigos que llevaban mucho tiempo sin verse. Los Martinis iban incrementando la libido de Victoria que, desabrochándose el cinturón de seguridad, posó firmemente su delgada mano izquierda en la entrepierna de Chad y le ofreció acompañarla a los lavabos.

Entraron los dos, desvergonzados, haciendo que todo el avión se enterase de lo que allí dentro estaba pasando. Chad montó a Victoria encima del lavabo, le levantó el vestido y le quitó torpemente de un manotazo las braguitas negras de encaje que esta llevaba. Metió sus dedos temblorosos por la entrepierna de la chica, sintiendo la humedad, sintiendo como ella se estremecía cuando hacía hueco dentro de ella. Victoria jadeaba en la oreja de Chad, mordiéndole el lóbulo muy de vez en cuando. El chico agarró con sus dos manos las nalgas de Victoria, y la penetró bruscamente mientras la chica se agarraba allí donde podía para no caer al suelo. Chad la cogió a pulso, sin dejar de penetrarla, y dejó que suavemente posase sus pies en el suelo, le dio la vuelta y agarró sus firmes pechos por debajo del vestido. Levantó una de sus piernas y le hizo colocarla encima del wáter. Siguió follándosela, sin perdón, estirándole del pelo que le caía por la espalda y haciendo que Victoria gritara de placer. Chad acercó su rostro al cuello de Victoria y lo mordió con ansia; después le cogió la cara con la mano y acercó los labios de la chica a su boca. Se besaron deseosos, lamiéndose toda la cara hasta que Chad soltó un grito de alivio. Victoria hizo lo mismo, casi al unísono, cuando notó los espasmos del pene de Chad dentro de su humedecido sexo. Los dos jadeaban satisfechos, mientras que Victoria se acercaba a los labios de Chad y los besaba con ternura. En ese momento se dio cuenta de algo. Había disfrutado realmente de Chad. No había tenido la necesidad de ser ella la que manejaba el acto. No quería serlo. Quería que él fuese el que la controlara, el que la gobernara. Y también se había dado cuenta de algo más espantoso, había habido un beso final.

Las azafatas llamaban a la puerta del servicio incesantemente. Ellos salieron al cabo de unos segundos.

—¿Estabais haciendo lo que creemos?

—Sí. El pobre se pone muy nervioso siempre que vuela. Lo tengo que acompañar a vomitar.

Las azafatas se miraron incrédulas mientras un ruborizado Chad intentaba poner cara de enfermo. Esa mujer lo tenía encandilado. Había sentido más en una hora de vuelo que en todas sus relaciones sentimentales. Ella ya había colocado el trofeo en su vitrina, pero algo en su interior le decía que necesitaba más de aquel chico. Sabía que no sería la última vez que lo vería.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Miami y Victoria se despidió de Chad.

—Espera, ¿cogemos el mismo taxi?

—Es mejor que no, Chad —dijo Victoria, destrozando la ilusión del chico e intentando deshacerse de esa sensación extraña, de ese sentimiento de pasión que había sentido por primera vez hacía unos minutos.

—Me darás tu número de teléfono al menos, ¿verdad?

—Estás casado, Chad. Mejor que tú me des el tuyo.

—Pero mi mujer, si me llamas... y estoy con ella... Creo que sería mejor que tú me lo dieras.

—Tendrás que vivir con ese miedo si quieres volver a verme.

Victoria sacó su móvil y le pidió el número a Chad.

—Espero que volvamos a vernos, Victoria.

—Encantada de conocerte, Chad Black.

14. Padre Meyer

Diciembre de 2015

El sol vespertino aclaraba Coldtown. El cúmulo de nubes que siempre cubría el deprimente cielo del pueblo había dado una tregua a sus habitantes para hacerles disfrutar mínimamente de una tarde algo cálida y agradable.

Eran las tres, y ese día le tocaba confesiones. Venía sólo un par de días a la semana, no había muchas cosas que hacer en ese pequeño pueblo, pero sabía que esa semana iba a ser larga. Meyer había acabado de oír en confesión a más de una veintena de personas del pueblo que, inquietas, llegaban a su iglesia para preguntar acerca de Jennifer Evans. Meyer, que aborrecía tantas habladurías, había tenido que suplicar a sus parroquianos y explicarles que aquel pequeño habitáculo se usaba exclusivamente para el sacramento de la reconciliación, y no era la ferretería de los Crowley, donde los chismes y disparates flotaban en el aire proporcionando a los clientes su dosis de garrulería diaria.

La puerta de la parroquia estaba abierta, por ella entraba un halo de luz que iluminaba toda la basílica. Una suave nube de polvo se elevaba y marcaba el rayo de luz que penetraba por el enorme pórtico de madera. Estaba acabando de barrer el suelo de la parroquia cuando unas sombras ocuparon parte de la superficie de mármol que se alargaba hasta llegar al presbiterio. El buen humor con el que se había levantado Meyer esa mañana se vino abajo al percatarse de que en la entrada de la iglesia le esperaban Bill McGill y Benedict Mills. El padre dejó el cepillo cerca de la puerta de su aposento y se dirigió sosegado y con una sonrisa en el rostro a atender a sus visitantes. Estos no empatizaron con el pastor, y sus semblantes mostraba miedo, nervios y preocupación.

—Buenos días, chicos.

—Meyer, tenemos que hablar —dijo Bill metiéndose dentro de la basílica y dejando a Benedict atrás.

—Díganme, ¿qué puedo hacer por vosotros? —El padre Meyer ya se suponía qué era lo que iban a pedirle sus dos vecinos.

Benedict cerró la puerta de la iglesia, cortando así el paso de la luz del sol. Ahora, la sala sólo estaba iluminada por los pequeños vitrales, cálidos y brillantes, que había incrustados en las enormes y seguras paredes del templo. Meyer sugirió a sus acompañantes que le siguiesen a su estancia para ofrecerles un café. Los dos aceptaron y acompañaron al sacerdote unos pasos más atrás.

El silencioso camino de los tres hacia el pequeño cuarto que Meyer tenía en aquella iglesia sólo era interrumpido por las pisadas huecas en el suelo de mármol. Llegaron a la habitación y Meyer puso a hervir el agua para el café. Los dos se acomodaron en la cama y el padre se dirigió al pequeño armario para coger tres pequeñas tazas de porcelana, con sus tres respectivos platos.

—¿Y bien? —dijo Meyer cuando volvía con las tazas y se las entregaba a sus acompañantes.

—Necesitamos saber qué le han dicho hoy, aquí, en la iglesia —dijo Bill.

—Ya le dije ayer, Bill, que no puedo romper el secreto de confesión.

—Hay una asesina en el pueblo, Meyer —dijo Bill esta vez con un tono más elevado.

—Ya te he dicho que esa chica no tiene nada que ver con el asesinato —le comentó Benedict al alcalde del pueblo.

—Eso es lo que ella dice.

—Bill, yo he hecho mi trabajo. He llamado a la central de policía de Jacksonville y me han dicho que ya atraparon al asesino del padre de Amanda.

—¿Y por qué está aún encerrada?

—Porque quiero ver si es ella la que está detrás de todo esto de las notas. Si la tengo encerrada no podrá repartirlas.

—¿Crees que se inculparía?

—No lo sé. Por eso está allí aún.

—El pueblo va a hablar, y si la ven encerrada van a pensar lo peor.

—Lo tengo todo pensado. La he llevado a su casa. He hablado con las chicas y he dicho que está todo solucionado. Padre, por favor, que esto cuente como confesión —dijo Benedict—. He pedido perdón delante de algunos vecinos que pasaban por allí, así hablarán y el pueblo se calmará. Le he pedido, por su propio bien, que saliese por la puerta trasera y se metiese en mi coche para tenerla esta noche en el calabozo. Para descartar que era ella la de las notas. Es mejor para ella, si me la llevo por la fuerza el pueblo pensará que es culpable y todo se desmoronará a su alrededor. Ella ha hablado con Amanda y ha aceptado.

—Pues ya está, ¿no? Todo arreglado —dijo Meyer—. Veremos mañana si se reparten notas y listo. No sé por qué estáis tan preocupados.

—Pues porque en este pueblo nunca pasa nada —dijo Bill mientras Meyer les servía el café.

—Ese es el motivo, padre —dijo Benedict—. Estamos preocupados porque este pueblo siempre ha sido muy tranquilo y nunca hemos tenido ningún tipo de problema. Lo mínimo que pase nos desconcierta y nos inquieta.

Meyer asintió con la cabeza.

—Cuéntanos al menos cómo se está tomando Coldtown todo esto —propuso Benedict.

—La gente está nerviosa, Benedict —contestó Meyer—. La verdad es que muy nerviosa, no os voy a engañar. Están preocupados por su propia seguridad. Yo hago lo que puedo, y les comento que seguramente sea una broma de algún aburrido adolescente. Y ya os digo, menos mal que hoy me tocaba venir, si no os hubieseis comido todo el marrón —dijo sonriente Meyer.

—¿Qué sabe un aburrido adolescente de la antigua y retirada vida de una habitante del pueblo?
—dijo Bill.

—Qué sé yo, Bill. Este no es mi trabajo. Mi trabajo consiste en guiar al pueblo, no contestar vuestras preguntas imposibles.

—Lo siento, padre. Creo que ya le hemos molestado bastante.

—No me molestáis, Benedict. Lo que no puedo es contestar más de lo que sé. Puedo aseguraros que no me han confesado nada importante. Nada que pueda perjudicar a nadie de este pueblo.

—Gracias, padre —dijo Benedict mientras este y Bill se levantaban de la cama.

—¿Desde cuándo no os confesáis?

Los dos se miraron entre sí y sonrieron.

—Desde la primera comunión, creo.

Meyer sonrió.

—¿Por qué no os pasáis mañana por aquí? Os confesáis y os aseguro que os quedaréis más tranquilos.

—No es lo mío, padre. Bien lo sabe usted —dijo Benedict.

—Yo quizá me pase, aunque mañana tengo una reunión de trabajo en Clydeview, y no creo que pueda venir antes de que acabe la hora de la confesión.

—Quédese aquí un rato, le haré un hueco, Bill.

—De acuerdo —dijo el alcalde de Coldtown mientras Benedict lo miraba inquieto.

—Bueno, pues entonces, todo dicho. Yo me marcho ya. Tengo que arreglar unas cuantas cosas antes de esta tarde. Pasáoslo bien con los cuchicheos. —Benedict salió de la pequeña habitación del cura con una sonrisa en el rostro. Dejó atrás la puerta del dormitorio y se dirigió pronto para la salida de la iglesia.

—Bill, vamos para el confesionario.

—Ya sabe que soy yo el que se va a confesar, padre. ¿No podemos hacerlo aquí?

—No, Bill, no puedo saltarme el protocolo. Además, esto no es la consulta de un psicólogo, le recuerdo que estamos en la casa de Dios —dijo Meyer alegre mientras dejaba salir al alcalde.

Los dos se dirigieron a la pequeña cabina de la que disponía el templo. Meyer se sentó dentro del diminuto habitáculo para la ceremonia de la confesión. Este era un armario de madera, situado en el lateral de la iglesia, que estaba separado por dos apartamentos. El primero, un diminuto espacio que sólo tenía hueco y lugar para una pequeña silla. Una tabla de madera se dejaba caer desde la pared derecha y servía para que el padre Meyer apoyara sus brazos y rezara por el arrepentido. La siguiente era un reclinatorio, justo al lado de la del cura, donde el penitente se arrodillaba para que el confesor atendiera sus pecados. La separación consistía en un tabique con una pequeña ventana y una tablilla de madera que se separaba para que las manchas en el alma de los arrepentidos llegasen a oídos de Dios. Meyer se sentó en su asiento mientras oía como Bill se agachaba difícilmente para arrodillarse.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

Bill quedó taciturno durante unos segundos que a Meyer le parecieron eternos.

—Padre, perdóneme, porque he pecado.

—Cuénteme.

—No sé por dónde empezar, padre. Hay tantas cosas que quisiera contarle...

—Empecemos por lo que más le preocupe.

—He hecho muchas cosas malas en la vida. No sólo en el ámbito laboral, donde he hecho miles de artimañas para conseguir lo que deseaba, sino también en el ámbito familiar y social.

—Está bien, ¿ha hecho antes de llegar un examen de conciencia?

—Sabe que no, padre.

—Sí, lo sé. Pero tengo que seguir las normas de Dios. El dolor de los pecados es arrepentirse de ser imperfecto, de haber pecado y de haber ofendido a Dios. Con eso basta. ¿Sabe cuál es la diferencia entre contrición perfecta y atrición?

—No lo sé, padre.

—Contrición perfecta es un pesar sobrenatural del pecado por amor a Dios. Es arrepentirse de haber pecado porque el pecado es ofensa de Dios. Siempre con propósito de enmendarse desde ahora y siempre que se pueda. La contrición es dolor perfecto.

Meyer vio asentir a Bill en la oscuridad a través de la rejilla.

—Y atrición es un pesar sobrenatural de haber ofendido a Dios por temor a los castigos que este pueda enviar en esta vida y en la otra, o por la fealdad del pecado cometido, que es una ingratitud para con Dios y un acto de rebeldía —Meyer calló un momento—, ¿cuál crees que es tu arrepentimiento? ¿Estás molesto porque has defraudado a Dios? ¿O tienes miedo de cómo Dios pueda castigarte?

—Si le digo la verdad, padre. No tengo ni pajolera idea de cuál es mi arrepentimiento.

—Podríamos empezar por un propósito de enmienda. Una firme resolución de no volver a pecar le ayudaría bastante.

—Pero creo que, con todo lo que está pasando en este pueblo, no sé si podré cumplir ese propósito de...

—De enmienda. Propósito de enmienda.

—Eso, padre.

—Bueno, pues no sé qué decirle. Al menos se arrepentirá de sus pecados...

—Eso es lo peor, padre. No sé si lo hago. Todo lo que he hecho ha sido por supervivencia. Creo que no me arrepiento de nada de lo que he hecho, de nada de lo que me está comiendo por dentro. Porque si no lo hubiésemos hecho seguramente no estaríamos hoy aquí. Y Coldtown necesita alguien que gobierne, y alguien que lo haga bien —Bill calló unos instantes.

—¿Hubiésemos? —preguntó Meyer, mientras que escuchaba a través del tabique como Bill se erguía.

—Muchas gracias, padre. Me ha ayudado bastante. —Bill se dio media vuelta y salió del pequeño habitáculo.

—Pero, Bill —soltó Meyer mientras veía como el alcalde se alejaba hasta la puerta de la iglesia.

El padre Meyer salió del confesionario aturdido, ahí empezó a atar cabos. Hubiésemos. Bill ha dejado caer que sus pecados no eran sólo suyos. Hubiésemos. ¿Era por eso por lo que había venido Benedict esta mañana con él? Él parecía mucho más tranquilo que el alcalde. Algo pasaba. Algo turbio pasaba en Coldtown. Y alguien de este pueblo lo sabía. Y él no podía obligar a nadie a que lo confesara. ¿Qué era lo que habían hecho esos dos? A sabiendas de que no eran unos santos, ni mucho menos, se imaginó lo peor. Esta mañana habían culpado a Jennifer de ser la asesina del padre de Amanda. ¿Pero qué pintaban ellos allí? Jennifer y Amanda llegaron hace algo

más de dos años al pueblo. Coldtown era un pueblo muy alejado de su estado natal, y sumamente contrario al estado del sol brillante. Podría ser que sí, que Jennifer fuese la culpable del asesinato, de ahí que se hubiese evadido hasta el más remoto lugar de este país. Parece lógico. Pero qué urdían esos dos haciendo tantas preguntas y preocupándose tanto por lo que estaba pasando con las notas. ¿Temían ellos que las próximas les inculparan directamente? Hubiésemos. Esa palabra, junto a que Benedict y Bill llegasen esa mañana juntos a la iglesia, había hecho a Meyer reflexionar. Ellos, según las habladurías del pueblo, hacía unos dos años que no se hablaban. Los vecinos de Coldtown les habían visto discutir una noche saliendo del Hillary's. Desde ahí, dicen, que su relación se había roto y ahora lo único que tenían era un vínculo exclusivamente laboral. Dos años. Las piezas empezaban a encajar, o eso creía Meyer. Dos años, ¿los mismos que hacía que Amanda y Jennifer habían llegado a Coldtown? Creía recordar que sí. Puede que Bill y Benedict estuviesen implicados en el asesinato del padre de Amanda, era una posibilidad. De ahí todo este alboroto. Benedict seguramente crea que las notas las está mandado Jennifer. Aunque desde su punto de vista no es lógico, ella no se va a ver inmersa en esto, no se va a inculpar a sí misma. Como en Jacksonville le han dicho a Benedict que el asesino del padre de Amanda no había sido Jennifer, Benedict podía pensar que esta podía apaciguar las llamas del odio obligando a Benedict a que desmintiera esa nota. Fácil, ¿verdad? Ahora el sheriff tendrá que saber qué es lo que le impulsa a Jennifer a decir esto, si los auténticos asesinos del padre de su chica eran Bill y Benedict. Pero son muchos kilómetros de distancia. De punta a punta del país. Esperaremos a ver qué pasa mañana, y si las notas se vuelven a repartir. Si los altos mandatarios de este pueblo estaban metidos en algo, entonces Coldtown no era segura. Si de esto se enteraban los demás habitantes se formaría un pandemónium que sería complicado contener. Dos años. ¿Qué pasó hace dos años?

15. Henry Wall

Diciembre de 2015

Las sombras habían ocupado por completo las calles de Coldtown cuando Henry Wall repasaba cuentas en su caótico despacho. Una habitación angosta repleta de libros de contabilidad y pósteres de mujeres en bikini, donde el anciano meditaba todas las tardes después de su jornada laboral al mando de la serrería.

Eran las ocho de la tarde y Henry seguía allí. No era de extrañar. Si no estaba en la serrería estaba en el Stop, el bar que había cerca del aserradero. Vivía cerca, pero sólo pisaba su casa para dormir. Hacía dos años que se había mudado a aquel pequeño apartamento y seguía así, tal y como estaba en el momento de la mudanza. El agua seguía filtrándose por las goteras del techo y las esquinas de las habitaciones se mantenían oscuras y húmedas cubiertas por polvareda, cual palacio abandonado. Desayunaba, comía y cenaba en la serrería o en el Stop. Henry Wall tenía alrededor de setenta años, y daba trabajo a una cincuentena de personas en el pueblo. Allí lo consideraban una persona simpática y agradable, pero desde hace dos años, desde que se había divorciado de su mujer, Marie Manson, había cambiado drásticamente.

Vivía en la zona sur del pueblo, y la única relación que tenía con los habitantes era la compañía de los trabajadores y de Chad y Claire, dueños del Stop. Debido a la separación, su hijo, Eric Wall, había dejado de hablarle, pocas veces eran las que se cruzaban por el pueblo, pero ni ahí su hijo era capaz de saludarle. Lo que peor llevaba era que Emily, la mujer de Eric, también había dejado de relacionarse con él, y eso que siempre se había comportado con ella como si de una hija se tratase. La chica era ama de casa, y no salía a no ser que tuviese que comprar o hacer algún recado, estaba embarazada de siete meses y eso es lo que más le dolía a Henry, su primer nieto. No le dejarían ver a su primer nieto. Sabía que Eric no iba a cambiar, era su hijo y lo conocía bien. Siempre había sido así, terco como un burro y no podía entender que la relación con su madre se hubiese roto y se hubiesen divorciado. Aunque los dos sabían que no sólo había sido por la separación.

Desde el divorcio, Eric había dejado de ayudar en la serrería para irse fuera del pueblo a trabajar de peón de la construcción. Había perdido la oportunidad de heredar la serrería para irse

a trabajar doce horas diarias por un sueldo miserable. Henry había oído que allí le trataban mal, y también le molestaba ese hecho. Él podía tenerlo todo aquí, la serrería era el negocio principal del pueblo, un negocio sumamente estable, y Henry Wall no podía quejarse de lo que ganaba, aunque desde hacía dos años, no tuviese con quién disfrutarlo.

Henry miraba por la ventana que tenía a espaldas del escritorio como los copos de nieve empezaban a caer de nuevo en el enorme bosque de pino que se expandía a lo largo de kilómetros. El pequeño respiro que el sol de esa tarde les había dado ya se había esfumado como las cenizas en una hoguera apagada en un día de viento. Justo debajo de la cristalera, una gran mesa, fabricada por él mismo, se asentaba acompañada de cientos de facturas, albaranes, notas de reparto y libros de contabilidad. En ella, Henry aún mantenía una foto con los suyos las Navidades de hace dos años. Henry, su esposa, Eric y Emily posaban vestidos de Santa Claus delante de un enorme y nevado árbol de Navidad. Allí pasaba minutos, mirando esa preciosa estampa mientras pensaba en lo que había perdido aquella noche en las fiestas de Navidad del pueblo.

El timbre de la serrería sonó sacándolo de su ensimismamiento. Henry se acercó a la puerta y descolgó el telefonillo que estaba al lado de la entrada de su oficina.

—¿Quién es? —preguntó Henry.

—Somos nosotros —dijo una voz al otro lado del hilo.

Henry colgó de nuevo el aparato en su sitio y el semblante le cambió al instante. Abrió la puerta de su oficina y bajó las estrechas escaleras de metal galvanizado que llegaban al primer piso. Cada pisada que realizaba sonaba hueca en la enorme fábrica, que hacía horas estaba llena de empleados vociferando de tal manera que el más agudo y prolongado grito pasaba desapercibido. Llegó a la puerta principal del aserradero. Una enorme y férrea puerta de metal por la que entraba el personal de la serrería. Henry abrió y el enorme portón sonó vacío, como la puerta de un sepulcro, que dejó entrar una gélida brisa que le golpeó en el rostro. Esperando fuera, estaban el alcalde de Coldtown y su nuevo mejor amigo, el sheriff del pueblo.

—¿Qué queréis? —dijo Henry dando media vuelta y dirigiéndose a las escaleras que llevaban a su despacho—. Cerrad la puerta.

Benedict y Bill entraron tras él y cerraron el enorme portón de metal. Caminaron reservados tras el dueño de la serrería hasta llegar a las escaleras. Ahí, Henry se giró y miró a sus acompañantes negando con la cabeza mientras reanudaba su camino hasta entrar por la puerta de su despacho.

—Sentaos. —Henry movió unas sillas que tenía en el lateral del despacho para que los dos visitantes se sentasen. Los dos obedecieron al instante y acomodaron sus cuerpos en aquellas viejas y desgastadas sillas de maderas, construidas también por las manos del septuagenario.

—Hay que arreglar esto ya, Henry —dijo Bill.

—Las putas notas me tienen hasta los huevos. Yo ya tengo bastante con lidiar con mi empresa como para que estéis dándome por culo con esto.

—Henry —dijo Benedict—, este problema es de todos, creo que tenemos que buscar una solución urgente.

Henry miró a los dos negando nuevamente con la cabeza.

—A mí me metisteis en esto sin querer, no tengo nada que ver.

—A efectos legales eres cómplice, Henry —dijo Benedict.

—¡Por vuestra culpa, imbéciles! —gritó Henry levantándose de su silla y golpeando duramente su escritorio.

—Tranquilo, Henry. Vamos a solucionar esto —dijo, esta vez, Bill.

—Si no hubieseis venido aquí aquél día nada de esto hubiese pasado.

—Estábamos todos metidos en esto, ¿qué íbamos a hacer? —contestó Benedict a Henry, que se volvía a sentar en su asiento.

El ambiente húmedo de esa habitación se había cargado de tal manera que las palabras que allí se soltaban parecían cuchillas afiladas capaces de cortar los labios de los presentes.

—Maldigo cada día aquella noche. —La frase de Henry rebotó como un cántico tétrico en el despacho.

—Podemos hacer algo. Yo puedo hacer como que he investigado y descubrir todo el pastel —dijo Benedict.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es tu plan, sheriff? —preguntó Henry sarcásticamente.

—No sé, Henry. Puedo decir que empecé a investigar y que a partir de ahí empecé a saber todo lo que pasó.

—No voy a inculpar a nadie.

—Tú no tienes por qué inculpar a nadie, Henry. Lo haré yo. Esto estará solucionado en unos días.

—¡Te he dicho que no! ¡Además, todo esto fue por tu puta avaricia! —Henry aporreó de nuevo la mesa del escritorio.

—¡Mi avaricia os ha ayudado a todos en este pueblo! ¿O no? ¿Entonces qué coño quieres que hagamos? —dijo Benedict, ahora levantándose él y haciendo que Bill se asustase.

—¡A mí no me levantes la voz, imbécil! Estás en mi casa.

—Sé que estoy en tu casa. Aquí vives, aquí comes y aquí duermes porque no quieres arreglar nada de lo que está pasando.

—¡Mira quién va a hablar! El que no sale de la comisaría porque su mujer no puede ni verlo. Tu matrimonio está tan acabado como el mío, Benedict. Ve dándote cuenta, que ya es hora.

Bill giraba la cabeza de lado a lado y les miraba a los dos sin saber qué decir.

—Está bien, chicos. Vamos a calmarnos que esto se nos está yendo de las manos —dijo el alcalde—. Más de lo que ya se nos ha ido.

—No voy a inculpar a nadie —dijo Henry.

—Pues se lo merece, joder. Estamos aquí por su puta culpa.

—Me da igual lo que digas, Benedict. Incúlpate tú, que eres el primer responsable —propuso el dueño de la serrería—. Y zanjamos esto.

—No pienso comerme el marrón. Las cosas no se hicieron como yo dije, así que fue por vuestra puta culpa.

—Pues culpa a David —respondió Henry.

—Ni de coña.

—Claro, es tu amigo —dijo Henry levantándose de la silla y empezando a caminar por el despacho. Se colocó detrás de Benedict y puso sus manos en el hombro—. Pues imagínate si te dijese que culparas a tu hijo Scott.

Benedict se levantó de la silla quitándose los brazos de Henry de los hombros.

—No nombres a mi hijo.

—Mira, Benedict. Sé que Eric se pone algo nervioso a veces. Pero no tienes que preocuparte por él. Tu adulterio no llegará a oídos de tu mujer.

—Eso no me preocupa.

—Eso es lo que más te preocupa, Benedict. Que Helena se entere de que has tenido a Hillary a cuatro patas durante dos años gritando tu nombre es lo único que te quita el sueño. ¿Y sabes qué? Tu matrimonio está muerto, Benedict, qué importa ya que mi hijo diga eso.

Benedict abrió la boca, pero apenas articulaba palabra. El propio miedo le había consumido el habla. Se sentó de nuevo en su silla mientras el jefe del aserradero volvía a su sitio.

—Scott dejaría de hablarme para siempre —concluyó Benedict—. Me considera un héroe. No puedo hacerle esto.

—Mi hijo también me consideraba un héroe. Y desde aquel fatídico día no me habla. Mi mujer también dejó de hacerlo cuando se enteró de lo que había pasado con Eric y con David y en lo que yo les había ayudado. Voy a tener un nieto dentro de pocos meses y mi hijo no me va a dejar verlo. Yo me he visto inmerso en esta espiral de mierda por vuestra puta culpa, y eso es lo que más me jode. Hay que apechugar con lo que se hace. Así es la vida.

Benedict y Bill asintieron con la cabeza.

—¿Entonces qué opinas que debemos hacer? —dijo esta vez Bill, que se había mantenido callado mientras los dos discutían.

—Dejar esto zanjado. Y encontrar a quien está detrás de todo el tema.

—¿Y qué hacemos? ¿Te los traemos aquí para asustarlos y que a uno de ellos le dé un infarto como a uno de los últimos? —Henry se los quedó mirando un momento—. No podemos seguir con esto. No así.

—Frederich Linsten murió apaciblemente en la iglesia. No tenemos nada que ver con eso.

—No sé cómo puedes hablar así de la muerte de una persona, Henry. Y mucho menos de un cura.

—¿Qué me quieres decir? Fue así como pasó.

—¿Qué quieres decir? Fue así como pasó. Si nuestras manos están manchadas de sangre es de la del pobre Jason. —dijo Henry—. Si a Bill no se le fuese tanto la boca cuando bebe tampoco tendríamos ese problema —dijo de nuevo el jefe de la serrería recriminando los actos del alcalde.

—Lo siento, ¿vale? No sé ni cuantas veces he pedido perdón por eso —dijo Bill.

—A saber a cuántas personas más se lo has dicho.

—A nadie más, Henry, te lo juro. Cuando pasó eso fuimos al Stop y se me escapó cuando el chaval andaba por allí. No sé si eran los nervios o el miedo. Se me escapó sin más. Y creía que él ni siquiera lo había oído.

—Pues el pobre chaval sí lo oyó. Y el miedo y los nervios que tú dices hicieron que se lo confesara al padre Linsten. Así que eso es tu culpa —dijo Henry—. No es mi culpa que Frederich Linsten sufriese un ataque al corazón mientras estábamos «pidiéndole» —dijo Henry haciendo la señal de las comillas en el aire— que no siguiese investigando.

—Henry, le dio un infarto y lo metiste en tu coche. Te lo llevaste a la iglesia y lo dejaste en su cama. Eso es tener mucha sangre fría y muy poco corazón —dijo Bill.

—Sí, pero no fui el que le pegó un tiro a Jason en la cabeza, temiendo que siguiese hablando —dijo ahora Henry, mirando a Benedict.

—Lo hice por nuestro bien, si seguía hablando nos destrozaría a todos —concluyó Benedict—. Deberías estarme agradecido. Me pasé toda la noche en la iglesia limpiando tus huellas y buscando entre el cuerpo inerte del cura cualquier prueba que te delatara.

—Nos delatará —dijo ahora Henry. Todos callaron durante un instante—. ¿Habéis hablado con el nuevo cura?

—No sabe nada —dijo Bill—. Hoy he estado hablando con él, y se ve que está muy preocupado por el pueblo.

—Yo no me fío de nadie —afirmó Henry.

—Viene sólo un par de días a la semana; y, créeme, confío en él. No sabe nada. Es imposible que sepa algo, ya que llegó hace menos de dos años, y todo esto pasó va a hacer ahora dos años —dijo Benedict—. Además, los únicos que sabemos esto somos los que estamos implicados, y los dos muertos, y nadie va a ser tan tonto como para inculparse a sí mismo.

—¿Y la chica? —preguntó Henry.

—Ese es otro problema —dijo ahora Bill.

—¿Qué pasa con la chica? —preguntó Henry, ahora con un tono más serio, si eso era posible.

Benedict se levantó de la mesa y caminó por ese pequeño despacho, sorteando cajas repletas de hojas de precios y cascos de seguridad.

—Cuando aparecieron las notas esta mañana fuimos Óscar y yo a buscarla para interrogarla. Al principio me contó un cuento, y la pillé contradiciéndose. Después acabó confesando que había sido ella, pero que lo había hecho en defensa propia. La verdad, la creí. —Benedict se dirigió de nuevo a su asiento para acomodarse. Suspiró—. Me creí todo lo que me había dicho. Entonces le comenté que estaba acusada de asesinato. Ella me decía que lo había hecho en legítima defensa y yo le comenté que eso tenía que decidirlo un juez. Cuando salí por la puerta... —Benedict calló mientras Bill se echaba las manos a la cabeza—. Cuando salí me dijo que no podía culparla. Que si ella caía caíamos todos.

—¿¡Cómo!?! —Henry se levantó de la mesa, esta vez con más ferocidad que las otras veces—. ¿Qué es lo que sabe esa niñata?

—Sabe algo, suponemos —dijo Bill.

—¿Qué es lo que sabe?

—Me comentó —siguió ahora Benedict— que el día de la fiesta vio algo.

—¿Qué coño fue lo que vio, Benedict?

—No me lo ha querido decir, dice que es su protección.

—Hija de puta. ¿Qué has hecho con ella? ¿Te ha dicho al menos a quién vio?

—Sí. Bueno, me dijo que a Eric, a David y a mí. Después la he encerrado. Sin que nadie nos vea, para que el pueblo no se preocupe. Me ha jurado y perjurado que ella no ha sido la que ha repartido las notas, y que no quiere meterse en líos. Dice que esperará una noche en el calabozo para que confíe en ella.

—Tienes que traérmela, Benedict —dijo Henry, que seguía de pie al lado de su escritorio, con los ojos inyectados en sangre. La rabia parecía supurarle por todos los poros de su cuerpo.

—No —dijo Benedict, algo temeroso—. Nadie más, Henry.

—¿Qué es lo que vería esa zorra...

—Bueno, realmente no es importante. Es una buena chica, y sé que si la dejamos libre no dirá nada.

—Si la dejamos libre nos tendrá agarrados por los huevos hasta que ella quiera —dijo Henry sentándose de nuevo en su silla—. Tenéis que traérmela.

Benedict y Bill se miraron entre ellos. No sabían qué decir. El miedo se había tragado sus palabras.

—Está bien —dijo Benedict—. Pero no podemos hacerle nada.

Henry miró al sheriff.

—Mañana a la misma hora. Ahora dejadme. Tengo que hacer cosas —contestó Henry.

Los dos se levantaron de las sillas. La tensión era palpable en aquel reducido despacho. Salieron de la habitación y bajaron hasta la puerta principal, la abrieron y sintieron de nuevo el frío viento. Entraron en el coche del sheriff. Benedict arrancó el vehículo y encendió la calefacción. Se metió la mano derecha en el bolsillo para sacar una pequeña bolsa de plástico. Volcó algo de polvo blanco encima de su cartera de cuero. Después de remover y partir algunos grumos de aquella fuerza colombiana, aspiró con ansia y con dureza por el orificio izquierdo. Le ofreció a Bill, que rechazó con la mano izquierda.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo el alcalde.

—No podemos traer a Jennifer aquí —dijo Benedict echando la cabeza para atrás, tapándose el orificio derecho y aspirando de nuevo fuertemente—. Ya sabes lo que hará el viejo con ella.

Bill asintió con la cabeza. Seguía nevando, pero dentro del coche la temperatura contrastaba con el exterior.

—Podemos hablar con ella —dijo Bill.

—Eso es lo que haremos. Mañana, por la mañana, iré a hablar con ella. Tú no hace falta que vengas, a ti no te ha visto.

—De acuerdo, Ben, gracias.

Benedict emprendió la marcha. Los dos callaban sus palabras, sus miedos y sus preocupaciones esperando a que por la mañana se solucionase todo. Sabían que todo eso no era cosa de Jennifer. Ella no se podía inculpar de esa manera. Era estúpido e ilógico. Esperarían a mañana por la mañana para ver qué pasaba con las notas. Benedict había intensificado la seguridad esa noche. Había pedido a los oficiales de mañana que doblaran turno para dar caza al culpable del reparto. Esta vez sí que lo atraparían. Mañana quedaría todo resuelto y sólo faltaría solucionar el problema con Jennifer. Y el problema con el repartidor. Si no se repartían las notas, inculparían a Jennifer. Si no se repartían las notas, Benedict se encargaría personalmente de Jennifer.

16. La historia de Victoria Legan

Florida, septiembre de 2011

El teléfono de Victoria sonó al llegar a su casa, lo sacó del bolso y le dejó un billete de cincuenta dólares al taxista.

—Victoria, no puedes hacerme esto.

—¿Perdona? ¿Cómo me has llamado?

—Por favor, Victoria, estoy enamorado de ti y me tratas cual sucio perro vagabundo.

—Es lo que te gusta. Y no es mi problema si te has enamorado de mí.

—No me puedes extorsionar de esta manera. Prometo tener tus otros 10.000 dólares. Perdóname el resto. Sabes que nunca he fallado.

—Nunca habías fallado.

—Victoria...

—Mira, hoy me siento benévola. Vamos a hacer un trato.

—Lo que quieras.

—Necesito que me busques a unas chicas, creo que acaban de llegar a Montana. Si lo haces en menos de una semana, tu nueva y superior deuda queda saldada y te daré algo de tiempo para que me des los 10.000.

—De acuerdo, ¿de quién se trata?

—Su nombre es Amanda Hoffman. Y su pareja se llama Jennifer.

—Te llamo antes de una semana. Borrará ese vídeo, ¿verdad?

—Llámame en menos de una semana, Benedict.

Verónica colgó. Entró en su casa y se quitó los tacones. Esos inertes asesinos. Esos hijos de puta que eran los únicos que podían hacerle daño en su vida.

Pasaron cinco días, tranquilos, sin preocupaciones, en su casa de Miami cuando el timbre de su domicilio sonó a las nueve de la noche. Victoria sabía quién era, y qué es lo que quería. Se dirigió a la puerta, vestida con un fino camión de lino blanco bordado con flores turquesas en sus bajos. Abrió la puerta y se encontró con Johnson.

—Charles, ¿y el champán?

Charles sacó sus manos de su espalda y mostró la botella de Moët & Chandon Brut Imperial Magnum de cien dólares en la mano izquierda y en la otra un pequeño ramo de rosas rojas. Victoria sonrió. Se acercó al inspector y le dio un beso en la mejilla.

—Sabía que vendrías.

—No podía faltar.

Se dirigieron al salón, donde reinaba una humedad sofocante que hizo que Charles se quitase la americana gris, se desanudase la corbata y lo dejase todo encima de una silla, al lado de la mesa central. Victoria puso las flores en agua y trajo de la cocina dos copas de champagne.

—Por nosotros —dijo ella después de descorchar la botella y servir las dos copas.

—Salud.

Los dos brindaron y bebieron su copa de golpe. Charles miró a Victoria de una manera como nunca antes la habían mirado. Ella sintió un repentino deseo de besarle, de enredar sus dedos en los oscuros rizos de su cabello, de que sus ojos grises le llegasen hasta el alma. Él la cogió del brazo y le atrajo hasta su cuerpo. Se abrazaron y él aprovechó para besarle el hombro, apartando un poco el camión de lino blanco con la mano. Siguió besándola por el cuello, hasta llegar a la oreja, mordiéndole el lóbulo suavemente. A ella le vino la imagen de Chad, hacía menos de cinco días, follando en los servicios del avión, recibiendo los embistes de aquel muchacho mientras gemía de placer. Victoria estaba húmeda y deseosa mientras se quitaba el camión sólo rozando con los dedos sus hombros y este cayó arrugado en la moqueta marrón. Su cuerpo desnudo embaucó a Charles, que dio un paso atrás para quedarse admirando su maravillosa figura. Se acercó, de nuevo, y posó sus manos sobre las caderas desnudas de Victoria. Subió lentamente las manos por su cuerpo, acariciando cada una de las curvas de esa maravillosa mujer, llegando hasta la paletilla de su espalda, mientras Victoria se mordía el labio. Esta se lanzó sobre él, y cayeron los dos en el mullido sofá de dos plazas mientras Victoria le arrancó enérgicamente la camisa, partiendo unos botones que volaron por los aires. Ella soltó una risa pícaro que a él le encantó. Johnson se quitó los pantalones torpemente, mientras Victoria seguía enredada en los cabellos del inspector, lamiéndole todo el cuello. Él notó la humedad y el calor de su sexo, deslizándose entre su entrepierna cuando cogió a Victoria por las nalgas y le introdujo su pene. Ella sintió el glande perforándola, entrándole al máximo y estallándole de placer. Él notaba como su sexo se frotaba lentamente, aumentando la velocidad poco a poco, para después seguir saltando encima de él. Johnson agarró a Victoria por la espalda y la levantó, dejándola caer sobre el sofá, poniéndole una pierna encima del reposabrazos y la otra más abierta sobre su hombro desnudo. Se arrodilló con la pierna izquierda y se agachó, le lamió hasta el más inaccesible centímetro de su empapado sexo, haciendo que Victoria tuviese que agarrarle del cabello y tirar con todas sus fuerzas para no llegar al éxtasis del orgasmo aún. El inspector se levantó un poco más, agarró su pene con firmeza y rozó con el glande su clítoris, haciendo que Victoria deseara cada vez más que se lo introdujera, mientras pateaba entre espasmos. La chica agarró por la espalda a Johnson, arañándole con sus uñas y lo trajo hacia ella, haciendo que el pene del inspector entrase directamente hasta el fondo de su sexo. Johnson se movía frenéticamente, embistiendo a Victoria decenas de veces mientras los dos gemían de placer. La chica notaba la presión del pene del inspector hasta que, de pronto, sintió como una oleada de esperma la inundaba por dentro, saliéndosele para fuera, manchando parte del viejo sofá y entrando en un clímax que le hizo temblar todo el cuerpo.

Los dos cayeron derrumbados de golpe en aquel sofá, mirándose y riéndose como adolescentes. Johnson se acercó a la boca de Victoria, y esta acertó el camino besándole apasionadamente. Una vez más, Victoria tuvo un beso final.

Día tres

17. Benedict Mills

Diciembre de 2015

El sheriff se había ido a casa, poco había que hacer esa noche. Mañana por la mañana tenía pensado ir a hablar con Jennifer, intentar sonsacarle qué es lo que vio esa maldita noche en las fiestas del pueblo. Aparcó el coche en la acera de enfrente de su vivienda, salió de este y tiró el cigarro al suelo, estrujándolo con fuerza y rabia contra el alquitrán de la carretera. Un leve picor en la garganta le avisaba de que ya había fumado suficiente durante ese día. Pero no le importó. Sacó otro cigarro y lo encendió, se acercó al porche y se sentó lentamente en las escaleras. El cuerpo le dolía, pero el viento del norte le reconfortaba el alma, dándole la tan ansiada paz que necesitaba ese día. Sacó del bolsillo derecho del pantalón la nota dirigida al pueblo que inculpaba a Jennifer. No creía que ella fuese la culpable de todo eso, pero mañana por la mañana lo confirmaría. Si esas notas no se repartían, ya sabría a quién inculpar y se encargarían de solventar el problema que Jennifer tenía con ellos. Se acabó el cigarrillo en menos de dos minutos, dándole largas e insaciables caladas mientras que el humo le envolvía el rostro cuando el viento frío del norte cesaba por momentos. Se levantó, dolorido, y lentamente, sacó las llaves de casa que tenía en la gabardina y las metió en la cerradura, pensativo, pausadamente, pidiendo por favor que su mujer no hubiese cumplido hoy la amenaza de cambiar la cerradura.

No. Aún no lo había hecho.

Entró en casa y se dirigió directamente al salón, se quitó la gabardina *beige* y se desabrochó la corbata, dejó toda la ropa encima de la mesa del comedor. Se quitó las pesadas botas y respiró aliviado. Fue descalzo hasta la mesa donde reposaba la televisión, y del cajón principal cogió una gruesa manta de algodón, caminó por encima de la alfombra de lana notando su calidez hasta que llegó al sofá. Allí se sentó, y soltó un extenuante resoplido, que lo tumbó en el sofá sin ni siquiera dejar que se tapase. Esa era la rutina de todas las noches, por eso mismo evitaba la posibilidad de llegar antes a casa, y enfrentarse a su esposa. Helena, esa mujer que le había dado tanto en sus treinta años de matrimonio, esa mujer por la que hubiese hecho lo imposible por hacerla feliz.

Se quedó dormido pensando en cómo su matrimonio se había ido a pique. En cómo se había hundido todo en la más descomunal y pestilente mierda. Pensaba en cuándo comenzó todo, su

matrimonio empezó el declive aquella maldita noche de las fiestas del pueblo. Su mujer lo culpaba a él exclusivamente de lo que pasó, sin tener la más mínima culpa. O sí. Algo tuvo que ver, si no, no estaría envuelto en esa espiral de mierda y culpabilidad. Debería haber inculcado a sus amigos desde el primer día, a sabiendas de que como él siempre pensaba, no hay lugar donde guardar secretos en este pueblo, aquí llueve mucho y la tierra se remueve, sacando al exterior la mierda enterrada. No le había contado todo lo sucedido a su mujer, tampoco le convenía. Ella sólo sabía lo que ocurrió ese día, ni antes ni después. Rozando el sueño, recordaba lo que pasó la noche de fiestas de Coldtown, cuando él y su mujer volvían a casa, agarrándose de la mano después de unas copas en las fiestas del pueblo. Una llamada de David, en el momento en el que Benedict le estaba bajando las bragas mientras besaba el vientre de su mujer, interrumpió lo que iba a ser el mejor fin de fiestas. Benedict contestó molesto. David hablaba por el teléfono con el sheriff, que mantenía aún las bragas de su mujer en las manos, mientras escuchaba al hijo de Henry vociferar nervioso a lo lejos. David le contó lo que había pasado, y Benedict, con unas copas de más, se levantó de la cama, se vistió como alma que lleva el diablo, se despidió de su mujer y salió por la puerta, dejando a Helena con el rostro inundado por el miedo. A la mañana siguiente, y después de una noche de insomnio, Benedict no tuvo más remedio que contarle a Helena lo sucedido. Le pidió por favor que no dijese nada, ella le recriminaba que esto hundiría su carrera, y que tenía que denunciarlos; él sostenía que eran sus amigos, de toda la vida, y que no podía hacerles eso. Benedict sabía que ese era el día cero. El día en el que todo el amor que habían cultivado en el jardín de su familia iba a destruirse por esa intensa nevada.

Una sensación de intenso dolor en el cuello, como si alguien le estuviese clavando un puñal en las cervicales, y una asfixiante sensación de ahogo, como si lo estuviesen enterrando vivo, despertó a Benedict más tarde que de costumbre. Todas las mañanas se levantaba igual, el maldito muelle del sofá le recordaba que había que seguir protegiendo Coldtown. Se levantó y se quedó mirando a la nada, se desperezó mientras buscaba el lugar donde la noche anterior había dejado la ropa. Al encontrarla, se levantó de ese incómodo sofá, dueño de su reposo y enemigo de él mismo y se vistió rápidamente. Salió de casa y cerró la puerta silenciosamente, su hijo y su mujer aún descansaban en la planta de arriba y la quietud se podía respirar en toda la casa. Se dirigió a su coche y apresuró la marcha hacia la comisaría, en busca de ese asqueroso, y a la vez, tan necesitado café. Había dormido tan profundamente que parecía que aún siguiese en los brazos de Morfeo. Sin preocuparse por que alguien estuviese repartiendo los secretos de Coldtown por todo el pueblo. Necesitaba un café, pero pensó que sería buena idea dar una vuelta por el pueblo para ver si veía algo, no quiso hacer guardia esa noche, ya había puesto al orden a sus subordinados, y si ellos no le habían llamado es que todo seguía como antes, que lo más probable era que Jennifer fuese la autora del reparto. Aunque era ilógico, ella no se podía haber inculcado, la acción no era muy inteligente, o sí. Quizá Jennifer pensó que al amenazar a Benedict verbalmente él la dejaría tranquila. No lo sabía. Benedict tenía tal cacao en la cabeza que no podía pensar con claridad. Fue directamente hacia la plaza, allí todo parecía tranquilo. Eran las ocho y media de la mañana y la gente andaba por allí, hacía sus tareas e iba a trabajar. Tampoco había visto nada inusual por las calles del pueblo. No había notas repartidas por el suelo, ni puestas premeditadamente en los limpiaparabrisas de los coches. Así que pensó que lo mejor que le vendría era ir a comisaría, tomar un par de cafés y ver a Jennifer a solas en los calabozos. Sin dudarlo más se dirigió a su puesto de trabajo.

El día se había levantado gris. Un vendaval del norte azotaba las pobres copas de los árboles, que se balanceaban belicosas en las calles de Coldtown mientras que una suave y fina nieve caía en el parabrisas del coche del sheriff. Aparcó justo enfrente de la comisaría, donde a él le gustaba hacerlo, y donde había prohibido hacerlo a los demás. Salió del coche y se encendió un cigarro justo antes de entrar en el edificio. El humo del tabaco le inundó la boca seca mientras entraba dentro del cuartelillo. Óscar seguía en sus trece, documentos en mano, saludó a Benedict y este le preguntó si sabía algo sobre las notas. Su ayudante negó con la cabeza y el sheriff fue directo a la máquina de café. No perdonó sus dos cargadas tazas hasta arriba de azúcar para despertarle de aquel letargo que aún mantenía desde que se despertó. Ahí, más despierto, después de unos minutos mirando a la nada y dándole la espalda a la máquina del café, se dirigió para hablar con él.

—¿Será la chica?

—No hay notas, sheriff. No aún.

—Lo veo estúpido, no puede ser ella —dijo Benedict, esperando ver la reacción de Óscar, esperando un atisbo de culpabilidad en su mirada.

—Ve extraño que se haya culpado de asesinato, ¿verdad? Yo me he pasado toda la noche pensando en eso. Pero hay algo que me extraña más. ¿Por qué la chica no ha pedido un abogado?

—De eso no tienes por qué preocuparte.

—¿Cómo que no? Si yo fuese inocente, o aunque no lo fuese, lo primero que haría sería pedir la asistencia de un abogado.

—Mira, Óscar. No sé si Jennifer fue la asesina del padre de Amanda, pero lo que sé es que piensa en el pueblo. Ella ha venido a la comisaría por su propia voluntad, no podemos inculpar a una persona por el simple hecho de que haya una nota que la culpe de asesinato. Imagínate, entro hoy por la puerta y me encuentro una nota en el que dice que tú, Óscar, has matado a alguien. ¿Te podría encerrar?

—No, no es una prueba concluyente de un acto ilegal.

—En efecto —contestó Benedict—. Cuando llevé a la chica a su casa le pedí por favor, por el bien del pueblo que se quedase esa noche en los calabozos. Coldtown se ha portado muy bien con las dos chicas y ellas están muy agradecidas.

—De acuerdo —contestó Óscar ya con sus dudas disipadas.

—Voy a hablar con ella, y voy a decirle que no se han repartido notas esta mañana. Voy a pedirle que se quede aquí un tiempo más, si aparecen más notas cuando ella esté fuera, para nosotros seguirá siendo la principal culpable. Pero no podemos tenerla más de tres días encerrada. Así que estamos en un buen lío.

—¿Llamamos ya a las oficinas centrales? No hemos informado de lo de la chica aún.

—No llamaremos.

—¿Por qué no?

—¡Porque no!

Óscar agachó la mirada.

—De acuerdo, jefe. Le acompaño.

—No —dijo Benedict negándose tajantemente al ofrecimiento de Óscar—. Iré yo solo.

—De acuerdo.

Benedict se acercó al calabozo donde estaba Jennifer aquella mañana. Los pasos sonaban huecos por aquellos desusados pasadizos que le acompañaban a las celdas. Hacía muchísimo tiempo que nadie dormía en aquellos calabozos, muchísimo tiempo en que la comisaría del sheriff no recibía como invitado a un supuesto criminal. Eso asustaba al sheriff, en realidad, él no tenía demasiada experiencia en esos asuntos.

—Buenos días, Jennifer.

—Lo serán para ti, Benedict. Yo, como comprenderás, no me he levantado de muy buen humor.

—Siento mucho lo sucedido, Jennifer, pero lo que hemos hecho ha sido por el bien de Coldtown.

—Mira, déjate de chorradas y ábreme de una vez —dijo Jennifer levantándose de aquel camastro donde reposaba y a duras penas había dormido la noche anterior.

—Jennifer, tengo que comentarte algo.

—No me jodas, Benedict. No me jodas, ¿eh?

—No hemos recibido ninguna nota hoy.

—¿Y? ¿Qué quieres decir?

—Pues que sigues siendo nuestra única sospechosa.

Jennifer enarcó las cejas como gesto de desaprobación.

—Mira, Benedict, yo no tengo nada que ver con esto, así que suéltame de una vez, me dijiste que sólo iba a ser una noche, y yo accedí, no me vengas ahora con estas historias.

—No puedo, Jennifer —dijo Benedict mientras bebía de su café.

—Bueno, pues llamaré a mi abogado. Verás cómo acabaréis.

Benedict se quedó callado durante unos instantes. Estaba a punto de coger a esa estúpida niña por los pelos y arrastrarla hasta la serrería, y que allí el viejo se encargase de ella.

—¿Me estás escuchando, Benedict? Déjame salir.

—No puedo.

—Sí que puedes. Es más, lo vas a hacer ahora mismo. Sabes que no tienes nada contra mí, y que lo que estás haciendo es totalmente ilícito. Podemos hacer dos cosas. O me dejas salir, ahora mismo, o llamo a un abogado de oficio y te empapelo hasta el cuello.

—Tú también te empapelarías.

Benedict le devolvió el golpe. La chica tenía toda la razón, ¿pero y si la dejaba salir y las notas aparecían? Realmente deseaba que esta mañana hubiese algunas notas repartidas por el pueblo para dejarla salir de aquella celda.

—¿Y si esperamos un día más? —dudó Benedict.

—¿Y si le digo al pueblo lo que vi aquella noche?

—Aún no sé lo que viste.

—No quieras saberlo. Estáis metidos en líos, eso lo sé, pero no hagáis que haya más personas conocedoras del asunto.

—Mira, Jennifer...

La voz de Óscar gritando desde la mesa de recepción de la comisaría alertó a Benedict, que se quedó con las palabras en la boca. Su ayudante gritaba su nombre pidiéndole que se apresurara a acudir allí. Benedict miró a Jennifer y le dijo que se esperara un segundo mientras que esta se acercaba a la reja, agarrándose a los barrotes e intentando ver lo que pasaba a lo lejos. El sheriff

corrió lo más rápido que pudo sintiendo como el corazón se le acercaba literalmente a la boca. Cuando llegó allí, la imagen que vio le pareció, cuanto menos, jocosa.

Óscar mantenía agarrando a Charles Lowie por el cuello de la camisa, el viejo y cascarrabias cartero de Coldtown mientras que insultaba exento de respeto al ayudante del sheriff. Benedict se acercó a ellos y les pidió calma.

—¿Qué está pasando, Óscar? —dijo el sheriff.

—Mire, jefe. Mire lo que ha traído este tiparraco a nuestra comisaría —dijo Óscar sin soltar a Charles, al que dificultosamente mantenía retenido.

Benedict cogió la carta que Óscar le entregaba, una nota aguardaba dentro de un sobre con la dirección de la comisaría del sheriff y sin remitente. Una nota mecanografiada con un mensaje, un mensaje que leyó y que pondría una vez más en jaque al pueblo de Coldtown.

—¿Quién ha enviado esto? —preguntó Benedict.

—Yo que sé, Benedict. Yo las recojo de Clydeview y las entrego. ¡Suéltame ya, imbécil! —Charles se removía inútilmente con la intención de soltarse de las manos de Óscar.

—¿Quién ha leído esto, Óscar? —dijo el sheriff. Luego le pidió que soltara al cartero, cosa que hizo, y Charles contestó con un gracias al sheriff mientras se arreglaba su ropa arrugada por las manos del ayudante.

—Solamente usted y yo, jefe.

—Y una quincena de vecinos —dijo esta vez Charles.

—¿Cómo? —preguntaron al unísono el sheriff y su ayudante.

La carta venía amarrada con una goma a una quincena de cartas iguales.

—Quince, veinte, ahora no sé. Supongo que serán las mismas porque todas tenían la misma caligrafía.

—Maldita sea... —dijo Benedict entre dientes.

—Una de ellas era para su casa, sheriff —afirmó Charles.

A Benedict se le paró el mundo. Una espesa niebla se apoderó de él mientras con la mirada perdida repasaba mentalmente las últimas palabras de Charles.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el cartero—. ¿Son una de esas malditas notas, Óscar? —preguntó de nuevo al ayudante viendo que el sheriff no atendía a nadie en esos momentos.

Benedict reaccionó, salió corriendo de la comisaría, metió la mano en su gabardina y sacó las llaves del coche. Lo abrió, entró de un salto, lo arrancó y puso en movimiento el coche aun sin haber cerrado la puerta de este. Salió derrapando, dejó parte de las gomas en el húmedo asfalto de la calle y se dirigió a su casa. Podría llegar a tiempo, puede que Helena aún no hubiese leído la nota, suponía que había pasado menos de una hora desde que Charles empezó a trabajar. El coche se movía rápido por las calles de Coldtown, virando vigorosamente las curvas de cada una de esas avenidas y travesías que llevaban a su casa y esquivando de vez en cuando a los viandantes que por allí pasaban y que se le quedaban mirando. Por fin llegó a la calle Main, en el centro de esta estaba su domicilio. Vio a lo lejos un taxi que salía de su plaza de aparcamiento, esa en la que tampoco dejaba que nadie aparcase. Frenó de golpe y salió del coche. Se apresuró a entrar en su jardín y subir los cuatro escalones para abrir la puerta sigilosamente, sin que nadie se despertase. Cuando entró en su casa vio una nota, que reposaba encima del mueble de la entrada. Sabía que Charles no la había puesto ahí, por eso se temió lo peor. Abrió el sobre y lo que se encontró

dentro no era la nota de Equis, pero le dolió más que las que escribía esa persona anónima que estaba sembrando la ira y la rabia de todo el pueblo.

Nos vamos. Me llevo a Scott. No intentes llamarme, ni buscarme. Mandaré a alguien para que recoja mis cosas y te entregue los papeles del divorcio.

Helena.

Benedict se sentó, lentamente, en el suelo, apoyando su espalda en el mueble que daba la bienvenida a la que antiguamente era la casa más feliz del pueblo. Sacó un cigarro del paquete de tabaco que guardaba en su gabardina y lo encendió. Se lo fumó tranquilo, dándole caladas lentamente, como el que no vivía el tiempo. Como el que ya no tenía nada que perder. Ya nada le importaba. Ahora que Coldtown sabía su secreto, nada le preocupaba.

Sacó el teléfono del bolsillo izquierdo de su gabardina, pulsó un par de teclas, se acercó el aparato al oído y esperó.

En el mismo taxi que había salido del portal de aquella vivienda en la calle Main, Helena miraba la pantalla de su teléfono, haciendo caso omiso a la llamada de su marido.

—Creía que tú y papá ibais a arreglar vuestros problemas... —dijo Scott, mirando por la ventana, mientras los árboles de la carretera pasaban velozmente.

Helena no pudo reprimir unas lágrimas mientras guardaba de nuevo el teléfono en su bolso. Se secó la humedad de su rostro con el puño de su abrigo.

18. La historia de Victoria Legan

Florida, octubre de 2011

Pasaron semanas tranquilas, y el verano dio paso al otoño. Iban a ver el atardecer a South Beach, caminaban por la arena blanca hasta que el sol se escondía a lo lejos, después iban a comprar un café a Ocean Drive y se sentaban en la orilla.

—Me encanta ver el atardecer contigo, Charles.

Charles le agarraba por la espalda y la atraía hacia él, besándole el cabello y absorbiendo la fragancia a jazmín de este.

—Nunca me podría cansar de hacer esto contigo. Soy como las olas de esta playa, que bañan y vuelven a bañar la orilla, insaciablemente. Ellas ya saben lo que hay en tierra firme, llevan siglos viéndolo, pero vienen y vuelven a venir, miles de veces al día, para poder estar cerca de su amada orilla. —Las palabras de Charles entraron hasta lo más hondo del alma de Victoria. Nunca nadie le había dicho algo tan bonito.

Victoria se encontraba feliz con la compañía del inspector Charles Johnson. Él la atendía en todo y ella intentaba escatimar en gastos para que no sospechase nada. Por la mañana se levantaba después de que Charles se fuese a trabajar y se iba al centro, a repartir currículos. O eso al menos era lo que creía Charles que hacía. Intentaba disimular, pero ninguno de esos currículos llegaba nunca a ninguna oficina. A ella el trabajo esclavo no le gustaba, no era esa la vida a la que estaba acostumbrada. Por eso, después de dar la vuelta obligatoria por el centro, y llamar desde una cabina pública al número de Chad para otorgarle más peso a la historia de la búsqueda de trabajo, llegaba a casa y encendía la barbacoa con las decenas de currículos que no había entregado en el centro y le preparaba a Charles un buen almuerzo.

—No voy a conseguir trabajo, Charles.

—Sabes que no hace falta que trabajes.

—¡Pero quiero hacerlo! Me aburro aquí sola.

—Bueno, tranquila. Verás que te llaman pronto, Victoria —contestaba este mientras le daba un beso en los labios para volver a la comisaría.

Por otro lado, hacía más de un mes que a Victoria no le llegaba el periodo. Estaba asustada, incluso atemorizada. ¿Ella con un bebé? No podía ser. Le destrozaría la vida. Victoria sabía que ella no podía ser madre, no con el estilo de vida que tenía.

Una tarde decidió ir a la farmacia a comprar un predictor. Salió de casa con paso firme, vestida con unos *leggings* negros, una sudadera azul oscura y una gorra de béisbol. Sus ojos escondidos detrás de unas enormes gafas de sol miraban atemorizada aquel pequeño paquete que tenía en la mano. Entró en su casa y se sentó en el váter. Los nervios le jugaron una mala pasada y no le permitieron orinar al instante, pero cuando lo hizo, se quedó pensativa con las bragas por los tobillos y apoyando la cabeza en su mano derecha, mientras que con la izquierda miraba ese objeto, juez y verdugo de su nueva vida.

El resultado fue devastador. Victoria Legan iba a ser madre, y lo peor de todo eso es que no sabía quién era el padre.

En el último mes había estado con cuatro hombres, y el padre podría ser cualquiera de ellos. Estaba Edward, que era el que menos deseaba que fuese, después Benedict, Chad y Charles. Pensándolo bien, no le importaba de quien fuese ese hijo, estaba empezando a sentir cosas por Charles, cosas que no pensaba que podía llegar a sentir nunca por un hombre. «¿Es esto amor? ¿O sólo es el cariño que tienes a alguien que te cuida?», pensaba Victoria que caminó lentamente, inundada por las dudas, sobre la moqueta que le llevaba al salón. Se sentó en el sofá, notando el mullido tacto en todo su cuerpo y se quedó pensativa, mirando a la nada. Estaba agobiada, no sabía qué hacer. Si se lo decía a Charles corría el riesgo de que este creyese que se había quedado embarazada a propósito. Que venía de una relación desestructurada y que ha visto a un hombre formal y con un buen trabajo para que la mantenga. Si Charles supiese que ganaba en un día lo que gana él en un mes... Estaba asustada. No sabía qué podía hacer, sus sentimientos hacia ese hombre eran extraños para ella, y las emociones por su embarazo hacían que se sintiese desdichada y sola. Se estaba ahogando en ese salón. Se levantó del sofá y cogió un paquete de cigarrillos, mirándolos de cerca, sabiendo que quería hacerlo, pero que ahora mismo no debía. Pensando en un futuro en el que ella era madre de una criatura, pensando si sería capaz de amar a alguien más que a ella misma y su cómoda vida. Dejó el paquete encima de la mesa y se dirigió hacia la calle, sintió el frío pomo de la puerta que contrastaba con la humedad del recibidor. Cuando la abrió, echó la vista abajo y vio un paquete envuelto en papel de embalar. Lo cogió con sumo cuidado y lo movió acercándose al oído.

Se acercó titubeante al salón con el paquete en la mano mientras lo seguía moviendo y escuchando como el objeto que aguardaba allí dentro golpeaba las paredes de cartón de la caja. Se sintió identificada con ese objeto en ese mismo instante. Ella también tenía algo pequeño dentro, algo que aún no sabía ni quién lo había puesto allí.

Se sentó al borde del sofá y empezó a abrir dificultosamente la caja, quitando sin miramientos la cinta adhesiva que la mantenía cerrada. Un leve hedor llegó hasta Victoria cuando logró abrirla y vio como un bulto envuelto en papel de periódico descansaba dentro. Victoria lo cogió. Era un objeto duro y pesado. Desenvolvió rápidamente el papel de periódico y un grito desolador retumbó por todos los rincones del salón. El objeto cayó al suelo en rotundo, un golpe seco sonó al golpear la moqueta seguido de las repentinas lágrimas de Victoria. Se echó las manos a la boca para intentar callar a su subconsciente y se intentó mentalizar de que nada de eso estaba pasando.

Corrió rápidamente hacia la cocina, dejando atrás el salón, sorteó la mesa del comedor y cogió el teléfono móvil, que guardaba en el pequeño bolso que colgaba de la silla de la cocina:

—Charles, tienes que venir a casa de inmediato.

—Voy enseguida.

Cuando el inspector Johnson llegó a casa de Victoria se encontró a la joven apenada en un intenso llanto en el jardín de la entrada. La chica lo vio aparcar y estrujó el cigarrillo en el suelo y se fue directa a él, abrazándolo como nunca lo había hecho con nadie. Sintiendo la seguridad que sienten las madres primerizas al saber que ahí hay alguien que te puede ayudar.

—¿Qué es lo que pasa, cariño?

El cuerpo de Victoria temblaba mientras se dirigían al interior de su casa. La chica lo acompañó al salón y le señaló entre llantos el sofá. Charles se dirigió preocupado hacia el lugar que había señalado Victoria, dejando de lado el sillón donde veía los partidos de fútbol y apartando la mesa donde cenaban los viernes por la noche la *floribbean cuisine*. El inspector se agachó y se quedó petrificado al ver aquel objeto en el suelo, manchando la moqueta de sangre seca.

—¿Qué es esto?

—Creo que es evidente —dijo Victoria, agazapada detrás de la pared del salón y mirando pusilánime a Charles.

—Sí, lo sé. Pero ¿de dónde ha salido?

El inspector Johnson agarró un papel de los que envolvían el objeto y levantó lentamente este del suelo, mirándolo con atención y profesionalidad y metiéndolo de nuevo en la caja. En ella, una mano humana caía de nuevo, con un golpe seco e inerte. La sangre aún estaba fresca, los dedos, gruesos y peludos, estaban engarrotados. El dueño de esa mano debió cerrar el puño con fuerza antes de perderla, y así se quedaron sus músculos, huesos y tendones. Una hedionda y larga uña del dedo pulgar estaba incrustada en el dedo anular y en el meñique, un anillo de oro reposaba allí, resplandeciente, con el rostro de un indio que lo miraba desafiante con sus dos ojos de esmeraldas.

Victoria empezó a llorar de nuevo, esta vez con más fuerza y desolación. El inspector Johnson se acercó a ella y la besó en la frente sintiendo como aún temblaba de miedo. La abrazó con mucho cariño, y le llevó la cabeza a su hombro.

—Me... me lo he encontrado... en la puerta —dijo Victoria mientras intentaba reprimir sus lágrimas.

—¿Sabes quién te ha podido mandar esto?

—No. Pero sé de quién es.

—¿De quién?

—Es del Loco.

Charles alejó un poco la cara de la de Victoria y se la quedó mirando. Temía la reacción de la chica cuando le dijese lo que le iba a decir, pero por su bien, tenía que hacerlo.

—Cariño, esto es una amenaza. Debes contarme lo que sabes para poder ayudarte.

—¡No sé nada! —dijo Victoria apartándose de Charles, haciéndole sentir culpable ente lágrimas.

—¡No puedo ayudarte si no me cuentas nada! —El tono de la discusión iba en aumento y cada frase sonaba más alta y más enojada que la anterior.

—¡Te he dicho que no se nada, joder!

—¡Sabes que desde que estamos juntos no te he preguntado nada! ¡Pero ahora tienes que hacerlo! ¡Tu vida corre peligro!

Las últimas palabras de Johnson golpearon fríamente el corazón de Victoria. Se echó a llorar, mucho más fuerte, mientras se sentaba en la escalera tapándose la avergonzada cara con las manos. Charles se la quedó mirando. Se sentía culpable, pero no podía hacer nada por ella si seguía sin contarle lo que sabía.

—No sólo mi vida corre peligro, Charles.

—¿Qué quieres decir? —dijo el inspector acercándose a ella y poniéndose de cuclillas a su lado.

—Estoy embarazada.

El inspector Charles Johnson estaba acostumbrado a recibir todo tipo de noticias. Desde las más escandalosas hasta las más macabras. No movía ningún músculo de su marcado rostro, ningún rizo de su gris cabello se le movía del sitio, pero esa noticia había sido de lo más desconcertante. Por la mente de Charles pasaron decenas de imágenes en sólo un segundo; las náuseas de Victoria, los enfados, el malestar general de su chica. Pero también le pasó por la cabeza aquel precioso cuerpo creando vida, las fotos que se harían mientras el feto iba creciendo, como pintarían la habitación del bebé, o si cambiarían de casa.

—El bebé... es... el bebé es...

—¿Tuyo? —Victoria se levantó y subió las escaleras enfadada hasta su habitación—. ¡Por Dios, Charles! ¡Vete al infierno!

Johnson quería dar por hecho que el bebé era suyo, y Victoria lo aprovechó. Lo aprovechó bien para no tener que contarle nada sobre el Loco.

—¡Espera, cariño! ¡Lo siento! —dijo Charles mientras subía las escaleras corriendo detrás de Victoria.

Subió hasta la planta de arriba, allí caminó buscando a Victoria hasta que la encontró en el borde de la cama, con las manos en la cara y llorando desconsolada. Él se acercó y se sentó al lado, le echó el brazo por encima del hombro y la trajo hasta él. Victoria dobló el cuello a la derecha y lo apoyó en el hombro del inspector mientras seguía llorando.

—Tenemos que irnos de aquí, Charles.

—Sí —dijo Johnson mientras intentaba recuperar el aliento—, debemos hacerlo.

Charles sabía que, si en la comisaría se enteraban de que había dejado preñada a la viuda de un difunto narcotraficante, su carrera se vería truncada.

—Tienes que irte lejos.

—¿Irme? —dijo Victoria levantando la cabeza del hombro del inspector, mirándole con recelo.

—Yo no puedo hacerlo aún. La policía no se puede enterar de esto. Hace un mes que el Loco no da señales de vida y el caso está muy tranquilo. Si les digo que has recibido una amenaza seguirán las investigaciones y te tendrán que preguntar cosas. Muchas cosas, Victoria —dijo Johnson mirando a la chica de cerca a los ojos—. Y a ellos se lo tendrás que contar. Todo. Guardaré la caja en un lugar seguro y cuando estés lejos cerraremos el caso. Así podremos estar juntos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, cariño —contestó Victoria, besando en los labios a su pareja.

19. Benedict Mills

Diciembre de 2015

Benedict llevaba más de media hora esperando a que Bill apareciese por la puerta de su despacho. Había tenido tiempo de pedirle disculpas a Jennifer y dejarla salir, disculpas que la chica no había aceptado y se había marchado sin siquiera despedirse. Aún dudaba de ella, podría ser una trampa, podría haberla mandado otra persona a la que le haya ordenado hacerlo, pero tenía que dejarla libre, al menos hasta que Bill llegase y pudiesen ir a Clydeview. Por otra parte, miraba a su ayudante Óscar. Tenía tal cara de estúpido revisando notas que se le hacía difícil pensar que esa cara fuese realmente la suya y no una estratagema para engañar a la gente. «¡No! ¡No, no, no! Benedict, estás paranoico», pensaba el sheriff mientras se golpeaba la cabeza con las palmas de las manos. Benedict había llamado a Bill hacía un par de horas para comentarle lo sucedido, a lo que este le había contestado que, sintiéndolo mucho, ya estaba informado del asunto. Le había preguntado también si sabía quién había podido enviar esas cartas, este le había dicho que no, y que iría a la central de correos en Clydeview para informarse algo más, pero que, si no había dejado remitente, la mejor información, y con mucha suerte, sería una pobre descripción de la persona que las había enviado por parte del encargado de redirigir las misivas.

Bill se encargaba de los trámites administrativos de la empresa de correos de Clydeview tres días a la semana. Al ser Coldtown un pueblo de tan reducida población, su pueblo vecino se encargaba del reparto de su correspondencia. Conocía muy bien a su compañero, Peter, el encargado de redirigir todas las cartas a las direcciones externas a Clydeview, y Bill se ofreció sin pensárselo dos veces a ir a hablar con él.

El alcalde de Coldtown apareció por la puerta del despacho del sheriff con el rostro alentador de un mar en calma, sabía que su compañero necesitaba ayuda y algo de apoyo emocional, pero Benedict ni le hizo caso, lo vio y se levantó del sillón giratorio que reposaba al lado de su escritorio.

—Lo siento, Benedict.

—Gracias.

—¿Has hablado con Helena?

—No quiero hablar de esto, Bill. Pero no, no me coge el teléfono.

Bill decidió abstenerse de seguir preguntando, y le indicó a Benedict que ya podían ir a Clydeview. El sheriff cogió su gabardina, sacó un cigarro de un paquete que guardaba en ella y se dirigió a la salida. Bill se montó en el asiento rancio, sucio y polvoriento del copiloto mientras Benedict se montaba en el suyo dispuesto a sacarle la máxima información posible al cartero. No pensaba ni mucho menos que Peter pudiese darle un nombre, o una descripción fiable. No quería pensarlo, su pesimismo no se lo permitía. Todo el camino hacia Clydeview lo hicieron en silencio, únicamente interrumpido por el sonido brusco del motor del coche del sheriff y de las noticias meteorológicas que informaban por la radio. Iba a seguir nevando por mucho tiempo. Condujeron millas atravesando estampas nevadas, cielos grises, dejando atrás cordilleras blancas y pastos helados hasta llegar a la entrada de Clydeview.

—En la entrada...

—A la derecha. Ya lo sé, Bill —dijo Benedict sin dejar acabar la frase al alcalde.

Aparcaron el vehículo delante de la puerta de la central de correos, los dos bajaron a la par, y cerraron la puerta simultáneamente casi al unísono. Benedict dejó pasar a Bill, para que preguntase a Peter sobre el envío de las nuevas notas. El alcalde fue el primero en entrar en esa central de correos. Una pequeña puerta chirriante daba paso a la pequeña habitación, con tonos parduzcos y llena de cajas de documentos. La sala olía a polvo y humo de tabaco. A calma y a humedad. Al fondo de aquella estancia, en un pequeño escritorio, oculto tras cientos de documentos, un señor de unos cincuenta y pico años permanecía absorto a la llegada del sheriff y el alcalde.

—Peter. Peter... ¡Peter!

—Ah... Bill. Buenos días, ¿qué haces hoy por aquí?

—Hemos venido a hacerte unas preguntas, Peter —dijo Bill—. Este es Benedict, el sheriff de Coldtown.

Peter se echó un poco más para adelante, apartando los documentos y las cajas que había en su escritorio para ver la cara de Benedict, que se mantenía un poco más separado, detrás del alcalde.

—¿Me he metido en líos? —dijo Peter mientras se ponía bien las gafas para observar el rostro del sheriff que se acercaba a la mesa donde trabajaba el cartero.

—No, no, Peter. Estamos aquí porque esta mañana Charles ha repartido unas cartas en Coldtown, no llevan remitente, y quería saber si por casualidad te acordabas de quién las había mandado. No hace falta que preguntes —dijo Bill advirtiéndole y entregándole el sobre vacío a Peter.

—Deja que piense. —Peter se echó para atrás, se quitó las gafas y las dejó en la mesa del escritorio.

Era un hombre obeso, debería pesar unos noventa kilos, o más, y no debía medir más de un metro sesenta. Tenía una nariz hinchada de la que salían pelos a borbotones por los orificios. Todos los que no tenía en su alopecica cabeza, la cual se rascaba mientras pensaba y hacía que cayesen en el escritorio restos de piel muerta. A Benedict eso le causó repulsión, y no dudó en apartar la vista de ese hombre mientras se incorporaba de nuevo. Peter seguía mirando la dirección de la comisaría que venía en el sobre de la carta.

—Sí. Creo que ya sé quién fue.

Una leve inquietud llenó los cuerpos de Bill y de Benedict, mientras Peter se quedaba pensativo mirando el sobre vacío.

—¿Puede describirnos su aspecto? Sería de gran ayuda —dijo Bill acercándose con asco al escritorio de Peter.

—No soy bueno describiendo... Pero recuerdo que trajo un fajo de sobres, recogidos con una goma —dijo ahora Peter, mientras que Benedict se echaba la mano a la cabeza enojado y desmoralizado—. Pero puedo llevaros a él. Sé por dónde para.

—¿Cómo?! ¿Sabes dónde puede estar? —dijo ahora Benedict, al que no le importó poner ahora las manos en el vomitivo escritorio de Peter para acercarse a este a preguntarle.

—Claro. —Peter miró a Bill con miedo mientras que Benedict lo miraba a escasos veinte centímetros de su cara—. Vive en esta misma calle.

Bill y Benedict se miraron con gesto sorprendido. ¿Vivía Equis en Clydeview? Increíble. Benedict pensaba en cómo y por qué una persona de Clydeview se puede meter en los tan íntimos y privados asuntos del Coldtown.

—¿Varón o mujer? —preguntó Benedict.

—Varón, varón.

—Cierre esto ahora mismo y llévenos a su casa. Queremos hablar con él. —Benedict se acercó a la puerta de entrada y cerró la cortinilla que había en ella, dándole la vuelta al cartel y dejándolo en «Cerrado».

Peter, asustado, hizo caso al sheriff, cogió su chaqueta y su maletín. Cerró la ventana de la parte de atrás de su escritorio y acompañó a los dos vecinos de Coldtown a la puerta. Los tres se montaron en el coche del sheriff y Benedict preguntó a Peter dónde vivía el individuo.

—Sus padres viven en el número cincuenta y siete.

—¿Sus padres? —preguntó Benedict mirando a Peter por el espejo retrovisor.

—Sí, vive con sus padres. —«¿Un soltero aburrido?», pensó Benedict. «Seguro que es un puto gordo aburrido que no tiene otra cosa que hacer que meterse en la vida de los demás». Pero sabía algo, sabía cosas del pueblo. Y tenía que averiguarlo—. Es un crío de quince años —concluyó Peter.

El brusco frenazo hizo que Peter colocase medio cuerpo en los asientos delanteros, rozando su calva por el cuello del sheriff y volviendo este a sentir esa repulsión. Benedict echó el brazo sobre el asiento del copiloto y miró para atrás mientras Peter se recomponía en el asiento trasero.

—¿Me estás diciendo que el que ha mandado las notas tiene quince años? —preguntó Benedict con un tono de desconcierto.

—Sí, sheriff. Quince o dieciséis —dijo Peter.

—Es imposible, no tiene lógica —dijo ahora Bill.

—Puede que otra persona lo haya obligado —dijo Benedict a Bill.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —preguntó Peter sin que sus acompañantes le hicieran caso.

Llegaron al número cincuenta y siete de esa misma calle mientras la nieve seguía cayendo intensamente sobre el acero negro del coche del sheriff. Benedict tenía un problema. Él no quería que eso de las notas fuese público, quería mantener al margen a todas las personas posibles, pero si ese chico era menor de edad, no podría preguntarle nada en su casa sin estar sus padres delante.

—Aquí es. Su madre estará aquí, él no llega hasta las dos del colegio. Os acompañaré a hablar con ella.

Benedict hizo caso omiso a el ofrecimiento de Peter, arrancó de nuevo el coche y preguntó por dónde se iba al colegio de Clydeview. Este le indicó dónde se situaba la escuela y condujeron hacia allí.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Me meteré en problemas? Yo no he hecho nada malo, ¿verdad? —preguntó Peter.

—No, Peter. Tranquilo —contestó Bill—. Tú sólo dinos quién es el chico y ya te podrás ir.

—De acuerdo —dijo Peter mientras se acercaban a la puerta del colegio.

Esperaron allí hasta la salida de los escolares. Un enorme bloque de ladrillos y cemento marrón aguardaba a cientos de niños de Clydeview y algunas localidades vecinas. La nieve seguía cayendo en el exterior mientras los cristales del vehículo se empañaban. Benedict sacó del bolsillo derecho de su gabardina un paquete de tabaco y cogió un cigarrillo. Ofreció a sus acompañantes, pero estos declinaron la oferta. El sheriff encendió su cigarro y la estancia se llenó de un molesto humo blanco mientras que Peter se sentía cada vez más agobiado. Eran las dos en punto y el sonido de una campana sonó firmemente por la megafonía de la escuela. Benedict pidió a los dos que saliesen fuera, Bill aceptó a la primera, pero Peter se lo pensó dos veces antes de hacerlo, estaba muy bien repasando documentación en su oficina hasta que llegó ese imbécil a molestarle.

—¿No tendrías que hablar de esto con el sheriff de Clydeview? —preguntó tímidamente Peter a Benedict mientras cerraba la puerta trasera del coche.

Benedict sólo tuvo que mirar a Peter una vez para hacerle saber que no necesitaba hablar con nadie sobre ese asunto. Y Peter supo que no tenía que preguntar nada más. Bill y Benedict miraban a los niños saliendo del colegio como una jauría de lobos a los que dejaban en libertad. Repasaban los rostros de los críos esperando que Peter dijese algo.

—Es ese. El del gorro naranja —dijo el cartero.

—¿Cómo se llama? —preguntó Benedict mientras se acercaba a él.

—Andrew. Se llama Andrew.

Los tres se acercaron sigilosamente al chico, haciéndose paso entre los niños que corrían deseando salir de ese lugar. Se acercaron por detrás y Benedict agarró suavemente al crío por el hombro.

—¿Andrew?

—¿Sí? —dijo el chico, que vestía una larga parca azul y cubría medio rostro con un llamativo gorro naranja.

—¿Podemos hablar contigo un momento? —preguntó Bill.

El niño miró encogido y en estado de alarma los rostros de Bill y Benedict, que lo miraban desde arriba hasta que vio a Peter.

—Hola, señor Wallace —dijo el chico.

—Hola, Andrew —dijo Peter—. Acompaña a estos señores, no te preocupes. Este señor es el sheriff de Coldtown y quiere hacerte un par de preguntas —indicó Peter al chico, señalando a Benedict.

—De acuerdo, señor Wallace.

Los cuatro se dirigieron de nuevo al vehículo, Benedict miraba hacia los lados pendiente de que nadie viese a tres individuos llevándose a un menor en un coche. El sheriff le dijo a Peter que ya se podía ir, él quiso acompañar al chico, ya que no se fiaba mucho de la manera de actuar del

sheriff, pero Bill lo convenció prometiéndole que serían cinco minutos, y que, por favor, no dijese nada de esto. Peter aceptó, pero dijo que esperaría aquí fuera a que el chico saliese, lo que Benedict aceptó. Entraron en el coche y cerraron las puertas, resguardándose del frío exterior. Benedict se giró y preguntó a Andrew, que se sentaba en el asiento trasero.

—Andrew, esta mañana hemos recibido unas cartas en Coldtown. —Benedict le entregó el sobre vacío al chico—. ¿Las enviaste tú?

Andrew agachó la cabeza, con el rostro de la culpa afirmó casi llorando.

—Andrew —prosiguió Benedict—, las cartas no las escribiste tú, ¿verdad?

El chico negaba con la cabeza gacha, no quería mirar el rostro de Benedict.

—Andrew, ¿quién ha escrito estas cartas? —preguntó ahora Bill.

—No lo sé —dijo el chico.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cómo llegaron estos sobres a ti? —dijo Benedict.

—No os lo puedo decir... —masculló Andrew entre lágrimas.

—¿Por qué, Andrew? ¿Te han amenazado? —concluyó Bill.

El imberbe quinceañero levantó la mirada por primera vez desde que se montó en el vehículo. Su rostro era el vivo reflejo de la angustia y el miedo, las palabras salían de su boca lentamente mientras Bill y Benedict le miraban desde los asientos delanteros.

—Fue un chico mayor —concluyó finalmente Andrew mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

—¿Qué chico, Andrew? —preguntó Benedict.

—Michael. Michael Wadlow —afirmó el chico.

—¿Quién es? —dijo ahora Bill.

—Es un chico, de unos veinte años. A todos mis amigos nos tiene amenazados. Siempre está persiguiéndonos y molestando. Ayer me dijo que si entregaba unas cartas me daría diez pavos. Me entregó las cartas y se esperó fuera de la central de correos. Entré allí, le di las cartas al señor Wallace y me fui. Sólo hice eso, de verdad. —Andrew empezó a llorar de nuevo—. Michael estaba esperando fuera. Al final no me dio el dinero, ni las gracias, y yo me fui para casa.

El rostro de Andrew mostraba total sinceridad. Benedict lo creyó rotundamente y prosiguió su investigación.

—¿Sabes dónde puede estar Michael? —preguntó Benedict.

—Sí. Supongo. Creo que sí. No trabaja ni estudia. Es un chico peligroso. Siempre anda en el parque Harris, justo detrás de la escuela.

Benedict arrancó el coche de nuevo y se dirigió para allá, dejando a Peter Wallace en la acera de enfrente de la escuela esperando a que saliese el chico. Benedict pensó que no era buena idea salir de allí sin el encargado de la central de correos, que podría dar lugar a preguntas por su parte. Paró de nuevo el coche y pidió a Peter que se montase.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer —comentó Benedict—. Andrew me va a llevar a ver a ese tal Michael, tú vienes con nosotros para que veas que no hay ningún problema —dijo el sheriff dirigiéndose a Peter—. Después os iréis y nos dejaréis solos, y aquí no ha pasado nada. ¿De acuerdo?

Los dos pasajeros de los asientos traseros se quedaron callados, hasta que Benedict preguntó de nuevo más rotundamente si tenían alguna objeción.

—Sí, Benedict —dijo Peter—. De acuerdo.

Viraron por aquella calle, dejando a la derecha el enorme bloque de ladrillos y cemento marrón. Condujeron hacia delante unos cientos de metros más hasta llegar a un pequeño parque oculto entre numerosos árboles cubiertos de nieve. La vida bajo cero de aquellas localidades siempre había sido del agrado de Benedict, aunque ahora, con todo lo que estaba sucediendo, preferiría que un rayo de sol iluminara sus pasos en ese tenebroso camino.

—Es aquel —dijo Andrew—. Aquel que fuma en el banco, el de la derecha.

—¿El de la parca negra? —preguntó Bill.

—Sí —confirmó Andrew.

—Bien. Ya podéis iros. Muchas gracias por todo —concluyó Benedict a los dos acompañantes de los asientos traseros.

Los dos se bajaron del coche, rápidamente. Preferían el gélido abrazo del invierno, donde el viento no perdona y los copos de nieves golpeaban cruelmente el rostro sin perdón, antes que el cálido interior del coche del sheriff. Andrew había salido ya, cerrando la puerta trasera izquierda del vehículo, y el alopécico y repulsivo Peter Wallace seguía sus pasos, moviendo lentamente su enorme trasero para salir de aquellos asientos.

—Peter —dijo Benedict—. Esto no ha pasado, ¿de acuerdo?

Peter resopló, confirmando que había entendido el mensaje.

—¿De acuerdo? —preguntó de nuevo Benedict con un tono más serio y amenazante.

—De acuerdo, sheriff —dijo Peter mientras sacaba su enorme y seboso cuerpo del coche.

Bill y Benedict salieron del coche, se abrigaron lo máximo posible y caminaron hacia Michael que, sentado en un banco, resguardado de la fría nieve por un techo de chapa, fumaba sin descanso con un par de chicos más. Michael los vio venir, comentó algo con sus compañeros y se levantó del banco, los tres chicos se quedaron mirando a Bill y a Benedict mientras se acercaban lentamente a ellos, amenazantes ante esos dos desconocidos.

—¿Qué hacéis por aquí, viejos? —dijo Michael mientras miraba a sus dos compañeros desde arriba riéndose. Michael era mucho más alto que sus dos amigos, y por la apariencia, mucho mayor. Era largo, fuerte, al menos eso se asemejaba debajo de la enorme parca negra que lo protegía del frío. Tenía la cara fina, los rasgos muy marcados, y una suave mancha de pelos asomaba debajo de su nariz. Tenía el pelo rubio, un mechón le caía por la frente llegándole casi a los ojos. Sus dos compañeros eran más bajos, uno de ellos seguía sentado en el banco, tenía más rostro de niño y tapaba su cabeza con un gorro de lana azul. El otro se mantenía al lado de Michael, riéndole las gracias. También tenía rostro de niño, y Benedict pensó que Michael era uno de esos chicos que se creían mejores moviéndose con niños más jóvenes que él.

—¿Michael Wadlow? —preguntó Benedict.

—¿Quién coño pregunta? —respondió Michael.

Benedict no estaba para ese tipo de palabras. El día estaba siendo agotador, y nada le apetecía más que lo que hizo a continuación. Se acercó a Michael dos pasos más, lo miró dos segundos y abofeteo en la cara a este con el dorso de su mano derecha. El golpe hizo que Michael, que podría sacarle casi una cabeza de altura a Benedict, cayese en rotundo en el banco junto al amigo del gorro de lana. La expresión del rostro de Bill no tenía precio, boquiabierto se acercó a Benedict y lo agarró por la parte trasera de la gabardina mientras Michael se removía en el banco con la cara colorada, y no precisamente del frío. Sus dos compañeros se miraban entre ellos presos del

pánico y la sorpresa mientras que Benedict se soltaba de Bill y se acercaba lentamente, mirando a los ojos del abofeteado y avergonzado Michael.

—No tienes ni idea de los dos días que llevo pasados —dijo Benedict a Michael, que mantenía su mano en la mejilla—. Mira, Michael. No voy a permitir que te pavonees ni una sola vez. Así que dime lo que quiero saber y ya está. —Michael afirmaba desde el banco—. Ayer —prosiguió Benedict—, le diste a un chico unas cartas para que las entregase en correos, ¿esto es cierto? —Benedict preguntó al veinteañero y este le contestó afirmando con la cabeza mientras se tocaba la cara—. Sólo quiero saber quién te dio esas cartas, porque sé que tú, con la cara de imbécil esa que tienes, no las has escrito.

Michel hizo el intento de levantarse del banco para protestar por las palabras de Benedict, pero el sheriff hizo el amago de levantar la mano y el chico se sentó de nuevo tapándose la cara y escondiéndose detrás de su amigo, el del gorro de lana azul.

—Dime, Michael, por tu bien. ¿Quién te dio las cartas y las direcciones?

—Hace un par de días vino una mujer a verme aquí mismo —explicó Michael—. La mujer me dio una nota. En ella decía que si quería cincuenta pavos sólo tenía que entregar esta documentación en correos. Yo acepté de inmediato. Después sacó de nuevo otra nota, y me dio otros veinte pavos más.

—¿Qué ponía en el papel? —preguntó Benedict.

—Ponía que me buscara a otra persona. A otra persona para que fuese el que entregase las cartas —contestó Michael.

—¿Y por qué elegiste a Andrew? —preguntó el sheriff.

—No sé. Fui al colegio y elegí uno al azar.

—¿Cómo era la chica? —dijo el sheriff.

—A ver... no era una chica. Era una mujer. Era una mujer alta. Y grande. Iba con un bastón. Vino, me dio la nota, los cincuenta pavos, la otra nota y los veinte pavos y se fue. No sé nada más de ella.

—¿No nos puedes decir nada más? ¿Cómo eran sus ojos? ¿O su voz? —preguntó Benedict.

—Pues no me habló en ningún momento. Ya le digo que me dio unas notas. Y los ojos, no sé. Llevaba unas gafas de sol oscuras.

Benedict se echó la mano izquierda a la frente, pensando en lo inútil que era el chico. Miró a Bill y este afirmó con la cabeza.

—Oye, Michael —dijo Benedict—. ¿Podría ser que esa mujer fuese ciega? ¿Que el bastón que dices que llevaba fuese un bastón para ciegos?

Michael se quedó pensativo mirando hacia arriba, rascándose los tres pelos de su perilla mientras afirmaba con la cabeza.

—Ahora que lo dice, puede ser que sea posible —concluyó Michael.

—De acuerdo, Michael. No tenemos nada más que preguntarte. Ahora escúchame, nosotros no hemos estado aquí. Esto no ha pasado. Y cuando veas a Andrew, le vas a dar el dinero que le debes, y nunca más, repito, nunca más te vas a acercar a él. Ni a ninguno de los otros chicos. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Michael con un rostro serio.

Bill y Benedict se montaron en el coche y se dirigieron a Coldtown.

—Está jugando con nosotros, Benedict.

—Lo sé, Bill. Utilizar a tres personas, entre ellas un menor y una invidente es de los más ruin —contestó Benedict.

—Esta vez nos la ha pegado. Y si todos sus planes van a ir siendo tan complejos, lo tenemos muy, muy crudo —dijo ahora Bill.

—Eso también lo sé —concluyó el sheriff.

20. La historia de Victoria Legan

Brownsville, diciembre de 2012

El llanto del pequeño Tommy despertó a Victoria en el décimo piso de aquel enorme bloque de hormigón en la octava con St. Charles. Se levantó de la cama, desperezándose al instante y se quedó observando al bebé, que pataleaba y gritaba en la cuna al lado de su cama. «Ya, ya, ya». Victoria cogió a Tommy en brazos y se bajó los tirantes del camisón de algodón que se ponía para dormir. Se sacó un pecho y el pequeño se aferró al pezón al instante absorbiendo la leche materna. Salió de la habitación con Tommy en brazos, pisando con los pies desnudos el frío suelo de su apartamento tejano. Llegó al salón, pasando por el vacío pasillo color mostaza y encendió la televisión pulsando el botón del mando a distancia, que estaba encima de la mesa Lack negra de Ikea. La voz del presentador de las noticias de la mañana sonaba a lo largo de aquel apartamento mientras ella se dirigía a echar un vistazo al exterior. Abrió la cristalera del balcón dejando entrar algo de aire fresco en la habitación, salió y se quedó observando el tiempo. Desde el décimo piso la humedad se hacía aún más latente. El clima era muy parecido al de Miami, y eso le gustaba, pero echaba de menos South Beach; comer *congrí* mientras se bebía una cerveza al sol en la calle ocho de Little Habana; gastarse cientos de dólares en ropa, bolsos y zapatos en Design District; o simplemente tomarse un café en la orilla de cualquier playa con Charles. Tommy le había cambiado la vida. Ya no era la poderosa mujer solitaria, que andaba con total seguridad, pisando fuertemente cualquier suelo por el que caminase. Ya no era la mujer a la que todo hombre deseaba, ni la mujer que podía acostarse con el hombre que desease. Ahora era la mujer de, la mujer del inspector Johnson. Aunque no estuviesen casados, la vida que llevaban era la misma. Charles viajaba todos los viernes de Miami a Brownsville y se pasaba allí hasta el domingo por la tarde. Después de cinco horas y medias de avión, dormía en Florida cuatro o cinco horas para empezar a trabajar al día siguiente. Esa era la rutina del inspector, mientras Victoria se encargaba de cuidar a su hijo entre semana. Amaba a esa pequeña criatura. Ese enérgico bebé de rizos oscuros y piel clara. Le encantaba quedarse mirando a su pequeño mientras dormía, con esos mofletes rojos y esas manos tan pequeñas. Lo quería, más que a nada en este mundo. Era su vida, su nueva vida, y no quería cambiarla ahora mismo por nada.

Tommy tenía ahora seis meses. Había nacido después de un tranquilo embarazo lejos de los peligros que entrañaba su estancia en Miami. Decidieron irse a Brownsville por una sencilla razón: había vuelos directos todas las semanas. No estaba lo suficientemente lejos de Miami como para que Charles fuese a verlos tres o cuatro veces al mes, pero sí lo suficientemente alejado para que nadie molestase de nuevo a Victoria, que ahora protegía a su hijo como una loba protege a sus lobeznos.

Entre semana, Victoria hacía vida normal, intentaba gastar el poco dinero que le quedaba y cuidaba de su hijo. Charles se sentía culpable por todo aquello, sabía que el dinero que le mandaba a Victoria todas las semanas no era suficiente como para tener una buena vida, pero la chica escondía su frustración y le aseguraba que no era poco y que podía apanarse con eso. Lo que no sabía Charles era que Victoria recibía dinero por otra parte. Había estado extorsionando a Chad, contándole que el hijo era suyo y que estaba arruinada.

—¿No sé nada de ti desde nuestro encuentro en el avión y me llamas ahora, después de un año, para decirme que estás embarazada de mi hijo?

—Estaba avergonzada, Chad.

—Está bien. ¿Dónde estás? Iré a verte. Tengo algo de dinero para ayudarte con el chico, pero como comprenderás... verás... Me acabo de casar de nuevo, y no...

—No quieres saber nada del niño.

—Victoria...

—Lo entiendo, Chad. Te comprendo. No te preocupes. Pero necesito que me eches una mano.

—Sí. Tranquila.

—Vivo en Brownsville, Texas. Llámame cuando estés aquí.

Chad venía a verla entre semana cada mes y le entregaba algo de dinero para pagar los gastos del piso y del bebé. No tenían una relación sentimental, por así decirlo. Chad se comportaba con el bebé de una manera muy paternal, pero con ella de una manera más amistosa.

—¿Qué ingresos tienes?

—Una pequeña pensión de viudedad.

—No sabía que estuvieses casada.

—No sabías nada de mí, Chad Black. Necesitaba dejar de lado Miami, pero como tengo familia allí no quería irme muy lejos —dijo Victoria apenada.

—No sé si voy a poder ayudarte mucho más, Victoria. Los billetes son muy caros y el bar no es que nos dé mucho dinero.

—No vengas. Me lo puedes ingresar o mandar por Western Union.

—Pero yo quiero ver a Tommy.

—Me dijiste que no querías saber nada de él.

—Eso era hace meses, Victoria. Quiero hacerme cargo de él, pero lo que no quiero es que se entere mi mujer.

—Pues tendrás que decidir —dijo Victoria sacando su lado más oscuro—, o me mandas el dinero o tu mujer se enterará.

El caso del Loco estaba más que tranquilo. Charles había hecho sus investigaciones y se las apanó para «encontrar» la caja con la mano en una cuneta a las afueras de Miami. Las muestras de ADN coincidían con la mayoría de armas que habían requisado en las distintas operaciones

antidrogas de la zona, así se cercioraron aún más de que el Loco había muerto, o desaparecido, ya que desde la muerte de Edward no se había oído hablar más de él.

Charles estaba esperando la confirmación de su traslado, mes tras mes se lo atrasaban, diciéndole que en Texas no había tantas vacantes como para poder irse en un futuro cercano. Frustrado y enfadado, Charles sabía que podían concedérselo, sabía que había plazas en Texas, pero que su jefe no quería que se fuera. Era muy bueno, muy, muy bueno, y siempre hacía las cosas sin rechistar, ocupándose de las labores más detestables de la comisaría y no podía dejar que un trabajador tan eficaz y obediente se le escapase de las manos. Llegaba a fin de mes con números rojos. Los aviones, el dinero que le mandaba a Victoria, el alquiler del pequeño estudio al que tuvo que marcharse le tenían hasta el cuello, pero lo que fuese para esas dos personas que eran lo más importante de su vida.

Y no, no era la vida que siempre había vivido, pero era la vida que siempre había querido vivir. Era ella y sus dos pilares fundamentales. Era el alma inquieta de Tommy, con sus risueñas mañanas y con su tierna mirada. Era el cálido arropo de Charles y el sentimiento paternal que a esta le otorgaba. También eran las largas noches a solas, en vela, temiendo que los enemigos del Loco la encontraran. Era el miedo a perder el tesoro más valioso que la vida le había entregado, poniéndoselo en su camino. Ya no era sólo ella, con sus vestidos de Chanel y sus bolsos de D&G. Ahora había algo más valioso que cualquier joya, que cualquier lujo que un ser humano se pudiese permitir. Ahora era Tommy, y el universo entero giraba a su alrededor.

Desde su balcón podía ver México, el río que hacía de frontera con el país vecino. Tommy dejó de mamar, satisfecho por completo, y lo dejó cuidadosamente en la pequeña cuna que tenía en el salón. El sonido digital de su iPhone le arrancó la mirada de su precioso bebé, que dormía plácido en la cuna.

—Me ha costado un año y medio encontrarte. —El cuerpo entero de Victoria se estremeció al instante, recordaba aquella voz como si la hubiese escuchado a diario en el último año—. Victoria, ¿estás ahí? —Victoria se mantenía callada, mirando a la nada, mientras su interlocutor seguía a la espera.

—¿Cómo me has encontrado?

—Eso no importa, Victoria. Lo importante es que lo he hecho.

—Estoy fuera de todo ese asunto. No quiero saber nada de ti.

—Oye, Victoria, no seas así, sólo quería saber cómo estabas. Estaba muy preocupado.

—Estoy muy bien, gracias.

—Sí que tienes que estar bien, sí. Me perdonaste 10.000 dólares, supongo que las cosas te han ido bien este último año.

—No creas, Benedict.

—¿Dónde vives ahora? Puedo llevarte lo que te debo. Cuando te esfumaste decidí seguir con el negocio yo solo, y la verdad es que me va bastante bien.

—Ni de coña te diré dónde estoy. Y me alegro de que te vaya bien el negocio. Yo, como ya te he dicho, estoy fuera de todo eso.

—No te estoy atacando, cariño.

—No me llames cariño.

—De acuerdo, a ver, créeme que no te guardo ningún tipo de rencor. Eran negocios, y placer. ¿Por qué no vienes a verme? Te daré tu dinero y también podrás recuperar unos treinta mil que

creías perdidos.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Recuerdas cuando me llamaste pidiéndome que te buscara a unas chicas?

—Sí.

—Encantadoras. Unas chicas, oye, estupendas. Todas las tardes me tomo una cerveza en el bar donde trabaja Jennifer.

—Estás de broma.

—¡No! Viven en Coldtown. Qué casualidad, ¿verdad? Que de todos los sitios de Montana hayan tenido que caer en mi puto pueblo.

—No necesito dinero, Benedict.

—¡Oh! Sí que lo necesitas, sí. Cuando di contigo te investigué y sé que tu querido inspector Charles, por cierto, te van los uniformes, ¿eh, guarrilla? Pues eso, que está hasta arriba de deudas, vaya. Unos cuarenta mil dólares te vendrían de escándalo.

—¿Cómo coño sabes eso?

—¡Ay, Victoria! Con lo que tú eras... Va, no seas boba. Ven a verme y echamos un rato agradable. Te daré el dinero de las chicas y ya me encargaré yo de cobrárselo. Por cierto, ¿es guapo? No le pongo cara...

Victoria se estremeció, mientras miraba a Tommy desde lejos. Su chico estaba arruinado y no le había dicho nada. No había dinero. El futuro se presentaba oscuro. Pero no. No podía volver, esa ya no era su vida.

—Victoria, ¿sigues ahí?

—Sí —dijo la joven con la voz entrecortada.

—Como yo te he encontrado, pueden hacerlo otros, Victoria.

—No me hagas esto, Benedict.

—Cuantísimas veces has escuchado esas mismas palabras de la boca de tus hombres.

Victoria no podía articular palabra, ahora sabía que no tenía poder. Ahora se había dado por fin cuenta que no era nadie, que la única cosa que podía hacer era ver como la sartén que antes tenía agarrada por el mango, cambiaba de bando, y ella se quedaba quemándose.

—Iré a verte.

—Iré a verte, ¿qué?

—No, Benedict. Por ahí no.

—Sí, Victoria, dilo.

—Sabes que aún te tengo en vídeo desnudo y esnifando coca, ¿verdad?

—Me lo temía. Podrías enseñárselo al pequeño Tommy, para que sepa a qué se dedicaba su mamá.

Ahí no pudo más, el sentimiento de supervivencia hizo que se moviese rápidamente a por su bebé, lo agarró y lo besó estallando en lágrimas.

—Eres un hijo de la gran puta.

—Dilo, ¿vas a venir?

—Sí, mi amo.

21. Equis

Diciembre de 2015

Le ha salido todo bien. Ha sido algo arriesgado ir al pueblo vecino y procurar que no le viese nadie conocido por allí. Aunque, aún no sabe si lo han hecho. Aquí en Coldtown es bastante popular, en algunos pueblos de alrededor hay gente que le conoce. Por eso decidió la trama así. Primero, fue directo a una pobre chica, a la que llamaban la tonta, por la simple razón de tener alguna invalidez en su cuerpo. La gente de estos pueblos merece un castigo.

Quizá sí. Quizá se aprovechó de su discapacidad para que no le reconociera, y también de su mudez. Quizá sí. Pero todo lo que ha hecho ha sido por una buena razón. Sacar al descubierto todos los secretos que Coldtown lleva consigo.

Esta última jugada le ha salido algo cara. Al principio la chica no estaba muy de acuerdo en ayudarlo, así que tuvo que ofrecerle dinero para que lo hiciese. Al fin y al cabo, nada en este mundo es gratis. Incluso la paz y la tranquilidad conllevan consigo un coste. Le preguntó si podía acercar el paquete con las notas a la central de correos, y le comentó, con una voz que apenas pudo entender, que le caía muy mal el viejo que trabajaba allí, siempre la insultaba y se llevaban muy mal. Le dijo que, si quería que lo hiciera, tenía que pagarle. Accedió y ella aceptó. Se le ocurrió algo para enredar más el nudo. Esa chica podría decirle a alguien que lo hiciese por ella. Para eso le dio algo más de dinero, para que se lo entregase a la otra persona. Después de esta buena idea, que le cubría aún más las espaldas, las cosas le han salido redondas.

Dieron una vuelta por Clydeview y allí, sentado en el banco de una plaza, cubierto hasta arriba con ropas holgadas y cayéndole la nieve en sus manos mientras fumaba un cigarro, encontró al que sería el tercer eslabón en la cadena. Aquel pobre diablo había hecho mucho mal en su pueblo, según comentó la chica cuando le preguntó por él. Todo el mundo le temía, no pasaba de veinte años, pero su cuerpo y su maldad habían aterrorizado a Clydeview desde su adolescencia. Supo que si las investigaciones llegaban hasta este punto todo Coldtown iría tras el muchacho cuando el de la central de correos lo reconociera, y que lo tendrían en mente durante la investigación. Un escarmiento no le vendría nada mal a ese demonio veinteañero. Le comunicó a la chica que se acercase allí, indicándole exactamente dónde estaba, y que le entregase las notas y el dinero que

se quedaría él. Le escribió otras notas para que ella no tuviera que hablar con el chico. Sabía que, si hablaba, por la forma en que lo hacía debido a su problema, el chico se reiría de ella y no saldrían bien las cosas. Así todo fue a la perfección, aunque se asustó un poco cuando vio levantarse a aquel chico con cara de sorprendido y amenazar a la chica. Él no se fiaba. Nadie lo hubiese hecho, pero el dinero fácil es muy jugoso, y accedió por completo. La chica volvió y se fueron sin que el chaval le viese. La joven se fue sin despedirse, tal y como habían acordado. El plan le condujo directamente a la central de correos, a esperar a que aquel chico, si todo salía bien, entregase las notas.

Pasaron largas horas hasta que las notas llegaron a la central de correos de Clydeview. Y no de la forma que esperaba. Seguía escondido dentro de una cabina telefónica y veía los copos de nieve caer fuera de su guarida, y para bien, para que todo le hubiese salido más redondo aún, las notas llegaron a la central de correos de Clydeview de la mano de otro niño.

Un chico, un niño, un pipiolo barbilampiño que no superaría los quince años de edad se acercaba a la puerta de la central con un paquete de notas bajo el brazo, el paquete de notas anónimas. Se sintió mal, la verdad, no quería involucrar a ningún menor en toda esa trama, pero a la vez le reconfortó que hubiese más personas involucradas en el reparto de las notas y que al pueblo le costase más encontrar la forma de atraparle. También de esta forma, la policía no podría interrogar al chico cuando el encargado de la central de correos le dijese quién era, ya que deberían hacerlo delante de sus padres, y Coldtown no es tan tonto como para intentar resolver eso haciendo oficial la investigación. No podía hacerlo, ya que dentro de lo que cabe, nada está siendo ilegal en todo eso. Sí, podrían encontrar al autor de los anónimos, y denunciarle por injurias, pero no lo harían. Ya que no quieren, ninguno de ellos, mostrar la mierda al mundo.

Sí, había sido un día redondo. Todos los vecinos hablaban de la nueva nota, los oía por todo el pueblo. Incluso había entablado conversación con algún vecino, cuando le preguntaban si sabía lo que estaba pasando. Ya todos sabían que el sheriff tenía una relación extramatrimonial con Hillary. Tenía un par de fotos, un par de fotos de hace unas semanas. No le ha hecho falta escribir ningún texto en ella. Sólo un DIN A6 con dos pequeñas fotos apaisadas. Se había escondido en el bosque, a sabiendas de que esos dos aparecerían en el coche de Benedict para dar rienda suelta a su pasión en aquellos caminos de pinos. La relación empezó hace poco más de un año, y no había sido muy difícil que alguien los cazara en esos caminos oscuros, escondidos del pueblo, con los cristales empañados y follando como veinteañeros. Todo el pueblo lo sabía, todo el mundo lo hablaba, pero nadie lo afirmaba. Lo peor ha sido saber la reacción de Helena, la quería mucho, de verdad, a pesar de todo lo que está haciendo. En el pueblo ya todo el mundo sabe que ha cogido a Scott y un par de maletas y se ha ido de casa.

La gente del pueblo había casi olvidado la nota de Jennifer, y eso en parte molesta al autor de los anónimos. La nota la había dedicado al sheriff del pueblo. Sabía que su trabajo era investigar estas cosas, pero también sabía que todo eso se lo estaba tomando de una forma menos profesional, arrastrado por una forma más personal. Ningún sheriff con ese pasado querría que nada de esto saliese a la luz.

Está feliz, pero por su cuerpo aún corre algo de preocupación, no sabe cómo va a ir el reparto de las posteriores notas. Aunque lo tenga todo planeado, sabe que debe ir con cuidado, ya que el pueblo entero debe estar acechándole más que un lobo a su presa. Sabe que la nota de mañana va

a resultar más engorrosa y trabajosa. Pero ahora mismo es lo único que se le ocurre para que el pueblo reciba su correspondiente información.

Ha salido a la pequeña parcela que tiene detrás de su casa, un lugar que nadie ha visto en el pueblo. Ahí, en ese pequeño patio, tiene casi una decena de perros abandonados que ha ido encontrando por las carreteras de las afueras de Coldtown durante estos dos años. Son muy buenos, le hacen mucha compañía cada vez que aparece por aquí, pero tienen que marcharse. Los pobres animales no han visto nunca las calles del pueblo, y sabe que vagarán por allí, y que todos los habitantes de este pueblo los verán.

Estaba oscureciendo ya, y les ha colocado a cada uno de ellos un collar, ha abierto la puerta trasera de la pequeña parcela, ha mirado que no hubiese nada por las calles y los ha dejado salir a pasear. Algunos de ellos se han quedado mirándole, con temor y desamparo, como el hijo que se separa de su madre, los ha tenido que asustar para que corriesen y se fuesen de allí. Su rostro mostraba pena, pero también agradecimiento. Lo que esos pobres animales no sabían era que ahora ellos iban a ayudarlo.

«Salid y conoced Coldtown», les dijo.

22. La historia de Victoria Legan

Brownsville, diciembre de 2013

Victoria se tendió en el sofá, con el pequeño Tommy en su regazo, viendo como el mundo a su alrededor se derrumbaba sin poder hacer nada por evitarlo. Tenía que ir. Estaba obligada a hacerlo. Podría contarle a Benedict que el hijo era suyo, de esa manera estaría más protegido.

Pasaron unas semanas hasta que Victoria se decidió a viajar a Coldtown. Cogió el avión en el aeropuerto de Brownsville y después de decenas de horas de viaje llegó a la otra punta de Estados Unidos. Un tren recorría el trayecto de montañas nevadas, cielos blancos y temperaturas frías que llegaba a la estación de Clydevew donde cogió un autobús que la dejaba en aquel apartado lugar, en aquella húmeda cueva llamada Coldtown. En la estación de autobuses, Victoria llamó a Benedict.

—Estoy aquí.

Al cabo de unos minutos, el sheriff de Coldtown aparecía en la estación. Victoria no reconocía apenas a ese hombre. Tenía un aspecto demacrado, cansado. Parecía que las cosas no le iban como él decía, o que lo disimulaba muy bien. Victoria entró en silencio en el coche del Sheriff, el hedor amargo del vehículo le llegó al olfato, sintiéndose desdichada y asqueada.

—Cuánto tiempo —dijo Benedict.

Estaba nevando y todo el camino por la calle Main hasta el Hillary's lo hicieron en silencio. Los copos de nieve caían insaciables en el parabrisas del coche mientras que los limpiaparabrisas los separaban de allí, dejando a la vista una calle vacía y oscura.

Entraron en el bar. Algunas lámparas colocadas al azar en el techo del Hillary's alumbraban tenuemente aquel espacio sombrío y húmedo. Dos o tres borrachos se apoyaban en la barra del bar, bebiendo con la cabeza gacha. Victoria sabía que Hillary era la exmujer de Chad, el joven se lo había contado una vez que vino a verla a Brownsville. Ella le había pillado con su hermana y habían roto al instante. Después la hermana, Claire, montó otro bar en el pueblo con Chad. Era allí donde trabajaba Jennifer, Chad se lo había contado inocentemente, ayudando bastante a Victoria. También se había cerciorado de que Chad no estuviese en Coldtown al mismo tiempo que ella.

Victoria le había preguntado que qué hacía esa semana, y este le dijo que tenía que ir a ver a unos familiares a las afueras.

—Hola, Hillary, esta es Victoria. Es una nueva inspectora que ha llegado a Clydeview.

Hillary ni abrió la boca.

—Encantada —dijo Victoria. «Policía. Soy la nueva policía. Podría haberle dicho que soy una astronauta y hubiese acertado más», pensó Victoria.

—Vamos a sentarnos en esa mesa. Ponme una cerveza. ¿Tú qué quieres, Victoria?

—Martini.

Los dos se sentaron en la última mesa del bar, en la esquina donde estaba la máquina de dardos, justo al lado de la entrada del servicio.

—¿Me vas a hablar ahora?

—Benedict, no he venido por el dinero.

—Claro...

—De verdad...

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Tengo que contarte algo.

—Cuéntame.

—Tommy... Tommy es tu hijo.

El cuerpo entero de Benedict se paralizó al instante, en el momento en el que Hillary traía las copas y se alejaba de la mesa sin ni siquiera mirarlos. Su hijo. Era imposible. No podía ser.

—Mira... Victoria, no sé por qué te has inventado semejante estupidez, pero...

—Pero nada, Benedict. No he estado con más hombres que contigo.

—¿Y Edward?

—Hacía casi dos años que Edward no me tocaba.

Benedict se bebió la cerveza de un sorbo y le pidió otra a Hillary desde lejos. El sheriff miraba el rostro triste de Victoria mientras Hillary le dejaba la nueva cerveza en la mesa.

—¿Y Charles?

—¿Charles? —Victoria sonrió irónicamente—. Charles es como un padre para mí.

—¿Y a qué coño viene todo esto después de casi dos años?

—Sabes que he hecho muchas cosas malas en toda mi vida, Benedict. Cosas horribles. Desde que nació Tommy, me he propuesto enmendar todas las que pueda. He entregado todo el dinero del narcotráfico a las familias de las víctimas. He dejado de lado todo ese mundo. Ayudo en asociaciones benéficas e intento hacer el máximo bien posible.

Benedict sonrió. Esa no era la Victoria que había conocido.

—No podrías paliar el dolor que has causado en tu vida, aunque nacieses tres veces, Victoria.

La chica se echó a llorar, pensando en su pequeño Tommy y sabiendo que las palabras de Benedict tenían toda la razón del mundo.

—No llores, eres una inspectora de policía en este momento.

Victoria se recompuso.

—Sólo quería decirte eso. Ahora me tengo que ir —dijo la chica bebiéndose el Martini de golpe y levantándose de la mesa. Se dirigió a la puerta de la calle, abrigándose al máximo como no estaba acostumbrada a hacerlo y salió fuera.

La puerta del Hillary's crujió cuando Victoria la cerró a su paso. Se encendió un cigarro, en esa oscura calle, el humo le envolvía la cara e inundaba sus fríos pulmones. Benedict vino tras sus pasos.

—Victoria —dijo el sheriff agarrándole suavemente por el brazo.

La chica se giró y se quedó mirándolo de frente.

—¿Qué?

—¿Ese hijo es mío?

—Por supuesto, Benedict. ¿Crees que voy a venir a la otra punta del país para engañarte?

—Quizás estés muy necesitada ...

Victoria soltó el brazo de Benedict del suyo y se alejó de la puerta.

—Que te jodan, imbécil —dijo mientras caminaba por la calle Main hacia la estación de autobuses.

—¡Espera! —gritó Benedict desde lejos.

Victoria no le hacía caso y seguía sus pasos con el sonido de los tacones sobre el frío asfalto tras ella. Benedict corrió hacia ella, la agarró por los hombros y le dio la vuelta. Desde tan cerca aún podía sentir los detalles de su extraña belleza. De su atractivo personal. Desde tan cerca podía oler aún aquel recuerdo. Benedict acercó sus labios a los de ella, y Victoria se agarró al cuello del sheriff besándolo con pasión.

—Estoy muy triste. Y muy sola.

—No digas eso, Victoria.

—Es verdad, Ben. Charles me trata como una cría, y yo la verdad es que lo trato como un padre. Me manda dinero todas las semanas, aun sabiendo que el hijo no es suyo.

—¿De quién cree que es el niño?

—De Edward. Y yo a Edward no lo tocaba ni con un palo.

Benedict abrazó tiernamente a Victoria, que lloraba desconsolada en el hombro del sheriff.

—Te daré el dinero, Victoria. Pero, lo siento. De esto no se puede enterar nadie.

—No necesito dinero, Ben. Necesito a alguien que me quiera, y me comprenda.

—Yo quiero dártelo, Victoria. Tengo que hacerme cargo de ese niño. Quiero hacerlo bien.

Victoria lo miró desde su pecho, con los ojos anegados en lágrimas. Benedict la besó de nuevo, esta vez en el pelo y la llevó a su coche.

—Toma. Por favor, acéptalo. —Sacó un fajito de billetes y se lo dio a la chica. Ella empezó a llorar de nuevo.

—No puedo aceptarlo, me he portado muy mal contigo.

—Muchas de las veces que te has portado mal conmigo es porque yo te lo he pedido —le contestó Benedict con una sonrisa en la cara.

—Es cierto —dijo Victoria devolviéndole la sonrisa y besándole en los labios. A los besos le siguieron las caricias, a las caricias los tirones de pelos y a los tirones de pelos le siguieron los jadeos.

—Vámonos a un motel —le dijo Victoria.

—No podemos. Aquí todo el mundo me conoce. Helena se puede enterar.

«Bien. Adulterio. Un punto a mi favor», pensó Victoria.

Se montaron en el coche y condujeron hasta un bosque de robles nevados que había cerca del lago. Allí Benedict puso la calefacción al máximo y empezaron a desnudarse.

—Quiero que esta vez sea algo normal —dijo Benedict mientras se quitaba los pantalones.

—Esta vez va a ser la mejor.

Victoria se desnudó por completo contemplando como Benedict ya estaba preparado en el asiento del piloto, cambió de asiento mientras el sheriff movía el suyo para atrás y se montó encima de él.

—Espera.

Benedict sacó un preservativo de su cartera. «¿Qué coño hace un hombre casado con un preservativo en la cartera? Sucio, hijo de puta», pensó ella. Esperó a que se lo colocase con torpeza y se montó encima de él. El polvo fue lento, suave. Benedict notaba el cariño que salía de Victoria, esta notaba el asco que mantenía dentro. Victoria besó el cuello de Benedict mientras movía su trasero arriba y abajo, le mordía el cuello y la cara. Este le agarraba los aún firmes pechos de la joven, mordiéndole los pezones. Le daba cachetadas en la nalga derecha mientras que Victoria extasiada arañaba sin piedad la espalda de Benedict.

—¡No arañes, Victoria! —tuvo que decirle el sheriff para no dejar marca de la infidelidad que estaba cometiendo. Nunca mejor dicho.

El sheriff acercó a Victoria a la estación de autobuses y se despidieron con un beso. La nieve caía lentamente sobre sus cabellos mientras se despedían. Victoria se montó en el autobús mientras Benedict la despedía con la mano. Después de horas de viaje llegó a su nueva ciudad. Cogió otro autobús en las inmediaciones del Aeropuerto Internacional de Brownsville que le dejó en la octava con St. Charles. Eran las cuatro de la tarde del viernes, y Charles ya estaba a punto de llegar. Debía de ir a casa de su vecina Martha a recoger al pequeño Tommy, lo había dejado con ella con todo su pesar, para poder ir a ver a Benedict.

—Martha, gracias por cuidar esta noche de Tommy.

—De nada, Victoria, es un encanto. Se ha portado estupendamente, ¿verdad, Tommy?

El pequeño sonrió cuando Martha le acariciaba las mejillas con las manos.

—Te debo una, cariño.

—No te preocupes. Y siento mucho lo de tu abuela.

—Así es la vida —dijo Victoria apenada echándose la mano a los ojos mientras Martha la abrazaba—. Vale. Ya está. Muchas gracias de nuevo, Martha.

—De nada, Victoria.

Victoria caminó con el pequeño en brazos y con su bolsita en la mano. Anduvo hasta la puerta número 13 e introdujo la llave en la cerradura. Le costó abrir la puerta, pero cuando lo hizo sintió la seguridad de su hogar en todo su cuerpo. Entró y dejó al pequeño en el parque infantil después de besarlo enérgicamente y haciéndole carantoñas. Encendió la televisión y se dirigió a la ducha, pasando de nuevo por la puerta de entrada, y observando que le habían dejado una nota bajo la puerta. Era gruesa y se había quedado atrancada debajo de la misma. Se extrañó, el correo postal nunca sube hasta arriba, es Manuel, el portero del edificio el que se encarga de dejar las cartas en sus respectivos buzones, en el recibidor. Cogió la carta y buscó el remitente. Nada. No había ni remitente ni destinatario. Era un sobre grueso de color hueso sin ninguna inscripción. Lo abrió al instante, curiosa por saber qué es lo que había allí dentro, y cuando lo hizo, deseó no haberlo hecho.

Una serie de fotografías estaban dentro del sobre, fotografías de Victoria paseando a Tommy por St. Anthony; jugando con su hijo en St. Paul; yendo a comprar al 24/7 de la esquina; esperando

en la parada del autobús; y fumándose un cigarro en el aeropuerto. Victoria se estremeció, tal y como lo había hecho cuando recibió la mano cortada en aquella caja. Su cuerpo volvió a temblar de pánico. Estaba siendo vigilada. Los demonios de su pasado volvían a hacerse presente. Fue atemorizada a por su bebé, y sacó el móvil del bolso.

—Victoria. ¿Ya has llegado?

—Me han encontrado.

—¿¡Quién?!

—¿Quién va a ser? Los de siempre. He recibido un sobre con fotografías mías y de Tommy.

—Maldita sea.

—Estoy muy asustada, Benedict.

—Espera. Quédate en casa, te llamo en un minuto. Voy a hacer unas llamadas.

Victoria dejó de nuevo a Tommy en el parque infantil y revisó asustada el piso de cabo a rabo. No había nadie. Estaba a salvo, de momento. Su móvil sonó de nuevo y Victoria cogió la llamada sin mirar siquiera quién era.

—Benedict.

—¿Victoria?

—¿Sí? Ay, perdón, cariño. Acabo de hablar con el abogado de los papeles de mi abuela y creía que era él.

—Ah. Acabo de llegar al aeropuerto, voy para casa.

—De acuerdo, no tardes.

Victoria revisó de nuevo las fotografías, asegurándose de que no hubiese nada que la llevara hacia los culpables. Miró detrás de todas las fotos, y en una que salían ella y Tommy en la entrada del zoo había una nota manuscrita: «Te encontramos».

Se sentó en el sofá, jugueteando con el pequeño Tommy y esperando ansiosa que Charles llegase a casa. Necesitaba a alguien en su vida, necesitaba a un hombre que la ayudase y la protegiese, después de tantos años sola y valiéndose por sí misma, ahora se había malacostumbrado a eso y no podía hacer nada por remediarlo.

Pasados unos minutos el sonido de su teléfono móvil sonó de nuevo, esta vez comprobó el nombre de la persona que la llamaba. Era Benedict.

—Victoria. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué has averiguado?

—Cuco se está cargando a todos mis chicos en Florida. Y acabo de llamar a un amigo mío inspector de Jacksonville y me dice que se está adueñando de toda la zona sur de Estados Unidos. Me comenta que tiene a todos los policías atemorizados. Está causando estragos en Florida. Tienes que irte de allí ya.

—¿Y dónde me voy? ¡Me volverán a encontrar!

—Vente aquí.

—¿A dónde? ¿A Coldtown?

—Claro. Vente a Coldtown. Yo podré cuidar de vosotros.

—No puedo hacer eso, Benedict. ¿Qué dirá Charles?

—¿¡Qué tiene que ver Charles en todo esto?!

—Benedict...

—¿Qué?

—Charles cree que Tommy es suyo.

—¡Maldita sea, Victoria! ¡Me dijiste que él creía que era de Edward! ¡¿De quién cojones es el niño?!

—¡Tuyo, Benedict, tuyo! Yo me acosté una vez con Charles, pero ya estaba embarazada. ¡Te lo juro, Ben! —dijo Victoria echándose a llorar—. ¡El niño es tuyo!

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—Se estaba portando tan bien con nosotros, Ben. Y nos estaba ayudando tanto que me resultó imposible hacerlo. —Victoria sollozaba mientras intentaba dificultosamente vocalizar esas palabras—. Sólo fue una vez, Ben. Te lo prometo, después de que le dijese que el niño era suyo empezó a tratarme de una manera tan paternal, que me resultó difícil decirle que el niño no era suyo. Lo destrozaría.

Se hizo el silencio en esa llamada telefónica.

—¿Ben?

—Ya sé lo que puedes hacer.

—Dime.

—Vas a contarle todo a Charles. Todo. Vas a darle pruebas de que Cuco es el mayor narcotraficante del sur de este jodido país, y vas a hundirlo en la mierda.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—Yo te ayudaré. Buscaré pruebas, fotografías, datos y citas. Se lo contarás todo a Charles.

—¿Y después?

—No, antes. Antes le pedirás que te meta en protección de testigos, sé que él puede hacerlo. Y le pedirás que te mande lejos de allí, él lo aceptará. Le dirás que te parece bien Clydeview, está lo suficientemente alejado como para que no te vuelvan a encontrar. Dejarás Brownsville y seguiremos con nuestros negocios aquí.

—No creo que funcione. Además, no quiero volver a traficar.

—¿Y qué vas a hacer? No tienes estudios, Victoria. Ni una experiencia laboral lícita. Tú eres la mejor en esto, y sé que podemos hacerlo bien.

—No sé, Ben...

—Tú cuéntaselo todo a Charles. Dile que le darás nombres y lugares, pero que nunca podrás darle tus fuentes. Él te perdonará, Victoria. Él es como tu padre.

Día cuatro

23. Bill McGill

Diciembre de 2015

El día se había despertado gris. Apenas los rayos de sol podían atravesar los densos nubarrones oscuros que había en lo alto de aquellas colinas. Despertaron con un cielo borrascoso, lleno de nubes grises que dejaban caer suaves copos de nieve en todo el pueblo. Bill se había levantado pronto, casi de madrugada, y había andado con el frío matinal hasta las puertas del ayuntamiento. Él estaba tan preocupado como Benedict, tan atemorizado como el resto de los implicados, pero intentaba disimularlo y esconder esta agónica situación detrás de horas de trabajo y papeleo. Después del asunto con el correo postal y las notas de Equis, había decidido pedirle unos días libres a su jefe en la central de correos, en Clydeview. Le vendría bien, creía él, unos días sin salir del despacho del ayuntamiento, tenía días personales y vacaciones acumuladas, así podría echarle también una mano a Benedict en su investigación. Su jefe no tuvo objeción alguna, y accedió al instante a darle esos días que necesitaba. Bill era una persona muy competente, y su jefe le tenía mucha estima, y sabiendo que compaginaba el trabajo en Clydeview con la alcaldía de Coldtown, y que estaba a punto de jubilarse en el pueblo vecino, supo que unas vacaciones le vendrían bien.

Se encerró en su oficina, en la primera planta del Ayuntamiento de Coldtown, hacia las ocho de la mañana. Reorganizaba papeles, concursos públicos, informes de actas, licencias de obras, todo lo que pudiese repasar para calmar la guerra interna que se libraba en su mente en esos momentos.

A eso de las ocho y media, aún no había abierto las puertas de la alcaldía, pero unos golpes secos y sólidos sonaron en la puerta principal del ayuntamiento. Despertaron a Susanne, la secretaria y sobrina de Bill, que se tomaba el primer café del día con la mirada perdida en una pila de documentos. Bill salió de su despacho, asombrado. La alcaldía tenía timbre, y nadie llamaba a base de golpes allí. Ellos abrían a las nueve de la mañana, pero aquel día Susanne abrió antes las puertas.

—Queremos hablar con Bill —dijo una señora mayor que encabezaba un corro de personas con cara de indignación.

—¿De qué quieren hablar con Bill? Hasta las nueve no abrimos —dijo Susanne que, sorprendida, miraba los rostros de pocos amigos de esas personas.

—Queremos hablar ahora mismo, en este mismo instante. Y si no sale él, entraremos nosotros —dijo ahora un hombre de mediana edad, delgado y largo, que se mantenía casi al final del grupo de personas.

Bill se mantenía callado en el rellano de las escaleras que llevaban al piso de arriba, escuchando a aquella multitud que, enojada, pedía verle. Se imaginó lo peor. Un cúmulo de pensamientos negativos y catastróficos inundó la mente del alcalde, que no tuvo otra que bajar a intentar calmar a aquellas personas.

—Buenos días —dijo Bill, haciendo aparición y bajando lentamente los escalones que le llevaban al recibidor de la alcaldía—. ¿Qué es lo que sucede? —preguntó ahora el alcalde.

La señora que encabezaba el grupo sacó un sobre de su bolso, mientras que Bill maldecía mentalmente a Equis.

—Queremos que nos expliques esto —dijo la mujer entregándole el sobre a Bill.

El alcalde lo cogió, era un sobre normal, como el que había repartido ayer Equis, pero en este no venía escrito nada. Lo abrió y sacó un par de documentos. En uno de ellos venía impresa la siguiente nota:

Estimados vecinos:

Nuestro alcalde ha estado desviando fondos de los presupuestos para el arreglo de las carreteras de Coldtown a sus propias cuentas. En el siguiente documento podréis ver como los presupuestos del estado e Montana se entregaron a las cuentas del Ayuntamiento de Coldtown hace más de dos años y como justo después del ingreso de ciento ochenta y nueve mil dólares, esa misma cantidad, se transfirió a una cuenta corriente a nombre de Bill McGill. Como podemos observar, las cuentas del alcalde de Coldtown se han visto incrementadas, mientras que las carreteras de nuestro pueblo siguen en ese estado pésimo que tantas muertes ha causado.

En el siguiente documento, efectivamente, salía un extracto de las cuentas del ayuntamiento, y la transferencia realizada a favor del alcalde.

Bill había entrado en *shock*. De lejos, oía el murmullo del grupo de personas que estaban reunidas enfrente del ayuntamiento. Pero no podía hacer nada, sólo oír como ese suave murmullo entraba en su cerebro y le presionaba hasta casi explotárselo. La había cagado. Pero bien. Hacía unos años había transferido el dinero de esa subvención para su propia cuenta. No sabía por qué lo había hecho, las carreteras de Coldtown estaban en un estado deplorable y, como bien había dicho Equis, había causado la muerte de más de una persona en accidentes de tráfico. Bill había transferido ese dinero antes de que todo eso sucediera, y también antes del problema de esa maldita noche de Navidad con el que estaban lidiando en esos momentos. La mayor parte de ese dinero se lo había gastado con sus amigos David, Benedict y Henry en putas de lujo, *champagne* y cocaína. Había estado tranquilo todos estos años, la panda de paletos que vivía en Coldtown nunca se iba a enterar de que la subvención había llegado, hasta hoy. Hasta que Equis le había hecho llegar la noticia. Ellos habían disfrutado mucho de esa subvención, y ahora era hora de pagarlo.

Bill se vino abajo. La culpa le inundó el cuerpo. El peso de la corrupción había caído encima de él y la ilícita mancha que llevaba consigo le había salpicado por completo. Estaba a punto de declarar que sí, que lo había hecho, pero los familiares de los fallecidos en esas pésimas carreteras se le echarían encima y eso no le apetecía. Recompuso su postura, miró a esa multitud de gente y marcó una forzada sonrisa.

—Chicos, sabéis que esto es mentira, ¿verdad? —dijo Bill al grupo de personas que se habían agrupado allí—. El dinero de la subvención aún no ha llegado, ya os lo he comentado muchas veces. Alguien nos está gastando esta especie de broma macabra, y Benedict está detrás de esto arreglándolo todo.

—Benedict, ¿el adúltero? —alzó la voz uno de ellos.

—Benedict no es ningún adúltero. —Bill sintió un enorme pinchazo perforándole el pecho—. Nada de lo que dicen estas notas es cierto.

—Sí que lo es. Hillary lo ha confirmado —dijo una de las personas que estaba en la primera fila, acto seguido la multitud empezó a vociferar.

—Hillary miente. Ella está enfadada con Helena por haberle dicho a Jennifer que dejase el Hillary's, por dios, ya sabéis como son estas cosas. Todo el mundo habla más de la cuenta.

—Jennifer, ¿la asesina?

—Chicos, por favor...

—No nos creemos nada —dijeron algunos—. ¡Nada!

—Señoras, y señores, por favor. Calmémonos, nada de esto es cierto.

—¡Hay una asesina suelta en Coldtown! —dijo una persona en medio de aquel grupo mientras Bill notaba como la tensión iba en aumento.

—¡Y un adúltero! —dijo otra.

—¡Y un alcalde corrupto! —dijo otra justo por detrás.

—Vecinos, no permitiré que se me tache de corrupto sólo porque alguien muy aburrido esté mandando estas notas.

—Vamos a ir a la policía y llegar al fondo de todo esto, y te vamos a encerrar, Bill —dijo una señora, viuda, que perdió a su marido en esa carretera.

—Helen, siento mucho lo que pasó, ya lo sabes, pero no tengo nada que ver en este asunto. La subvención no ha llegado, y os lo demostraré, no con palabras, sino con documentos —dijo Bill, intentando calmar a los vecinos—. Pasaos por aquí dentro de un par de horas, os mostraré las cuentas íntegras del ayuntamiento. Sin trampa ni cartón.

Los vecinos callaron, algunos se alejaron los primeros, otros tardaron algunos segundos más. Helen se quedó mirándolo a los ojos, fijamente.

—Te voy a hundir la vida, Bill. No te vas a olvidar de mí. Créeme, vas a desear estar muerto —dijo Helen mientras se daba la vuelta arrastrando tras de sí su pena y su rabia.

Bill se quedó solo, a su izquierda, la joven Susanne miraba a su tío preocupada.

—Tío, ¿es verdad esto que dicen?

—Claro que no, Susanne. Estamos limpios, no tenemos nada por lo que preocuparnos —dijo Bill mientras acariciaba la cara de su sobrina y se marchaba teléfono en mano hacia su despacho.

Se encerró en él, y marcó el número de David en su móvil. Esperó un par de tonos y el director del banco de Coldtown descolgó.

—Dime, Bill.

—Ahora soy yo quien necesita tu ayuda, David.

David tecleaba vertiginosamente comandos en su teclado mientras miraba de cerca la pantalla de su ordenador. Bill le había llamado hacía unos minutos y, después de todo lo que había hecho por él, ahora era el momento de devolverle el favor.

Había cerrado la puerta de su despacho y había colocado el cartel de no molestar en la puerta. Había abierto el perfil bancario del ayuntamiento en su ordenador y revisaba concienzudamente que, a parte del extracto por el que le acusaban no hubiese ninguno más. Y sí los había. Había decenas de extractos en efectivo, por valor de miles de dólares, los cuales no podían ser de la alcaldía, ya que estaban realizados fuera del horario laboral. La mayoría de ellos estaban registrados por la tarde, y en distintos cajeros automáticos fuera de Coldtown. Dentro del pueblo había reintegros correspondientes al Stop, al Hillary's... También había pagos con esas mismas tarjetas en gasolineras por todo el estado de Montana. Había también bastantes cargos de un local de alterne a las afueras de Coldtown. Esos cargos David los conocía muy bien, como también los conocían Benedict y Henry. Habían pasado muchas noches de juerga a lo largo de ese tiempo en ese prostíbulo. Habían esnifado ese tan amargo polvo sudamericano en las nalgas de aquellas preciosas damas negras. Habían bebido whisky escocés rodeados de mujeres bellas y fáciles. Parecía que el universo había conspirado para que todos sus errores y sus pecados cayesen con fuerza contra ellos.

David había exportado los datos de las cuentas bancarias a un programa de hojas de cálculo rápidamente y empezó a eliminar todas las filas donde se había retirado o gastado dinero de una forma poco cívica a los ojos de los habitantes del pueblo. Repasó semana tras semana, borrando registros de gastos hasta llegar al ingreso de la subvención estatal para el arreglo de las carreteras. Ciento ochenta y nueve mil dólares habían sido transferidos a la cuenta de la alcaldía de Coldtown proveniente del estado de Montana hacía poco más de dos años. Desde entonces, los cinco habían estado disfrutando de supuestos fines de semana de pesca una vez al mes sin escatimar en nada. Ni en alcohol ni en putas ni en cocaína.

Eliminó la celda del ingreso de la subvención y después repasó un año más antes de la fecha de la subvención, había otros ingresos y gastos, todo correcto. Recibieron un dinero hacía tres años, para arreglar la iluminación de las carreteras principales de Coldtown, y ese dinero se había invertido en eso. Y el pago de las obras estaban también presentes en ese extracto. Todo correcto. Revisó de nuevo las cuentas para no dejarse nada, eliminando las celdas ilícitas. Guardó el archivo en una carpeta de su ordenador y cerró la hoja de cálculo, al mismo tiempo que una multitud enfurecida golpeaba intensamente la puerta de su despacho. David sacó su teléfono móvil y cogió una carpeta al azar de las que tenía en su armario archivador. En ella ponía Anthony Clark. Abrió la carpeta por una de sus páginas y sujetó el teléfono en su oído con el hombro mientras abría la puerta con una sonrisa en la cara.

—Sí, sí. Tranquilo, señor Clark. Su préstamo está listo —dijo David haciendo ver que hablaba por teléfono mientras con una sonrisa miraba a unas cinco personas que esperaban fuera del despacho—. Tranquilo. Sí. —David carcajeó—. Claro, Anthony. Hablamos luego. De acuerdo. Adiós. —David guardó su teléfono en el bolsillo del pantalón de pinza gris, y cerró lentamente la carpeta de ese tal Anthony Clark que le había sacado de ese apuro mientras miraba a sus impacientes vecinos.

—¿Puedo ayudarles en algo? —dijo el director del banco.

—Queremos que nos expliques esto —dijo la primera mujer, aún molesta por el encontronazo con el alcalde.

Helen le dio el papel a David.

—¿Qué es esto? —dijo el director con una leve sonrisa—. ¿Otra vez estas malditas notas? ¿Dónde os las habéis encontrado esta vez?

—David, queremos ver las cuentas del ayuntamiento ahora mismo.

—No puedo hacer eso. No lo tengo permitido, y lo sabéis.

—Me da igual. Llama ahora mismo a tu alcalde y dile que estamos aquí. Él nos ha dicho que nos lo iba a enseñar esta tarde. Y no queremos que nos joda más, así que ya sabes lo que tienes que hacer.

—Está bien. A ver. Un momento —dijo David apoyando el trasero en su escritorio, desabrochándose la americana azul que llevaba puesta y rascándose la nuca—. ¿Me estáis diciendo que una simple nota os está poniendo así de nerviosos?

—David, ya sabes los años que llevo luchando porque esa carretera se arregle de una vez —dijo Helen, dando un paso dentro del despacho—. Y más después de lo que pasó. Y no tengo pruebas fehacientes, pero sé de buena mano que ese dinero llegó a las cuentas de Coldtown hace años.

David sabía lo que esa mujer había pasado, y la de años que llevaba luchando para que esas carreteras de estado deplorables pudieran ser transitadas de una manera segura. Pero las noches de sexo y lujuria, champán y cocaína eran un recuerdo mucho mejor que lo que esa mujer le ofrecía.

—Está bien, Helen. Cierra la puerta —dijo David, mientras que la mujer le hacía caso, pidiéndoles a sus compañeros que se esperasen fuera—. Vamos a llamar a Bill.

Helen afirmó con la cabeza.

—Y pon el manos libres. Simplemente dile que me vas a enseñar las cuentas, y no le digas que tienes el altavoz puesto. Quiero oír su reacción.

David se quedó mirándola. Temiendo, sacó su teléfono móvil y marcó el número de teléfono del alcalde. Rogó a Dios que Bill se comportase de una manera inteligente. Pulsó el botón de llamar y justo después el del altavoz, dejando el teléfono sobre la mesa.

Un tono. Dos tonos. Bill pulsó el botón de contestar, mientras que David miraba la pantalla del móvil esperando a ver que el marcador del segundero empezara a contar, dando así comienzo a la conversación. David soltó una tos larga, de unos dos segundos antes de que Bill dijese algo. Helen miró al director del banco, y este le contestó frotándose los brazos y haciéndole saber que había cogido frío.

—David. ¿Qué tal? Ahora mismo te iba a llamar. Quiero que me saques los extractos de los últimos dos años del ayuntamiento.

Helen hizo una señal a David para que no le dijese que ella estaba allí y para que siguiese hablando.

—De acuerdo, Bill. ¿Dos años? —dijo David.

Helen miró a David, y le dijo con un gesto que informase a Bill de que ella estaba allí.

—Sí, dos años —contestó Bill—. ¿Y qué querías?

—Bill, por eso te llamaba. Está aquí Helen. Me ha enseñado unas notas de esas aburridas que circulan por el pueblo.

—Y quiere ver las cuentas, ¿verdad? —preguntó Bill.

—Sí. Quiero verlas. Y ahora mismo —alzó la voz Helen desde la puerta del despacho.

—Hola de nuevo, Helen —dijo Bill a través del altavoz—. Enséñale las cuentas, David. Saca los dos últimos años.

—Tres años —indicó Helen.

—Tres años, David —dijo Bill—. Nos vemos. Saluda a tu mujer de mi parte —finalizó Bill antes de colgar.

—Bueno —indicó ahora David—. Pues vamos allá.

Se acercó al sillón de la mesa de su escritorio y tecleó un par de comandos inútiles en la pantalla de su ordenador. Mientras Helen se acercaba intentando ver lo que hacía, él se apresuró para abrir la carpeta donde guardaba el archivo modificado de los últimos tres años y ordenó imprimir. Helen se quedó mirando la pantalla desde lejos, hasta que el ruido de la impresora le hizo cambiar la vista de lugar y la dirigió al aparato. Rápidamente se acercó a la impresora y ojeó los documentos que se estaban imprimiendo. David se levantó y fue hacia ella. La mujer se dirigió a la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó David.

—De momento —contestó Helen.

—Bien, pues ya podemos destruirlos.

—Ni de coña. Esto me lo llevo.

—No puedes hacer eso, Helen. Es confidencial.

—No debo. Poder mira cómo puedo. —Y salió de la oficina dando un portazo antes de que David alcanzara la puerta, y dejando al director pensativo rascándose la nuca. Pensativo pero contento. La jugada les había salido bien. Él sabía que había hecho un buen trabajo, y las cuentas de la alcaldía ahora eran limpias y frescas. Como una botella fría de Jack Daniel's. Además de eso, la jugada de la tos había salido mejor que nunca. Una tos seca y algo alargada indicaba a cualquiera de los cinco que no podían hablar más de la cuenta. Así se protegían cuando se llamaban entre sí y sus mujeres andaban cerca. Ese, era otro de sus secretos.

24. La historia de Victoria Legan

Brownsville, Texas, febrero de 2013

—Charles, tenemos que hablar —dijo Victoria entregándole el sobre con las fotografías—. No puedo seguir así.

—¿Qué es esto? —preguntó el inspector, mientras cansado, dejaba la maleta en la entrada de la casa, daba un beso en la frente a Victoria y se dirigía a ver a Tommy con el paquete de fotografías en la mano.

A Charles se le encogió el alma de angustia al saber que había alguien vigilando a su familia.

—¿Quiénes son?

—Los de siempre, Charles. Los que no van a parar hasta que me maten.

—Pero ¡¿quién, Victoria, quién?! ¡Tienes que contarme algo! ¡Llevo más de un año contigo y aún no sé nada!

—Está bien —dijo la chica, mientras un manto de lágrimas empezaba a inundar su rostro—. Ahora ha llegado el momento de contártelo todo. —Victoria acompañó a Charles al sofá y le quitó a Tommy de sus brazos, sintiéndose más segura teniéndolo entre ellos dos. Esa era su familia, por lo menos para él—. Charles. Yo soy el Loco.

25. Claire Black

Diciembre de 2015

El atardecer llegaba pronto en aquella población, demasiado pronto para la mayoría de los pueblerinos. La escasa gente que se veía por la calle en esos días de invierno desaparecía antes del ocaso, ya que este se comportaba de forma violenta con todo el pueblo.

Hoy le tocaba cerrar el bar a Claire, y lo hacía mucho más temprano que su esposo, así que allí estaba ella, sentada en una mesa del Stop, haciendo *zapping* y esperando a que fuesen las nueve para cerrar aquel bar e irse con su marido a tomarse una copa de vino enfrente de la televisión.

Habían alquilado aquel viejo local cerca de la serrería de Coldtown hacía un par de años, cuando conoció a Chad. Querían comenzar un negocio, algo que funcionase en aquel pueblo perdido entre inmensos bosques de pinos y alejado de cualquier rastro de civilización. Pensaron en muchas cosas, un pequeño hotel rural, un spa, un restaurante... Pero lo único que sabían que podía funcionar era un bar. Otro bar. A fin de cuentas, la serrería de Henry estaba a escasos metros de ellos, y todos saben que los operarios y camioneros que allí se reunían tenían que desayunar con fuerza para empezar la jornada laboral. Un spa, un restaurante, un hotel rural, todo eso costaba muchísimo dinero que ni Chad ni Claire tenían.

De esta forma nació el Stop. Claire tenía bastante experiencia en hostelería, ya que antes de que Hillary la echara del negocio cuando conoció a Chad, habían montado el Paradise juntas. Cuando aquel moreno de metro noventa, con la espalda enorme, las facciones faciales marcadas y aquel pelo largo recogido detrás de la oreja apareció por la puerta del Paradise buscando trabajo, Hillary sabía que no le hacía falta, ella misma mantendría a ese hercúleo.

Hillary y Chad empezaron una relación de amistad al instante, ella le dijo que no había trabajo para una persona más, que con ella y con Claire tenían más que suficiente, pero que fuese a preguntar a Henry Wall, el dueño de la serrería, y que le dijese que iba de su parte. Chad empezó al día siguiente en la serrería como mozo de almacén. Se quedaba allí a dormir y de vez en cuando hacía alguna que otra escapada a casa de Hillary y follaban como animales encima de la encimera de mármol envejecido que esta tenía en su cocina. Poco a poco, Hillary se fue prendando de ese hombre, hasta el punto de pedirle que se fuese a vivir con ella a las pocas semanas de conocerlo.

Chad aceptó, como era lógico, dormiría en una habitación con una cama decente y no en un espacio angosto lleno de herramientas, tuercas y con olor a serrín. Después de eso, vivieron felices los dos juntos en aquella casa justo al lado del Paradise. Se veían muy poco, ya que cuando Hillary no trabajaba Chad estaba durmiendo después de una nocturna jornada laboral, pero al principio eso no le importaba. Se querían mucho, y disfrutaban estando juntos.

Hillary se cansó de ver tan poco a Chad y una tarde en la que estaban las dos en el bar, habló con su hermana Claire para ver si aceptaba hacerle un hueco a Chad y que este trabajase con ellas. Claire rechazó la oferta, ella veía a Chad como un aprovechado que sólo quería sacarle los cuartos. Siempre estaba quejándose de las jornadas en la serrería, de que era una mierda trabajar por la noche, de que le pagaban muy poco y de que pronto dejaría esa empresa. Pero ese pronto no llegaba nunca, y las constantes recriminaciones de Chad hacia la serrería no hacían más que aumentar. Claire seguía diciendo que no había trabajo para tres personas en aquel pueblo, y era cierto. Ganaban dinero, pero si ya ponían a alguien más esas ganancias serían menores y eso a Claire no le gustaba para nada. Claire también intentaba concienciar a su hermana Hillary de que trabajar con una pareja sentimental no era muy buena idea y que poco a poco su relación iría quebrándose hasta romperse. La discusión empezó a subir de tono. Las recriminaciones de las dos volaban por el Paradise entre la expectación de la clientela. Claire ponía de caprichosa a Hillary, mientras que esta llamaba puta a la otra. Hillary le reprochaba que no había hecho nada por el Paradise, y que todo el dinero que habían invertido era de su época como camarera en Clydeview. Claire le decía que eso lo sabía, y que recordase que los sueldos tampoco eran equitativos por esa razón. La discusión llegó a su culmen cuando aquella tarde de septiembre Hillary cogió su móvil y llamó a la gestoría para pedir el finiquito y la carta de despido de su hermana.

—¿Me vas a echar, pedazo de puta?! —gritó Claire delante de todos los clientes—. ¡Si fuese por ti este bar no existiría, gilipollas!

—Tú te lo has buscado, imbécil —contestó Hillary—. Ahora sal de mi bar.

Aquellas fueron las últimas palabras que se dirigieron las dos.

Después de eso, se vieron un par de veces más. La primera cuando dos días después de la discusión Claire fue a por su finiquito y firmó los papeles. La segunda fue igual de violenta, cuando Hillary encontró a su hermana con la polla de Chad en la boca. Ahí, claro está, el puesto de trabajo de Chad, que había sido sustituido por el de Claire, se fue al garete. Y con eso su estancia en casa de Hillary.

Venganza. Hillary opinaba que sí.

Había perdido a Claire y a Chad, que se había enamorado febrilmente de su hermana. Pero eso venía de largo, no de una sola noche. Hillary se enervaba cada vez que pensaba en la de veces que habían follado en la trastienda después de cerrar el bar.

Chad se mudó a la casa de Claire el mismo día. Siempre le había gustado la hermana de Hillary, su temperamento, su alegría y sus bromas. Era todo lo contrario a la fría Hillary, que sólo se preocupaba por ella misma y, si no estaban follando, se podía pasar las tardes sentada en frente del televisor.

A partir de ahí pensaron en cómo podían hacerle la vida imposible a Hillary y, por eso, haciendo cuentas y viendo que era totalmente factible, montaron el Stop la misma semana en la que su hermana cambiaba el nombre que aparecía en el letrero del Paradise.

Claire seguía sentada en aquella mesa del Stop, con la cabeza apoyada en la palma de su mano y el codo en la mesa. Con la mano izquierda cambiaba los canales de la televisión, que hablaban de las copiosas nevadas que se acercaban a la zona norte de Montana. Detrás de ella algunos hombres de la serrería y del pueblo tomaban cervezas y hablaban de su jornada laboral. Escuchaba los sonidos de la clientela mezclándose con la voz del presentador, las enormes borrascas se fundían entre los rumores de la gente, entre los escauceos amorosos de su hermana con el sheriff, entre la corrupción de Bill y entre las acusaciones a su amiga y empleada, Jennifer. Claire sabía que Jennifer no era una asesina, lo de Benedict y Hillary ya se lo imaginaba, había habido muchos rumores acerca de su relación extramatrimonial y, esas fotos, tomadas por nadie sabe quién, los habían confirmado. Lo que le preocupaba, y dolía, era lo de Bill. No había prueba alguna de que eso era cierto, pero después de todo lo que había hecho Helen antes y después del accidente de su marido en aquellas carreteras, que saliese el rumor de que el dinero de la subvención estaba en las cuentas del pueblo desde hacía mucho era algo que le enfadaba, y mucho.

Pensaba en qué eran ese tipo de notas, en quién las estaba mandando y en por qué. ¿Quién podía estar tan aburrido para hacer esas cosas? En realidad, quitando el caso de Jennifer, de la que nadie sabía nada, las otras dos notas las podía haber mandado cualquiera. Todo el mundo sabía en el pueblo que su hermana y Benedict se acostaban, hasta su mujer, Helena, lo sabía. Lo del dinero de la subvención, nadie lo sabía a ciencia cierta, pero todos se lo imaginaban. Hacía más de dos años que en televisión había salido la noticia de que la subvención estatal había sido aceptada a todos los pueblos del norte de Montana que las habían pedido, y entre ellos estaba Coldtown.

Pensaba en que si esa misteriosa persona, conocedora de los más oscuros secretos de Coldtown, dejaba caer su pesada mano sobre ella, tendría muchos problemas con Chad. Y eso le preocupaba.

La voz del presentador de la televisión y la conversación de los clientes se mezcló ahora con el sonido de las campanillas de la puerta del Stop al abrirse. Claire vio entrar por la puerta a su gran amiga Carol, su compañera de fatigas, que con cara de desasosiego miraba fijamente a su amiga que seguía con su constante movimiento de pulgar haciendo *zapping*.

—¿Te has enterado? —dijo Carol sin saludar, sentándose en la misma mesa en la que estaba Claire.

—Claro, Carol. Claro que me he enterado —contestó la dueña del bar.

—Unos perros, Claire. Unos perros con notas en sus collares...

—Pues sí. Benedict tiene que estar como loco buscando a esa persona.

—Dicen que los han colgado a todos los perros, ¿te lo puedes creer?

—Eso no es cierto, Carol.

—Claro que lo es. Están todos histéricos por lo de las notas. Esa persona está desmoronando al pueblo entero. Y nos va a destruir. —Carol se echó las manos a la cara y empezó a llorar—. Nos va a destruir a todos.

Claire notaba que Carol empezaba a ponerse en un estado más neurótico de lo habitual.

—Tranquila, Carol. Ya veremos qué pasa.

—¿Cómo puedes estar tranquila? ¿Sabes qué pasará si dicen algo del accidente? —dijo Carol en voz baja después de mirar a su izquierda y a su derecha.

—Nadie sabe nada del accidente, Carol. Sólo Henry, Bill, tú y yo. Y ellos no van a decir nada.

—Eso no lo sabes, Claire. Fíjate en la nota que hemos recibido hoy. Bill nos ha estado engañando todo este tiempo. —Carol notaba en su cuerpo una extrema agitación. Se estaba poniendo cada vez más alterada.

—No has visto a Helen hoy, ¿verdad? —dijo Claire intentando tranquilizar a Carol.

—No. ¿Qué pasa?

—Helen ha ido al despacho de Bill para pedirle explicaciones sobre esas notas. El alcalde le ha comentado que todo esto era mentira, y que se lo demostraría entregándole las cuentas íntegras del ayuntamiento.

—¿Y qué? ¿Las ha visto?

—Bill le dijo que se pasase por la tarde a buscarlas, pero en lugar de eso Helen fue al despacho de David y le pidió que le entregara las cuentas. Estaba todo limpio. La subvención no había llegado.

—¡Vamos, Claire! ¿De veras? ¿De veras te crees que David le ha dado las cuentas originales?

—Tranquilízate, Carol, por favor —dijo Claire sentando de nuevo a Carol que se había levantado sobresaltada.

—Por Dios, tía. Son colegas, David ha falsificado las cuentas del banco, Claire.

—No lo veo muy probable.

—¿Por qué? —preguntó Carol.

—Porque David se podía meter en un buen lío.

—Claire, eres muy inocente. Bill ayudó a David a encubrir un asesinato. David le debía un gran favor.

Las dos se quedaron pensativas durante unos instantes. Mirándose entre ellas y apartando la vista hacia el vacío al instante. Ellas también estaban metidas en ese gran embrollo que amenazaba con derrumbar los cimientos del pueblo entero. Pero no por su culpa, sino por su curiosidad.

Carol pensaba en aquella maldita noche en las fiestas de Coldtown, cuando todo se torció, no estaba yendo mal del todo. Estaba bastante achispada y bromeaba con su esposo y algunos amigos en la plaza, sentados en un banco y tomándose unos *gin-tonics*. En realidad, para ella, la fiesta estaba yendo de maravilla. El pueblo entero bailaba en la plaza, que estaba iluminada por innumerables farolillos blancos colgados de cables. Olía a hoguera, a ponche de huevo y a canapés con la cara de Papa Noel. Y a frío, olía a frío, a las intensas nevadas que todos los años asolaban al último pueblo de Estados Unidos. Hace dos años no tenía los problemas emocionales que ahora mismo arrastraba, y amaba a su marido más que a nada en este mundo, pero a partir de aquella noche, algo cambió.

Henry Wall se acercó a ella aquella noche, tenía el semblante serio, nada parecido a lo que siempre daba a entender su rostro alegre y dicharachero. Le preguntó si podían ir un momento a hablar a solas, a lo que Carol contestó que sí y los dos se alejaron unos metros de su marido y sus colegas, que charlaban alegremente bebiendo de sus copas de ginebra. Caminaron en silencio, Carol con más dificultad que Henry debido a su ebriedad, atravesando a la multitud que allí se reunía para celebrar las fiestas navideñas. Carol temía que a Henry le hubiesen abierto de nuevo la causa por la muerte accidental de aquel chico en sus instalaciones, aunque eso fue hacía unos años y según lo que le dijo Henry, no había nada por lo que preocuparse.

—Carol, necesito que abras la tienda un momento. Necesito algún material —dijo Henry sin mirar a la dueña de la ferretería y rascándose la nuca.

—¿Ahora, Henry? —contestó la mujer—. Estamos en medio de una celebración. Ya tengo bastante con vigilar a Benedict, como me has pedido. Por cierto, ¿por qué quieres que lo vigile? —dijo Carol.

—Eso no es asunto tuyo, Carol. Te he pedido ese favor, me debes una muy gorda. Y sí, por favor. Necesito que vayamos a la tienda.

—Estamos pasándolo muy bien, Henry. Mañana por la mañana, ¿vale? Seguiré aquí echándole un vistazo a Benedict. No se ha movido de allí con Helen en toda la noche.

—Tiene que ser ahora, Carol. Me debes un gran favor, con esto estaremos en paz —dijo Henry dejándose de rascar la nuca y bajando la mano, cuando Carol se dio cuenta de que tenía una mancha oscura en el puño de la camisa.

—Claro. Claro, vamos, Henry. Te veo allí —dijo Carol intentando recomponerse después de lo que le había dicho Henry y de lo que había visto en el puño de su camisa.

—De acuerdo, allí te veo. Y no le digas a nadie que vas para allá.

Carol caminó de nuevo entre la multitud y llegó hasta su marido y sus amigos.

—Cariño, voy un momento a casa, tengo que ir al servicio —le dijo Carol a su esposo, despidiéndose con un beso en la mejilla.

Carol se montó en su coche y encendió la calefacción. Estaba bastante ebria, pero aquella mancha oscura en el puño de la camisa de Henry le había hecho perder su estado beodo y pensar con claridad. No era muy lógico que, una noche de fiestas de Navidad, Henry le pida abrir la tienda a la una de la madrugada. ¿Qué es lo que estaba pasando? ¿Por qué ese misterio? ¿Y esa mancha en su camisa?

Se dirigía a la ferretería, que estaba a escasos cuatrocientos metros de la plaza del pueblo, pero que con el frío glacial, era imposible hacer ese recorrido andando. No podía sacar de su cabeza aquel fatídico día en que aquel joven muchacho perdió la vida en aquella serrería. Y seguía culpándose. Seguía sintiendo en el fondo de su alma que ella tenía toda la culpa en aquella muerte.

Henry esperaba en la puerta, con las manos resguardadas del frío en los bolsillos de su holgada gabardina, esperando a que la ya menos ebria, Carol, abriese las puertas de su local a esas altas y extrañas horas de la noche.

—Siento de veras que tengas que venir a abrirme el local a estas horas, Carol.

—Tranquilo, Henry. ¿Pasa algo?

—No, tranquila, no pasa nada —dijo Henry mientras Carol levantaba la reja de su local.

—Pasa.

Henry le hizo caso y entró en la tienda delante de Carol. Ella se dio cuenta de que Henry llevaba las botas y la parte baja de sus tejanos manchados de barro. Estaban húmedos y podía oír el sonido del calcetín empapado de agua cuando el dueño de la serrería caminaba. ¿Había estado pescando? ¿Necesitaría hilo de pescar?

—¿Estás pescando, Henry?

—Más o menos —dijo Henry con una leve sonrisa.

—De acuerdo —dijo Carol, no muy convencida aún de que ese señor estuviese a esas horas de la noche pescando en el lago, y con esas prisas para comprar material—. ¿Qué necesitas?

—Necesito cuerdas y un saco. Y plásticos para embalar.

Carol se lo quedó mirando. Fijamente. Hasta que el rostro del dueño de la serrería adquirió un semblante más serio que la intimidó y le hizo desviar la mirada.

—Está bien. —Carol se movió tras el mostrador y los pasillos—. ¿De qué tamaño quieres el saco? —dijo Carol detrás de un pasillo en cuyas estanterías estaban colocados milimétricamente ordenados por colores numerosos botes de pintura.

—El más grande. —Henry no pudo ver la cara de espanto de Carol en aquellos pasillos, pero ya se lo imaginaba—. He pescado una ballena —concluyó a modo de broma.

Carol apareció con el saco y el plástico de embalar, a ella esa broma no le convencía del todo. Paró en medio del camino y agarró un rollo de cuerda de cinco metros. Dejó todo encima del mostrador. Carol miraba a Henry desconcertada y su cerebro era un hervidero incierto de pensamientos desalentadores. ¿Querría enterrar un cadáver? De repente se imaginó a Henry, empapado por la lluvia a oscuras en el bosque y cavando en el lago y enterrando después un cuerpo.

—También necesito cinta adhesiva. De la ancha.

Carol seguía sin hablar. Dio media vuelta y agarró una caja de cinta adhesiva y la dejó encima de la mesa con los otros materiales. Henry sacó de su cartera un fajo de billetes. Sin contarlos siquiera los dejó encima de la mesa, cogió el material y se marchó. Carol se dio cuenta de que la mancha oscura que el dueño de la serrería tenía en la manga de su camisa tenía un color más rojizo de lo que ella había imaginado en la plaza del pueblo. Salió detrás del mostrador después de guardar el dinero que el dueño de la serrería le había entregado, era más del triple de lo que valía todo ese material, se lo comentó a Henry, pero este dijo que se lo quedase por las molestias.

—Gracias. Y espérame, saldremos juntos —dijo Carol.

—No, Carol. Quédate aquí hasta que me marche en mi coche, ¿de acuerdo?

—Henry, me estás asustando. ¿Ha pasado algo? ¿Necesitas ayuda?

—Carol. No preguntes. Sólo espérate aquí hasta que me vaya. Y por lo que más quieras, no cuentes nada de lo que ha pasado esta noche a nadie.

—¡Henry! ¿Qué está pasando?

—No está pasando nada.

—Por Dios, Henry. Tienes sangre en la muñeca. Los pantalones y las botas llenas de barro, dime, por favor, que es lo que está pasando.

—Ya te he dicho que nada.

—Te conozco desde que era pequeña y sé que te pasa algo.

—¡Cállate de una puta vez! —dijo Henry en la puerta del local, agarrando los materiales en brazos. Era la primera vez en su vida que gritaba a nadie de esa manera. Era la primera vez en su vida que Carol veía comportarse a Henry de una manera irracional—. ¡Joder! ¡Cállate de una puta vez, coño! —Carol tenía los ojos abiertos como platos y se resguardaba apoyándose en la mesa de cristal donde antes había atendido a Henry—. Quédate aquí y no te muevas, ¿de acuerdo? Y como digas algo a alguien de todo esto, todo el mundo sabrá que el joven Phillip murió por tu puta culpa, todo el mundo en el pueblo sabrá que eres una asesina.

—No digas eso, Henry. Sabes que no es verdad.

—Sí lo es. Y, es más, como sigas hablando te prometo que el material que te compro todas las semanas y que saca adelante a este sitio de mierda lo iré a buscar a Clydeview. Te lo aseguro.

Carol se quedó callada mirando el rostro desencajado de Henry, los ojos pequeños, inyectados en sangre y las bolsas debajo, llenas de arrugas. Nunca había visto esa faceta en ese hombre. Y ahora que la había visto, no quería volver a verla.

Henry salió del local, y Carol le hizo caso. Esperó allí hasta que el coche arrancó el motor y dio marcha atrás. Corrió hacia la cristallera del local e intentó echar una ojeada. No se había dado cuenta antes, pero en el coche en el que había llegado Henry había más gente a parte de él. Pegó un poco más la cara en la puerta de cristal mientras el coche seguía su camino, y pudo advertir, desde esa posición, un mínimo de tres personas más en esa camioneta. ¿Qué estaba pasando? ¿Habían matado a alguien? Salió del local y cerró la verja. Mientras se dirigía por la calle Main hasta llegar de nuevo a la plaza se encontró con su amiga Claire, que volvía a casa con un par de copas de más.

—Chica, ¿qué te pasa? ¡Vaya cara tienes! —dijo Claire al ver a su amiga.

Carol miró hacia los lados, vio que estaban solas y decidió contarle lo que había pasado a su mejor amiga.

—¿Qué me estás contando, Carol?! —dijo Claire recelosa de lo que le estaba explicando su amiga.

—Te lo juro, Claire. Y tenía manchas de sangre en las mangas de la camisa. Estoy muy nerviosa. Necesito una copa.

—Toma —dijo Claire, ofreciéndole un trago de una petaca que guardaba en el bolso.

Carol le dio un largo trago, el amargo whisky atravesó su garganta y calentó su asustado y frío cuerpo.

—Tenemos que ir a ver dónde se han ido —prosiguió Claire después de darle un trago a la petaca.

—¿Estás loca? Ya te he dicho que me ha amenazado con lo de la muerte de Phillip y con no comprar nada más en la ferretería. Me hundiría la vida —dijo Carol, que le daba otro trago a la petaca de su compañera.

—Si no vas tú, iré yo —dijo Claire arrebatándole la petaca a Carol.

—Estás loca.

Claire caminó hasta su coche, que estaba estacionado en la misma calle Main. Abrió la puerta y arrancó su vehículo, poniendo en marcha la calefacción del mismo. Sabía que ese viejo no podía tramar nada bueno, sabía que tanta bondad y tanta simpatía encerraban algo en su interior. Claire se disponía a salir de allí e investigar un poco por el pueblo hasta llegar al lago, cuando dos golpes secos la sacaron de su ensimismamiento. Carol estaba en la puerta del copiloto y le hacía señales para que la abriese. Su amiga le hizo caso y entró. Se sentó en el asiento, se quitó los guantes de lana rápidamente, agarró la petaca y le dio un largo trago.

—Estás como una puta cabra, así te va todo en la vida. Vamos.

Claire sonrió y el vehículo comenzó a moverse.

Se dirigieron por la calle Main, hasta llegar a la iluminada calle Hicken, dejando al lado la multitud de gente que aún seguía celebrando las fiestas navideñas mientras ellas dos hacían de detectives alcohólicas por todo Coldtown. Llegaron a la calle Crawl bajando por el bulevar Bordeaux y acabaron cerca de la serrería, en la parte sur de Coldtown. La nieve había cesado su tregua y empezaba a caer lentamente encima de ellas. Allí, a lo lejos, vieron unos faros

encendidos de lo que parecía un vehículo. Ellas apagaron las luces del suyo y, lejos de aquel coche, le dieron un par de tragos más a la petaca de whisky.

Bajaron del coche silenciosamente, Claire iba adelante, manejando la situación, el alcohol las había envalentonado y Carol no pensaba ya en las represalias de Henry.

Caminaron lentamente hasta llegar a la puerta de la serrería, donde se escondieron detrás del poste de la entrada. Apoyaron sus espaldas en la puerta y esperaron a ver algo, no sabían el qué, pero algo que les permitiera atar algunos cabos. Las dos mantenían silencio, sólo se oía el suave sonido del alcohol en la petaca cada vez que le daban un sorbo. El vaho salía de sus bocas mientras respiraban con dificultad.

—¿Es Henry? —preguntó Carol.

—Esa parece ser su camioneta. No logro ver ningún rostro —contestó Claire.

—Vámonos. Vámonos, Claire. Esto ha sido muy mala idea.

—Carol, tenemos que saber qué está pasando, si ha matado a alguien tenemos que saberlo.

—Seguramente sea alguna tontería, Claire. Estará pescando en el lago.

—¿Una noche de Navidad, casi a las dos de la madrugada? Venga, Carol, no seas inocente —contestó Claire mientras se movía sigilosamente detrás de una valla que daba paso al bosque que rodeaba el inmenso, húmedo y oscuro lago situado en el sur del pueblo.

—¿¡Dónde coño vas?! —susurró Carol irritada, pero no tuvo otra que seguir los pasos de su amiga.

Las dos caminaron y se adentraron en el espeso bosque, se escondían detrás de los árboles, agazapadas. Notaban la humedad del suelo, y el frío y los numerosos insectos que hacían presencia. El sonido de sus botas resonaba debido al barro y tuvieron que caminar más sigilosamente para que aquellas personas no las escucharan.

Se situaron detrás de unos árboles a escasos treinta metros de la camioneta de Henry cuando, de pronto, una luz apareció detrás del vehículo. Era otro coche, más pequeño que el del dueño de la serrería. El coche aparcó justo al lado de la camioneta y de allí salió otra persona. Claire agudizó la vista, los copos de nieve dificultaban su visión, pero estaba segura de lo que estaba viendo.

—Henry, Eric, David y Bill —dijo Claire, que seguía observando, mientras su amiga estaba de cuclillas y con la espalda pegada al árbol.

Carol soltó un leve y casi insonoro grito de asombro, que su amiga calló dándole un puntapié en la pierna.

—Ha llegado otro coche. Es con toda seguridad Benedict. Sí, es Benedict.

—¿Qué coño están haciendo todos ahí? Antes he visto a Benedict con su esposa, ya se iban para casa. Y a Bill también.

—¿Y a David? ¿Has visto a David esta noche? —preguntó Claire.

—Claire, deja ya a David. Sólo quiere follarte y después pasar de ti, como hace siempre.

—Espera, se han ido todos a la parte trasera de la furgoneta —prosiguió Claire—. La han abierto.

—¿Y qué? —preguntó Carol, divagando entre los nervios y el miedo.

—Carol, levántate y mira. Al final nos van a pillar si tengo que contarte todo lo que pasa.

Carol se levantó y sacudiéndose el trasero se situó cerca de su amiga. Las dos miraban quietas y calladas lo que aquellos cinco tramaban dentro el bosque. Una suave y húmeda brisa con olor a aguas estancadas y a insectos llegaba a los rostros de las amigas que, intrigadas, seguían el curso

de esos acontecimientos. Decidieron acercarse un poco más, sorteando las miles de rocas que allí había y escondiéndose tras los setos y árboles del bosque. Ellos estaban cerca de la orilla del lago, habían aparcado allí sus coches y el reflejo de la escasa luna de aquella noche iluminaba bien sus rostros desde aquella posición.

Los cinco miraban el interior de la camioneta de Henry. Eric se movía inquieto, su padre lo miraba con cara de desaprobación. David se mantenía en silencio, con los brazos cruzados y observando a los demás. Bill hablaba con todos, parecía que les preguntaba cosas acerca de lo que había pasado. Benedict parecía intentar calmar a los otros cuatro. Pedía explicaciones, pero nadie se las daba. Se escuchaba un suave murmullo, unas voces que se perdían a lo largo de los cientos de pinos de aquel bosque y se ahogaban en las aguas estancadas del lago. El sheriff se acercó un poco más a la parte trasera de la camioneta de Henry y acercó la mirada a lo que había allí dentro. Claire y Carol pudieron intuir el rostro de desesperación de Benedict, justo antes de que se tapara la cara con las dos manos. Henry pidió rapidez, gesticulaba con las manos dando prisa a los demás. David y Eric se acercaron a la parte trasera de la camioneta, se agacharon y agarraron un saco. El mismo saco que había comprado Henry en la ferretería.

—¿Es un cuerpo? —preguntó Claire.

El grito de angustia de Carol no fue tan silencioso como el anterior, y todos los allí presentes se dieron cuenta de que no estaban solos.

Carol se tapó la boca con las manos, pero ya era demasiado tarde, Benedict, Bill y Henry se giraron sorprendidos y corrieron rápidamente hacia ellas mientras David y Eric soltaban el bulto dentro del coche del sheriff.

Claire y Carol se separaron. Corrían a través de aquellos numerosos sauces, serpenteaban decenas de cedros y saltaban por encima de las raíces de los pinos que habían salido de debajo de la tierra. En una de ellas, Carol, que había bebido más whisky de la cuenta, tropezó, se enganchó el pie con una raíz y cayó de bruces contra el suelo enfangado. Su amiga se dio cuenta y se dirigió a ella corriendo para socorrerla. La noche era oscura, y los árboles no dejaban pasar la poca luz de la luna, pero Henry se conocía bien aquel paraje. Y poco tardó en llegar donde estaban ellas.

Aquel anciano se mantenía fuerte y vigoroso a pesar de los años. Corría pisando con seguridad por aquel suelo, como una apisonadora, apartando las ramas de los árboles que caían al suelo a manotazos, a las dos les había sorprendido la carrera que este había realizado para llegar a cazarlas. El dueño de la serrería paró, jadeando, al lado de las dos amigas, que desde el suelo le miraban con miedo.

—La has cagado, Carol.

—No hemos visto nada —dijo Claire desde el suelo.

—A ti no te estoy hablando, Claire.

Después de Henry, llegaron Benedict y Bill. El sheriff les había dicho a David y a Eric que esperasen en la camioneta, y que no se adentrasen en el bosque para que aquellos desconocidos no les reconocieran. Bill llegó detrás de Benedict, y los tres se quedaron mirando a las chicas, que seguían sumidas en un estado de miedo y desconcierto, tiradas en el suelo.

—Henry te dio una oportunidad —dijo Bill—. Te vamos a cerrar el negocio, Carol.

—¡No, por favor! —lloraba la dueña de la ferretería desde el suelo—. No hemos visto nada, os lo juramos —dijo mirando a su amiga, que negaba con la cabeza.

—Es que aquí no ha pasado nada, chicas —dijo esta vez Benedict.

—Sólo hemos visto a tres personas pescando. Nada fuera de lo normal —dijo Claire, que fue lista y se percató que los otros dos no habían aparecido y, posiblemente, fueran los culpables de todo aquello.

—Es cierto —afirmó Carol.

Henry miró a sus dos amigos con el semblante serio, y estiró una sonrisa forzada.

—Es cierto. Estábamos preparando los tres una escapada para ir a pescar. ¿Verdad, chicos? —Bill y Benedict afirmaron—. Pero no podéis decir nada de todo esto, chicas. Nuestras mujeres no están muy contentas con nuestras escapadas —dijo Henry con una carcajada.

—Tranquilos, no diremos nada —juró Claire.

—Está bien. —Henry se acercó a las chicas y las ayudó a levantarse. Primero a Carol, a la que le lanzó una mirada fulminante. Y después a Claire, con la que repitió el mismo gesto—. Venga. Id a descansar. Hoy ha sido una noche larga.

Las dos afirmaron y se apresuraron a dar la vuelta para salir de aquel bosque.

—Chicas —dijo Henry, cuando las dos ya se separaban más de veinte metros de ellos—, de verdad, nuestras mujeres se enfadarían mucho si saben que las hemos dejado solas en las fiestas para ir a pescar. No queremos que se enteren. No queremos que se entere nadie.

Las dos afirmaron a lo lejos.

—Os gustaría seguir manteniendo el Paradise y la ferretería Crowley, ¿verdad?

Las dos volvieron a afirmar.

—De acuerdo. Que así sea. Buenas noches, chicas.

Carol y Claire caminaron deprisa hacia el coche. Aquella noche iba a ser enterrada en la memoria. Al menos. Dos años más.

Las dos amigas seguían con la mirada perdida en aquella mesa del Stop. Los clientes iban saliendo y ya sólo quedaban un par de renegados que bebían cerveza y hablaban de nada.

—¿En qué piensas, Carol?

—En todo lo que pasó, aquella noche.

—¿Crees que tiene algo que ver con lo de aquel cuerpo en el coche de Henry? —preguntó Claire.

—No sé. Benedict está inculpado. Bill también. Jennifer no, pero puede que tenga algo que ver.

—No sé qué decirte, Carol.

—Lo que espero es que no digan nada de nosotras.

—No tenemos nada que temer, Carol.

—Tú no, ¿pero yo? Como salgan pruebas de que la muerte de Phillip en la serrería fue culpa mía, la llevo clara. Nadie vendrá a comprar nada y tendré que cerrar la ferretería. Y lo peor será contárselo a mi marido.

—Tú eres la verdadera dueña de la ferretería Crowley, aunque lleve su nombre. Has hecho todo lo posible para que eso siga en pie, en este puto pueblo de mierda. Nadie te va a echar en cara nada.

—Eso espero, Claire, porque si no, llegaré a lo más profundo de todo esto. Y no caeré sola.

Día cinco

26. Equis

Diciembre de 2015

Canes hambrientos, con la mirada perdida, vagando por la nieve entre temblores y llantos. Perros abandonados deambulando por las calles de Coldtown, con el rumbo perdido y buscando la nada. Ha soñado con ellos toda la noche. Les había cogido cariño durante estos meses, y ahora los habían colgado de algún árbol en el bosque. No sabe dónde va a encontrar otra forma para repartir sus notas. Ahora mismo tiene el bloqueo del repartidor, pero no el folio en blanco. Desde las cuatro de la mañana lleva dando vueltas en la cama pensando en la manera en que va a repartir las notas. Al menos sabe a quién va a culpar ahora. Y cree que ha tenido una buena idea.

La nota de hoy va dirigida al pastor del pueblo. El padre Meyer. Todos en Coldtown creen que es un buen samaritano, y que mira muy bien por el pueblo, pero lo que no saben es que todos aquí tienen un pasado, y muchos de esos pasados no son los más idílicos.

Ha escrito la carta adjuntando una nota de prensa del periódico *Diario del Cusco*. En él, el padre Meyer fue noticia hace un par de años, había sido denunciado por las autoridades del Perú. Él viajaba muy a menudo al Perú en misiones de ayuda humanitaria. Dicen que hacía unos años se había enamorado de una joven peruana que trabajaba allí. Ella no le correspondía y denunció al padre a las autoridades por acoso sexual.

Meyer se vio inmerso en una grave situación, que hizo desestabilizar las ayudas humanitarias que Estados Unidos mandaba al Perú y su puesto como sacerdote de la iglesia.

Meyer se libró de esa acusación, y nadie sabe bien cómo cojones lo hizo. Pero llegó sano y a salvo de nuevo a Estados Unidos.

En la carta anónima que ha escrito refiriéndose al pastor de ovejas descarriadas, ha dejado un mensaje breve y conciso: «El padre Meyer abusa de sus viajes como misionero». Así. Recalcando el abuso.

Aún seguía yendo de vez en cuando al Perú. Todo el mundo lo sabía, lo que no sabían era a qué iba.

Ha metido la nota en un sobre normal junto a la nota de prensa y la ha guardado en su mochila. Se ha dirigido a la despensa y ha sacado el café y la cafetera. Mientras se ha estado preparando

una taza de café, ha pensado firmemente en lo que le había quitado el sueño esa noche. Dónde dejar la nota esta vez. «Creo que debería haber pensado muy bien las zonas de reparto antes de empezar con esto», reflexiona.

La policía de Coldtown ha aumentado la vigilancia en los interiores y exteriores del pueblo. Tienen a sus hombres dando vueltas por todo el vecindario toda la noche. Están parando a cada coche que entra en Coldtown revisando sus pertenencias. Mientras, los habitantes del pueblo se encuentran en un estado de nerviosismo extremo. Helen no se fía de David, ahora él también es culpable. No cree que el extracto de las cuentas corrientes del alcalde sean verídicas. Menos se fía de Bill. Tiene el dinero de la subvención desde hace años, y Helen perdió a su marido por su culpa. Directa o indirectamente. Esa ha sido una buena jugada.

Helena se ha ido de casa, y su familia está ya más que quebrada. La gente habla y ya todos saben que Hillary y Benedict están juntos. Hace dos días que nadie pisa el Hillary's. Le sabe mal por esa chica, le cae bien. Pero sabe que ella conoce lo que hicieron David y Eric, y si no ha dicho nada, es que algo tiene que esconder. Aunque sea el amor por el sheriff. Y eso es otra buena jugada.

Con el tema de Jennifer, no había ido tan bien. La gente no se lo ha tomado muy en serio, después de que la dejaran en libertad cuando la retuvieron. Eso lo sabía, no la podían encerrar. Jennifer sabe qué pasó aquella noche en las fiestas del pueblo, y si la hubiesen amenazado con encerrarla ella se habría defendido exponiendo eso y jugando muy bien sus cartas. Jennifer tenía todas las de ganar, aunque hubiese matado a su futuro suegro, no podían encerrarla. No tenían pruebas, sólo una nota escrita por una persona, pero tampoco podían indagar mucho, ya que no querían que nadie externo a Coldtown metiese las narices en todo aquel asunto del reparto.

Seguía pensando en cómo hacer llegar las notas a los vecinos, cuando se ha dado cuenta de que en el pueblo hay alguien muy frustrado con la Iglesia. Alguien que llevaba mucho tiempo luchando contra los abusos sexuales de los sacerdotes católicos. Gary Bergon. Es una mole. Una enorme masa de músculos descontrolados. El cuello apenas se le aprecia y en vez de dorsales parece tener dos aletas. Su cuerpo atezado lleno de ira y ansioso de venganza. Con los enormes brazos que tiene ahora es difícil creer que abusaron de él hace años. Ahora nadie se arriesgaría siquiera a llevarle la contraria.

Hacía diez años que Gary Bergon había creado junto a un par de personas más un grupo de víctimas de curas pederastas. Esta asociación era una de las más grandes de los Estados Unidos y, junto con La Culpa y la asociación del instituto para sordos Antonio Provolo de Verona, una de las más grandes del planeta. Sabía que aquella nota debía entregarse a Gary. También sabía que este último siempre había estado acusando a Meyer, pero nunca tenía nada refutable. Esta nota sería la detonación de todo el odio que Gary tenía guardado en contra de la Iglesia católica.

Sabía que Meyer no tiene nada de culpa en todo esto. Él no fue partícipe en los asesinatos, no tuvo nada que ver. Pero sí sabía que muchos de los implicados le explicaron lo sucedido, y él, guardándose el secreto confesional, no dijo nada. Y como autor de las notas no ve bien que los curas hagan esto, sabiendo exactamente qué es lo que ha pasado. No lo ve nada bien. Muchos de los mayores crímenes de la historia han sido custodiados por eclesiásticos, muchas muertes y asesinatos podían haberse evitado si esos curas hubiesen hablado en su momento. ¿Qué pensaría Dios de todo esto? Curas alrededor del mundo saben cosas horribles sobre personas que ni siquiera son cristianas. ¿Cómo puede una persona normal guardar tal cantidad de secretos y

atrocidades? Esto debe acabar. La Iglesia debe ser declarada culpable, indirectamente, de parte de los crímenes que se han cometido en Coldtown durante estos dos últimos años. Ese es su veredicto. Y aquí es él quien juzga.

Ha decidido imprimir sólo una nota. Una simple hoja, guardada en un sobre junto a la nota de prensa del periódico peruano.

Sale de casa, son las ocho de la mañana. Ha amanecido hace ya tiempo y la gente pasea tranquila por la calle. Ha visto a un par de los principales sospechosos y le han saludado de lejos. No tenían muy buen aspecto.

Ha caminado por la calle Main, pasando por la calle Hicken hasta llegar a la plaza del pueblo. Allí se ha tomado un café, en Hillary's. Lo ha pedido cortado y templado. Hace frío, pero no soporta el café hirviendo que toman algunas personas en el pueblo. Ese café en llamas que estos demonios a los que llaman vecinos beben sin reparar siquiera en lo caliente que está. Le ha pagado a Hillary. Le ha dejado veinte centavos de propina, para alegrarle algo la mañana, que bastante tiene ya la pobre con aguantar las miradas indiscretas que le acusan de adúltera por todo el pueblo.

Después ha bajado de nuevo la calle Hicken y ha caminado otra vez por la calle Main. La gente parece confusa. Miran para todos lados esperando a que alguien repartiese alguna nota. Bill llevaba ya dos días sin dejarse ver debido al estrés que le causaban los ciudadanos, que le bombardeaban a preguntas en cada esquina. La policía patrullaba por todo el pueblo observando a los vecinos, haciéndoles preguntas y revisando ilegalmente parte de sus pertenencias. Equis guardaba la nota en su ropa interior. No había manera de que le parasen. Estaban lejos y caminaba tranquilamente, los saludó desde la otra acera. Bajó por la avenida Heckam llegando cerca del Stop. En la calle de atrás del otro bar del pueblo se encontraba la calle Loombard. La calle donde vivía Gary. Anda tranquilamente, respirando el aire fresco de la mañana que alborota sus pelos. Ha echado la vista atrás, no había nadie. La calle está vacía. Se ha metido la mano dentro de la ropa interior y ha sacado el sobre en el que guardaba la nota. Se ha acercado al jardín del número 8 de la calle Loombard y ha mirado de nuevo a su alrededor, las cuatro casas que estaban cerca de la vivienda de Gary tienen las puertas cerradas y las ventanas con las cortinas echadas. No hay nadie en la calle y sólo se escucha el llanto de los árboles mecidos por ese viento frío del norte. En una milésima de segundo ha metido el sobre en el buzón. Ha mirado de nuevo a los lados y todo iba bien. Ha seguido caminando y se ha dirigido al bosque. Se ha adentrado en él. El paisaje se le ha presentado tétrico. El cielo gris. El meneo de los árboles dejando caer las pocas hojas que quedaban en ellos. El olor y la sensación de humedad y el paisaje del fondo. Un enorme lago. Una enorme masa de agua estancada, un ambiente lúgubre que asustaba al más valiente. Un inmenso mapa donde esconder los más oscuros secretos de Coldtown. Un bosque resguardándolo, y en donde nadie ha querido averiguar su silencioso secreto.

27. La historia de Victoria Legan

Clydeview, Montana, junio de 2013

Ya hacía unos meses que Denisse no encendía la chimenea que descansaba en el rincón del salón, pero el clima allí en el norte del país seguía sin empatizar con ella. Había dejado al pequeño Robert en la guardería, y paseaba por las frescas calles de Clydeview, sintiendo la brisa de Montana en el rostro, viendo como los árboles empezaban a florecer tardíamente, justo antes de acabar la primavera. Llegó al hotel y saludó a Chloe:

—Buenos días, bonita.

—¡Hola, Denisse! ¿Cómo se encuentra Robert esta mañana?

—Estupendamente. Lo acabo de dejar en la guardería. Gracias por preguntar.

Denisse dejó su bolso en la cocina y se apresuró a poner la clave de usuario en la máquina de fichajes. Siempre llegaba a lo justo. Se sentó en su escritorio y abrió el buzón de correo electrónico: 22 mensajes nuevos.

«Madre del amor hermoso», pensó. La temporada de esquí había acabado hacía poco y ella sabía qué es lo que había en esos correos: «¿Os habéis encontrado un iPhone en la habitación tal y cual? ¡Me dijisteis que me mandaríais la factura el lunes! ¿Dónde coño está mi factura? Creo que he perdido las llaves de casa en vuestro hotel, ¿os habéis encontrado alguna? Son plateadas». Se tomó las cosas con calma y empezó a contestarlos todos. Le gustaba tener el buzón de entrada limpio, y todo bajo control.

La vida en Clydeview era más fácil de lo que la anterior Victoria Legan se hubiese imaginado. Allí estaba tranquila, sin preocupaciones, a salvo ya de todos aquellos narcos a los que les había hundido el negocio.

Fueron palabras duras las que Charles Johnson oyó aquella mañana en la décima planta de la octava con St. Charles, en Brownsville. Pero eran también palabras de ayuda, gritos de socorro, llantos de auxilio. Charles no tuvo más remedio que poner en marcha un plan para ayudar a su familia, la familia que creía haber creado con Victoria Legan.

Desconcertado e incrédulo, Charles escuchaba todos los testimonios sobre tráfico de drogas, extorsión, secuestros y asesinatos que Victoria había gestionado durante los últimos años. Le

contó que ella era el Loco, y que había manejado toda esa historia desde la sombra, siendo Edward la única imagen del ilícito negocio.

—Un día no se levantó de la cama. La aguja seguía clavada en el amoratado brazo y la mirada en el techo. Ahí me asusté, y decidí dejar todo eso.

Por supuesto, Victoria no le contó que fue ella la que le inyectó una dosis letal.

—Aquella noche discutimos por unos asuntos y nos acostamos enfadados. Nunca pude despedirme de él —decía Victoria entre lágrimas.

Tampoco, por supuesto, le contó a Charles que Edward estaba haciendo negocios por su cuenta y que Victoria se enteró. Tampoco que se ensartaron en una discusión que duró horas, en las que Edward se sobrepasó con la cocaína y que golpeó con violencia a Victoria. Eso no se lo podía contar, no quería ser sospechosa de su muerte también.

Lo que sí le contó fue todo lo que sabía sobre Cuco, la competencia de Victoria en el negocio del narcotráfico. Le habló de sus personas de confianza, los lugares en los que hacían las reuniones, los días en que recibía la mercancía. Dio nombres de pilotos comerciales que trabajaban para él, nombres de agentes de policía, localizaciones de las naves donde guardaban parte de la droga, los coches y las armas. Dio las direcciones de los pisos francos y allí es donde acabó todo. Cuco se encontró de repente con la puerta de su apartamento destrozada, mientras contaba fajos de billetes en calzoncillos.

Antiguos y casi desaparecidos colegas de Victoria se encargaron de darle toda la información. Ellos le estarían siempre agradecidos por la fortuna que habían ganado gracias a ella y, así, se quitaban un peso de encima. Benedict llamaba todos los días mientras la investigación de Charles seguía su curso. Él hacía sus llamadas y movía hilos para que la información de Victoria fuese la correcta.

—Ya te he encontrado un trabajo —dijo el sheriff de Coldtown un día en que la llamó.

—¿Dónde?

—En un hotel de Clydeview. Necesitan una chica responsable para...

—No voy a limpiar platos, Ben —le interrumpió Victoria—. Debemos empezar con lo nuestro en cuanto llegue. No sé hacer otra cosa.

—No vas a limpiar platos, Victoria. Y no podemos empezar con esto ahora mismo. En la comisaría están muy alterados con la detención de Cuco. Han detenido a algunos compañeros de Montana y la cosa no está muy tranquila.

—¿Y qué se supone que haré?

—Vas a ser recepcionista.

—¿Recepcionista? ¿Cuánto tiempo?

—Siempre. Jornada parcial. Por la tarde podemos seguir con lo nuestro. Pero tienes que pasar desapercibida en el pueblo, querida.

Charles había organizado todo metódicamente. Había introducido a Victoria en protección de testigos y, por supuesto, había obviado la mención de que ella era el Loco. La responsabilidad y el miedo habían caído con fuerza en Edward.

—¿Y la mano con el anillo? Me dijiste que era del Loco —preguntó una vez Charles.

—Era de Miguel. Mi jefe de seguridad.

—Tú matón...

—Sí. Mi matón. Cuando supe que le tenían, supe que debía irme lejos de allí. Ya no había nadie que me protegiese.

—Estaba yo.

—Hubieses huido lejos. No lo hubieras aceptado.

—Pero hubiese vuelto.

—No lo creo.

—Sí que lo hubiese hecho. Como las olas del mar. Siempre vuelven a la orilla, aunque sepan lo que hay allí. Vuelven y vuelven insaciablemente. ¿Te acuerdas? Yo hubiese hecho lo mismo. Hubiese vuelto para volver a ver a mi amada.

Charles se las había ingeniado para crearle un currículum falso. Una vida laboral con muy buenas referencias, y el estado le había dado una pequeña cantidad de dinero para que se mantuviese los primeros días.

—Voy a poder ir a veros mucho menos, Victoria. Y siempre a escondidas.

—Lo sé, Charles. Siento muchísimo que te hayas visto inmerso en esto.

—Lo único que quiero es que estéis bien y a salvo.

—Gracias a ti lo estaremos, querido. —Victoria quiso besar en los labios apasionadamente a Charles, pero el beso no duró más de un segundo. El inspector apartó la cara de la de la chica y la abrazó dulcemente, despidiéndose de ella con un beso en la frente.

—Cuídate. Y cuida de nuestro pequeño. Iré a veros el mes que viene.

Denisse seguía contestando los correos que tenía en su bandeja de entrada, mientras que Chloe le atosigaba como siempre, contándole sus aventuras con su nuevo novio. El término nuevo novio para Chloe no era algo inusual, ya que todas las semanas se liaba con uno diferente.

—Pues eso, tía, estoy en casa con Thomas y me llama...

—¿Pero no estuviste ayer con Christian?

—Eso, joder, estaba con Christian y me llama el otro... Cómo se llamaba, el de la semana pasada...

—Antwane —contestó Denisse mientras seguía tecleando en su ordenador.

—Eso, me llama Antwane. ¡Y el imbécil de Christian se pone como loco! Que quién coño era ese... Que si estaba con dos a la vez... Que si no sé qué, que si no sé cuántos... Una rayada tía.

—Ya ves.

—Total, que me lanzo encima de él, para que se callase, porque no tenía ningunas ganas de follármelo, se baja los calzoncillos y, tía, mírame —dijo Chloe golpeando repetidamente el hombro de Denisse para que la mirase—. Así... —concluyó su compañera de trabajo poniendo las palmas de las manos de forma paralela y separándolas unos veintitantos centímetros—. Así, tía. Yo me quedé mirándola un rato, pero sin exagerarte, tía, un rato largo. Largo, ji, ji, ji, ji. —Victoria sonrió y volvió la mirada a la pantalla de su ordenador—. Me asusté, tía. Pero es que no tenía más ganas de escucharlo.

—Qué vida más dura la tuya, Chloe.

—Ah, dura. Eso. Muy grande, pero de dura poco, ¿eh? —dijo Chloe meneando la cabeza—. Me dolía la boca de intentar enderezar aquello...

Le gustaba esa chica. Era muy parecida a la antigua Victoria Legan, siempre conseguía lo que quería.

—¿Y tú, tía? Llevas desde marzo aquí y aún no me has contado nada de ningún tío aparte de lo de tu ex.

—Estoy en un momento de mi vida en el que no me interesan nada los hombres.

—¿Te gustan los chochos?

—Chloe...

—No pasa nada, de verdad. Yo en la universidad tuve un rollo bollo con mi compañera de cuarto. Pero sólo por curiosidad, ¿eh? Nada más.

—No me gustan las mujeres, Chloe.

—Está bien, pero no pasa nada si me lo cuentas —dijo Chloe abriendo el buzón de entrada de su correo electrónico—. Treinta y dos correos nuevos.

—Reenvíalos a objetos perdidos.

—Qué va. Si son todos de Michael, pidiéndome por enésima vez los informes atrasados. Ji, ji, ji, ji. Está bien, vamos al lío. —Chloe se colocó su auricular y empezó a teclear en su ordenador.

La mañana pasó con total normalidad en el High Mountain. Denisse y Chloe salieron como siempre cada hora a echar un cigarro y volvían a teclear y a ordenar informes a su escritorio. Después de tres meses en Clydeview, la tranquilidad había llegado a su vida. De octubre a febrero había muchísimo trabajo allí. Los miles de turistas que se alojaban en el High Mountain hacían que las jornadas laborales en el hotel pasasen volando, pero después de su marcha, el trabajo se hacía lento e insoportable. Denisse salió de trabajar a las cuatro de la tarde y llamó a Benedict fuera mientras se encendía un cigarro.

—Hola, Ben.

—¿Qué tal está Tommy?

—Robert, Benedict. Robert. No quiero repetirte más que su nombre es Robert.

—Perdón.

—Pues se ha levantado mucho mejor, Ben. Lo he dejado en la guardería.

—Y tú, ¿cómo lo llevas?

—Aún se me parte el alma al dejarlo allí.

—¡Pero si está más bien que quiere!

—Sí —dijo Denisse con una sonrisa—. Oye, ven y me invitas a almorzar, que no he comido apenas.

—De acuerdo, cariño. Voy hacia allá.

Almorzaron en un bar a las afueras de Clydeview, Benedict seguía escondiéndose de la muchedumbre, pero disfrutaba de esos escarceos con Denisse. Entraron en el café y se sentaron en la última mesa, al fondo del todo y pidieron una ensalada para compartir. Benedict pidió puré de patatas con guisantes y chili. Denisse pidió un sándwich mixto con salsa rosa.

—Es hora de comenzar.

—Ya era hora. Creo que no puedo soportar más los testimonios de Chloe.

—Ja, ja, ja. ¿Con quién está ahora?

—Creo que se llama Christian. O yo qué sé...

La camarera se marchó después de poner el sándwich y el puré de patatas, los dos la miraron y se lo agradecieron con una sonrisa. Benedict cogió la mano de Denisse tiernamente mientras que ella lo miraba sonriendo.

28. Benedict Mills

Diciembre de 2015

Una mano gruesa y repleta de callosidades golpeaba firmemente la puerta del despacho de Benedict a las nueve de la mañana. Óscar intentaba impedir los golpes de ese mastodonte, pero una mirada hizo que se replanteara la idea de echarle cara al asunto. La puerta hacía retumbar toda la habitación, y parecía que en cualquier momento iba a caerle a Benedict encima, tirando todo el tabique al suelo y dejando pasar a ese animal, que pisaría fuertemente la puerta en el suelo y arrastraría al sheriff por el pueblo.

—¡Benedict! ¡Sé que estás aquí! ¡Tenemos que hablar ahora mismo!

Benedict se mantenía en silencio dentro de su despacho. Tenía la puerta de su santuario bajo llave, pero sabía que si Gary quería entrar eso no le supondría ningún impedimento. Retiró lentamente la cocaína que había colocado encima de su cartera y la metió en una bolsita de plástico. Lamió su tarjeta sanitaria y se levantó de la mesa. Se miró un instante en un espejo que guardaba en el armario al fondo del despacho y detestó desde lo más profundo de su alma aquella imagen. La imagen de una persona que aparentaba diez años más de los que tenía. La imagen de un anciano repleto de rabia y de despecho. La imagen de una persona a la que la vida se le escapaba entre las manos y se escondía cobardemente entre las nieblas matutinas de Coldtown.

Caminó hacia la puerta y giró las llaves que colgaban del pomo. Una persona de casi dos metros de altura, con una espalda enorme, y unos bíceps del tamaño de las piernas del sheriff entró sin pedir permiso en el despacho. Llevaba una nota en la mano. Y olía a sudor. Olía a sudor y a rabia. A enfado y a venganza. Gary soltó el sobre encima de la mesa del sheriff, lo hizo normalmente, pero ese sobre pareció sufrir al caer ahí encima. Gary lo miró directamente a los ojos, acercándose lentamente al sheriff.

—O vas tú a por él, o voy yo y no lo cuenta.

—Buenos días a ti también, Gary —dijo Benedict dirigiéndose a la nota. Que ya no le impresionaba.

—Déjate de gilipolces. ¿Qué vas a hacer con el hijo de puta este?

—Déjame ver, hoy no hemos recibido ninguna nota.

—Pues yo sí que la he recibido. ¡Y en mi puto buzón!

Benedict se acercó al sobre y lo abrió. Una breve nota acusaba al padre Meyer de haber abusado de una joven peruana hacía unos años. Después, un recorte de prensa se hacía eco de la noticia en todo el Perú.

—Vaya... —dijo Benedict viendo la nota.

—¿Son pruebas suficientes para encarcelarlo? —preguntó Gary mirando la nota por detrás del hombro de Benedict.

—Bueno, no. No es suficiente. Si no está encerrado es porque o ya ha cumplido condena o porque no se le ha condenado. Pero, Gary, déjame que hable con él. A ver lo que me dice. El recorte de prensa es de hace dos años. El tiempo que lleva Meyer en Coldtown.

—Esos putos mafiosos siempre se salen con la suya. Abusando de niños, niñas, gente desfavorecida. Es una puta secta, Benedict. Y tenemos que acabar con ella.

—Voy a ir a hablar con él.

—Vamos a ir a hablar con él —dijo Gary.

—Mira, Gary. Voy a ir a hablar con él, y te prometo que serás la primera persona en saber lo que me ha comentado. Te lo juro. Pero no digas nada de esto a nadie. ¿Has visto alguna nota más?

Gary se quedó pensativo un segundo. Barajaba la posibilidad de ir a por su hacha e irrumpir en la misa de las diez o hacer caso a su parte más racional y esperar a que el sheriff volviese a contarle lo sucedido.

—No. No he visto ninguna nota más. Y de acuerdo. Aquí te espero. —Salió del despacho. Se sentó en la silla que daba paso a la entrada de la comisaría y se encendió un cigarro.

—Aquí no se puede fumar, Gary —dijo Óscar—. Bueno, no se debe fumar —dijo de nuevo mientras veía como Benedict cogía su abrigo y salía de su despacho, saliendo después por la puerta de la comisaría y encendiéndose el también un pitillo.

Respiró el humo del tabaco mezclándolo con una bocanada de aire fresco. Después se abrochó la gabardina y se dirigió andando a la iglesia. Hacía frío. Siempre hacía frío en aquel jodido pueblo, pero ese día en particular, hacía mucho más. La calle Hicken era una calle helada, donde hacía un par de horas había dejado de caer una copiosa nevada que congelaba el alma de los vecinos. Benedict pensaba, a escasos metros de la iglesia, en lo bien que lo había hecho Equis en aquel reparto. Sólo había tenido que repartirlo en un sitio. En un solo sitio y ya tenía todo el pandemonio listo. Supo donde dejar el bollo de crema para que el niño hambriento y diabético lo cogiese. Benedict pensaba que Equis estaba haciendo un buen trabajo. Un maquiavélico trabajo. Le estaba saliendo todo bien. Y, casi odiándose a sí mismo, admiraba el modo en el que Equis estaba llevando todo aquel asunto. A pesar de sus problemas familiares, a pesar de que sus amigos estuviesen enfrentados, y que todos desconfiasen de todos en el pueblo, admiraba el valor de Equis. Fuese quien fuese y estuviese buscando lo que estuviese buscando, tuviese un par de cojones o un par de ovarios.

Llegó a la puerta de la iglesia. Por el momento, Equis había acertado en todo lo que había contado. Jennifer había matado al que sería su futuro suegro. Aunque Benedict hubiese intentado esconder eso al pueblo para no atemorizarlo. Bill había robado miles de dólares de las cuentas del ayuntamiento, y se lo había gastado con sus colegas. Y él, Benedict, se había estado tirando a Hillary. Sabía que Equis tenía una estrecha relación con el pueblo. Lo que no llegaba a entender es cómo podía saber que Jennifer había asesinado, supuestamente en defensa propia, al padre de

Amanda. Eso fue hace mucho tiempo, antes de que las chicas llegasen al pueblo. Esa era la razón por la cual Benedict sospechaba que Equis no fuese de Coldtown. Y de nuevo le venía a la mente la imagen de una Jennifer vestida de oscuro corriendo por las calles del pueblo repartiendo esas malditas notas. Pero ¿por qué Jennifer haría eso? No lo veía lógico. No se podía inculpar, aunque sabiendo lo que pasó aquella noche en las fiestas del pueblo podría haber estado haciendo el papelón del siglo. Todo seguiría bien mientras aquellas tierras fangosas siguiesen teniendo bien encerrado el mayor secreto de Coldtown.

La puerta de la iglesia estaba abierta. Benedict entró santiguándose, odiándose a sí mismo al hacerlo. Desde hacía dos años era cristiano por obligación. Y por apariencias. No se sentía cómodo rezándole a un dios ni siendo miembro de una sociedad que permitía todos los desastres y todas las calamidades que empezaron a azotar Coldtown desde aquel fatídico día de Navidad. Caminó lentamente entre aquellos bancos de madera, pisando el frío suelo de mármol blanco y respirando el helado aire celestial de aquel templo. Veía a Meyer al fondo del pasillo, repasando una especie de libreta. Este levantó la mirada desde lejos y lo saludó con una sonrisa. Parecía tranquilo, demasiado tranquilo. Pero Benedict no podía fiarse de los habitantes del pueblo, eso lo había aprendido hacía mucho tiempo.

—Buenos días, Benedict. ¿Qué puedo hacer por usted? —dijo Meyer mientras dejaba el cuaderno y entrecruzaba las manos por encima del vientre.

—Buenos días, padre. ¿Podemos hablar un momento?

—¿Viene a confesarse?

—Ya sabe que no, padre.

Meyer esbozó una sonrisa pícaro. Él tampoco se fiaba de ninguno de los pueblerinos.

—¿Y bien?

—Gary Bergon ha recibido esta nota en su casa esta mañana. —Benedict entregó la nota al cura, el cual la abrió y leyó atentamente.

—Vaya —dijo Meyer, mientras leía la nota de prensa que venía dentro del sobre. Benedict notó como su afable rostro cambió por completo al leerla. Y supo que Meyer ocultaba algo, algo, lo mínimo. Pero que también tenía un oscuro secreto.

—Gary Bergon quiere venir a verle, padre.

—Ese señor siempre quiere venir a verme. Yo, como usted comprenderá, no tengo nada que ver con lo que le pasó de joven. No todos los sacerdotes somos como esa lacra que infectó a la sociedad católica. Es sólo una muy escasa minoría.

—Eso se lo puede explicar a él.

—¿Cree que no lo he hecho ya? ¿Sabe cuántas veces me ha amenazado directamente? ¿Entrando en mi casa? ¿En la casa de Dios? Mi diario está plagado de las amenazas que he recibido por su parte.

«Un diario», pensó Benedict. «Meyer tiene un diario. Si el cura de Coldtown tiene una libreta donde apunta todo lo que le ha sucedido en el día, lo más probable que tenga algo escrito referente a alguna confesión».

—No pienso seguirle más el juego. Seguro que esta nota la ha escrito él, para hacerme desaparecer de aquí. O para meterle fuego a todo esto, como ya me ha dicho más de una vez.

—Las notas son idénticas a las que hemos recibido esta semana.

—Pues mira, algo encaja. Quizá sea él el que quiere sacar a la luz todos esos secretos.

Benedict se quedó pensativo. Durante unos segundos intentó atar cabos, pero ni por asomo se imaginaba a Gary, una persona con más testosterona que neuronas tramando ese plan. Y, además, ¿para qué? ¿Para qué iba a hacer eso? ¿Para echar a Meyer del pueblo? Sabía a la perfección que si él no estaba aquí sería otro el que ocupase su lugar.

—Padre, tengo a Gary en comisaría. Casi he tenido que suplicarle para que se esperase allí mientras yo venía a hablar con usted. Porque quería hacerlo él, y creo que yo soy la mejor opción para usted.

—¿Me está amenazando, sheriff?

—Para nada, padre. —Benedict se avergonzó de sus palabras. Dichas así sí que parecía una amenaza—. Siento que lo haya entendido así. Pero sabe que no puedo retener a Gary por nada, y ya sabe cómo es ese monstruo.

Meyer afirmó con la cabeza.

—¿Por qué no me cuenta qué es lo que pasó en el Perú?

—He estado más de un año intentando arreglar esto, Benedict. No remuevas la mierda, por favor —dijo Meyer santiguándose y pidiendo perdón mientras miraba al cielo de la iglesia.

—Tiene que explicármelo. Es su obligación.

—¿Obligación? ¿Me está hablando en serio, sheriff? Alguien está frustrando al pueblo entero y usted no está haciendo nada. Nos está poniendo en contra unos a otros y usted está buscando sin éxito una cabeza de turco. ¿Ha investigado también la nota de su amigo Bill?

Como una patada en la entrepierna. Así le habían sentado las palabras del padre.

—¿Ha investigado también la nota en la que habla de usted y Hillary?

—Ya basta, Meyer.

—Ya basta no, Benedict. Las notas están destrozando la quietud de Coldtown, y llevamos ya casi una semana detrás de esto.

—Estoy haciendo lo que puedo.

—Pues haces muy poco.

—No consentiré que me hables así, Meyer. Soy el sheriff de Coldtown y me merezco respeto.

—Respeto nos merecemos los habitantes de Coldtown, y no lo estamos recibiendo.

Los dos se quedaron mirándose seriamente durante unos segundos, hasta que el padre Meyer se dio la vuelta.

—Ven, acompáñame.

Caminaron por un lateral de la parte delantera de la iglesia y entraron en la habitación de Meyer. El cura abrió un pequeño cajón bajo llave y sacó una carpeta y después guardó el pequeño llavín en un recipiente. Benedict se fijó que debajo de esa carpeta Meyer guardaba una libreta. Pudo ver parte de las anillas, era negra, y tenía la tapa delantera gastada, como afectada por el paso de los años. Meyer le pidió a Benedict que se sentase en la cama, como había hecho hacía unos días cuando vino con Bill a preguntar si sabía algo de las notas. El sheriff le hizo caso y Meyer le entregó la carpeta.

—Ahí tienes todo lo que quieres saber —dijo el cura mientras se acercaba a la cafetera. Acercó las manos al aparato y notó que aún estaba caliente. Cogió la cafetera y vertió un poco de café en dos tazas. Dejó caer dos azucarillos dentro de las mismas y le acercó una de ellas al sheriff, el cual aceptó agradeciéndole el gesto.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Benedict mientras ojeaba las páginas de aquella carpeta repleta de documentos.

—Son dos años perdidos de mi vida, Benedict.

Benedict seguía mirando los documentos. En parte Equis había acertado con esa nota. Pero sólo en parte.

Meyer se acercó a Benedict y le arrebató los documentos que tenía en las rodillas.

—Ya está bien. Ya has visto demasiado.

—Espera, Meyer —dijo Benedict mientras retenía un documento echándole un último vistazo.

—No, Benedict. No tengo por qué enseñarte esto, y lo estoy haciendo para que te quedes tranquilo.

—Cuéntame al menos qué es lo que pasó —suplicó Benedict mientras le entregaba el último documento que le quedaba.

—No quiero volver a eso, Benedict. Lo pasé muy mal.

—Hazlo por Coldtown, Meyer. Tenemos que encontrar a esa persona que nos está jodiendo.

Meyer se quedó mirando a Benedict y después a los documentos mientras los guardaba de nuevo en el cajón. Bajo llave. Y bajo la atenta mirada del sheriff.

—Hace tres años me fui al Perú en una misión humanitaria —comenzó a contar Meyer después de tomar un sorbo de café—. Allí conocí a Valentina. Una joven peruana, preciosa y bondadosa. —Benedict lo miraba, mientras mantenía las manos en la taza de café, dando vueltas por aquella pequeña habitación—. Era una chica genial. Inteligente, bella, buena. Estaba como voluntaria en un centro de atención médica a las afueras de San Antonio de Antaparco, una de las zonas con más pobreza del Perú. Allí comenzamos una relación laboral, que después desencadenó en una de amistad, y después en algo más. —Meyer miró a Benedict. Ahora era él el que se avergonzaba de lo que había hecho—. Sí, Benedict. Me enamoré de ella. Sé que estuvo mal, pero irremediablemente me vi arrastrado por sus encantos y su sonrisa. Sus rasgos mestizos, provenientes de los peruanos de ascendencia europea, le habían otorgados unos ojos negros rasgados, una cara limpia y morena, un pelo castaño que le caía rizado hasta muy por debajo del cuello, y unos ojos, sheriff, unos ojos tan oscuros que infligían respeto si los mirabas fijamente.

Meyer se sentó en la cama al lado de Benedict. El sheriff sentía como el cura se venía abajo. Sabía que Meyer no quiso manchar su celibato, y sabía que, claramente, no lo hizo intencionadamente.

—Empezamos a quedar después del trabajo, y dábamos vueltas al atardecer, por aquellas zonas devastadas por la pobreza extrema. Hablábamos de literatura, de arte, de ciencia. Me preguntaba cómo era la vida en Estados Unidos. Fíjate, que un día se me presentó con una camiseta con la bandera de nuestro país, y no sé de dónde la sacaría, pero le faltaban tres estrellas. —Meyer sonrió con nostalgia—. Me encantaba, Benedict. Era una chica realmente inteligente, demasiado diría yo.

Meyer se levantó de nuevo. Comenzó a dar vueltas por la pequeña habitación mientras Benedict observaba como se movía inquieto. El cura apoyó su trasero en el pequeño escritorio que tenía allí. Benedict se fijó en que, inconsciente y disimuladamente, el cura comprobaba que el cajón donde se suponía que guardaba su diario estuviese cerrado.

—Demasiado inteligente, Benedict. La chica me encandiló, pero no porque yo le gustase, ni mucho menos porque se estuviese enamorando de un cura misionero, qué va, sólo quería que me la

llevase a Estados Unidos. —La cara de Benedict cambió por completo—. Sí, así era. Te juro, Benedict, por Dios, y mira si esto es serio, que nunca abusé de ella. Nos acostamos muchas veces, sí, cosa de la que me arrepiento. Por aquellos tiempos estaba convencido de que dejaría la Iglesia. El amor de Dios había sido sustituido por el de Valentina. Nunca la forcé a hacer nada. Es más, siempre era ella la que daba el primer paso. Yo me lo prohibía intrínsecamente cada vez que veía que su sinuosa figura se acercaba a mí, ardiente de deseo.

Meyer se sentó ahora en una pequeña silla que tenía al lado de la puerta de entrada de su habitación. La silla sonó a madera vieja quebrándose por el paso del tiempo. Tomó otro sorbo de café y miró al sheriff de nuevo, para confesarle:

—Ardiente de deseo por escapar de San Antonio de Antaparco. El día que me dijo que quería escapar de allí no lo olvidaré en la vida. Estaba lloviendo. Me la encontré vagando sola por aquellos carriles enfangados, con la ropa sucia y el pelo mojado. Me miró y me dijo que estaba harta. Que no podía más con todo aquello. Yo le abrí mi corazón, Benedict. Le dije que estaba enamorado de ella, y que si ella quería nos podíamos ir a otra zona más tranquila, podríamos montar nuestra propia organización de ayuda al necesitado. —Meyer se levantó de la silla y fue directo a la cafetera echándose otro café. Ofreció una taza más a Benedict, que aceptó encantado—. Ella se dio cuenta de lo que yo sentía, y lo aprovechó. —Meyer se dirigió de nuevo a la silla después de servirle café a Benedict—. Me dijo que la sacara de allí, que la llevase a Estados Unidos, me lo suplicó durante días. Yo no podía hacer eso, Benedict. Le comenté que no podía hacerlo, que no me era posible. Ella no tenía visado, y yo no podía jugarle mi puesto. Le ofrecí un trato. Yo dejaría la Iglesia y me quedaría con ella. En cuanto acabásemos la ayuda humanitaria nos iríamos fuera de aquella zona, y como le había comentado antes, crearíamos nuestra propia organización. —Meyer miró a Benedict y sonrió amargamente—. Me dijo en un inglés pobre que me fuese a tomar por el culo, Benedict. «Vete a tomar por culo». Dio media vuelta y se fue. Yo corrí tras ella, sorteando los enormes charcos de agua que había por aquel camino y seguido por perros callejeros. Ella se giró justo antes de que la alcanzase, me dijo claramente estas palabras: «No me sigas, no quiero volver a verte más si no me sacas de aquí». Yo le dije que no podía hacerlo, y su rostro de muñeca bondadosa cambió por completo. Me abofeteó. En sus ojos estaba el mismísimo demonio. —Meyer tomó otro sorbo del café, calentándose las manos en aquella fría habitación, mientras miraba el suelo y Benedict lo seguía con la mirada—. Esa noche no dormí en mi habitación. Dormí en los calabozos de una hedionda y calada comisaría en no sé qué punto de Angaraes. Valentina me había denunciado. Había dicho a los policías que yo había abusado de ella. Y claro, un estadounidense que va a ayudar al Perú y abusa de sus mujeres, no es bien recibido. Me dejaron hacer una llamada a mi abogado, pero yo no tengo abogado. Yo soy yo y Dios. Nadie más. Así que, para salir de aquel embrollo, y sin tener que molestar al jefazo —sonrió Meyer—, llamé a Monseñor Isidoro Barrios Barroso, el obispo de Huancavelica. No sé qué hizo, Benedict, la verdad, pero salí de allí la mañana siguiente. Él no quiso contarme nada, sólo me dijo que yo no era el primer primo que caía bajo los encantos de Valentina. Monseñor Isidoro Barrios Barroso arregló la documentación de la policía peruana y ahí tienes los resultados. Una declaración firmada por Ramón Germán Ibaez, alcalde de la provincia de Angaraes, por la jefatura nacional de policía peruana y por Monseñor Isidoro Barrios Barroso, declarándome inocente y explicando lo que había hecho Valentina. Esto no estaba en la nota,

¿verdad? —Meyer resopló cansado—. Al día siguiente de tener esa declaración en mis manos, volé directamente para Estados Unidos y no volví a ir allí hasta pasados unos cuantos meses.

—¿Por qué sigues yendo?

—¿Por razones humanitarias, quizás?

—No hay nada más que me quieras contar.

—Nada más que deba contarte.

Una voz empezó a sonar al fondo del pasillo. Fuera de la habitación de Meyer alguien reclamaba la atención del cura.

—Un momento, ahora vengo.

Meyer salió por la puerta de la habitación y Benedict no dudó un segundo. En cuanto se fijó que Meyer había cruzado hacia la izquierda por aquel angosto pasillo, se movió rápidamente para coger la llave del cajón. Difícilmente pudo cogerla de aquel estrecho recipiente, las manos no le cabían allí dentro y tuvo que maniobrar sus largos dedos y volcarlo hasta dar con ella. La introdujo con nervios y prisas en la cerradura y la abrió. El cajón estaba algo atascado y chirrió cuando lo sacó, maldiciendo Benedict ese sonido delator. Encima de la libreta había unos billetes de avión al Perú, los apartó y cogió la pequeña libreta de anillas y tapa negra desgastada y la abrió encima del escritorio. Sacó su teléfono móvil y fotografió rápidamente algunas de las páginas que quedaban en aquel cuaderno sin fijarse en lo que ponía y ojeó las restantes comprobando que no había nada de valor en ellas. Cerró la vieja libreta y la guardó como creía que estaba guardada de nuevo en el cajón. Cerró este de forma casi silenciosa y dejó la llave de nuevo en el pequeño recipiente de metal. El sonido de la llave golpeando con el metal se fundió con los gritos de miedo y angustia que Meyer soltaba en la entrada de la iglesia. Benedict se dio media vuelta rápidamente, corrió por el pasillo de la salida de esa habitación y viró a la izquierda. Allí, casi sin poder respirar, llegó a una pequeña sala que daba a la parte central de la iglesia. Desde allí pudo ver a Meyer en el suelo, y a Gary encima de él golpeándolo en el rostro con sus puños. Benedict corrió hacia ellos y saltó encima del gigante. Con mucho impulso logró separarlo de Meyer y dejarlo bocabajo en el suelo de la iglesia. Benedict sacó su pistola de la parte trasera de sus pantalones y apuntó a Gary mientras se levantaba e iba a ver el estado de Meyer.

—¡Aquí no, Benedict! ¡Es la casa de Dios! —dijo Meyer desde el suelo.

—¿Estás bien? —La cara de Meyer era un mapa. Estaba llena de sangre y golpeada con ira hasta la saciedad.

—Estoy vivo —dijo el cura mientras se levantaba poco a poco.

Benedict se dirigió de nuevo a Gary, que miraba a los dos desde el suelo.

—Date la vuelta, Gary.

—No has hecho nada, Benedict. Eres una mierda de sheriff.

—Date la puta vuelta, Gary. ¡Ya! —Benedict se acercó a Gary y se puso en su espalda. Sacó unas pequeñas esposas que nunca había usado y que guardaba en su gabardina y con un poco de inexperiencia se las puso a Gary—. Levanta.

Gary se levantó mientras Benedict se mantenía detrás de él.

—Vas a pasar un buen tiempo en el calabozo, Gary —dijo Benedict.

—Sí, pero cuando salga, mataré a ese hijo de puta —dijo Gary mientras miraba a Meyer.

—Yo no he hecho nada, Gary. Benedict te lo puede explicar —comentó ahora Meyer.

—Benedict es un vendido. Todos lo sabemos, vendería a su madre porque no haya problemas en Coldtown. —Benedict agarró a Gary del pelo y lo arrastró hacia la puerta de la iglesia. Lo acompañó al coche, mientras que la expectante población miraba asombrada la escena. Nunca habían visto a nadie esposado, y menos a nadie esposado al que estuviesen metiendo en un coche patrulla. La gente rumoreaba, se hablaban a los oídos mientras Benedict intentaba no hacer mucho caso.

—Vamos, Meyer. Tienes que denunciar esto.

—Prefiero no hacerlo, Benedict.

—Estás obligado, vamos. Móntate.

Meyer hizo caso al sheriff y los dos se montaron en los asientos delanteros. Durante el camino, Gary no paró de soltar blasfemias sobre la Iglesia, que tanto piloto como copiloto pasaron por alto. Benedict tuvo que recordarle a Gary que todo lo que dijese se podría utilizar en su contra, pero este seguía blasfemando e insultando a Meyer y a su organización.

—Gary, cállate de una puta vez —obligó Benedict al detenido.

—¿Me vas a mandar a la cárcel, Benedict? Si el abusador este que está a tu lado me denuncia, con mis antecedentes, iré a la cárcel, ¿verdad?

Benedict se quedó callado.

—Te he preguntado algo, Benedict. Iré a la cárcel, ¿verdad?

—Sí, Gary, irás a la cárcel.

Gary sonreía en el asiento trasero del vehículo, con las manos esposadas tras la espalda y mirando como el frío invierno azotaba los árboles de la calle Main.

—Pero tú no quieres eso, ¿verdad, Benedict?

El sheriff se calló.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Meyer a Benedict, mientras este se mantenía callado.

—Te lo explicaré yo, violador de mierda. —Gary se acercó a la parte delantera del vehículo con las manos esposadas tras la espalda, manteniéndose a escasos diez centímetros del oído de Meyer y separado por la reja metálica que separaba a los detenidos de los policías—. Si me denuncias, tendré que ir a la cárcel; por lo tanto, preguntarán por qué me has denunciado. Entonces saldrá el tema de las notas. Y eso de las notas no ha salido de Coldtown, y Benedict quiere mantener eso de las notitas dentro del pueblo, ¿verdad, Benedict? —Benedict miró por el espejo retrovisor a Gary, intentando hacerle callar—. Claro. Porque el tema de las notitas lleva consigo un secreto, que sólo Benedict conoce, ¿verdad, Benedict?

Benedict paró el coche y se giró.

—Vas a ir a la puta cárcel, Gary.

Salió del coche y se dirigió a la puerta de atrás. Sacó a Gary y se lo entregó a Óscar. Se acercó a Meyer y le entregó un pañuelo de papel, para que secase la sangre que le recorría el labio.

—No hagas caso a Gary, Meyer. ¿De acuerdo? Vamos, entra.

Meyer miró a Benedict como entraba en la comisaría, dudando si hacer lo mismo o no. Ni siquiera el cura del pueblo podía confiar en nadie en Coldtown.

29. La historia de Victoria Legan

Montana, verano de 2013

Aquel verano en Montana fue sin lugar a dudas el más feliz de toda su vida. Benedict la había metido de nuevo en el negocio y a Denisse cada día le costaba más levantarse a las siete de la mañana e irse a un escritorio a contestar correos. El sheriff había logrado informar a su clientela que el Loco había vuelto y que se había asociado con él. La gente no le creía, la noticia de que el mayor narcotraficante que había dado la costa sur de Estados Unidos había sido asesinado había corrido como la pólvora por todos los tugurios del país debido a las interminables y repetitivas noticias en los telediarios. Denisse seguía en sus trece, no quería salir del anonimato, y ahora menos porque tenía que proteger al pequeño Robert. Por ese motivo, a Benedict y a ella les costó mucho hacerse notar de nuevo en el mercado. Hubo muchos asesinatos, muertes de la competencia, y siempre con el sello de los sicarios del Loco, la sonrisa del payaso y los dedos de las manos cortados y colocados alrededor de su cabeza como si de un aura se tratase. Una idea macabra de la antigua Victoria. Una imagen grotesca a la que ella llamaba arte.

Estaba muy contenta con sus nuevos chicos y hasta había metido en el negocio a un joven muchacho de Coldtown. Eric Wall. Benedict le tenía bastante estima, y Denisse le encomendaba trabajos fáciles y rápidos por los cuales ganaba a la semana algunos cientos de dólares. El problema vino cuando el padre de Eric, Henry Wall, se enteró de los trapicheos del muchacho y fue a hablar con Benedict.

Quedaron en la fábrica de Henry, una mañana de verano en la que una brisa fresca impedía guardar la ropa de invierno.

- ¿Está metido mi hijo en tus turbios asuntos, Benedict? Dime que no, por favor.
- No, Henry, tranquilo. Eric es un buen muchacho, y no dejaría nunca que se metiera en líos.
- Por tu bien, Benedict. Me da igual que seas el sheriff aquí.
- ¿Me estás amenazando? Tienes mucho que agradecerme, así que no me toques los huevos.
- Sólo te pido que dejes a mi hijo fuera.
- Yo no le obligaría nunca, ya es mayorcito. No sé si lo sabes.

Henry Wall era un hombre importante en el pueblo, pero en ese momento era Ben el que manejaba el cotarro. Denisse sabía que Henry conocía a mucha gente, forrada de pasta como él, a la que le encantaba la fiesta, las putas y la cocaína. Esa gente conocía a más gente. Y todos venían a buscarla muy de vez en cuando. Sabía que no debía tener problemas con él, si quería seguir expandiendo su negocio. Por ese motivo, una mañana habló con Eric.

—Eric, cariño. Tenemos que dejarte fuera de este asunto.

—No, Denisse. Por favor.

—Tu padre nos matará.

—No lo hagas, por favor. Sabes que necesito el dinero.

—Eric, tu padre está forrado. Cuéntaselo.

—No puedo, siempre dice que soy un irresponsable, y que no sé qué quiero hacer con mi vida. Que siempre voy dando tumbos y que necesito centrarme.

—Pues por eso mismo. Cuéntaselo. Seguro que te sube el sueldo.

—No quiero seguir trabajando en su empresa, Denisse. Es un tirano. La gente aquí cree que es una buenísima persona, pero no es así. Mi madre ha estado a punto de dejarlo muchas veces.

—Lo siento, de verdad. Toma —dijo Denisse acercándole un pequeño fajo de billetes—, aquí hay unos cuatro mil dólares. Alquilate un pequeño apartamento cerca y busca otro trabajo.

Eric miró los billetes de reojo, suspiró y los cogió de mala gana.

—Gracias, Denisse. Veré qué hago.

Con el que estaba más contenta de su nueva plantilla de trabajadores era con Arnie. Su apodo cariñoso contrarrestaba totalmente con sus dos metros y diez centímetros, con su cabeza como dos de Denisse y esos brazos llenos de venas por las cuales sólo corría maldad. El nombre se lo puso Denisse, en realidad se llamaba Brad Hucker, pero le puso Arnie por su gran parecido con Schwarzenegger. Era un toro. Un paletto de un pequeño pueblo con menos luces que un barco pirata y con algo de discapacidad. Para él darle un «sustito» a alguien era partirle siete huesos del cuerpo y tenerlo en cama seis meses. Pero a Denisse le encantaba cómo firmaba sus cadáveres por ella.

—Jefa. Mira lo que te *traío*.

—A ver, déjame ver, Arnie —decía Denisse mientras cogía el teléfono móvil del hombre y miraba la fotografía que había realizado del cadáver—. Me encanta, eres todo un artista.

—Gracia, jefa —decía Arnie mientras la cogía por la cintura con un brazo y se la llevaba al cuarto. Allí se follaba a Denisse de una forma brutal, como un animal, embistiéndola por detrás mientras gritaba como un poseso. Victoria siempre le decía lo mismo al acabar.

—Sabes lo que pasará si alguien se entera de esto, ¿verdad, Arnie?

—Zi, jefa. *Benedí* disparo mi cabeza —hablaba fatal, pero a Denisse le ponía cachondísima que hablase como un puto indio.

—Buen chico.

El verano de 2013 estaba dando paso al otoño y Denisse y Benedict se estaban haciendo con el control de todo el estado de Montana. El dinero en metálico ya no cabía en las cajas que tenía amontonadas en la habitación de invitados y a Denisse le daba ya hasta coraje cuando sus chicos aparecían por la puerta con paquetes llenos de billetes.

Las hojas de los árboles caían como su competencia, y los cielos grises se apoderaban otra vez más de los cielos de Montana. Denisse tenía la mañana libre y decidió ir a ver a Chad. Hacía un

par de semanas que no lo veía y ya lo echaba de menos. Dejó al pequeño Robert en la guardería de Clydeview y se dirigió al Hillary's, por la mañana estaría Claire, y a ella le daba igual que Denisse flirtease con Chad. Claire odiaba a su hermana Hillary.

Aparcó justo enfrente del bar y bajó del coche.

—Buenos días —dijo al entrar en el bar.

—Buenos días, señorita —dijo Chad con una sonrisa mientras manejaba la máquina del café—. ¿Qué va a tomar?

—A ti —dijo Denisse en el preciso instante que la mujer de Chad aparecía por la puerta de la cocina. Rezó porque no se hubiese enterado de lo que le había contestado a Chad, rezó no tener que partirle la boca contra la plancha ya de buena mañana.

—¡Hola, buenos días! —saludó Hillary.

—Hola, buenos días —contestó Victoria.

—¿Qué desea tomar?

—Un café solo, por favor —contestó Victoria a Hillary, mientras que esta echaba a un lado a Chad.

—De acuerdo. Chad, vida mía, ¿puedes ir a hacer los recados? Nos hacen falta algunas cosas. Las tienes apuntadas en la cocina.

—Claro, cariño. —Chad salió de detrás de la barra del bar mirando a Denisse de reojo y guiñándole un ojo cuando Hillary no le veía.

—¿Qué tal se portan los ciudadanos de Clydeview? —dijo Hillary mientras le servía el café.

—¿Eh? —preguntó Denisse.

—Los ciudadanos de Clydeview, que cómo se portan. ¿Muchas trastadas? Aquí la verdad que estamos tranquilos, Benedict hace muy bien su trabajo.

Denisse cayó en la cuenta de que el imbécil de Benedict le había contado, la primera vez que vino a Coldtown, que Denisse era la inspectora de policía de Clydeview.

—Ah, sí. Bien, se portan bastante bien. Es un pueblo tranquilo. —«Estúpido Benedict. Podría haberle contado aquel día cualquier otra cosa», pensó.

—¿Coldtown le gusta verdad?

—Sí, me gusta. Yo vengo del sur y allí no tenemos los paisajes nevados que tenéis aquí. Esos techos inclinados y ese ambiente casi de cuento de hadas.

—Sí, ya veo. Es que últimamente la he visto mucho por aquí. Desde que la vi por primera vez, no paro de verla por Coldtown —dijo Hillary sonriendo.

—Sí, suelo venir mucho —dijo, pero pensó: «Mierda».

—Sí, y a mi bar también suele venir mucho, pero yo nunca estoy. Qué mala suerte, ¿verdad?

—Bueno —dijo Denisse mientras se bebía el último sorbo de café y dejaba ochenta centavos encima de la mesa—. Es el único bar que tenéis —contestó con una sonrisa—. Hasta luego.

—Espera —avisó Hillary cuando Denisse ya tocaba la puerta de salida—. En Clydeview hay siete bares. ¿Por qué no vas a esos?

—¿Perdona?

—Sé lo que vienen a hacer las tías de ciudad como vosotras. Vienen a los pueblos a quitarnos a nuestros maridos, os conozco bien. Pero una cosa te voy a decir, no quiero que vuelvas por este bar. Sé que quieres follarte a Chad. Así que no quiero volverte a ver por aquí.

A Denisse se le pasó por la cabeza en ese mismo instante saltar por encima de la barra, partir la botella de whisky que había cerca de la caja registradora e hincársela en el cuello mientras le daba vueltas como si fuese un destornillador. Pero no lo hizo, y no fue por falta de ganas.

—Estás loca —dijo al fin saliendo por la puerta del bar.

Se montó en el coche aún con la ira inundando su cuerpo y se dirigió a la casa de Jennifer y de Amanda. Dejó atrás la fábrica de Henry Wall y condujo por la calle Hummer hasta la plaza, allí, observó a unos niños que se dirigían a la guardería, jugando a darle patadas a los montones de hojas que había en la calle y que alguien había recogido. Denisse sonreía mientras observaba a los chavales las trastadas que hacían cuando el pitido de un coche la sacó de su ensimismamiento.

—¿Eres imbécil o qué coño te pasa!? —Denisse se había saltado un stop y el joven que casi choca con ella por su culpa salió del coche inmediatamente a recriminarle su manera de conducir. Se dirigió a ella lleno de furia, pero primero se quitó su americana y la dejó tirada encima del capó de su coche, echándose el pelo para atrás y mascullando enervado—. ¿Es que no te enteras o qué pasa?! ¡Te estoy hablando, gilipollas! ¡Sal del puto coche de una vez! ¡Te voy a partir la cara! —Denisse salió del coche cuando el chico estaba llegando a la puerta de su vehículo, salió lentamente, sin inmutarse y con una sonrisa en el rostro. Se quitó las gafas de sol y se quedó mirando al hombre desde abajo, quieta, impasible. Se veía su sonrisa reflejada en las gafas de aquel tipo.

—Estúpida. ¡Mujer tenías que ser!

—Siento mucho lo que ha pasado, no debí saltarme el stop.

—¿Y así lo arreglas? ¿Con una jodida disculpa? ¿Dónde te han dado el carné?

—Creo que se está alterando demasiado, caballero. Le ruego me disculpe. ¿Hay algo que pueda hacer para que se calme?

—Sí, ¡chúpame la polla, zorra! —El hombre se montó en su coche y cerró la puerta de un portazo. Salió derrapando de aquella calle mientras Denisse sacaba el móvil.

—Benedict —dijo Victoria mientras se montaba en su coche y seguía el camino hacia la casa de Jennifer y Amanda—. Un hombre alto y trajeado. Guapo. Engominado y con unas gafas de aviador de espejo plateadas. Conduce un Toyota sedán azul oscuro y tiene una pequeña cicatriz en la mejilla.

—Sí, es David. ¿Qué pasa?

—¿Quién coño es David?

—Un amigo mío. Es el director del banco de Coldtown.

—¿Por qué nunca me has hablado de él?

—No sé, Victoria... Digo... Denisse. No sé por qué nunca te he hablado de él. ¿Qué pasa?

—Nada, nada. Déjalo.

Victoria colgó la llamada y marcó el número de Arnie.

—Arnie, cariño.

—*Ime*, jefa.

—¿Sabes quién es el director del banco de Coldtown?

—*Zí*, jefa. Tonto. Mira mal a mí cuando voy al pueblo.

—¿Si te digo que le hagas una visita cuando salga del banco te portarás bien con él?

—¿Brazos roto?

—No, joder, Arnie, no. Sólo, no sé, dale un guantazo en la cara con esas manos tan grandes que tienes, y dile que hay que respetar, cuidar y hablar bien a las mujeres, ¿de acuerdo?

—*Respetá, cuidá, hablá* bien mujeres.

—A las mujeres, Arnie. Vamos, repítelo. Dilo bien. Tú puedes.

—*Respetá, cuidá, hablá* bien a la *mujere*.

—Perfecto, cariño.

Victoria colgó y siguió conduciendo hasta aparcar justo enfrente de la casa de las chicas.

Llamó a la puerta y Jennifer le dio paso.

—Espera, Denisse. Te traigo eso.

—Tranquila, cariño.

Denisse se sentó en el salón. En la televisión estaban dando el parte meteorológico y por lo que se veía el invierno iba a llegar antes ese año.

—Toma.

—Gracias, guapa —dijo Denisse recogiendo un pequeño paquete de cartón y guardándolo en el bolso—. ¿Y Amanda? ¿En clase?

—Sí, hoy tiene examen ¡Por cierto! ¡Ya habrá acabado! Ahora la llamaré...

—¿Qué dicen tus compañeros de esas nuevas anfetaminas?

—Les gustan, sí. Supongo. No sé. Por lo menos pagan —dijo Jennifer mientras las dos sonreían—. Oye, Denisse, quería comentarte... verás...

—¿Qué pasa?

—Creo que queremos dejar de hacer esto.

—¿Cómo? ¿Por qué, cariño? —dijo Denisse levantándose del sofá.

—Es que ya hemos ahorrado mucho dinero, Denisse, y te agradecemos que nos perdonases la deuda del padre de Amanda, pero es que ya tenemos para muchos meses de alquiler, para la universidad, para nuestros gastos, y creo que ya va siendo hora de que dejemos esto antes de que pase algo.

—¿Qué va a pasar? ¿Queréis que os pague más?

—¡No! ¡No es eso! Nos pagas muy bien, pero estamos algo asustadas. Amanda tiene pesadillas todas las semanas. Se despierta por la noche temblando, creyendo que le debe dinero a alguien y que van a venir a por ella.

—En parte es cierto.

—¿Cómo dices?

—Que en parte las pesadillas de Amanda son reales. Le debe mucho dinero a alguien, y puede que venga a buscarla.

—Denisse, oye, nos dijiste que eso estaba saldado si hacíamos los trabajos que nos pedías. Y lo hemos hecho y, de verdad, te estaremos siempre agradecidas, pero no podemos seguir haciendo eso —dijo Jennifer retirándose un poco de su visitante.

Victoria acertó los pasos que Jennifer había dado y le habló muy cerca del oído:

—Os he hecho ganar muchísimo dinero, niñata. Y sí, me tenéis que estar siempre agradecidas. Y no, esto no se acaba. Esto se acaba cuando a mí me da la gana. ¿Entendido?

—Sí, Denisse —dijo Jennifer quitando la cara de la mirada asesina de Victoria.

—Muy bien —concluyó Victoria mientras salía de la puerta y se encerraba en su coche.

Eran las siete de la tarde y Denisse volvía a casa cuando el sol empezaba a esconderse detrás de aquellas montañas. Había recogido a Robert hacía un par de horas y se lo había llevado a comer patatas fritas y a beber batidos en el Ecton, un bar en el centro de Clydeview. Le encantaba ver como el pequeño disfrutaba mojando las patatas en el batido de fresa y se llevaba a la boca tres o cuatro a la vez. Le encantaba esa criatura. Le encantaba pasar horas sin tener nada que hacer, observando simplemente como su pequeño jugueteaba o se ponía perdido con el aceite de las patatas fritas. Aquel pequeño cabrón le había robado el corazón y gracias a él había cambiado. O casi.

Por otro lado, Arnie había llegado a Coldtown. Esperaba sentado en un banco de madera situado en la plaza del pueblo tomándose un zumo de piña esperando a que David saliese del banco. Las puertas del establecimiento se abrieron por fin y Arnie vio salir de allí a un hombre trajeado y engominado. Le caían unos mechones de pelo que se recogía con las gafas de sol, poniéndoselas en lo alto de la cabeza.

—*Davi* —dijo Arnie al acercarse a él y con la voz rota.

—¿Quién coño eres? —contestó David de mala gana, mirando el robusto cuerpo del gigante desde abajo.

—Re... re... re...

—Ja, ja, ja ¿Qué dices, tartaja? Vamos, a ver, ¿qué quieres decir? —dijo David burlándose de Arnie.

—Re... mujjj... mujjj... habla...

—Ja, ja, ja, qué curioso. Nunca había visto a un tartamudo, vamos, hombretón, tranquilo, ¿qué me intentas decir?

Arnie alzó su mano derecha y la abrió lo máximo que pudo. Los dedos gordos y duros se separaban el uno del otro, levantó más la mano y abofeteó con tal fuerza a David que este cayó al suelo a unos metros de él. Las gafas se quebraron en el suelo y Arnie se acercó al cuerpo desorientado de David. Golpeó fuertemente el estómago del banquero con su pie derecho un par de veces mientras David se revolvía de dolor en el suelo. A Arnie se le habían calmado ya los nervios, se acercó a la cara de David y le habló al oído:

—Tú no acerques más a Denisse.

David se le quedó mirando desde el suelo mientras se abrazaba a su estómago, intentando levantarse y mirando hacia todos los lados por si alguien le había visto hacer el ridículo.

La plaza estaba desolada y David había desaparecido entre las calles de Coldtown, refugiándose en el Hillary's y pidiéndole un whisky a Chad.

—Aún tienes la cara roja, tío. Menudo guantazo te ha tenido que dar.

—Vaya hostia, de verdad. Creo que tengo la mandíbula desencajada.

—No digas tonterías.

—Te lo juro, Chad, tenía la mano como un muestrario de pollas. Seguro que me ha roto algo —contestó David mientras Benedict entraba por la puerta del establecimiento. Se acercó a David, no antes de gesticularle a Chad que le pusiera una cerveza.

—¿Quién ha sido, amigo?

—Era enorme, Benedict. Dos metros, mínimo. Hablaba muy mal, ya sabes, tartamudeaba, no sé, como un paleta.

—Espera. —Benedict se quedó pensativo y al instante supo quién era. Recordó la llamada de Denisse y supo quién había mandado a Arnie a hacer una visita a su amigo David.

30. Henry Wall

Diciembre de 2015

La fría mañana no había dado tregua. Por la ventana del despacho de Henry se veía caer una densa nevada que empañaba la pequeña cristallera que el anciano tenía en su oficina. Fuera, las voces de los currantes sonaban mientras se mezclaban con el olor a madera quemada, los sonidos de las máquinas y el agotado aliento de los trabajadores. El anciano miraba la hora del Rolex Oyster de diez mil dólares que tenía en su muñeca izquierda.

Había llamado a sus colegas para intentar arreglar el problema en aquellas gigantescas instalaciones. Era viernes, y Henry Wall permitía a sus trabajadores que a las tres de la tarde acabasen su semana laboral, para volver el lunes con más fuerzas. Sus empleados se lo agradecían, ellos creían que lo hacía por su bien, pero no era del todo así. Después de tantos años, el anciano sabía mucho sobre rendimiento laboral, y era consciente de que los sábados no se trabajaba con las mismas ganas y fuerzas que durante toda la semana. Así ahorrraba un día a la semana de seguros laborales y se aseguraba de que los trabajadores no ganduleaban por allí el último día de la jornada laboral. De ahorrar dinero y de ganarlo, el anciano sabía un rato.

Miraba el reloj de nuevo, eran las tres menos dos minutos de la tarde. Salió de su despacho y observó a sus trabajadores. Algunos renegados se quitaban el casco y se rascaban sus cabezas mientras miraban ansiosos sus relojes esperando a que fuese la hora de irse a casa, o al Stop. O al Hillary's. Pero, de cualquier modo, esperando a que fuese la hora de salir de aquella fábrica.

Henry subió a la segunda planta por las escaleras metálicas. En la planta baja se encontraba la fábrica. Subiendo al primer piso se situaba su pequeña oficina y, en la tercera, el almacén. En él se guardaban las nóminas, seguros y documentos de los trabajadores. También los otros seguros de maquinarias y herramientas, las facturas y los albaranes. Todo meticulosamente organizado. Le gustaba tenerlo todo bajo control, y hacía cinco días que un desorden había llegado a su vida y no lograba arreglarlo.

Llegó a la tercera planta, al lado de la puerta del almacén un pequeño botón hacía contacto con una bocina. Henry levantó la tapa de seguridad y pulsó el interruptor. Un estridente pitido informaba a los trabajadores que la semana laboral había terminado. Todos sonreían. La cara de

felicidad de cada uno de ellos era un regalo para Henry, que los miraba apoyado en la barandilla de seguridad de la tercera planta. Todos los trabajadores se despedían de él saludándolo con la mano mientras se quitaban sus petos y cascos de seguridad. Henry hacía lo mismo, controlando todo desde lo alto.

—¡Que empiece el descanso del guerrero! ¡Buen fin de semana, chicos! —gritaba Henry a sus trabajadores mientras se despedía moviendo la mano desde lo alto.

Bajó de nuevo a su oficina. Y miró el reloj. Las tres de la tarde. Pronto llegarían Bill, Benedict, Eric y David, y trazarían un plan para solucionar el tema de las notas.

Pocos minutos después ya había llegado alguien.

Henry bajó las escaleras hasta la planta baja, y abrió el enorme portón de la nave. Benedict y Bill habían llegado.

—¿Qué tal hoy? —preguntó Henry.

—Hoy Gary ha recibido una nota. En ella se culpaba a Meyer de abusar de una chica en el Perú. Le ha pegado una paliza en la iglesia.

—Creía que hoy no había habido notas. ¿Qué has hecho?

—He ido a hablar con él. Me ha contado que la chica le utilizó para que la sacase del Perú y la trajese a Estados Unidos. Un amigo suyo lo sacó de la cárcel cuando la joven le denunció. Se ve que esa chica lo había intentado con mucha gente. Después de que me comentase eso Gary se acercó a la iglesia. Yo me quedé esperando a que volviese, ya que alguien lo estaba reclamando desde la entrada del templo, pero tuve que ir en su ayuda, Gary le estaba pegando una paliza —contestó Benedict mientras se adentraba en la nave delante de Bill.

—¿Y te lo has creído?

—Bueno. Sí. Hablando con él me ha mencionado que Gary lo tenía amenazado de muerte. Se le escapó comentarme que tenía un diario entero repleto de amenazas.

—¿Tiene un diario? —preguntó Henry, que se sentó dificultosamente en un pequeño palé que había cerca de la entrada de la nave.

—Sí. Cuando Meyer salió a ver a Gary me acerqué rápidamente al cajón e hice unas fotos a ese cuaderno.

—¿Y qué había en él? —preguntó Henry.

—Mira —dijo Benedict acercándose a Henry y entregándole el teléfono—. No hay nada. Sólo cuenta su día a día. Las amenazas de Gary. Sus preocupaciones por los estudios para el obispado. Y poca cosa más. También se acuerda mucho de Valentina, la chica que le engañó, la nombra a veces en su diario —dijo Benedict mientras Henry ojeaba el teléfono, deslizando sus orondos dedos por la pantalla táctil del mismo.

—Deberíamos traerlo.

—No es un problema para nosotros, Henry. Es un hombre de Dios. No hay por qué preocuparse.

—El otro también era un hombre de Dios y mira lo que tuvimos que hacer...

—No te preocupes.

—¿¿Cómo que no me preocupe?! ¡Mira lo que está pasando! ¡Joder, Benedict! —Henry se levantó del palé—. ¿Qué ha pasado con Gary?

—He obligado a Meyer a denunciarlo —contestó Benedict.

—¿Estás loco? ¡No puede hacer eso! Empezarán a investigar y nos meterán a todos presos.

—Eso no pasará, Henry, tranquilo —contestó el sheriff—. Yo mismo le he tomado declaración. Esa denuncia no saldrá nunca de Coldtown, no te preocupes.

—Y Meyer, ¿qué pensará cuando vea a Gary por la calle después de haberlo denunciado? Con sus antecedentes una denuncia lo metería preso.

—Eso quería hablarlo contigo.

Henry miró al sheriff, que se mantenía al lado de Bill, este último en silencio y atento a cada palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó Henry.

—¿Qué te parece si lo... ya sabes...

—¿Quieres darle cobijo?

—Al menos unos días.

—Es buena idea —dijo ahora Bill.

—Sí, puede que sea buena idea —le siguió Benedict.

—¿Cuánto me va a costar esto? —preguntó Henry—. Si lo tengo aquí hasta que esto se solucione querrá denunciarnos. Creo que va a ser mejor sobornarlo.

—Lo que veas mejor, Henry —contestó con respeto Benedict.

—En la celda puede estar hasta tres días, ¿verdad? —Benedict afirmó en silencio—. Dile después de esos tres días que si se mantiene en su casa durante una semana le entregará un cheque por unos diez mil dólares. Me he enterado de que su organización está en números rojos. Esto le vendrá bien.

—De acuerdo. Ahora mismo está detenido por la agresión. Ya veremos qué hacemos dentro de tres días.

—¿Crees que es un problema? —preguntó Henry.

—Cuando íbamos en el coche insinuó que yo tenía un secreto que no quería que saliese del pueblo.

—¿Qué crees que sabe?

—No lo sé, Henry. Pero no me fío mucho de él.

—Quizá sepa lo que todo el mundo sabe, que si no nos preocuparan las notas hubiésemos informado sobre Jennifer, sobre Bill y sobre Meyer a las autoridades.

La puerta de la nave sonó de nuevo. Detrás de ella, alguien quería acceder al interior. Bill se acercó a la puerta y la abrió dificultosamente. La puerta era pesada, y Bill era grueso, pero no fuerte. Detrás de esta se encontraba David, vestido perfectamente con un traje, una bufanda de lana cubría su cuello y en el pelo engominado hacia atrás caía una espesa nieve.

—¿Me vas a dejar pasar?

Bill dejó paso a David y detrás de él vio a Eric, una estampa totalmente distinta a la del director del banco. Los pantalones anchos y manchados de cemento. La barba rojiza de tres días, descuidada y sucia. El humo de su cigarro le cubría la cara, como escondiéndole de la vergüenza que estaba pasando en esos días. Siguió los pasos de David y se quitó un gorro de algodón, que guardaba su cabeza del frío.

—Buenas tardes —dijo Eric entrando en la nave—. Padre —se dirigió a Henry. Hacía tiempo que su hijo no le hablaba, y menos que le dijese «padre». Y eso que Henry había hecho todo lo posible para salvarle del problema que David y él causaron.

—Hijo —contestó seco Henry, pero internamente lleno de emoción.

Todos los ahí reunidos tenían algo que esconder. Algo por lo que cubrirse las espaldas mutuamente. Algo por lo que callar los más oscuros secretos de sus acompañantes. Estaban reunidos en una sala que Henry usaba para dar charlas a sus empleados. Una habitación de unos treinta metros cuadrados, con una mesa central y ovalada de madera antigua, labrada por él mismo. Unas cuantas sillas rodeaban el tablero. Las paredes estaban cubiertas de tablones de madera astillada y adornadas con cuadros antiguos. Fotos viejas de Coldtown y paisajes de bosques oscuros, con cielos grises y lagos tristes. Presidiendo la mesa, Henry Wall miraba a sus invitados, que se sentaban lentamente en las sillas mientras los seguía con la mirada. Bill, Benedict y Eric se sentaron primero, después David retiró la silla e hizo lo mismo. Eric acariciaba las aristas perfectas de la mesa, recordando los viejos tiempos en los que trabajaba codo con codo con su padre, los viejos tiempos en los que todo iba sobre ruedas y no tenían nada por lo que preocuparse. Añoraba esos tiempos, y maldecía como todos los allí presentes aquella fatídica noche en las fiestas navideñas del pueblo. David estaba más tranquilo. A su semblante serio no parecía afectarle aquella situación mientras jugueteaba con los gemelos de sus puños. Bill miraba inquieto y disimuladamente a Henry, le tenía miedo. Más de lo que el anciano creía, pero el alcalde de Coldtown intentaba disimularlo lo máximo posible.

—Tenemos un grave problema actualmente en Coldtown. Tenemos que dar con esa persona que está quebrando la tranquilidad de nuestro pueblo, poniéndonos los unos contra los otros. —Henry se levantó de la silla. Empezó a dar vueltas lentamente alrededor de la mesa, mirando fijamente a todos sus colegas—. Como os decía, todos tenemos algo que decir. Y ahora quiero que iniciemos un debate extraoficial para saber quién es la persona que está repartiendo las notas —prosiguió Henry—. Porque estoy casi seguro de que es uno de nosotros.

Las palabras de Henry sorprendieron a Benedict, Eric, Bill y David, que se miraban entre sí con gesto de asombro.

—¿Qué estás diciendo, Henry? —dijo David, que dejó al instante de jugar con sus gemelos.

—Lo que has oído, David —contestó Henry, que con los dedos entrecruzados se sentó de nuevo en la silla y lanzó una mirada de sospecha al director del banco de Coldtown—. En esta mesa, ahora mismo, está sentado el culpable de esta crisis.

Todos se miraron. Uno a uno. Se repasaron y se decían a sí mismos el por qué lo harían y el por qué no lo harían. Las palabras de Henry habían causado una gran confusión en los asistentes a aquella reunión. Ninguno de ellos había pensado en eso antes. Ninguno de ellos pensaba que entre los que se estaban cubriendo las espaldas enterrando su secreto, habría un topo intentando sacar todo eso a la superficie.

31. La historia de Victoria Legan

Clydeview, Montana, diciembre de 2013

Las cosas entre Denisse y Benedict se habían alterado más de la cuenta. A finales de verano, el sheriff discutió con Denisse por usar su gorila contra su mejor amigo, a sabiendas de que ella sabía la estima que tenía Benedict por David.

—Sabías que Benedict era mi amigo.

—Me lo dijiste el mismo día en el que pasó.

—¡Pero te lo dije! Ahora David sabe quién eres, ¡estúpida!

—¡No vuelvas a insultarme, Benedict, o lo lamentarás!

—Le he tenido que contar que eras mi socia, y quiere venir a hablar contigo...

—¿A pedirme disculpas?

—A partirte la boca, imbécil... lleva dos días buscando a Arnie para pegarle un tiro. No conoces a David, parece un tío muy formal, pero le falta un hervor, es muy pero que muy inestable.

—¿Crees que le tengo miedo? ¿En serio, Ben? ¿Crees que voy a temer a un puto banquero? Le pegaré un tiro en la frente en cuanto pise la puerta de mi casa y sabes que no me temblará el pulso. Espera. —Denisse sacó su teléfono móvil y marcó el número de Arnie. Apagado. Arnie nunca tenía el teléfono apagado, él esperaba siempre ansioso las llamadas de su jefa. Había algo en eso que no iba bien.

—Espero que Arnie esté bien —concluyó Denisse—, no te perdonaría si le hubieseis hecho algo.

—No sé de qué me estás hablando. Sabes que me llevo bien con ese chico, con la que tengo problemas es contigo y con tus delirios de grandeza.

—Mira, sheriff, a mí no me jodas, que estabas hasta el cuello cuando te recogí en aquel bar de Tampa aquella noche.

—Lo hiciste por tu bien, porque así podrías vender en el norte del país. ¿Qué narco no querría un sheriff trabajando para él?

—Me debes tu puta vida, gilipollas.

—Yo a ti no te debo nada. —Benedict cerró la puerta de un portazo y se metió en su coche dejando a Denisse en la puerta enervada hasta los topes. Las primeras nieves de diciembre estaban cayendo en el exterior mientras Benedict sacaba su teléfono móvil—. ¿Lo habéis hecho?

—Sí. Como me dijiste. Hemos escondido el cuerpo bien. ¡Cómo pesaba el hijo de puta!

—De acuerdo. Dile a Eric que le ayudaré con lo suyo, y que no diga nada a nadie.

—No lo hará, créeme, es buen chico.

—Sí, lo sé. David, tienes que ayudarme con otra cosa.

—Lo que sea, colega. Ya lo sabes.

—Esta noche te llamo, queda con Bill. Hablaremos los tres.

—De acuerdo, ¿en el Hillary's?

—A las nueve.

Prácticamente no quedaba nada de la relación que Benedict y Denisse habían forjado. Tenían el cariño de Robert, pero Benedict, por aquel entonces, supo que nada de lo que le había contado Denisse era cierto.

Por otro lado, Denisse llamó a Charles, después de mucho tiempo sin hacerlo. Él supo que, por su bien, debía dejar a su hijo y a su amada lejos para que todo fuese seguro. Él se refugió en su trabajo y pasaba las horas metido en su oficina.

—¿Victoria?

—Denisse.

—Lo siento, tranquila, esta línea es segura. ¿Cómo está el pequeño Robert? ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Está enorme, Charles, se parece mucho a ti. —Denisse sintió una oleada de asco en su interior mientras escuchaba a Charles como intentaba reprimir las lágrimas—. Necesito verte, Charles, necesitamos verte. No puedo estar alejada de ti.

—Sabes que eso no es seguro. Por aquí se rumorea que la competencia del Loco, bueno, ya sabes, se ha recuperado y ha vuelto a los negocios. ¿Es cierto? ¿Has vuelto al negocio?

—No, Charles, no es cierto. Y me da igual eso. Sabes que a mí nunca me han visto. Pero necesito tu calor y tu cariño. Esto es muy frío sin ti. Robert te necesita, me pregunta cada día por qué él no tiene papá y yo ya no sé qué decirle. —Más asco—. Robert y yo nos vamos en cuanto acabe Navidad. Ya lo he decidido, necesito tenerte cerca.

—Me encanta la idea —dijo Charles con un tono entusiasta pero asustado a la vez—, ¡vente ya!

—Te llamo cuando tenga los billetes y me aseguren el piso.

—Está bien, te quiero, Denisse; esta ha sido la mejor noticia que he tenido en este último año.

—Yo también te quiero, Charles. —Otra oleada de asco—. Nos vemos pronto.

Era ya bien entrada la noche cuando Benedict, David y el alcalde de Coldtown, Bill McGill, se encontraron en el Hillary's. David y Bill estaban ya sentados bebiéndose una cerveza y preguntándose qué era lo que les tenía que decir Benedict y que no podía hacerlo por teléfono cuando el sheriff de Coldtown entraba por la puerta del bar. El ambiente estaba cargado y, como de costumbre, sólo quedaban un par de rezagados a esas horas de la noche bebiendo en la barra. La sala estaba oscura y un olor a tabaco y a alcohol flotaba por el aire.

—Chicos —dijo Benedict sentándose con ellos y llevando ya una cerveza en la mano. Bill bebía de la suya mientras que David pedía ya la segunda—. Necesito vuestra ayuda.

—¿De qué se trata, Benedict? —preguntó Bill, siempre sereno.

—Tengo un grave problema —contestó Benedict—. Me duele en el alma y no sé qué hacer.

—Cuéntanos, somos amigos —dijo David.

—Está bien. —Benedict tomó un largo sorbo de su botellín, terminándose la cerveza de un trago, pidió otra a Chad y este le vio desde lejos—. Sabéis que llevo tiempo intentando dejar embarazada a Helena.

—Sí —dijeron los dos al unísono.

—Pues bien. —Chad trajo la cerveza y afinó el oído para ver si podía escuchar algo, pero Benedict se calló hasta que el marido de la dueña del bar se fue—. Hace unos meses nos hicimos unas pruebas para ver si, joder... —Benedict agachó la cabeza y David que se sentaba su lado le colocó la mano en la nuca. El sheriff se recompuso y volvió a hablar—, que soy estéril, tíos. Soy estéril.

Los dos amigos se miraron entre ellos, vieron el rostro hundido de Benedict, mirando la botella de cerveza y destrozado por dentro. David y Bill no sabían qué decir, esas fueron unas palabras duras. No sabían qué hacer para intentar mejorar aquella situación.

—Lo siento mucho, Benedict. Pero en estos casos, lo importante es la salud, que tú, tu hijo y Helena estáis bien —contestó David.

—No es tan sencillo como parece.

—¿Cómo? —preguntó ahora Bill.

—Está Denisse...

—Sí —contestó David—. ¿Hay algún otro problema en el que podamos ayudarte?

—Sí. Pero no lo sabéis. Veréis, no os lo he contado todo. Os haré un breve resumen para que me aconsejéis.

—Está bien —dijeron sus amigos.

—Recordareis, hace unos años, tuve algunos problemas financieros. Estuve en Tampa intentando vender la casa de mis padres, pero las deudas de ese hijo de puta me quitaron todo el dinero.

—Sí.

—Pues bien, allí conocí a Victoria Legan y bueno, surgió lo que surgió. Nos estuvimos viendo unos meses y me dijo que podía ayudar. Ahí es como empecé a vender cocaína en Montana.

—¿Quién es Victoria Legan?

—Ahora os lo cuento.

Los dos asintieron.

—Hace unos años, fui a verla a Jacksonville. Me llamó y me dijo que estaba allí, que por qué no iba a verla. —Benedict bebió un trago de su cerveza y después se encendió un cigarrillo—. Total, que fui a verla y a darle un dinero que le tenía que dar de las ventas aquí. Follamos. Follamos y me echó. Siempre hacía lo mismo, pero yo estaba empezando a pillarme por ella. —Las caras de los amigos cambiaron al instante, ya sabían cómo era Benedict con las tías de las que se encaprichaba—. Después me vine a Coldtown y todo normal. Seguí con mi vida y no supe más de ella hasta después de un año.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me llamó, y me dijo que estaba embarazada. Que tenía a un bebé y que yo era su padre. Yo ya la había olvidado, pero esa llamada revivió algo dentro de mí.

—¿Qué nos estás contando? ¿Eres padre, Ben?

—Esperad. Vino a verme, nada, un día. Me contó todo lo que había pasado y que estaba intentando arreglar su vida. Que había dejado el narcotráfico y que por aquel entonces vivía en Texas. Yo la creí, tíos, la creí porque en cuanto la vi supe que aquella era la mujer de mi vida. La veía tan bonita, tan delicada, que supe que tenía que hacer algo para ayudarle.

—Vamos, no nos jodas, Benedict —dijo David.

—¿Qué hiciste Ben? —preguntó después Bill.

—Cuando ella dejó el negocio yo decidí meterme de lleno y llevarme a todos los clientes que Victoria tenía por aquí, pero cuando me llamó hice una cosa estúpida. Me sentía mal por el hecho de que esa mujer estuviese cuidando a mi hijo sola y le dije que se viniese a Coldtown.

—¿¡Qué?!

—¡Espera! ¿Denisse es esa tal Victoria Legan?

—Sí. Se ve que Victoria estaba con un inspector de policía de Miami, un tal Charles Johnson. No sé quién coño es. La ayudé a destrozar el negocio de su competencia y así poderse meter en protección de testigos. Hice muchas llamadas, amenacé muchísimo, ella hizo lo mismo y destapamos la mayor red de narcotráfico de la historia de Estados Unidos. —Los amigos miraban pasmados a Benedict mientras este les contaba la historia alternando el alcohol con el tabaco—. El tal Charles logró colocarla en Clydeview, y desde ese momento empezó a llamarse Denisse. Yo la metí de lleno de nuevo en el negocio, pero las cosas se empezaron a descontrolar cuando ella empezó a querer quitarme el puesto de líder. La conozco muy bien, y es una mala persona, chicos, es capaz de lo que sea con tal de tener el control de todo. Lo que hemos hecho con Arnie ha sido la gota que colma su vaso. Sé que va a venir por nosotros, y la verdad, es que tengo miedo. Pero ya no aguanto más sus mentiras.

—Pero, su hijo, ¿es tuyo?

—No, no es mío, David. No lo es. El médico me ha dicho que no sabe desde cuando soy estéril, pero estoy seguro que ese hijo no es mío. Esa hija de puta ha engañado a Charles y me ha engañado a mí. Y quién sabe si a más gente.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó David.

—Tenemos que acabar con ella, y cuanto antes. No sabéis de lo que es capaz.

Siguieron hablando durante unos minutos más. David y Bill se fueron para sus casas y dejaron el bar vacío, sólo con el cuerpo desolado de Benedict en aquella mesa y con Chad que limpiaba los vasos mientras miraba como el Sheriff se tragaba todas las cervezas del bar. El joven se acercó a él, cuando el último borracho iba saliendo dando tumbos por la puerta del local, se sentó justo enfrente y lo miró a los ojos. Estaba llorando. Benedict, el salvador del pueblo, aquel que tenía todo bajo sus alas, estaba hundido en la mierda. El sheriff se quedó mirando a Chad y le dijo:

—Ya me voy, Chad.

—Espera —dijo el chico cogiéndole por la muñeca cuando este se estaba levantando de la silla—. Tenemos que hablar.

Chad no dejó que el sheriff de Coldtown se moviese de esa mesa en ningún momento, las cervezas corrían por cuenta de la casa esa noche.

El chico se había podido enterar de lo más importante, la historia de Victoria Legan. Eso era lo que más le había dolido, que su falsa identidad se hubiese aprovechado de él, que le hubiese

sacado hasta el último centavo cuando estaba en Brownsville y que le hubiese engañado diciéndole que el pequeño Tommy era su hijo. No había forma humana de aceptar esa traición que los dos llevaban en sus adentros.

—La mataría —dijo Chad bebiéndose el último trago de cerveza que le quedaba.

—Yo también —le contestó Benedict, mirándole durante un largo tiempo a los ojos fijamente, a la espera de que el camarero dijese: «Hagámoslo». Pero no salió palabra alguna de la boca triste de Chad. No de la suya.

—Tengo que contarte muchas cosas acerca de esa puta.

—Empieza. No creo que me sorprenda ya.

—¿Quieres jugarte otra ronda?

Chad hizo una mueca, intentó sonreír, pero su mundo era sumamente oscuro en esos momentos. Se levantó de la silla y caminó hacia la barra del bar, alcanzando con su fuerte brazo desde allí una botella de whisky y un par de vasos.

—Por si me sorprende.

Benedict vació la botella en aquellos vasos y empezó a relatarle la historia de Victoria Legan, no se saltó nada, ni una sola anécdota, ni una sola extorsión y tampoco ni un solo asesinato. Chad no parecía sorprendido, él sabía a qué se dedicaba el sheriff en sus ratos libres y también sabía la impresión que le había dado Victoria en el avión cuando le dijo: «Me dedico a vivir la vida».

—¿Cuándo te acostaste con ella por primera vez?

—En un avión, de camino a Miami. Me sorprendió su lujuria y su ardiente deseo. Me encandiló por completo.

—Sé de lo que me hablas.

—Perdón. Supongo que esto te está molestando, pero yo también creía que se vino a Montana por mí.

—Lo sé, Chad. Lo sé.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Yo la mataría con mis propias manos, es lo que se merece, esa maldita arpía.

—No sé, Benedict. ¿Y si hablamos con la policía?

—¿Estás tonto? Yo caería tras ella, todos nosotros caeríamos. Hasta tú, y Hillary's. En este bar se han cerrado los mayores negocios del narcotráfico en Montana. Todos caeríamos.

—Pero matarla...

—¿Qué vamos a hacer si no?! ¡Ella ya se está adueñando de todo esto, me va a pegar tres patadas y me va a echar del negocio! Va detrás de mí, ¡y nos va a hundir a todos!

—¿Y el pequeño?

—¿El pequeño? El pequeño no me importa, está en protección de testigos, cuando su madre muera se lo llevarán con otra familia. Es tan pequeño que no recordará nada de esto.

—Pero, Benedict...

—¿Qué pasa?

—¿Y si yo soy su padre?

—Venga, Chad, por favor. ¿Tan ingenuo eres? ¿Crees que con un polvo la dejaste preñada?

—No sé...

—¡No seas estúpido! —dijo Benedict soltando un golpe en la mesa—. No sé, no sé... Te destrozaría entero, Chad. Te hundiría en la más oscura y pestilente de las mierdas, créeme. Sé que

ella lo haría. ¿Nos vas a ayudar o no? Te recompensaré, Chad. Pero necesito gente de confianza.

—Sí, claro, Benedict. Os ayudaremos, os debemos mucho Hillary y yo.

En el pueblo vecino, Denisse, sumida en sus ansias de poder, seguía tramando un plan para derrocar a Benedict. No valía un solo disparo en la frente, esas no eran las maneras con un tipo como el sheriff. Había hablado con sus antiguos amigos, aquellos que le habían ayudado a derrumbar el imperio de la droga del Cuco y, por supuesto, iban a ayudarla a derrumbar el del sheriff. A ellos nunca les había gustado Benedict, su prepotencia y falta de liderazgo habían hecho cuestionar muchas veces su rol en el negocio, Victoria se lo había dicho muchas veces:

—Tienes que portarte bien con tus empleados, Ben. Ellos hacen todo el trabajo como si de esclavos se tratase mientras que tú cuentas billetes.

—A eso me has enseñado tú, Victoria.

—Por favor, Ben —dijo Victoria mirando hacia los lados en esa cafetería de Clydevew—, llámame Denisse.

—Ah, sí. Denisse. ¿Sabes que te llamas así gracias a mis contactos? ¿Sabes que estarías muerta de no ser por mí?

—¿Y tú sabes que estarías entre rejas si yo hubiese querido? ¿O en la quiebra si no te hubiese ayudado? No te debo nada, Benedict. Eres quien eres por mí.

—Yo soy quien soy por mí, no por una sucia y tramposa mujer.

Cada día que pasaba Denisse odiaba más a Benedict y ansiaba más tener el negocio en Montana sólo para ella. Nunca se hubiese dado cuenta de que la droga en el norte del país volaba como chucherías en la puerta de un colegio, y ella no quería compartir eso con nadie.

El día antes de Navidad llegó la noticia. Se habían encontrado a Arnie en la cuneta de una carretera secundaria cerca de la frontera con Canadá. Llevaba ya dos días sin saber nada de él y, aunque Denisse se temía lo peor desde entonces, la noticia le provocó un terrible llanto y la sumió en una profunda tristeza. Estaba sentada en la silla de la cocina, fumando cigarro tras cigarro y llorando desconsolada la muerte de su amigo, amante y protector cuando el teléfono móvil sonó casi matándola fulminada de un infarto. Se acercó a la encimera y atendió al aparato.

—Victoria.

—¿¿Qué coño quieres ahora, Ben?! ¡Y ya sabes que me llamo Denisse!

—Te llamas Victoria, ese es tu nombre. Eres el demonio. Ese es el nombre de la arpía chupasangre, de la perra mentirosa que eres.

—¿¿Qué coño te pasa?! ¿¿Quieres que te pegue un tiro en la nuca, o qué?!

—¿Por qué me amenazas, Victoria?

—Deja de llamarme Victoria, joder. ¡Ahora soy Denisse!

—Siempre serás Victoria Legan. Siempre serás esa mancha de sangre en el suelo. Serás por siempre esos niños sin padres, o esa madre veinteañera sin dientes por culpa de la metanfetamina. Siempre serás ese demonio. Algo tan malo no desaparece cambiándose de nombre. Eres el diablo. Y lo seguirás siendo, aunque te cambies de nombre mil veces.

—Te voy a matar, Benedict. Te juro que te voy a matar.

—La muerte no es nada comparado con lo que te va a pasar a ti, Victoria.

Benedict colgó el teléfono y apagó el manos libres, pulsando después el botón de stop de su grabadora.

32. La reunión

Diciembre de 2015

En el interior de aquel despacho se podían notar las afiladas miradas que cruzaban los allí reunidos. Un vaivén de amenazantes y amargas miradas. Henry seguía presidiendo la mesa, mirando a todos y a cada uno de los presentes, sabiendo lo que podían y lo que querían decir. Las palabras del anciano habían causado gran desconfianza entre los asistentes que, ahora, dudaban los unos de los otros.

Henry miraba uno a uno y podía llegar a sentir como intrínsecamente se acusaban entre ellos, dándose caza. Fuera empezaba a nevar otra vez, y dentro de aquella sala el ambiente se iba caldeando cada vez más.

—Bien —dijo Henry entrecruzando los dedos encima de la mesa—, llegados a este punto, os daré mis motivos para desconfiar de uno de vosotros. —Eric miraba temeroso. Bill, confuso. David, incrédulo y Benedict miraba aburrido a los penetrantes y cansados ojos de Henry—. Benedict ...

—Vaya, no me lo esperaba... —contestó el sheriff tirando de ironía.

—Sé que has sido tú.

—Claro que sí, Henry, he sido yo. Yo he roto toda una vida con Helena. Yo he destrozado la relación con mi hijo. Yo he puesto a todo el pueblo en vilo, mientras después intentaba encontrar al que repartía las putas cartas.

Bill, David y Eric miraban alternativamente a Henry y Benedict, de izquierda a derecha.

—¡Claro que has roto tu relación! ¡Es lo que querías! Has aprovechado esto para separarte de tu mujer, ¿y sabes por qué? ¡Porque no tienes huevos! ¡Eres un puto cobarde! No tenías huevos de decirle a tu mujer que ya no la querías, y que estabas con Hillary.

—¡No sabes lo que dices, Henry! ¡Por Dios, yo os protegí aquel día! ¡Estamos todos implicados! ¡Nunca os delataría!

—¿Que nos protegiste? —dijo Henry levantándose de la suya y dando un golpe en la mesa—. ¿Que tú nos protegiste? ¡Estos chicos hicieron tu puto trabajo, Benedict! ¡Lo que tú no quisiste hacer porque eres un puto cobarde!

—¡Yo no pedí que la matasen! ¡Sólo que la incriminaran para que la gente de Florida la encontrase! ¡Fueron ellos dos a los que se les fue de la mano! —dijo Benedict señalando a Eric y a David—. ¡Yo no quería que matasen a Victoria! ¿Por qué no les culpas a ellos? ¡Ah, claro! —dijo levantándose ahora él—. David te deja el dinero para tus asuntos corruptos y a Eric, tu estimado hijo, no lo puedes culpar, ¿verdad?

Benedict se dirigió a la puerta del despacho.

—¿Sabéis qué os digo? Que lo dejo. Ya no tengo nada que perder —abrió la puerta de la oficina—, mi mujer me odia, mi hijo no quiere saber nada de mí, el pueblo se hunde y vosotros, los que creía mis amigos, me culpáis de todo esto. La persona que está repartiendo las notas quiere hacernos daño, y a mí ya me da igual lo que le pase a este puto pueblo. —Benedict salió del despacho y bajó las escaleras hasta el primer piso. Sus botas húmedas golpeaban los metálicos peldaños de la escalera. Henry salió detrás de él y vio como abría el enorme portón de la entrada. Lo miró con desprecio, con toda la furia de su interior dirigida hacia él. Entró de nuevo exhalando intensamente, retiró la silla de la mesa y se dejó caer en ella.

Bill fue el primero que habló.

—Sigo pensando que es ella.

—¡No puede ser ella! —gritó Henry—. ¡No puede ser ella, no puede ser! ¡Además, eso no fue lo que acordamos!

—Tenemos que vigilarla —asintió David.

—Tenemos que vigilarnos a nosotros mismos. Quién sabe dónde puede estar esa zorra —concluyó Henry.

33. Benedict Mills

Diciembre de 2015

Benedict conducía por las nevadas y grises carreteras de Coldtown. Se dirigía a la comisaría, dolido en su fuero interno. Sus amigos le habían culpado de todo lo que estaba pasando, y ni siquiera Bill le había defendido de las crudas palabras de Henry. Aparcó en el sitio de siempre, su sitio. Quitó las llaves del contacto y salió del vehículo. Echó un vistazo a la calle, eran las cuatro de la tarde del diciembre más gris que había vivido en su vida. Toda la mierda que habían intentado esconder durante esos dos años estaba saliendo a flote. Todas esas pesadillas que le arrebataban el sueño en numerosas ocasiones se estaban haciendo realidad, plasmándose en su día a día y encogiéndole el pecho.

Encendió un cigarro y entró en la comisaría, haciendo caso omiso al saludo de Óscar entró en su despacho y cerró de un portazo. Se sirvió una copa y se quedó mirando todas las notas que había encima de su escritorio, maldiciendo toda esa situación. En un arrebato de cólera empezó a destrozar todo lo que tenía encima de su escritorio, golpeando con el exterior de la mano los papeles, las carpetas, la botella de whisky y un cenicero lleno de colillas, que cayó al suelo bajo una nube de ceniza gris. La botella se estampó con dureza contra el suelo, haciéndose pedazos. El sheriff soltó un grito de angustia, de dolor, de temor y de rabia, todo contenido en un grito corto y ahogado. Óscar escuchaba desde su escritorio como dentro del despacho de Benedict estaba pasando algo, algo había colmado el vaso. Pero él era cauto, y sabía que no debía entrar allí dentro en ese preciso instante. Con el escritorio limpio, recogió las notas de Equis y las colocó en orden de aparición encima de la mesa. Colocó la carta de Jennifer, al lado, la de Bill. Al lado de la del alcalde, la suya, y después, la de Meyer. Pasó la mano por cada una de ellas. Notaba la aspereza del plastificado, que las protegía de las nevadas. Una persona metódica. Cuidadosa, que no insegura. Alguien que quiere que ese mensaje llegue a su destinatario sí o sí. Alguien que se asegura de que lo que quiere hacer se haga y que se anticipa a todos los problemas que puedan venir.

Benedict sonrió después de esta meditación, le recordaba a él. A él mismo, tan atento y seguro. Tan protector y cuidadoso como era antes. Antes de esas malditas notas. Las esquinas de las notas

no estaban muy cuidadas, no había dedicado demasiado tiempo a esos insignificantes detalles. No era necesario. Benedict se levantó de la mesa y aspiró honda e intensamente el humo de su cigarro. Él tampoco hubiese perdido el tiempo en algo tan trivial. El sheriff se echó la mano al entrecejo y empezó a rascarse la frente mientras el humo del cigarro le envolvía la cara. Esa persona no quiere elegancia, quiere eficacia. Sólo le importa el mensaje. «Pero ¿por qué?», pensaba Benedict. «¿Cuál es el principal motivo por el cual esa persona repartiría las notas? ¿Qué tenemos que ver Meyer, Jennifer, Bill y yo?», Benedict cavilaba mientras daba vueltas por su despacho. Tiró la colilla al suelo, la aplastó contra el gres y sacó otro cigarrillo de su gabardina. Tomó un corto trago de whisky y encendió el pitillo. En ningún momento se ha mencionado a Victoria Legan en las notas. «Pero es lo que más me preocupa», pensaba Benedict. El tema de las drogas no le importaba, lo tenía todo bien controlado y nadie podía enjuiciarlo por nada de eso. «Es el tema de Victoria, no la nombran en las notas, pero tampoco a David ni a Eric, los verdaderos asesinos», meditaba Benedict. «Tengo que hablar con ellos. Tengo que hablar con Meyer y con Jennifer. Tengo que saber qué saben. La maldición me persigue y no me deja vivir, necesito librarme de ese peso, de una vez por todas. Victoria Legan no me ha dejado nunca tranquilo, ni viva, ni muerta».

34. Henry Wall

Diciembre de 2015

En el despacho de Henry las cosas se estaban calentando cada vez más.

—¡Eso no fue lo que acordamos! —gritó Henry.

—¡Qué más da! Es Victoria Legan, ¿qué esperas? —contestó David.

—Tenemos que contactar con ella —repuso Henry—, si es la que está mandando las notas debemos pararle los pies.

—Es imposible pararle los pies a Victoria Legan —dijo afligido Bill. Henry se levantó de la silla y lo miró fijamente.

—¡Escucha, yo soy Henry Wall! ¡Y a mí sí que no me para nadie los pies! ¡Si se ha saltado el acuerdo, que se prepare, créeme que la encontraré y le cortaré el cuello! Voy a dar con ella...

—No la encontrarás —contestó David con su propio aire altanero—. Llevas más de dos años buscándola.

—¡Ya lo sé, imbécil! ¿Quién crees que ha pagado todos estos años a esos detectives privados? ¿Has sido tú, David? ¿O tú, Bill? ¡He sido yo! ¡Yo he pagado! ¡Yo me he gastado todo ese dineral todos estos años! ¿Para qué? ¡¿Para que ahora venga y se ría de todos nosotros?! ¡¿En nuestro puto pueblo?!

Todos callaron. Incluso Henry se quedó pensativo mirando por la ventana, donde se reflejaba, también para ellos, un día de los más grises que habían vivido.

—Yo sigo creyendo que ha sido Benedict —dijo Eric. Henry se giró, con los brazos entrecruzados encima de su barriga.

—No sé, hijo —dijo el anciano—. No sé qué pensar. —Henry se acercó a su hijo y le puso las manos en los hombros—. Pero tú no te preocupes, ¿de acuerdo? Nadie va a hacerte daño. —Henry apretó de forma cariñosa los hombros de Eric, que no apartaba la vista de las perfectas aristas de la mesa. Recordaba de nuevo los buenos tiempos en los que él y su padre trabajaban codo con codo, sin problemas y sin preocupaciones. Esos tiempos ya habían desaparecido, se habían esfumado, derretido como la nieve en primavera. Ya no estaba todo bien, y ya no funcionaba nada bien.

—Pero... —prosiguió David—, quizá no quieran destapar nada de lo de Victoria, y nosotros estamos aquí poniéndonos paranoicos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bill.

—A ver —dijo David que se levantó de la silla y se acercó a la pared, apoyándose con su espalda mientras sacaba un cigarrillo—, en las notas no hay nada concluyente, es decir, no se habla nada de lo de Victoria. Además, a mí y a Eric, que somos los principales culpables, ni se nos menciona. —David dio una profunda calada a su cigarro—. En cambio, las notas hablan de Meyer y Jennifer. Personas que, aparentemente, no tienen nada que ver con lo que sucedió aquella noche, ¿verdad?

—¿A dónde quieres llegar? —dijo Henry algo confuso.

—Quizá, quien esté escribiendo esas notas, no quiera destapar lo que pasó aquella noche con Victoria Legan. —David tiró la ceniza en el cenicero que había en el centro de la mesa—. Quizá esa persona quiera sacar a la luz algo peor...

Durante unos segundos, en aquella sala no se escuchó nada, sólo el silbido del gélido viento del norte azotando las ventanas del despacho.

—Tenemos que vigilar a Benedict —dijo Eric—, seguro que él está en contacto con Victoria, están compinchados, padre, y van a por usted. —Henry miraba a Eric con una extraña mezcla de afecto y nerviosismo. Hacía años que no sentía esa sensación, y eso le motivaba. Le gustaba que su hijo le volviese a hablar, que estuviesen un rato juntos.

—Tranquilo, hijo. No me pasará nada. —Le tocó de nuevo el hombro, esta vez, acariciándolo. Años hacía que no le tocaba.

—Pensándolo bien —repuso David—, la nota a Benedict es la única que no acusa a alguien de algo ilegal.

—Es cierto —contestó Henry—. Es cierto. El adulterio no es ilegal, no al menos en este país.

—En cambio, el abuso de poder, el asesinato y la violación sí que lo son —contestó David.

—Son ellos —afirmó Henry—, son ellos, sin duda. Benedict se ha inculpado para que no sospechemos de él. —Eric asentía con la cabeza mientras su padre hablaba y culpaba a Benedict y a Victoria.

—Hay que acabar con ellos —dijo esta vez Eric.

—¡No! ¡No, no íbamos a llegar a esto! —repuso Bill.

David, Eric y Henry lo miraron condescendientes. Henry no iba a permitir que nadie se le subiese a sus espaldas, dañándole a él y a su hijo.

—Bill —dijo Henry acercándose a él. Dificultosamente se puso de cuclillas y apoyó su brazo sobre la rodilla del alcalde—. Nos va a hundir. No ha pensado en nadie, sólo en él mismo. En él mismo y en la zorra de Hillary. Nos ha vendido a todos —resopló y se puso de nuevo de pie—. El muy cobarde ha aprovechado esto para hacer que Helena le dejase, para quedarse con Hillary. También ha aprovechado para que a ti te encerrasen, Bill. ¿No lo ves? ¿Es que no te das cuenta?

Bill tenía la mirada perdida en la superficie irregular de aquella mesa.

—Es que no me cuadra lo de Meyer y Jennifer.

—Está bien —contestó David—. Henry, ¿qué te parece si traemos a Meyer y a Jennifer?

—¡No! ¡No! ¡Ni se os ocurra! —contestó Bill levantándose al instante—. ¡No vamos a hacerle nada a nadie más! Esperaremos a la nota de mañana, de esa manera nos dará más pistas para saber quién es el culpable.

—¿Esperar a mañana? ¿Con la que está cayendo? ¿Quieres que venga el FBI y nos encierre? ¡Cállate, Bill! ¡Tú aquí no opinas nada! —Henry repuso contra el alcalde, antes de seguir hablando con David—. En eso mismo estaba pensando yo. Ahora que Ben no está no hay nadie que pueda prohibírnoslo. Vamos a por Meyer, vamos a traerlo aquí y vamos a sacarle todo lo que sepa hoy mismo. —Henry pausó la frase para mirar a sus tres compañeros—, y vamos a acabar con Benedict. ¿Tienes algo que objetar, Bill?

—Sí.

—Adelante.

—Si alguien tiene la culpa de lo que está pasando, ese eres tú, Henry.

—¿¡Yo!? ¡Pero bueno! ¡Fue Benedict quien os metió en problemas a los tres! ¡Porque él no quería mancharse las manos, Bill! ¡¿No lo ves?! ¡Es un cobarde! ¡¿Cuántas demostraciones quieres más?!

—Tú fuiste el primero en venderle... —contestó Bill afligido.

—¡Porque sabía que si no lo hacía yo, lo haría él! ¡Y cállate de una puta vez si no quieres que te meta una bala en la cabeza! ¡Nunca hemos sido un grupito de amigos, Bill! Olvídate de esas tonterías, aquí siempre nos hemos guiado por los negocios. Por el dinero, que es lo único que nos importa. Ni yo te tengo estima ni tú me la tienes a mí. Ni a David, ni a Benedict. Nos movemos por lo que más nos conviene, dinero, poder, adjudicaciones, lo que sea. Ahora dime, ¿cuánto hace que no te vas a tomar un café con David o con Benedict? Un café para hablar de qué tal lleváis la semana. ¿Cuánto tiempo hace que no hacéis eso? —David asintió con una sonrisa—. Ahora Benedict y tú os reunís para ver a qué empresario podéis extorsionar, o David y tú para ver qué adjudicación de obra podéis entregar a otro pobre diablo para ganáros vuestro porcentaje y después dejarlo en la ruina. Bill, ya no somos amigos. Es más, nunca lo hemos sido, joder. Si no sé ni cómo se apellida tu mujer. —El anciano soltó una carcajada que retumbó en toda la sala—. Pero cuando estamos en peligro, tenemos que actuar en grupo. Porque si no, todos iremos a la cárcel. Lo sabes, ¿verdad?

Bill se echó las manos a la cara y empezó a llorar. Todo aquello le sobrepasaba. Él no tenía la sangre fría de David o Henry, o la valentía de Benedict. Él era un simple mortal que quería que las cosas fuesen como antes. Pero ya no. Las cosas no volverían a ser como antes.

—Vamos a por Meyer —dijo Henry cogiendo las llaves de su coche—. Vamos a aclarar lo que está pasando ahora mismo.

—¿Y a por la pelirroja? —preguntó David—. tendremos que hablar con ella también, ¿verdad?

—Sí, yo iré por el cura —contestó Henry—, iré con Bill. Tú y Eric iréis a por la chica.

—¡Perfecto! —David se frotó las manos con una sonrisa en la boca—, siempre he querido follarme a una bollera. ¡A una bollera de verdad! No a una de esas zorras cuentacuentos...

—Haz lo que quieras, pero antes la traéis aquí. A ver por qué ella sale también en las notas ...

—Hecho, jefe. —David y Eric salieron del despacho con una sonrisita en el rostro, sabiendo que otra vez más, iban a disfrutar como niños.

—Tú ven conmigo, tengo que enseñarte algo. —Henry echó el brazo por encima del hombro de Bill y este le miró receloso. Bajaron juntos las escaleras metálicas mientras el anciano chasqueaba los labios. El sonido repetitivo que salía de la boca de Henry martilleaba el cráneo pusilánime de Bill.

—¿Sabes? Benedict te vendió mucho antes de que tú le vendieras a él.

—¿Qué estás diciendo?

—No tienes por qué preocuparte por lo que le hicimos al sheriff, Bill. Mira, te enseñaré una cosa. —Henry entró en una pequeña estancia en la primera planta de la fábrica—. ¿Te acuerdas hace cuatro años, cuando en las elecciones se te presentó un rival? Thomas Anderson. —El anciano retiró un pequeño cuadro de la pared y abrió una caja fuerte que se escondía detrás—. Mira. Él y Benedict son amigos de toda la vida, y es otro corrupto de cuidado. —Henry le tendió las fotos a Bill. El alcalde repasaba las fotografías—. Mucha casualidad que por aquel entonces te estuvieran investigando, ¿verdad? Fue Benedict, imbécil. Él no te quería al cargo de Coldtown, pero como no le funcionó, tuvo que aguantarse contigo.

Bill se quedó mirando las fotos en las que salían los dos cenando, de copas, incluso en la boda de Benedict con Helena. No recordaba haber visto a ese hombre en la boda, aunque hacía años de eso, no lo recordaba. Si lo que decía Henry era cierto, y esas pruebas lo demostraban, Benedict intentó cargarse a Bill hace cuatro años.

—Ahora, vamos a sacarle a Meyer lo que sabe.

Salieron de la fábrica y se montaron en el vehículo de Henry. Fuera seguía haciendo frío, y Bill ya estaba harto de tanta nieve. De tanta oscuridad y de tantos tonos grisáceos en esos días.

El vehículo se movía por la calle Hicken. Las ruedas del coche esparcían la nieve hacia la acera y las luces de aquella penosa tarde iban cayendo más rápido de lo que cualquier persona desearía. Henry aparcó justo enfrente de la iglesia. Eran casi las cinco de la tarde y sabía que Meyer estaba allí, los lunes y los viernes eran los días en los que estaba en Coldtown.

El crujir de la gran cerradura sonó tras el portón de madera. Un Meyer vestido de paisano se asomó saludando a Henry, que en un instante lo agarró por el cuello de la camiseta, lo zarandó y lo tiró por las cuatro escalinatas que subían a la entrada de la iglesia.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?!

—¡Cállate! —Henry golpeó el rostro de Meyer con su enorme puño y después miró de izquierda a derecha, intentando hacer el menor ruido posible. El cura cayó al suelo por completo, escupiendo sangre en la acera nevada. Jadeaba desde allí, su rostro estaba envuelto por el vaho. Su cara destrozada por el golpe del anciano. Bill esperaba en el asiento del copiloto y observaba como Henry golpeaba y arrastraba a Meyer hasta el interior del vehículo. El cura sollozaba con la boca llena de sangre y la cara cubierta de magulladuras.

—¡Entra en el puto coche! —Henry cerró la puerta de golpe y Meyer observó que Bill ni siquiera le miraba.

—Bill... Bill... por favor, ayúdame, no sé qué pasa, pero yo sólo... yo sólo he sido el pastor del pueblo... no sé de qué va todo esto... Bill... yo te ayudaré si... ¡Bill! —El alcalde seguía sin mirarlo cuando Henry abrió la puerta del conductor.

—¡He dicho que te calles! —le gritó Henry a Meyer—. Bill, tranquilo, todo irá bien...

El sonido del cierre de seguridad para niños sonó en la parte trasera del vehículo. Meyer miró para fuera y observó como el coche se alejaba de la iglesia. De su zona segura.

El vehículo se acercaba de nuevo a la serrería. En el interior Meyer no paraba de suplicar mientras que Henry le pedía que se callase. El anciano aparcó el vehículo en una zona algo alejada de la entrada a la fábrica y se bajó del mismo. Caminó bajo la ya espesa nieve hacia un portón trasero y lo abrió dificultosamente mientras Bill y Meyer le observaban a lo lejos. Arrastraba la edad, y el peso de la culpa tras él. Caminaba con la mirada puesta en el vehículo, su

sonrisa cansada escondía el ansia de empezar con el cura y dar rienda suelta a su instinto psicópata. Conducía con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hoy se va a acabar de una vez por todas todo este asunto.

—De verdad, Henry —dijo Meyer—, no sé qué es lo que quieres de mí, pero ya te lo he dicho, no sé nada. Te lo juro, rompería el secreto de confesión, ¡lo juro! ¡Por Dios!... —Las lágrimas de Meyer empezaron a recorrerle el rostro—, pero no sé nada...

—Eso lo veremos ahora.

Henry aparcó dentro de la fábrica, dejando el coche en una zona poco iluminada. Sacó a Meyer violentamente y lo sentó en una silla. Esposó con unas bridas las manos del cura por detrás de la silla. Las bridas le apretaban las muñecas, cortándole y haciéndole sangrar.

—Espera aquí, Bill. Vigílate. —Bill asintió con cara de espanto. Meyer sentía el dolor más punzante que había podido sentir nunca—. Voy a por la caja de herramientas.

Henry se perdió entre las sombras de la serrería. Fue entonces cuando Bill sacó su teléfono móvil, harto de las amenazas de Henry y de su régimen totalitario. Mandó callar a Meyer con un gesto insonoro colocándose el dedo índice en los labios. Marcó un par de teclas en su teléfono y esperó.

—Ben. Tienes que arreglar esto. Henry se ha vuelto loco. Ve a por Jennifer, David y Eric van a ir a por ella y Dios sabe lo que pueden hacerle. Después vente rápido a la serrería, Henry quiere sacarle información a Meyer, y ya sabes lo que puede hacer...

—¿Ahora confías en mí? —dijo Benedict al otro lado del teléfono.

—Vamos, Ben. Eres el único que puede hacer algo.

Bill no dejó que el sheriff respondiera, ya que antes de guardar su teléfono en el bolsillo, escuchó pasos a sus espaldas.

Henry le miraba fijamente desde las sombras.

Llevaba una caja de herramientas en la mano izquierda y una llave inglesa en la derecha. Mantenía la mirada fija en el alcalde mientras caminaba hacia él. La traición se veía reflejada en sus ojos, inyectados en sangre y abiertos como platos. Se dirigía al alcalde, arrastrando sus pesados pies, cargando con el peso de aquella caja. Bill tenía la cara descompuesta, la mirada fija en los ojos grises del anciano y el alma encogida.

—Bill —dijo Henry cuando soltó con un suspiro la caja de herramientas en el suelo—, ¿a quién has llamado?

—Era... mi mujer. Mi mujer me ha llamado para preguntarme si... si iba a llegar tarde... —El tembloroso tono de Bill lo delató.

—Bill, amigo mío... No pienso ir a la cárcel, lo sabes, ¿verdad?

—No, Henry, yo no...

El anciano estiró su brazo derecho hacia atrás y golpeó con fuerza la cara del alcalde con la llave inglesa. Sonó un crack, un pómulo quebrado por el frío acero. Un crujido que hizo temblar incluso a Meyer. Bill cayó al suelo inconsciente al instante. Conmoción cerebral. Pérdida transitoria de la conciencia. Su cerebro golpeó repetidamente las paredes de su cráneo haciéndole caer al frío suelo de la serrería. La piel del alcalde se abrió por debajo de su ojo izquierdo, brotándole la sangre hacia su oreja. Henry, impasible, giró la cabeza hacia su izquierda lentamente. Se quedó mirando a Meyer que, maniatado, suplicaba clemencia.

—No voy a ir a la cárcel, padre.

Henry golpeó de nuevo. Esta vez la llave inglesa impactó en la sien del cura. No fue tan potente, pero lo suficiente para que al instante Meyer dejase caer la cabeza hacia su derecha, quedando inconsciente, sentado y maniatado en la silla.

35. Benedict Mills

Diciembre de 2015

El coche de Benedict serpenteaba por las carreteras de Coldtown. La única imagen que tenía en mente era la de Eric y David abusando de Jennifer. Y de Amanda. Violándolas, golpeándolas y matándolas como a Victoria. El rugido del Ford Crown sonaba por la calle Main provocando que algunos de los habitantes del pueblo observaran como Benedict Mills, el sheriff de Coldtown, se saltaba esas tan respetadas leyes. El coche paró bruscamente, derrapando en las heladas carreteras de la calle Lein y chocando contra el bordillo de la acera de enfrente de la casa de Jennifer. El tapacubos de la rueda izquierda delantera del coche del sheriff salió rodando hasta parar en el dolorido césped de la entrada de la casa de las chicas.

Benedict salió del coche, dejando la puerta del vehículo abierta para salir corriendo hacia la entrada de la casa, resbaló en la acera y se incorporó rápidamente. El sheriff golpeó la puerta, gritando el nombre de Jennifer y Amanda, pero en el interior de la casa no se oía ningún ruido. Benedict golpeó de nuevo la entrada. Se acercó a la ventana que daba al porche y se asomó para ver el interior de la vivienda. Pudo distinguir algo en la oscuridad, al fondo del pasillo que daba a la cocina. Dos sombras de pie. Con movimientos rápidos y desorganizados. Al fondo del pasillo veía otros dos cuerpos, en el suelo. Muertos quizá. Benedict sintió una intensa punzada en el pecho, como si alguien le apretara con fuerza en el mismo destrozándole la caja torácica y retorciéndole el corazón hasta arrancárselo del pecho.

—¡Hijos de puta! —El grito de Benedict sonó en toda la calle, corrió de nuevo hasta la puerta y la abrió a base de patadas, golpeando la repisa del recibidor de la casa, haciendo caer un pequeño jarrón al suelo y partiéndolo en pedazos. Benedict corrió por el pasillo, las sombras habían desaparecido, escondiéndose por la vivienda.

—¡Eric! ¡David! ¡Salid de donde estéis, os voy a matar, hijos de puta!

Benedict corría por la vivienda hasta llegar a la cocina. Allí se paró de golpe. Las sombras adquirieron color al mismo tiempo que el rostro del sheriff adquirió palidez. Cayó al suelo, de rodillas, experimentando la sensación más extraña que jamás había experimentado. No sabía si era alegría o tristeza. Esa sensación ambigua, que le crecía desde dentro del alma.

—Benedict... —El sheriff se levantó lentamente del suelo, apoyándose en la pared estucada de la cocina—. Hemos tenido que hacerlo. —Las miradas perdidas. Los rostros de las chicas eran pálidos como la fría nieve que caía fuera, miraban el cuerpo de Eric y David en el suelo, inertes, con enormes manchas rojas en el pecho y sangre en el suelo—. No tuvimos elección...

—Tranquila, Amanda. —Ben abrazó a la joven que se mantenía firme, con los brazos caídos y el semblante serio—. Tranquila, diremos que fue en defensa propia.

—No lo entiendes, Benedict —dijo ahora Jennifer—. Nunca lo has entendido.

El sheriff giró la mirada hacia el rostro de Jennifer que, inexpresiva, miraba de igual manera los cuerpos en el suelo.

—¿De qué hablas?

—¡Cállate, Jennifer! —le ordenó su pareja. Benedict retrocedió un paso, situándose enfrente de las chicas.

—¿Qué está pasando aquí? —Ni una sola palabra. Las chicas se miraron obedeciendo una acordada orden de silencio mutua—. ¡¿Qué coño está pasando aquí?!

—Déjalo estar, Benedict... —contestó Amanda.

—Sabéis que os puedo arrestar por lo que habéis hecho, ¿verdad?

—¿Por lo que hemos hecho? ¿Y a ti? ¿No te arrestan por todo lo que has hecho? —dijo Jennifer.

—¡No juguéis conmigo!

—¡Cállate, Jennifer! ¡Cállate de una vez! ¡Todo esto es por tu culpa!

—No, cariño. No digas eso, no es por mi culpa. —Jennifer echó el brazo por encima del hombro de Amanda, pero esta se retiró en el instante en el que su pareja se le acercaba—. Amanda, por favor... —Amanda se alejó de Jennifer, apoyándose en la encimera de la cocina. Suspiró—. Mira, Ben, esto no ha sido casualidad. —Jennifer prosiguió—. La muerte de Eric y de David estaba escrita desde hace mucho tiempo.

—Eso... tú mejóralo —dijo Amanda.

—Así que es mejor que dejes las cosas como están...

—¿¡Que deje las cosas como están!? ¡Habéis matado a dos personas!

—No te preocupes por esto... Además, los hemos quitado de tu camino, en el fondo, es lo que querías... Ya se encargarán de ellos. Ahora vete.

—¿¡Quién se encargará de esto!? ¿De qué estáis hablando?

—Ben. —Amanda se acercó por detrás al sheriff posándole una mano en el hombro. Él se giró instantáneamente. Asustado por la frágil mano de aquella mujer—. Tú ya sabes quién se encargará de esto. Es la que siempre lo ha hecho.

Ben abrió los ojos. Se quedó mirando a Jennifer y a Amanda. Intercambiando la mirada nerviosa observando el rostro de las chicas. Izquierda y derecha. Buscando respuestas a algo que no lograba entender. En lo más profundo de su pecho se había encendido una llama. Y no había sido él el que lo había hecho. El estómago le ardía. Tuvo que apoyarse en la pequeña mesa de la cocina. El marco con forma de corazón con una foto de ellas dos en la playa se hizo trizas al caer al suelo. Náuseas. «Es la que siempre lo ha hecho», repitió en su cabeza. No. No podía ser. Ben volvió a tener esa ambigua sensación, entre la ira y la calma. Entre la risa y el llanto. Esa ligera sensación de seguridad con ese pinchazo en el estómago acompañado de catastróficos pensamientos.

—Ella... Ella está muerta.

Las chicas le miraron condescendientes. Jennifer se acercó a Amanda y la abrazó. Esta vez ella no se retiró. Supieron que ya era hora.

—No, Benedict. No está muerta.

El sheriff cayó al suelo de rodillas, una vez más. Sus mayores miedos se le posaron en sus hombros haciéndole caer. El cristal del marco en forma de corazón se le hincó en las rodillas, pero él no notaba nada, aparte de ese caos mental en el que se había adentrado. Tenía la mirada perdida en el pecho ensangrentado de Eric. Amanda se alejó, salió de la cocina dirección al salón, perdiéndose en la oscuridad del pasillo. Jennifer se acercó a Benedict, se puso de cuclillas y apoyó su mano en el hombro del sheriff.

—Benedict, tienes que salir de aquí. Te tengo estima, aunque no lo parezca.

El sheriff seguía con la mirada perdida, y las palabras de Jennifer ni siquiera se posaron en su conciencia. Amanda volvió a la cocina con el teléfono en la oreja. Esperaba la contestación de su interlocutor mientras miraba con amor a su pareja.

—Pueden venir... —Amanda colgó—. Ahora tienes que marcharte, Ben.

—¡Tengo que verla!

—Créeme, es lo último que querrías hacer. Ahora vete de aquí.

Benedict salió de aquella casa con el corazón en un puño. Ella. La mujer. Aquella persona que hizo su vida imposible. Aquella mujer por la que vivía. Sin ella, ni con ella. Victoria Legan estaba viva.

Se montó en el coche y lo arrancó apresurado y casi con taquicardia. Miraba para cada lado, inconscientemente. Paranoico, giraba el cuello y miraba si había alguien siguiéndole. El sudor le inundaba el rostro. Esa mujer que paseaba a su hijo; ese anciano dándole de comer a las palomas; ese niño jugando inofensivamente con el balón. Todos le observaban maquiavélicos esperando el mínimo despiste para atacarle. ¡No! Benedict se golpeaba la cabeza con el puño de la mano. No quería que fuese ella. O sí. Quizá le había perdonado. No quería verla. O quizá lo necesitaba con urgencia. Quizá con sólo verla arreglaba todo el desastre de su maltrecha vida. Había sido la mujer de su vida, por mucho daño que le hiciese, no había nadie como Victoria. Victoria era ella. Su archienemiga y su necesidad vital. Ella. Victoria era la mujer. Sentía como el corazón le impactaba constante y repetidamente en las paredes de su caja torácica. Fuera, seguía nevando, y la seguridad que antes eso le otorgaba a Benedict, ahora sólo hacía oscurecer su incógnito camino.

Llegó a la serrería y paró el coche, no vio a nadie. Ningún coche aparcado, así que condujo unos metros más hacia adelante, por la entrada trasera, aquella que utilizaban para esconder los fardos de cocaína que les traían. En aquel búnker, al resguardo de la humedad y del frío invierno. Benedict salió del coche disparado, avanzó hasta el portón lateral y golpeó la puerta de metal inútilmente. El único efecto que causaban los desesperados golpes de la culata de su arma era que los sonidos de la puerta metálica se fundiesen con los gritos de espanto de alguien sufriendo como nunca lo había hecho antes en su interior.

Henry amordazó al aturdido Meyer y este notaba la humedad de un sucio trapo en el interior de su boca. Notaba el sabor a grasa, a metal y a virutas de madera en la base de su lengua. A golpe de guantazo, el cura se había despertado. Benedict seguía golpeando la puerta del almacén, Henry lo escuchaba desde dentro, dentro de su seguridad. Sabía que no podía entrar de ninguna manera y disfrutaba de aquel instante como un niño con un juguete nuevo. Cuando Meyer abrió los ojos vio a Henry con una caja de mondadientes. Los movía y los hacía sonar como si fuesen unas maracas.

Meyer lo miraba con temor, y pidiéndole clemencia, una vez más. Sentía los pies fríos, muy fríos. Notaba el frío del suelo de hormigón en la planta de sus pies y, por mucho que intentaba elevarlos, no podía conseguirlo.

—Mira hacia abajo.

Meyer hizo caso a las palabras del anciano y estiró su cabeza lo máximo que pudo. Estaba totalmente amarrado. Sus manos por detrás de la silla, su cintura alrededor de esta. Sus caderas amarradas al asiento y sus tobillos fuertemente amarrados a los pies. Estaba descalzo. Notaba el frío directamente por la planta de los pies.

—Odio la nieve, Meyer. Te lo juro. La odio. Esos largos inviernos, y esos cortos veranos... Es todo tan deprimente... —Meyer mantenía los ojos abiertos de par en par mientras miraba con angustia a Henry—. El bambú no crece en este jodido clima... —dijo ahora mirando la caja de mondadientes mientras seguía moviéndola—, pero gracias a Dios, tenemos estas pequeñas cositas de madera... —Henry abrió la caja y sacó un mondadientes. Se lo acercó a Meyer, rozando con él el rostro del cura. La punta del mondadientes apretaba la piel dejándole una ligera marca por la presión—. No es bambú, y créeme, tienes suerte de que no lo sea. Te voy a enseñar una cosa que aprendí en Vietnam. Aquellos putos chinos eran los reyes en esto. Me dieron prácticas, y me hicieron sentir el verdadero dolor, lo que tú vas a sentir es sólo una fugaz idea de lo que era aquello. —Henry levantó un mondadientes y empezó a clavárselo en la cara, en el cuello, repetida y rápidamente. Meyer soltaba gritos ahogados que no lograban salir de su boca. Sólo sonaban los golpes y los gritos de Benedict fuera de la fábrica. En un golpe, Henry partió el mondadientes, lo dejó clavado y colgándole del pómulo izquierdo y agarró unos cuantos más de la caja y siguió clavándoselos a Meyer, cual psicópata con un cuchillo. El cura tenía el rostro, el cuello y las sienes ensangrentadas. Henry suspiró hondo. Paró y sonrió mientras Meyer intentaba recomponerse, había dejado caer la cabeza hacia un lado y Henry le golpeó con su enorme mano izquierda para que la pusiera bien. El anciano se agachó dificultosamente e introdujo un palillo en el diminuto espacio que había entre la uña del dedo grueso del pie y el mismo dedo. La introdujo lentamente, Meyer intentaba moverse lo máximo posible mientras gritaba, pero la silla anclada con tuercas en el suelo y sus pies amarrados con fuerza a las patas, hacían imposible que Meyer se pudiese mover ni siquiera un centímetro. Henry empujaba el mondadientes dentro de la carne de Meyer, y él, el único movimiento que podía hacer era echar la cabeza para atrás y retorcerse de dolor mientras su grito sordo se estancaba en la humedad de su mordaza.

—¡Ábreme, Henry!

Henry negaba con la mirada puesta en la puerta lateral de la fábrica.

—¡Vete de aquí, Benedict! —Henry volvió a los pies de Meyer—. Padre, veo que esto no entra más, veamos qué puedo hacer. —Se levantó, se dirigió hacia una pequeña mesa de trabajo y cogió un pequeño martillo de la caja de herramientas—. ¿Sabes? Con el proceso de martillado, la uña del dedo es arrancada completamente. El palillo no es tan doloroso como la astilla de bambú, créeme, pero va a perforarte por la base de la uña haciéndote sentir un dolor tan agudo, que no podrás ni describirlo.

Meyer seguía con los ojos abiertos de par en par. Seguía con la cara ensangrentada, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, mezclándose con el rojo de la sangre y viendo como Henry sacaba su lado más perverso y psicópata.

—Ahora, te voy a quitar la mordaza. Necesito que me digas, sí o sí, por qué sales en las notas.

Henry retiró la mordaza de la boca de Meyer, desanudándola por detrás. Meyer tuvo la intención de vomitar, pero se quedó en arcada. Empezó a toser y el anciano se lo quedó mirando hasta que se recompuso.

—¡Por favor, Henry! ¡No sé qué quieres que te diga, pero no tengo ni idea de por qué salgo en esas notas! ¡Soy un hombre de Dios, de verdad, no sé nada!

—Tienes que saber algo —dijo Henry mientras en la otra esquina de la sala Bill se despertaba del letargo.

—Henry... —dijo el alcalde recomponiéndose.

—¡Vaya! El traidor se ha despertado —contestó Henry sin tan siquiera mirarle—. Tu amigo está aporreando la puerta ahí afuera.

—Henry, déjalo... Él no sabe nada...

—¡Cállate! ¡Cállate, joder! ¡Cállate! —Henry se movía por aquella sala. Se acercó a Bill, que se apoyaba con el antebrazo en el suelo, intentando levantarse y le golpeó con la bota en el estómago—. ¡Cállate! —Se echó la mano hacia la parte trasera de su cintura y sacó un pequeño revolver—. Ábrele a tu amigo —dijo apuntándole con el arma—. ¡Ábrele a tu amigo! ¡Tú lo has invitado! ¡Ábrele de una puta vez!

Siguió su cuerpo con el arma mientras se levantaba lentamente, Bill se iba acercando a la puerta mientras el anciano hacía lo propio hacia el cura. Empujó su cabeza con el arma mientras Meyer sollozaba. Bill abrió y Benedict apareció tras aquella puerta, con la gabardina empapada, los mechones de su engominado pelo caían sobre su frente y su arma estaba apuntando directamente a Henry.

—¡Suéltalo, Henry!

—¡Suelta tú esa puta arma o le vuelo la tapa de los sesos a este imbécil! —Bill miró a Benedict y asintió, este, inquieto y azorado, dejó el arma en el suelo lentamente—. ¡Échala hacia aquí! —Benedict empujó con la mano su arma y esta llegó arrastrándose, dando vueltas por el suelo hasta llegar a los pies de Henry. La puerta de la nave seguía abierta, y desde fuera entraba un vendaval que traía con él parte de la nevada.

Henry mantenía la mano en el hombro de Meyer que, de espaldas, intentaba echar la vista atrás para ver qué estaba pasando. El anciano apuntó con el arma a Bill y a Benedict y los obligó a alejarse de la puerta. La sala se enfrió en un instante, la tensión se aderezaba con el agudo silbido del viento del norte.

—De acuerdo... centrémonos. Ahora cuando vuelvan David y Eric con la chica acabaremos con todo esto.

—David y Eric no van a volver... —dijo Benedict, que se movía con pasos lentos por la sala.

—¡¿De qué estás hablando?! ¡Estate quieto!

—No van a volver, Henry. Han muerto. —Continuó enseñando las palmas de sus manos.

—¡No! ¡Es mentira! —Henry se acercó a Benedict apuntándole desde lejos, golpeó la sien de Benedict con el cañón de la pistola mientras le gritaba de cerca—. ¡Me estás mintiendo!

—No. Henry, no es mentira. —Henry sacó el teléfono móvil del bolsillo mientras se echaba para atrás apuntando a Benedict—. Voy a llamarlos... por tu bien, Benedict... espero que no le hayas hecho nada a mi hijo... —Se echó el teléfono a la oreja y esperó.

En la calle Lein, el teléfono de Eric sonaba en su bolsillo. Alguien abrió la bolsa de plástico que guardaba el cuerpo de Eric Wall para quemarlo. La cremallera, corriendo de arriba a abajo,

rompió el silencio de la habitación. Una frágil mano se acercó al bolsillo de Eric y sacó el teléfono, retiró la oscuridad de su denso cabello para colocarse el aparato en la oreja.

—Hola, Henry. Cuánto tiempo...

36. Benedict Mills

Diciembre de 2015

—¿De quién era el cuerpo? ¿A quién enterramos? ¿De quién era el cuerpo? ¡¿De quién?! ¡Henry! ¡¿De quién cojones era el cuerpo que enterramos?! —Benedict estaba histérico. La tensión de la noticia de que Victoria Legan estaba viva había dejado de lado lo más inquietante de esos últimos dos años. De quién era el cuerpo que enterraron aquella noche—. ¡Henry! ¡Henry!

—¡Cállate ya, joder! ¡Cállate de una puta vez! —Henry paseaba inquieto y despavorido con las manos en la cabeza y maldiciendo entre dientes—. ¡Cállate, Benedict! ¡Todo esto es por tu culpa! ¡Están muertos! ¡Muertos!

—¿¿A quién enterramos, Henry!?! —Benedict gritaba al anciano, de rodillas, el viento le golpeaba por la espalda echando sus mechones de pelos para adelante, y notando el escozor del frío en la garganta—. ¡¿A quién coño matasteis?! —

—¡¿Nosotros?! —Henry se acercó rápidamente a Benedict y empujó repetidamente la frente del sheriff con el cañón de la pistola—. ¡Tú fuiste el asesino! ¡Tú! ¡Tú y tus putas ansias de poder son los únicos culpables de lo que está pasando ahora mismo! —Henry dio un puntapié a Benedict en el estómago, tirándolo al suelo—. ¡Ahora ha vuelto y viene a por nosotros! ¡Ha matado a mi hijo! ¡Eric, no!

Benedict tosía en el suelo mientras se retorció por el golpe que el anciano le había dado.

—¿A quién...? Henry... ¿A quién matasteis?

—¡Al puto niño! —Henry se acercó de nuevo a Benedict, que intentaba recomponerse en el suelo. Con su enorme y húmeda bota golpeaba repetidamente el estómago entelerido del sheriff. ¡Al puñetero Tommy! —Golpeaba también el pecho de Benedict. Sus golpes sonaban huecos retumbando en el interior del sheriff—. ¡Por tu culpa tuvimos que matar al pequeño Tommy! —Benedict se retorció de dolor en el suelo, por su cabeza pasaban miles de imágenes. Miles de fotografías mentales del pequeño Tommy pasaban por su mente como si fuesen diapositivas. El pequeño Tommy.

—¡Henry! —El anciano se dio la vuelta para atender la voz que le llamaba a sus espaldas. Bill había aprovechado que Henry se ensañaba con Benedict a golpes para acercarse a coger el arma

de Benedict que estaba cerca de la silla.

—Hazlo —susurró Meyer al alcalde—. Hazlo o nos matará a todos.

El alcalde lo miró perplejo y seguía apuntando al anciano.

—No tienes huevos para eso, Bill. Siempre has sido la marioneta de todos nosotros. —Bill lo miraba enervado, mientras sus manos se movían inquietas apuntando a Henry—. Eres el último mono en esta...

El alcalde disparó, echando los brazos atrás por el retroceso. La bala impactó en el hombro derecho del anciano, haciéndole caer al suelo. Desde allí, maldiciendo al alcalde, levantó el arma y disparó dos veces contra Bill. El primer disparo sonó en la cañería al fondo de la sala. El segundo no sonó. Impactó en el estómago de Bill. El alcalde se echó la mano a donde la bala había impactado y vio como un reguero de sangre empezaba a brotar del centro de su camisa. Miró a Henry y se levantó para apuntarle de nuevo, pero el anciano fue más rápido y disparó certeramente dos tiros más. Uno en el pecho y otro también en el estómago. El alcalde cayó al suelo, tambaleándose antes de hacerlo. Su peso sonó hueco en toda la sala. Como si dejasen caer un gran saco de arena desde un metro de altura. Meyer observaba la situación con espanto. Benedict, intentando recomponerse de la paliza de Henry, vio como Bill caía al suelo. Como su cuerpo se tambaleaba hasta decir: «Basta, aquí acabó mi vida».

—Estúpido insensato. —Henry se echó la mano al hombro, dolorido como nunca antes lo había estado. Se levantó lentamente, apoyándose con su brazo izquierdo. Se quedó de pie, observando el rostro pálido de Benedict. Levantó su pistola y apuntó al rostro de Benedict. La nieve seguía entrando en la nave, enfriando el ambiente, llenándolo de vientos gélidos y silbidos tétricos.

—Ben, Ben... —Henry se acercó a un taburete que había cerca de la mesa de trabajo y lo arrastró hacia el lado de Benedict. Se dejó caer en él, manteniendo la mano con la pistola encima del hombro donde recibió el disparo. Se rascaba la cabeza, susurrando el nombre de su hijo—. Bufff... esto no va a acabar bien, Ben. ¡Esa zorra se ha cargado a mi hijo! —Miró el enorme portón de la entrada y se levantó de nuevo. Miró hacia fuera, revisó que no hubiese nadie. Sentía pánico, y paranoia. Sus gestos eran rápidos y nerviosos. Sentía que algo malo iba a pasar. Volvió a sentarse en el taburete, presionando con fuerza la herida de bala.

—Cómo... cómo pudiste hacerlo... era sólo un niño, Henry. Sólo era un niño pequeño...

—Yo no fui el que lo mató, Benedict. Yo nunca haría nada de eso... —Meyer, dolorido como nunca, prestaba atención asombrado de lo que Henry le contaba.

—¿Quién lo hizo?

—En parte, tú.

—¡Yo no haría eso!

—¡Claro que no! ¡Pero has mandado hacer cosas peores! ¡Aunque tú, cobarde de mierda, nunca te has manchado las manos de sangre! Tu puta obsesión por el poder y el control te ha llevado a esta situación. Nada más.

—¡Yo nunca mataría a un niño!

—Pero sí a una madre, y ¿qué es peor? Querías dejar al niño indefenso, en un mundo hostil. Repleto de gente como tú. —Benedict se intentó levantar lentamente, pero Henry sacó fuerzas para golpearle en la cara con la suela de la bota. El sheriff cayó de nuevo al suelo, con la mano empapada en sangre y tapándose la nariz; Henry se tambaleó hasta llegar de nuevo a apoyarse en el taburete.

—¿Qué ... qué pasó aquella noche?

Henry sonrió.

—La muy zorra se ha vengado... —Henry se derrumbó por un instante. Aquella mole curtida por el paso del tiempo no pudo soportar más la presión—. ¡Y ahora están muertos! ¡Muertos, joder!

—¿Qué es lo que pasó? —Benedict hablaba pausadamente. Como si las palabras tuviesen que pedir permiso para salir de su boca cálida y ensangrentada.

—Eso no importa ya, Benedict. Hoy vas a morir, ¿para qué irte con más peso en tus espaldas?

—Necesito saberlo, Henry. Necesito saber qué pasó con Victoria y el porqué del reparto de esas notas... Podías habernos matado. Directamente. Sin necesidad de montar todo ese espectáculo. Aunque, pensándolo bien, esto es lo que ella disfrutaba. Palpar la tensión desde lejos, saber que todo el mundo estaba atemorizado y vigilando sus espaldas. —Benedict se limpió la sangre de la boca—. Porque fue una mujer muy importante para mí, y para ti, aunque te duela. Sin ella no podrías haber llegado a tener este imperio. ¿Quién te ayudó económicamente cuando esto se venía abajo?

—¡No la defiendas! ¡Ella sólo buscaba su beneficio!

—Henry, por eso necesito saberlo. Si me vas a matar tú, o ella, cuando aparezca tras esa puerta, necesito saber qué es lo que pasó con ella. Ya que Victoria no va a perder ni un segundo en hacerlo. Vendrá por allí atrás, tirará la puerta abajo, y antes de darnos cuenta estaremos en el suelo llenos de balas por todo el cuerpo. A los dos. No, a los tres. Incluso a ese pobre hombre que se desangra en aquella silla.

—¡Por favor! —gritó Meyer, intentando observar lo que pasaba a sus espaldas, girando y tensando el cuello hacia al lado.

Henry se mantenía callado. Sabía que con Victoria Legan no se jugaba. Ella no se andaba por las ramas.

—Cuando a mis espaldas, trataste de embaucar a mi hijo para que traicionara la confianza de Victoria, me enfadé. Me enfadé muchísimo. Siempre te había dicho que no quería meter en estos asuntos a Eric. —Henry se levantó de la silla y se acercó a Ben—. ¡Ahora está muerto! —La punta de las botas de seguridad de Henry golpearon con fuerza el rostro de Benedict de nuevo. El sheriff pudo observar como algunas de sus descuidadas muelas salían de sus encías, observando como volaban por la sala envueltas en gotas de sangre. Benedict volvió a caer al suelo. Creía tener la mandíbula desencajada y sentía una fuerte presión en la cabeza—. Ella fue mucho más inteligente que tú, Benedict. Mucho más. La vendiste, pero ella se dio cuenta y nos hizo una contraoferta, que no pudimos rechazar...

—¿De... de qué estás hablando? —dijo el sheriff aún en el suelo y escupiendo sangre.

—Del poder. De la amistad. De la traición. De todo eso hablo, Benedict. De que tú creías ser el más sabio de todos los hombres. El intocable. Aquel al que nadie ofende. Y no. No lo eres. Esa mujer... Esa mujer que, como tú bien has dicho, va a entrar por esa puerta y va a pegarnos un tiro, esa misma mujer, fue más lista que tú. —Benedict miraba fijamente a Henry, que paseaba sin dejar de apuntarle con la pistola—. Nada más llegar Eric y David a su casa ella lo tenía ya todo preparado. «Antes de que habléis, quiero ver a Henry», les dijo; ella ya sabía que tú habías mandado a los dos a grabarle y hacerle fotografías para que sus rivales en Florida la encontrasen. ¿Y sabes qué? Le dio la vuelta a la tortilla.

Vino a verme aquel día. Aquel fatídico día, en las fiestas de Navidad.

37. Noche de fiestas

—Y bien, tú dirás... —dijo Henry de pie, arreglándose los puños de la americana mientras daba hondas caladas a su Cohíba. Había anochecido por completo, y la sala sólo era iluminada por una pequeña bombilla colocada en el techo del despacho.

—¿Qué es lo que quiere Ben? —Victoria estaba sentada en una pequeña silla de madera. Llevaba puesto un abrigo de piel, oscuro como el petróleo. Sus delgadas piernas iban enfundadas en unas medias de encaje, unas medias de esas que impresionaban y hacían mirar hacia allí a cualquier persona.

—Joderte. —Henry caminó hacia la mesa de su escritorio y se sentó en su enorme sillón de piel—. Quiere que en Florida sepan que vives aquí, con tu hijo. Que el Loco sigue vivo y que sigues llevando todo el control de la droga desde aquí. Quiere verte morir, Victoria.

Victoria se mantenía impávida, con sus ojos castaños fijos en la mirada gris y huidiza de Henry.

—¿Y tú? ¿Qué quieres?

—¿Yo? —Henry seguía dándole caladas a su Cohíba disfrutando de ese momento de poder—. ¿Qué me puedes ofrecer?

—No sé, dímelo tú. —Victoria se echó para adelante y clavó sus delgados codos en el escritorio de madera labrada a mano—. ¿Cuál es el precio de una amistad de tantos años?

Traidor. Esa había sido la palabra subyacente, detrás de toda esa frase. A Henry le disgustó mucho que Victoria sacara esa objeción.

—No soy un traidor, Victoria. Benedict lleva mucho tiempo jodiéndonos. Se queda con todo el dinero de las comisiones y de las operaciones. Mientras nosotros, que somos los que más pringamos, no podemos apenas catar el pastel.

—Es decir, quieres traicionarlo. —Victoria se había levantado, y observaba desde arriba al gran Henry Wall cabreándose paulatinamente.

—¡No consentiré que me vuelvas a hablar así! —Henry se levantó del sillón y escupió esas palabras señalándole—. ¡Estás en mi casa!

Victoria se levantó tranquila. Ni se inmutó después de tal reprimenda. Henry le sacaba una cabeza, pero ella le miraba desde abajo, como si fuese su ama. Y él su mascota.

—Esta no es tu casa, Henry. Todo lo que hay aquí es mío. Ese sillón donde tu puto culo gordo se sienta, es mío; esta mesa que labraste a mano hace tanto tiempo, es mía ahora; este techo donde te refugias de tu mierda de vida, es mío también; tu mujer sería mía si quisiera; tu hijo es mío; tú, Henry Wall, eres mío. ¡Así que siéntate de una puta vez! —Henry se mordió el labio y obedeció las órdenes de Victoria—. Ahora mira. —Alzó la mano con la palma de la misma abierta. Justo en el centro de esta, una pequeña luz roja apareció casi al instante. Victoria movía la palma de la mano de un lado para otro y el pequeño punto rojo de luz que provenía de lo alto de una de aquellas montañas y entraba a través de la cristalera del despacho seguía su movimiento—. Barret M82. Dos mil metros de alcance efectivo. Dispara a una velocidad de casi un kilómetro por segundo. —Victoria miró la luz en la palma de su mano—. Henry, yo siempre lo tengo todo controlado. Siempre. Nada puede salirme mal. En serio, no intentes joderme. —Victoria dijo esas palabras mientras miraba a Henry, y este seguía el movimiento de ese punto de luz en el centro de la palma de la mano de Victoria—. Ahora, basta de hipocresía. Dime, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero que te cargues a Benedict —soltó Henry, como un peso que llevaba a sus espaldas durante mucho tiempo—. Lo odio. Cree que puede hacer lo que quiera con nosotros, pero no. Ya basta.

—No voy a cargarme a Benedict así como así, Henry. No soy tan estúpida como para matar a un sheriff. Pero ¿sabes qué? —Victoria abrió su pitillera y sacó un cigarrillo. Lo encendió lentamente, dando una pequeña calada al principio y otra más intensa después. Su rostro se envolvió por el humo del cigarro mientras se echaba su melena negra para atrás—. Lo voy a sacar del negocio. Y te voy a entregar esta parte del país a ti. Sólo a ti, para que tú lleves el control de la coca en esta zona. Libre de impuestos. Trabajaremos juntos, como socios.

—¿Cómo sé que me puedo fiar de ti?

—No te queda otra alternativa, Henry. —El anciano afirmó con la cabeza—. Hablaremos la semana que viene. Pásatelo bien esta noche. Yo haré lo mismo.

Victoria salió del despacho, silenciosa como la muerte. Cuando cerró la puerta, Henry sintió miedo. La habitación se cargó con un gélido ambiente. A Henry le costaba incluso respirar. Tenía que hacer algo. Benedict no iba a permitir que lo sacaran del negocio. De su propio negocio. Sacó su teléfono móvil y marcó un par de teclas.

—Venid a mi despacho, ahora mismo.

A Henry le comían los nervios por dentro mientras esperaba a David y a Bill. Daba vueltas por su despacho, rodeando una y otra vez la mesa de madera labrada que usaba como escritorio. El sonido del portón de acero abriéndose hizo moverse rápido al anciano, que abrió la puerta de su despacho y se asomó a las escaleras metálicas.

—¡Subid rápido! —dijo mientras golpeaba con el puño el pasamanos de la escalera. Los dos apresuraron el paso, pisando aquellos escalones metálicos hasta llegar al despacho de Henry.

—Tenemos un problema. —David y Bill tomaron asiento exhaustos mientras Henry seguía dando vueltas por el despacho—. Victoria ha venido a hablar conmigo y me ha propuesto un trato.

—¿Qué trato? —preguntó David.

—Va a sacar a Benedict del negocio y quiere que yo sea su socio.

—¡Eso es genial! —contestó David.

—Benedict nos matará —dijo ahora Bill.

—Ese es el problema —contestó Henry—, pero creo que tengo una idea. Le he pedido a Victoria que acabe con Benedict, de una vez por todas, pero no quiere.

—¡No podemos hacer eso! —dijo Bill—. No, Henry, no. No podemos hacer eso. Benedict nos ha estado cuidando desde hace mucho tiempo, no podemos traicionarle.

—Bill, escucha, Bill. Es él o nosotros. Elige. ¿Quieres morir? Porque esa zorra te matará a ti y a cualquiera. No vamos a asesinar a Benedict, nosotros no. Nosotros vamos a forzar a Victoria para que lo haga.

—¿De qué manera? —preguntó David.

—Vamos a secuestrar a su hijo.

Dentro de la fábrica, Benedict seguía impávido la historia que Henry le contaba.

—No queríamos que pasara nada, Benedict. Te lo juro. —Henry paseaba ansioso por la sala, apuntando al sheriff con el arma—. A ver, tampoco sabemos exactamente qué es lo que íbamos a hacer con él, pero no era eso. Cuando David y Bill fueron a buscar al niño, la cosa se puso algo tensa.

Victoria había salido un momento, hablaba por teléfono con alguien en el patio de su casa en Clydeview. Henry esperaba en el coche a que todo acabara. David se acercó a Victoria sigilosamente por detrás y golpeó con un madero fuertemente el cráneo de la mujer. Esta cayó al suelo en ese mismo instante, inconsciente, dejando caer su móvil y golpeando su hermoso rostro contra el césped mojado por la nieve. David hizo un gesto a Bill y el alcalde entró en la vivienda embistiendo torpemente la puerta de la entrada. Mientras Bill buscaba al niño en aquella casa, David se ensañaba a base de patadas sobre el rostro de Victoria, que inconsciente en el suelo, movía la cabeza de lado a lado a causa de los golpes del director del banco. Bill salió con el niño, lo llevaba tapado con una manta, dormido aún, y lo metió en el coche de Henry mientras este apresuraba a David, que llegó algo después abrochándose los pantalones, sofocado como nadie y con una sonrisa burlona en la cara.

—A saber lo que hizo el enfermo ese con esa zorra inconsciente... —comentó Henry aún con la pistola apuntando a la frente del sheriff mientras que este mantenía la mirada perdida en una esquina de la habitación.

—La violó... estando inconsciente... —logró vocalizar al fin Benedict.

—No sé, Ben. Quizá sólo se le meó encima... Eso ya no importa.

—Hijos de puta... Sois lo peor que puede haber en este mundo... Entonces... ¿Qué pasó con el pequeño?

—¿De verdad quieres saberlo? —Benedict afirmó afligido con la cabeza gacha—. Lo llevamos a la fábrica. Estábamos Bill, David y yo. Mi hijo apareció por allí. Estaba preocupado, no nos había visto en toda la noche. Momento erróneo. Lugar equivocado. —Henry negaba con la cabeza culpándose por lo ocurrido—. No debería haber estado allí. No. No debería haber venido. Pero él, Benedict, él se preocupaba por mí. Por nosotros. Sabía que pasaba algo. Mi pobre Eric se puso muy nervioso. Ya sabes cómo es... cómo era... —Henry suspiró hondo—. El crío se puso a

lloriquear. Sus gritos llamando a su madre se me metían en la cabeza, retumbándome como un tambor desde dentro.

—¿Y ahora qué, Henry? —Bill preguntó haciéndose escuchar entre los gritos del niño—. ¿Ahora qué coño vamos a hacer?!

—Su madre debe estar buscándolo... ¿Dónde está Benedict?

—Carol está vigilándolo, dice que sigue en la fiesta, si se mueve nos llamará.

—¿Carol? ¿Por qué me vigilaba Carol? —preguntó Benedict confuso desde el suelo.

—Porque me debía un favor, Benedict. Le dije que me llamase si te movías de la fiesta. Si no, contaría lo del accidente en la fábrica por el cual iría a la cárcel si yo no hubiese movido tantos hilos. Tiene la muerte de aquel chico a sus espaldas, lleva muchos años asustada, siempre hará lo que yo le diga. Después, mi hijo se puso un poco más nervioso.

—¡Esto no va a salir bien! ¡No puede salir bien! ¡Lo sé!

—Tranquilo, hijo. Todo a va ir bien. Aunque no deberías estar aquí.

—No, padre. No. Yo me quedo. Os ayudaré, ¡pero dile a ese puto niño que se calle!

El crío seguía llorando mientras paseaban nerviosos por la sala.

—Llama a Chad, Bill.

—¿Chad? Maldito hijo de puta... Chad. Le ayudé con los problemas financieros del Stop. Hijo de puta... Estabais todos contra mí.

—Ibas a estar fuera, Benedict. Chad sólo se arrimó al sol que más calentaba. Lo tuve fácil.

Bill sacó su teléfono y marcó un par de teclas.

—Chad. Sí. Cuéntame. Ajá. Sí. Vale. —Bill afirmaba con la cabeza—. Sí. Ok. Vale, llámanos rápidamente con lo que sea. —Bill colgó—. Dice que está vigilándola desde fuera. Se la ve en el salón, nerviosa, caminando de lado a lado. Dice que habrá llamado por teléfono unas diez veces.

—¿A quién llamará?

—¡A la poli! ¡Está llamando a la poli! ¡Sabe que sois vosotros! ¡Os ha visto! ¡Papá, ¿qué hacemos?!

—Eric, no. no está llamando a la policía. No es estúpida.

—¿Qué hacemos, Henry? —Bill preguntaba nervioso. El niño seguía llorando con fuerza. Eric lo miraba furioso y gritándole que se callase, pero cuanto más le gritaba más escandaloso era el llanto.

—¡Haced que se calle! ¡Haced que se calle! ¡Que se calle! ¡Joder! ¡Que se calle de una vez! ¡Haced que se calle!

—Tranquilízate, hijo. Es un niño pequeño, está asustado. —Henry agarró por los hombros a su hijo intentando calmarlo, pero Eric seguía histérico y el niño gritando el nombre de su madre. Eric apartó a su padre de en medio, se acercó al pequeño y golpeó con todas sus fuerzas el rostro del crío con el lateral de su mano. El niño cayó al suelo, callándose en el acto. En la sala sólo se oían los resoplidos rápidos y ruidosos de Eric. Como los de un animal exhausto. Los demás, observaban con los ojos de par en par. El niño había caído al suelo, con un golpe seco y cortante. Silenciando el vocerío nervioso de los que allí estaban reunidos.

—Eric ... —David se echó las manos a la cabeza. Henry se tapó la boca con su gruesa mano.

Bill se levantó del palé donde se había sentado y corrió espantado a recoger al niño del suelo. Lo levantó con sus brazos, zarandeándolo, intentando inútilmente que el pequeño Tommy abriese los ojos. «Por favor, por favor», decía Bill mientras lo movía. Echó sus dedos al cuello, intentando encontrar las pulsaciones del pequeño Tommy. Revisaba cada parte de su cuello, de sus muñecas, de su pecho, incluso acercó su oreja en la boca del niño, con el fin de oír su respiración, pero no. Cuando se giró para los otros tres, con el crío entre los brazos, el cuello de este echado para atrás, los demás ya sabían qué era lo que Bill iba a decirles.

—Está muerto. —Esas palabras flotaron por el aire, descuidadas, como si nadie quisiera cogerlas para hacerlas suyas y hacerse cargo de ellas. David se había dado la vuelta, intentando escapar de aquella siniestra imagen, donde su amigo Bill mantenía en brazos el cuerpo inerte de un niño. Henry se movía de forma nerviosa, por su cabeza aparecían miles de pensamientos ofensivos, mientras él combatía contra ellos, sacando su fuerza intrínseca y sin mover un solo músculo de su arrugado rostro.

Bill agachó la cabeza, fijándose en el que fue hace poco un bebé. Un bebé que no tenía la culpa de nada de lo que estaba pasando. No tenía nada que ver con la turbia vida de ninguno de ellos. Eric seguía resoplando, con los brazos caídos y la espalda encorvada. Miraba sin parar de respirar fuertemente por su nariz el cuerpo de Tommy, el cual Bill dejaba lentamente en el suelo.

—¿Qué... qué vamos a hacer? —dijo el alcalde sin dejar de mirar el cuerpo del pequeño.

—Tranquilos... tranquilos... Yo me encargo... yo lo... yo lo solucionaré...

Henry sacó su teléfono móvil y llamó a Chad.

—¿Sigue en su casa?

—Sí. No se ha movido.

—Vigíla. —Después llamó a Carol—. ¿Sigue en la plaza? ¿Sí? Bien. —Colgó. Marcó de nuevo otro número—. Victoria...

—¡Henry! Te voy a matar... ¡Henry, no juegues conmigo!

—Victoria, cálmate. El chico está bien. Ha sido Benedict. Se ha vuelto loco.

—¡Lo mataré yo misma con mis manos!

—No, espera. Ven a verme a la fábrica... Te ayudaremos.

—Hijo de puta... —Benedict maldecía a Henry desde el suelo. Desde lo más profundo de su maltrecha alma. Se había enterado de que Tommy había muerto. Su supuesto hijo. O no. Quien fuese, un niño no se merece nunca un final como ese—. Le dijisteis a Victoria que yo había secuestrado a su hijo...

—No, Ben. Mucho mejor. Le dijimos a Victoria que tú habías matado a su hijo... Pero las cosas no salieron como nosotros lo planeamos. —Henry seguía paseándose, mirando cada poco tiempo hacia la puerta de la entrada, esperando a que en cualquier momento un enorme todo terreno reventara el portón y diez hombres armados le mataran.

—¿Y por qué no me mató? ¿Por qué no vino y me mató al instante?

—Eso es lo que no nos cuadra, Benedict. Eso es lo que no entiendo. Cuando le dijimos a Victoria que habías sido tú el que había matado a su hijo se puso muy nerviosa. Ella no se lo creía, era normal. Era antinatural. Su instinto maternal le prohibía creer que su hijo había sido asesinado. Pero ahí es donde entró el temeroso Chad de nuevo. Sólo tuve que sobornarlo un poco para que accediera. Se ve que te tenía algo de ganas por haberte tirado a Victoria. Despecho,

quizá. Se acercó a ti durante la fiesta, tú no te diste cuenta, pero te robó el móvil y me lo trajo. Hicimos una foto al cuerpo del pequeño con tu teléfono y la mandé a su móvil con el mensaje: «Él ha sido el primero. Victoria y vosotros sois los siguientes».

—Eres un desgraciado hijo de puta... Sucio enfermo...

—No me digas que no fue inteligente. Después borramos los mensajes salientes de tu móvil y bloqueamos las llamadas entrantes de los números de Victoria. Después Chad te dejó de nuevo el teléfono dentro de tu gabardina, con las copas que llevabas no lo echaste en falta. Después te llamamos para que nos ayudaras a enterrar el cadáver. Para que estuvieses tranquilo, de que todo había pasado, de que Victoria Legan ya no era un problema. Para que cuando estuvieses lo más tranquilo posible, ella apareciese por tu espalda y te matase sin ni siquiera avisarte. Pero no. No fue así lo que pasó. Esperamos y esperamos. Pero ella no aparecía, y tú, Benedict, tú seguías vivo y coleando, jodiéndonos a todos con tus tretas y llevándote todo el dinero de las operaciones.

—Me habéis estado engañando dos años ...

—¡Tú nos has estado engañando toda la vida! ¡Engañando, estafando, robando! ¡Todo!

—Yo nunca os habría hecho daño ...

—No físico, pero todo el daño moral y psíquico que nos has estado haciendo durante todos estos años, ¿qué? Eso no cuenta, ¿no? Ya está bien, Benedict. Ya es hora de que todo esto acabe.

—Henry se levantó de la silla y agarró a Benedict por el cuello de la gabardina—. No sabrás nunca por qué, Benedict, por qué no te mató Victoria, pero antes de que venga ahora y lo haga, vas a ser tan culpable como nosotros. No podemos dejar a nadie vivo. Yo me encargaré de las chicas después. —Henry arrastró a Benedict hasta colocarlo frente a Meyer. El anciano se acercó a la caja de herramientas y le acercó una llave de tuercas al sheriff—. Mata a este hombre.

—¿Crees que te va a dejar libre? ¡Ha matado a tu hijo, estúpido! ¡Te va a matar a ti también! —dijo Meyer.

—¡Cállate, y tú, mata a este hombre!

—No pienso hacer eso —dijo Benedict con la cabeza gacha mientras Henry le apuntaba con el arma.

—Has hecho cosas peores, Benedict.

Benedict miró a Henry con rabia. Escupió sangre al suelo y apretó con fuerza la llave de tuercas.

—Todo lo que he hecho hasta el día de hoy ha sido para protegernos. Para proteger a tu hijo y a su amigo de la cagada de aquella noche, y ahora, después de dos años, me entero de que no fue aquello lo que pasó. —Benedict se acercaba a Henry y este levantaba el arma apuntándole directamente al rostro.

—Quieto ahí, Benedict. —La mano de Henry temblaba mientras apuntaba al rostro del sheriff.

—Me habéis estado engañando. Habéis destrozado mi vida. Y yo ayudándoos con todo esto. Escondiendo la mierda que soltabais en cada esquina. Noches enteras sin dormir, ¿y todo para qué? ¿Para saber hoy que me habíais engañado? —El rostro de Benedict, cubierto de sangre y magulladuras, miraba a los ojos de Henry, que le seguía apuntando tembloroso—. Ninguno de los dos vamos a salir vivos de esta fábrica hoy, Henry...

—¡Quieto!

—Si no nos matamos entre los dos, Victoria lo hará.

Henry levantó el arma e intentó intimidar a Benedict disparando al techo. La bala impactó en el tragaluz y los trozos de cristales cayeron sobre ellos. Benedict saltó sobre el anciano, que intentó dispararle, pero erró en su intento. La bala pasó muy lejos de Benedict, que en ese mismo momento caía con fuerza encima de Henry. El arma del anciano se le escapó de las manos, cayendo cerca de los pies de Meyer, que miraba atemorizado como aquellos dos antiguos compañeros se mataban entre sí. Benedict golpeaba con sus puños el rostro de su contrincante que, debido a su gran diferencia de peso, con un ligero movimiento se colocó encima del sheriff. Los golpes que el anciano lanzaba tenían el doble de fuerza que los del casi famélico sheriff. Golpeaba con el lateral del puño, de su puño labrado durante décadas cual animal. A cada golpe rajaba más la marcada tez de Benedict. El sheriff se cubría los golpes con el brazo izquierdo inútilmente, mientras que con el derecho intentaba estirarlo lo máximo posible hasta llegar a la llave de tuercas que al saltar sobre el anciano se le había escapado de las manos. Estiraba sus dedos mientras Henry le golpeaba. Alcanzó la herramienta y, casi sin ver lo que hacía bajo un manto de golpes e insultos, Benedict apretó con fuerza la llave en el orificio de la bala en el hombro de Henry. El grito de dolor retumbó en toda aquella sala, rebotando en las placas de acero y pasando por encima de los palés de madera. Con las pocas fuerzas que le quedaban, Benedict empujó a Henry hacia un costado y cogió la pistola de los pies de Meyer. Apuntó al cuerpo de Henry y le obligó a quedarse quieto. El anciano le miraba iracundo desde el suelo, con los ojos inyectados en sangre y rabiando de dolor, con su mano presionando en el hombro.

—¡Vamos, padre, larguémonos de aquí antes de que aparezca Victoria! —Benedict se acercó a la caja de herramientas y sacó unas tenazas. Cortó las bridas de las muñecas ensangrentadas de Meyer y desató las cuerdas que le ataban a la silla. Le acercó las botas y le ayudó a recomponerse sin dejar de apuntar a Henry—. Tenemos que marcharnos, padre, esa mujer no atenderá a palabras. Créame, no conoce a Victoria Legan.

Benedict se dio media vuelta y caminó hacia Henry apuntándole directamente a la frente. Justo antes de llegar al anciano, algo le detuvo, un dolor profundo en el gemelo izquierdo. Una perforación. Un estruendo. Metal adentrándose en su cuerpo, destrozando huesos, músculos y tendones, abriéndose paso hasta salir por la espinilla. Benedict cayó al suelo presa de un dolor inconmensurable, su arma se le desprendió de la mano. Nunca había sentido ese dolor. Nunca le habían disparado. Desde el suelo, se dio media vuelta y encontró lo último que pensaba encontrarse.

—Créame, Benedict. Sí conozco a Victoria Legan.

Toda la verdad

Benedict aún seguía retorciéndose en el suelo, hiperventilando y sangrando por la pantorrilla. Henry, casi desfallecido, intentaba decir algo tirado en el suelo de hormigón de aquella fábrica: «Algún día... te mataré...». De pie, y apuntándolo con el arma, estaba el padre Meyer, impassible. Sin mostrar el mínimo ápice de sentimiento. Los miraba desde arriba, mientras su rostro iba adquiriendo un semblante más calmado, satisfecho, iba adquiriendo el rostro de alguien después de un día de trabajo agotador, pero productivo. Se echó la mano a la cara, limpiándose la sangre seca de la misma.

—Meyer... —dijo Benedict desde el suelo.

—Meyer... —Aquel hombre sonrió—. Meyer. ¿Sabes Ben? Te creía mucho más listo.

Benedict le miraba ardiendo en su interior. Deseaba matarlo ahí mismo. Estaba en una situación que, a su expensa, no controlaba, y por eso odiaba.

—No has hecho bien tu trabajo, Ben. Puedo llamarte Ben, ¿verdad? —El sheriff no contestó—. Sé que es algo íntimo, pero tú y yo nos conocemos desde hace mucho, aunque no nos hayamos visto nunca. —Ben miró sorprendido a aquel hombre. Repasaba, o intentaba al menos repasar todos los rostros, que no eran pocos, de las personas a las que él, Henry, David, Eric o Bill habían jodido. Pero su rostro apacible y sereno, su nariz larga, sus ojos hundidos y ese corte de cabello largo no querían coincidir con nadie que él recordara. Miró hacia atrás, y observó a Henry, la misma cara de sorpresa, investigando intrínsecamente quién podía ser aquella persona.

Ese hombre se acercó, se puso de cuclillas, cambiándose el arma a la mano izquierda y estirando la derecha hacia Benedict.

—Permíteme que me presente. Mi nombre es Charles Johnson.

—Que... eres... ¿Charles? —Benedict abrió un poco más sus ojos.

—En efecto, Benedict. Soy yo. Siento presentarme con estas pintas, pero, créeme, debajo de este rostro casi desfigurado por los ataques coléricos y psicópatas de tu amigo Henry Wall —Charles hizo un intento de guiño hacia el anciano—, se encuentra el rostro de Charles Johnson.

¡Joder, Benedict! —Charles se exaltó con una sonrisa—. Al principio creía que me habías recordado, pero no lo habías hecho...

—Pero...

—Sshh... Espera. —Charles se echó el dedo índice a los labios—. Llevo dos años queriendo soltar toda esta puta mierda. Dos años en los que había momentos en los que la cabeza parecía que me iba a explotar. Dos años viéndoos destrozando la vida de decenas de personas, Ben. ¡Dos putos años! Dos años en los que tú, Benedict, tú, Henry, el pobre Bill, y los otros dos habéis sido parte de mi vida. No porque yo quisiera, ni mucho menos, pero creedme, yo he sido vuestra mejor opción. —Charles se paseaba con la cara ensangrentada y cojeando de un pie. Portaba el arma en la mano derecha y la meneaba alegremente apuntando a Henry y a Benedict—. En primer lugar, Benedict, tú has sido tan egocéntrico, te has creído tan superdios de todo este jodido pueblo que has pasado por alto mi persona. Me jode. Me jode muchísimo. Me ofende porque yo he sido un buen policía toda mi vida, tío. ¡Joder, toda mi puta vida! Cuando oí sobre ti por primera vez, lo primero que hice fue buscarte, saberlo todo de ti. Soñaba contigo, veía tu estúpido rostro apagado en cada esquina de mi casa. Pero tú no me mirabas, tú rehuías mi mirada. Tú no me trataste como alguien que te podía joder. Estabas demasiado ocupado mirándote el ombligo. Tú te creíste capaz de todo. El superhombre. Dime, por curiosidad, ¿me imaginabas así? Bueno, así no creo. Me habéis hecho adelgazar veinte kilos, pero en serio, ¿cómo creías que era?

—Nunca pensé en ti...

—¡Eso es mentira! ¡Tuviste que pensar en mí cuando Victoria me nombraba!

—¿Victoria...? —Benedict se recompuso y se sentó en el suelo—. No has sido nada para Victoria.

—¡Cállate! ¡Cállate, imbécil! ¡Tú sí que no has sido nada para Victoria! ¡Y por eso te ves en esa tesitura! —Charles escupía las palabras cerca de Benedict, que agachaba la cabeza mientras el inspector explotaba de rabia—. Eres un puto egoísta, Benedict. Y un inútil. Si sólo me hubieses investigado un momento, no estarías aquí. Eso es lo que me molesta de la gente como tú, que sólo pensáis en vosotros mismos y siempre se os escapa lo más básico. No sé cómo Victoria pudo estar con alguien como tú... —dijo apoyándose en el suelo.

—Quizá porque disfrutaba como una perra cada vez que me la follaba...

Charles se levantó y con los ojos inyectados en sangre apuntó a la cabeza del sheriff. Respiró hondamente, pero no disparó, en cambio, agarró por el húmedo pelo al sheriff y le golpeó el rostro con la rodilla. Benedict cayó para atrás, posando su cuerpo cerca del de Henry, que observaba la escena con estupor.

—¿Y tú, Henry? ¿Tan estúpida creías a Victoria? Creías que con unas simples palabras iba a dejar todo esto de lado. —Charles se levantó y golpeó a Benedict hasta que el sheriff se apartó de su camino—. Me ha encantado ver como durante estos dos años vuestros temores iban en aumento, cada vez más. Ibais adquiriendo ese tono taciturno que ahora tenéis.

—Que te follen, gilipollas —Henry escupió como pudo a los pies de Charles—, que te follen a ti y a quien coño esté contigo...

—¡No hay nadie conmigo! ¡He sido yo sólo! ¡Yo no necesito cómplices ni semejantes para amargaros la puta existencia! ¡No necesito amenazar a nadie para teneros comiendo en la palma de mi mano! Yo fui el que dos días por semana dejaba la comisaría en Jacksonville, donde me habían degradado casi escondiéndome de asuntos internos a informes de tráfico por colaborar con

Victoria Legan. Yo fui el que adopté su vida. Yo soy el que tiene secuestrado desde hace dos años al cura que iba a ser destinado a este puto pueblo, el verdadero padre Meyer, ¡el hijo de puta que abusó de aquella chica en el Perú! Yo soy el que venía cada dos días temiendo que algún jefazo eclesiástico estuviese en Coldtown para conocerme. Pero no, este puto pueblo no le interesa ni a Dios. Yo fui el que me hice pasar por ese tal Meyer. Yo fui el que tuvo en jaque a Coldtown desde el primer momento. ¿Y sabéis qué?, que me lo tenéis que agradecer. Cuando Victoria me llamó contándome lo sucedido la notaba incrédula. Desconfiaba de ti, Henry, sabía que Benedict no podía haberle hecho eso a Tommy. Pero yo no me fiaba de ti. Yo quería ayudarle, aún la quiero, ¿sabes, Ben? Tú sabes lo que se puede llegar a sentir por esa mujer. Tú bien lo sabes. —Charles se echó la mano a la cabeza, tocándose las heridas del rostro—. Entonces le dije que se escondiese, que la estaban buscando, que Henry dio el soplo en Florida y ya habían empezado a buscarla. Y me hizo caso. Se marchó. Con todo el dolor de su alma. Dejando atrás la vida de su hijo pequeño, aquel al que le arrebatasteis de su lado. Al cabo de unos días me puse en contacto con ella. Le dije que debía seguir escondida y que debía posponer su *vendetta*. Fue entonces cuando me pidió ayuda. Me dijo: «Charles, haz algo o me voy a volver loca». Y lo hice. Le dije que os iba a investigar de cerca, pero ella nunca supo qué tan cerca lo estaba haciendo, hasta esta mañana. Hasta que ese pobre hombre que habéis matado —dijo Charles señalando a Bill— quemándose por dentro ha venido a confesarse. No podía más, Bill lloraba como un niño detrás de aquella cortinilla. Me lo contó todo. Todo. ¿Sabéis? Me ha encantado conoceros. Y en el fondo, tiene su mérito. Que una panda de paletos de pueblo pueda llegar a tener el control de la droga sobre toda esta zona de Estados Unidos es bastante impresionante. —Charles se acercó a Henry y le pidió su teléfono móvil. El anciano no quiso entregárselo, pero Charles le metió la mano dentro de su chaqueta hasta dar con él. Marcó un par de teclas y se lo llevó al oído—. Y ahora podéis venir aquí. Bill ha muerto, quedan Benedict y Henry. —Cerró la tapa del móvil y lo estampó con dureza contra el suelo de cemento.

—¿A quién has llamado? —preguntó Benedict con una mezcla de miedo y asombro mirándole desde abajo.

—A la mujer a la que destruisteis la vida —contestó Charles—. Os quiero advertir de que no sé lo que pasará cuando llegue. En realidad, sí lo sé, lo que no sé es lo que durará. —Henry lo miraba furioso desde el suelo, apenas tenía fuerzas para moverse, menos aún para atacarle—. Ella siempre es impredecible.

—¿Cómo... cómo lo hiciste? —preguntó de nuevo Benedict, intentando aclarar todas las dudas que le estaban asaltando.

—¿El reparto? Como pude. Tenía un objetivo, sólo uno. Que murieseis sin tener que apretar un gatillo. Os habéis comido entre vosotros. Os habéis traicionado, uno a uno. Bill y Eric, para acabar con ellos sólo tuve que darle un arma a las chicas y amenazarlas con meterlas en prisión por el asesinato del padre de Amanda y por el tráfico de drogas en la universidad. Lo hice desde la sombra, sin que llegasen a saber que el cura del pueblo era el que estaba desmoronando todo. Os preguntaréis, qué tienen que ver ellas en todo esto —Charles daba vueltas alrededor de Benedict y Henry, soltando su discurso de victoria—, y tienen que ver mucho. Ellas os oyeron. Pasaban por allí, yendo hacia su casa y oyeron vuestra conversación. Oyeron a Eric histérico en un callejón, hablando con David y culpándose de lo sucedido. ¿Qué pasó? Pues que no querían más problemas, con la desaparición de Victoria y su hijo empezarían una nueva vida, sin

presiones ni amenazas. Hace unos meses, Amanda no pudo más y vino a confesarse. ¡Si supieses cuantas cosas sé de este pueblo! Me dijo que no podía aguantar más y que necesitaba contarlo. Por suerte para ellas, cuando hablé con Victoria me dijo que podían serle de ayuda. Le conté lo que Amanda me confesó, que le obligaban a traficar en la universidad, que estaba amenazada de muerte, que sabía que algo le había pasado a Victoria y que temía que le pasara a ella. Victoria me dijo que conocía a las chicas, y que nos ayudarían si nos hacía falta. Ahí fue cuando supe qué hacer. Este pueblo está lleno de falsedad. De secretos y mentiras. Hice lo de las notas para que todo saliese a la luz. Y en el fondo, me jode. Me jode que el imbécil de nuestro alcalde haya venido hoy a confesarme todo. Porque tenía más, mucho más que contar. Quería contar lo del accidente en la fábrica por culpa del material en mal estado de Carol. Quería contar como Henry lo encubrió todo. Quería contar como Chad seguía liándose con Hillary, muy de vez en cuando.

—¡Eso es mentira! —gritó Benedict—. ¡Eso es falso!

—No, Benedict. Chad sigue follándose a las dos hermanas, tu querida Hillary sigue tragándose la polla de ese chico mientras tú dormías en el sillón de tu sofá. En fin... Aquí en este pueblo nadie es lo que aparenta.

—Vi tus billetes, del Perú...

—Un comodín, Benedict. Lo hice con mi propio ordenador. Es lo que hacemos las personas inteligentes. Me encargué de que todo el mundo supiese que había estado en el Perú. ¿Un sacerdote haciendo labores humanitarias? ¡Un diez en coartada! Al igual que el diario que le leíste en mi habitación cuando Gary vino a atizarme. Te lo puse a huevo, Benedict. Eso hizo que el indefenso sacerdote del pueblo se librara de todas las posibles culpas que vosotros le pudieseis echar. Me hice la víctima para restarme importancia. Soy un genio. ¿Funcionó? —Benedict no contestó—. ¡Claro que funcionó!

Charles caminaba victorioso por la sala, recriminándole a Benedict su poca profesionalidad. No paraba de mirar el reloj situado en una de las paredes de la sala mientras Benedict y Henry seguían allí, en el suelo. Casi desfallecidos. Henry sangraba por el hombro tirado en el frío cemento de la fábrica. El ambiente se cargó en un instante, Benedict notó como si el cuerpo le pesase cada vez más, como si una atmósfera de infortunios y desdichas se hubiesen amontonado en una nube encima de él y todo estaba cayendo al mismo instante sobre sus hombros. La sala quedó quieta, casi muda, sólo se podía oír de nuevo el suave silbido del viento del norte, golpeando las ventanas y entrando dificultosamente por debajo del portón de la entrada. Se había hecho de noche mientras Benedict se asombraba intrínsecamente por la astucia y la valentía de Charles. Él solo había puesto en jaque a todo un pueblo.

Seguía nevando, y por los ventanales, esos que Henry había partido a disparos, seguía adentrándose la nieve. Era una imagen un tanto tétrica. Aquel hombre, pistola en mano, dando vueltas entre nervioso y eufórico con la cara ensangrentada intimidaba a Benedict y a Henry, a punta de pistola. De pronto, el sonido hueco de los pasos del falso padre se vio interrumpido por un estruendo exterior.

A escasos metros de la puerta de entrada, el sonido de un gran motor rugía mientras se acercaba. De pronto calló, para sonar de nuevo golpeando con sus parachoques reforzados el portón de acero y hacerlo caer al suelo como si una ligera brisa se cruzase con un castillo de naipes. Ella era siempre impredecible, pero siempre entraba con todo. Henry se apartó como pudo, la puerta de acero cayó muy cerca de su dolorido cuerpo. Benedict, al oír el estruendo,

aprovechó y saltó sobre Charles. Benedict golpeó el rostro de Charles con todas sus fuerzas, haciéndole caer y ejerciendo fuerza en la muñeca donde el detective tenía el arma. Pero este no la soltaba, el sheriff tuvo que golpear con sus puños la mano de Charles, alternando los golpes, atacándole en la cara y en la muñeca, hasta que dejó el arma. El sheriff corrió tras ella, la cogió y agarró al detective por detrás, apuntándole en la nuca, mientras Charles intentaba escapar.

—¡No te muevas! ¡O te meto un tiro!

Del furgón que impactó contra la fábrica salieron cuatro hombres, repartidos por cada una de las puertas. Todos portaban importantes fusiles de asalto y apuntaban con sus puntos ópticos a Benedict, que se escondía tras Charles. Los cuatro hombres se colocaron en posición, la oscuridad se había adueñado de la sala y Benedict sólo podía observar un halo de claridad entrando por la puerta, y aquellos cuatro haces de luz roja que se movían apuntándole. Esos cuatro haces de luces se separaron y una figura enclenque se abrió pasó hasta ellos.

—Hola, chicos. Os he echado de menos.

La sala se enfrió aún más al instante. Una pesada sensación de malestar, como una brisa fría, se hizo aún más palpable en aquella sala de la fábrica. La poca claridad que había en aquel sitio pareció oscurecerse aún más, y una fuerte opresión en el pecho de Benedict le dejó sin palabras.

De entre las sombras, apareció ella, caminando elegantemente y echándose unos mechones oscuros como aquella fría tarde para atrás, mostrando el que era antes un rostro perfecto y bello y hoy se había transformado. Dolor. Un rostro deformado. Golpeado hasta la saciedad. Tenía la cuenca del ojo izquierdo sobresalida, cortes que se habían transformado en cicatrices en cada mejilla y la parte derecha del labio levantada. Un hueco oscuro ocupaba el lugar en el cual debería estar el colmillo.

Caminó, dueña de todo lo que le rodeaba, como siempre, con esa especie de tranquilidad del que sabe que no tiene nada que perder. Llegó a una zona donde los focos le alumbraban de pleno. Benedict palideció aún más. Seguía agarrando a Charles por detrás, apuntándole con el arma y rodeándole el cuello con su brazo izquierdo. Charles agarraba a Benedict por el antebrazo con sus dos manos, intentando quitárselo de encima, pero el sheriff, con su instinto de supervivencia a flor de piel, ejercía tanta fuerza en ese cuello que dejaba a Charles sin posibilidades de salir de aquel nudo de carne y huesos.

Victoria se acercó a Henry y se puso de cuclillas.

—¿Ves mi rostro, Henry? ¿Ves la depravación con la que tu amigo David me trató aquella noche estando yo inconsciente? —Henry apenas la miraba, tenía la vista echada al suelo y respiraba hondamente presa de sus miedos—. ¿Ves por qué he tenido que hacer que los mataran? Porque son unos monstruos, Henry. Y me han transformado a mí en uno de ellos. —Henry levantó la vista, y abrió los ojos de par en par al ver tan de cerca aquel anteriormente hermoso rostro convertido en un ser grotesco.

—Teníamos un trato.

—¿Qué trato, Henry? Me pediste que matara a Benedict. —Victoria señaló al sheriff que seguía apuntando a Charles inquieto—. A Benedict, Henry. Ese hombre que te dio todo lo que tienes, o casi todo lo que tienes.

—Tú querías matarle.

—En ningún momento dije que iba a matarlo, sólo cuando me mentiste diciéndome que él fue el que mató a Tommy. Y aun así no te creí. Sabía que Benedict era incapaz de hacer algo así, lo

sabía. Pero he tardado dos años en asegurarme. Cuando se trata de ti, o de tu hijo, Henry, en ese pueblo se hace lo que tú quieras. Nadie se fue de la lengua. Nadie dijo nada. Pero yo tenía que saber quién lo había hecho. —Victoria sacó un cigarrillo del bolsillo de su abrigo y lo encendió, el humo tapó por un instante su deformado rostro—. Les dijiste a todos que yo estaba viva, me buscaron por todo el país. No sabes la de veces que han intentado matarme. No podía involucrarme en todo esto, estaba muy amenazada, pero entonces apareció él. Gracias a Charles, que ha desmoronado esto, supe la verdad de todo. Ahora, sólo quedáis vosotros. Cuando Charles me ha llamado hoy contándomelo todo, me ha parecido todo tan real... Bill llorando en el confesionario, contándolo todo. Pobre diablo. ¿Sabéis quién creo que es el menos culpable de todo esto? Eric. Sí. El asesino de Tommy. Él, bajo su locura, y por culpa de vuestros asuntos turbios se vio envuelto en todo esto. Igualmente, no iba a salir indemne. También me he ocupado de David, que me dejó el rostro como una pelota vieja. De Chad, por ayudaros a secuestrar a mi pequeño, de Carol, por ser cómplice de todo esto, y de, lo siento Benedict, de las hermanas Hillary y Claire, por encubrir toda esta trama.

—Que has... Hillary... ¿Qué has hecho?

—Matarla, Ben. La he matado. Todos los de este puto pueblo merecéis la muerte. Camináis por la calle subidos en vuestro ego creyendo que podéis hacer lo que queréis. Pero no. Nadie juega tanto tiempo con fuego sin llegar a quemarse.

—¡No deberías haberla matado! —Benedict exaltó en rabia y furia apuntando a Victoria con el arma.

—¿Me apuntas con la pistola, Ben? ¿Crees que tengo miedo a morir? No, querido. Ya morí hace dos años, cuando me arrebatasteis a lo más importante de mi vida. No me importa morir otra vez.

—¡Lo mataré! ¡Juro que lo mataré! —Ben apuntaba a la sien de Charles nervioso escupiendo las palabras a Victoria mientras que el detective se reía burlescamente, sabiendo que ellos eran los dueños de la situación.

—¿A quién? ¿A este? —Victoria sacó un arma de la parte trasera de su pantalón y disparó a la rodilla de Charles, el detective cambió su semblante al instante, presa del dolor soltó un grito agudo que sonó por toda la sala. Cayó de rodillas al suelo y sin pensárselo siquiera Victoria disparó de nuevo en la cabeza del detective, que cayó de boca contra el frío cemento, cesando su agudo clamor—. Todos sois peones, Ben.

El sheriff, con los ojos como platos, los brazos caídos y temblando como un niño miraba el cuerpo sin vida del detective. Ese que se había jugado la vida por ayudar a la mujer de la que, después de todo, aún estaba enamorado.

—Qué... qué... qué has hecho... Dios mío... Eres un monstruo... no quieres a nadie... —Benedict intentaba soltar esas palabras mientras seguía en *shock* después de lo sucedido. Miraba el rostro de Charles, con los ojos abiertos y una bala en la parte derecha de la cabeza. Benedict se echó las manos a la cara, sabiendo en ese instante que ya todo estaba perdido, que la única baza que tenía para salir de allí con vida estaba en el suelo con una bala en el cráneo.

Victoria apuntó a Benedict después de disparar a Charles, pero este no le hacía caso.

—Suelta el arma —dijo pausadamente Victoria. Benedict dejó caer el arma al suelo, aún sin quitar la vista de los ojos de Charles, abiertos de par en par. Con la mirada de la traición, con el cráneo y el corazón hechos trizas.

—¿Qué crees que significaba Charles para mí, Ben? Dime, ¿qué crees que era?

Benedict seguía sin quitar la vista del inspector y sin contestarle a Victoria, dándose cuenta de que aquella mujer no tenía sentimientos para nadie.

—¿Crees que le pedí a Charles que estuviese aquí dos años rebuscando entre la mierda? No. Él quiso hacerlo, yo sólo quería venir aquí y pegaros cuatro tiros, dejar alguno vivo, que me contase quién asesinó a Tommy, y después pegarle también otro tiro. Pero no, él no quiso, su puta obsesión patriarcal se lo impidió. —Victoria se acercó y pisó el arma que Benedict había dejado en el suelo, arrastrándola hasta ella—. Se ofreció, repitiéndose mil veces en hacerlo. Y sí, en parte se lo agradezco, me ha ayudado a levantar mi negocio otra vez, a liquidar a todos aquellos que querían acabar conmigo, siempre desde la sombra. Todos creían que había muerto, y así era. Me inventé mi propia muerte. A los detectives que Bill, David, Eric y el puto gordo ese me mandaban los sobornaba, y volvían sin noticias. Me ha costado mucho dinero todo esto, pero era totalmente necesario. Y no, no podía dejar a Charles con vida. Él creía que le pertenecía, y ahora que el mayor de mis problemas va a solucionarse, necesito empezar de cero en mi vida.

—¿Para qué? ¿Por qué no venir y pegarnos un tiro?

—Porque de esa manera nunca me diríais lo que realmente quería saber. —Benedict miró fijamente a los ojos de Victoria. Aquellos pequeños puntos oscuros miraban al sheriff con pena. Con nostalgia. Con ganas de que todo eso acabara—. ¿Dónde está enterrado mi hijo?

Se quedaron quietos. Sin abrir la boca. Ben recordaba el hermoso rostro de Victoria, y ahora estaba deformado. Ya no era la persona que él conocía, no físicamente.

—Vamos —dijo ella y Ben empezó a caminar. Los cuatro hombres se colocaron tras él.

—¿Qué pasa con Henry? —dijo Benedict.

Victoria paró sus pasos, se giró dejando a Benedict caminando solo, apuntó a la nuca de Henry y disparó. El cuerpo del anciano cayó desplomado contra el suelo, su cabeza se estampó contra el frío cemento. Benedict se giró al escuchar el disparo a quemarropa, dejando el eco en aquella sala, con los ojos de nuevo de par en par, y no dijo ni una palabra, sólo prosiguió sus pasos.

Victoria guiaba a la marioneta del sheriff hasta llegar al vehículo. Le pidió que se montase en este, y obedeció sin rechistar. Los secuaces guardaron sus armas y se montaron en el enorme furgón, cual ejército gobernado por tirano. No dijeron ni una palabra.

Todos los secretos y las mentiras de estos últimos años los estaba reviviendo en su cabeza. Todas las amenazas, las muertes, los secuestros y las trampas. El sheriff sabía que se dirigía hacia el paredón.

—¿Sabes, Ben? Nadie, nadie para mí era imprescindible en esta vida hasta hace unos años. Sabes que intenté cambiar, Ben, lo sabes. Pero ahora, cuando te han arrancado de cuajo lo más valioso que tienes, ya nadie te importa, Ben. —Victoria miraba hacia adelante, con la vista perdida en alguna parte de aquella carretera—. Guíanos.

Benedict seguía pálido como la fría nieve que caía en el parabrisas del furgón.

—Gira a la izquierda, en la próxima calle y aparca en la entrada del bosque.

Victoria miró a Benedict.

—¿En el bosque? Qué original.

Salieron del coche y Benedict cogió la iniciativa. Caminó unos pasos por delante de los secuaces que le apuntaban con el tintineo de luces rojas a su paso, mientras la nieve iba cayendo en su enmarañado pelo. El sheriff giraba la vista atrás, y Victoria le seguía, con la frente alta y la mirada al frente. Giró a la izquierda al llegar a una especie de explanada, Benedict rozaba los

árboles con la palma de la mano, como pidiéndole perdón por lo que aquellos altos pinos llevaban dos años ocultando. Llegó a un enorme árbol, el más grueso de todos, y contó siete pasos hacia adelante, guiándose por una rama saliente del mismo.

—Aquí, Victoria. Aquí es donde yo venía a pensar cuando todo iba mal. Aquí venía yo a pedirte consejo cuando no veía la salida. Tal y como hacíamos antes. Aquí creía yo que estabas, enterrada envuelta en un sucio plástico...

Victoria señaló la zona a los secuaces y estos fueron a la parte de atrás del furgón y sacaron cuatro palas. Le pidieron a Benedict que se retirase y este obedeció.

—Yo sabía que tú no habías sido, Ben. Lo sabía. No podías haberlo hecho, no podías haber matado al que creías tu propio hijo.

—Era... ¿Era Tommy mi hijo?

—Eso no lo sabrás nunca, como no sabrás en qué momento apareceré de nuevo. Vivirás en la incertidumbre, vigilando cada momento si aparezco por detrás, si estoy después de cruzar la esquina. Si te espero en el sillón de tu casa con un arma en la mano. Eso tampoco lo sabrás, Ben. Ahora, lárgate. Y mira para atrás siempre, cada dos pasos.

Ben se quedó mirando a Victoria. Su rostro cansado no reflejaba ira, ni enfado, ni mucho menos alegría. Era un rostro plano. Liso como un lago en calma.

—Tienes a Henry, Charles y Bill muertos en la fábrica. Encárgate de ellos, no quieras meterte en más problemas —dijo Victoria cuando Benedict ya había empezado a caminar.

El sheriff salió del bosque, y tampoco supo distinguir su propia emoción. No supo si estaba relajado o ansioso. Feliz o triste. Como un día agotador de trabajo, sabiendo que al día siguiente sería lo mismo. Lo único que supo en ese momento es que había ganado una batalla. Había salido indemne de una lucha cruzada entre Charles y él.

Aunque, pensándolo bien, los dos habían salido derrotados. Y tampoco eran tan distintos. Siempre los había unido una cosa: la misteriosa y adictiva Victoria Legan.

FIN